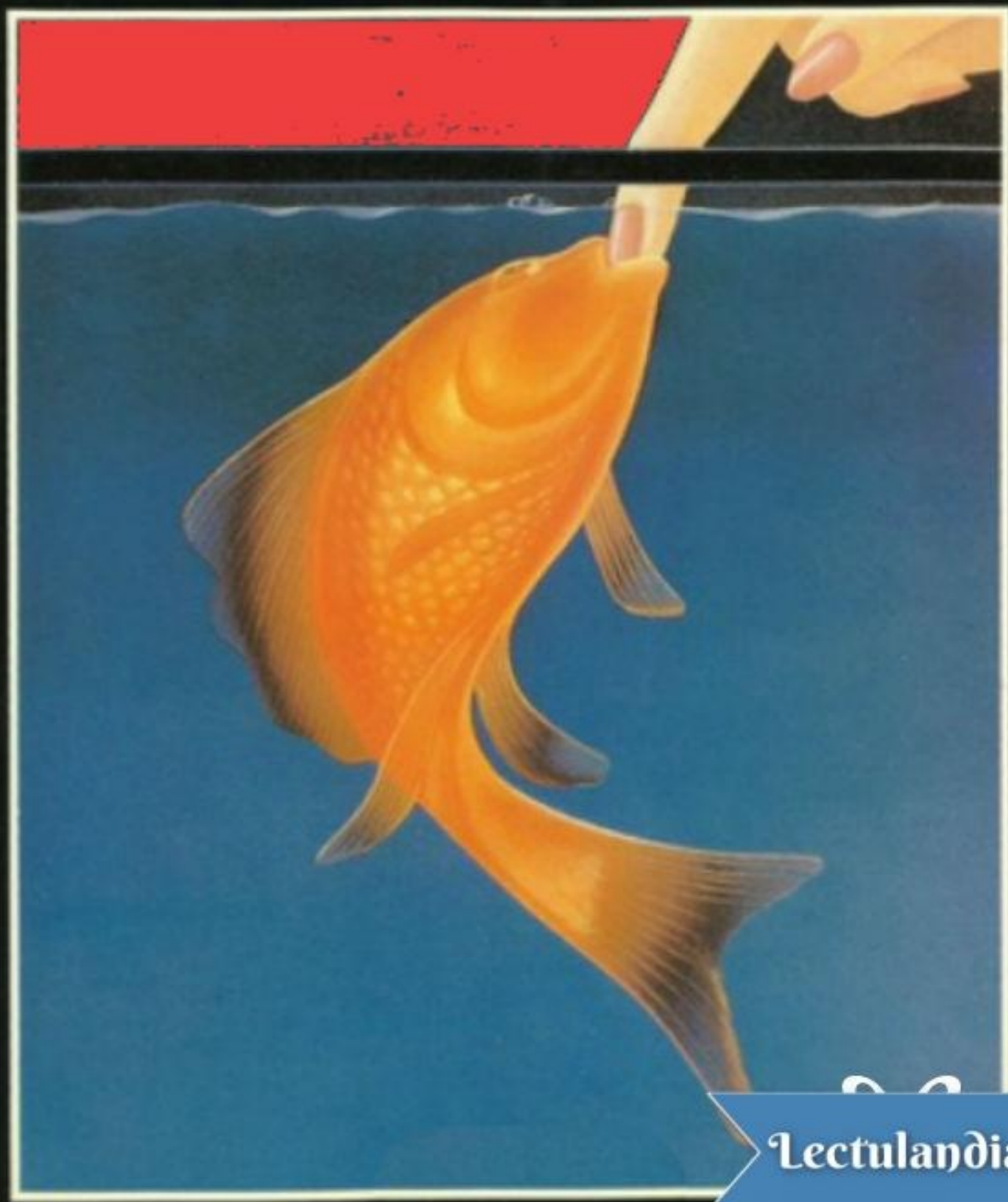


John Irving
LA EPOPEYA
DEL BEBEDOR DE AGUA

colección andanzas



Lectulandia

Estas son las aventuras de Fred «Bogus» Trumper, un bromista lleno de encanto y buenas intenciones, soberbio y chiflado, que se obstina en creer que podría hacer algo con su vida vulgar. Pero, cuando tu cabeza y tus sentimientos son como un colador, cuando eres incapaz de comprometerte con lo que sea o con quien sea, ¿puedes extrañarte de que tu vida sea un auténtico desastre? El caso es que su mujer quiere dejarlo, su amante anhela un bebé y con su biografía un cineasta de vanguardia pretende hacer... ¡un documental sobre el fracaso! Para colmo, caballero andante de la guerra de los sexos, Bogus, con un «arma» que deja bastante que desear tiene un complejo mucho más serio que el de cualquier otro. Porque cualquier otro ¡nunca tuvo que beber tanta agua! Esta segunda novela del gran escritor norteamericano John Irving es sin duda una de las más divertidas de su ya notable y brillante obra.

Lectulandia

John Irving

La epopeya del bebedor de agua

ePub r1.0

Titivillus 25.05.2018

Título original: *The Water-Method Man*
John Irving, 1972
Traducción: Iris Menéndez
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

El autor expresa su reconocimiento al director Irvin Kershner, por una valiosa y emocionante experiencia fílmica en 1969 y 1970, y a la *Rockefeller Foundation* por su ayuda durante 1970 y 1971. Asimismo, el autor está particularmente agradecido a Donald A. Harrington. Un pasaje fundamental de este libro es suyo.
A Shyla

Yogur & agua a mares

Me lo recomendó su ginecólogo. Paradójico: el mejor urólogo de Nueva York es francés. Dr. Jean Claude Vigneron: CITAS CONCERTADAS. Concerté una.

—¿Le gusta más Nueva York que París? —pregunté.

—En París me atrevía a tener coche.

—Mi padre también es urólogo.

—Si no sabe lo que le pasa a usted, tiene que ser muy ignorante —dijo Vigneron.

—No se trata de algo específico —respondí. Conocía muy bien la historia de mi dolencia—. A veces es uretritis no específica, una vez fue prostatitis no específica. En otra ocasión tuve blenorragia... pero esa es harina de otro costal. Y en una ocasión el culpable había sido, lisa y llanamente, un microbio común. Pero en todos los casos fue algo no específico.

—A mí me parece muy específico —afirmó Vigneron.

—No —dije—. A veces responde a la penicilina, a veces lo resuelven las *sulfas*. En un caso me curé con *Furadantin*.

—Ahí está. ¿Comprende? La uretritis y la prostatitis no responden al *Furadantin*.

—Ahí está. ¿Comprende *usted*? —dije—. Esa vez era otra cosa. No específica.

—Específica —dijo Vigneron—. No puede pretender nada más específico que el tracto urinario.

Me lo demostró. En su camilla de reconocimiento intenté mantener la calma. Me entregó un seno perfecto de plástico, tan encantador como el mejor que haya visto: color y textura realistas, un pezón delicioso y erecto.

—Dios mío...

—Muérdalo —dijo—. Olvídese de mí.

Agarré la extraña teta y la miré fijamente. Estoy seguro de que mi padre no emplea artilugios tan modernos. Si tienes una erección, la malévola varilla de cristal entra con más facilidad. Recuerdo haber tensado un músculo, esforzándome para no gritar.

—Muy específico —dijo Jean Claude Vigneron, quien respondió en taimado francés cuando le dije que era como mínimo original tener un seno cuyo pezón uno podía morder sin reservas.

El diagnóstico de Vigneron sobre mi achaque se comprende mejor dentro de cierta perspectiva histórica. El mear estrambótico y doloroso no es ninguna novedad para mí.

En los últimos cinco años he padecido siete veces este trastorno innominable. Una vez fue la blenorragia, pero esa es harina de otro costal. En general, por la mañana el aparato está sencillamente atascado. Un cuidadoso pellizco arregla las cosas, o casi las arregla. Orinar suele ser un desafío, con sensaciones siempre nuevas y sorprendentes. Además, resulta absorbente: te pasas el día anticipando la siguiente meada. Ni hablar de sexo. El orgasmo es un momento auténticamente culminante.

Correrse es una experiencia lenta... el largo y accidentado viaje de un burdo y descomunal rodamiento de bolas. En el pasado había renunciado por completo a las relaciones sexuales. Pero la abstinencia me lleva a beber, lo que hace que el pis arda: todo se convierte en un círculo hostil.

Y siempre un diagnóstico no específico. Nunca se detectan nuevas y aterradoras cepas de, quizás, enfermedades venéreas asiáticas. Prudentemente, nunca se menciona «un tipo de infección». Se prueban diferentes fármacos y, en última instancia, alguno funciona. *La enciclopedia médica del hogar* descubre vagos y siniestros síntomas de cáncer de próstata. Pero el médico siempre me dice que soy demasiado joven. Y yo siempre estoy de acuerdo con él.

Ahora Jean Claude Vigneron mete su varilla de cristal en el problema. Un defecto de nacimiento, específicamente. No me sorprende: ya sospechaba de la existencia de varios.

—Su tracto urinario es un sendero estrecho y serpenteante.

Asimilé bastante bien la noticia.

—Los norteamericanos son muy tontos con respecto al sexo —dijo Vigneron y, por experiencia propia, me sentí incapacitado para discutir—. Creen que todo es lavable, pero la vagina sigue siendo la cosa más sucia del mundo. ¿No lo sabía? Todo orificio no expuesto alberga cientos de bacterias inofensivas, pero la vagina es una anfitriona superior. Digo «inofensivas»... pero no para usted. Los penes *normales* las expulsan.

—¿Pero no mi sendero estrecho y serpenteante? —dije, pensando en sus extrañas grietas, donde centenares de bacterias podían estar llevando una vida secreta.

—¿Ha visto? —dijo Vigneron—. ¿Acaso eso no es específico?

—¿Cuál es el tratamiento recomendado? —todavía sostenía el pecho de plástico. Un hombre con un pezón de valor incalculable puede ser valiente.

—Tiene cuatro alternativas —dijo Vigneron—. Hay montones de medicamentos y siempre funcionará alguno. Siete veces en cinco años no es sorprendente, teniendo en cuenta unas vías urinarias como las tuyas. Y el dolor no es intenso, ¿verdad? Puede vivir con este inconveniente periódico para mear y follar, ¿no?

—Ahora he rehecho mi vida —dije—. Quiero cambiar.

—Entonces deje de follar —sentenció Vigneron—. Piense en la masturbación. Siempre podrá lavarse la mano.

—No quiero cambiar *tanto*.

—¡Notable! —gritó Vigneron. Es un hombre elegante, robusto y seguro de sí mismo: apreté a fondo el pecho de plástico—. Notable, notable... usted es mi décimo paciente norteamericano que enfrenta estas opciones y todos han rechazado las dos primeras.

—¿Y eso qué tiene de notable? —repliqué—. No son opciones muy atractivas.

—¡Para *norteamericanos*! —precisó Vigneron—. En mis tiempos parisinos, tres de mis pacientes escogieron seguir así. Y uno, que no era ningún viejo, renunció a

follar.

—Aún no sé cuáles son las otras dos —dije.

—Siempre hago una pausa en este punto. Quiero conjeturar cuál elegirá usted. Con los norteamericanos nunca me he equivocado. Es un pueblo previsible. Siempre quieren cambiar de vida. Nunca aceptan aquello con lo que han nacido. ¿Y en su caso? En su caso, *lo percibo*. ¡Para usted, el método del agua!

Su tono me resultó ofensivo. Con el pecho en la mano, decidí que el método del agua *no* sería para mí.

—Es un método falible, por supuesto —admitió Vigneron—. Un término medio, en el mejor de los casos. En lugar de siete veces en cinco años, quizás una vez en tres años... más probabilidades de salud, eso es todo.

—No me gusta.

—Aún no lo ha probado —dijo el médico—. Es muy sencillo. Bebe agua a mares antes de follar. Bebe agua a mares *después* de follar. Y se cuida con el alcohol, que hace felices a las bacterias. En el Ejército francés hacíamos una ingeniosa prueba de curación en los casos de blenorragia. Les aplicábamos la dosis normal de penicilina. Después, cuando decían que se creían curados, les dábamos tres cervezas antes de acostarse. Si por la mañana había pus, más penicilina. Usted solo necesita agua a mares. Con su curioso tracto urinario, necesita cantidades copiosas. Después del contacto sexual, acuérdesese de levantarse a mear.

El pecho que tenía en la mano solo era de plástico.

—¿Pretende que tenga relaciones sexuales con la vejiga llena? Es doloroso.

—Es diferente —coincidió Vigneron—. Pero tendrá erecciones más turgentes. ¿No lo sabía?

Le pregunté cuál era la cuarta alternativa y sonrió.

—Una operación sencilla —dijo—. Cirugía menor.

Hundí la uña del pulgar en el pezón de plástico.

—Resolvemos su problema —dijo Vigneron—. Ensanchamos el sendero. No lleva ni un minuto. Lo anestesiamos, naturalmente.

Tenía en la mano una absurda glándula mamaria sintética, una falsificación evidente. La solté.

—Debe de doler un poco —dije—. *Después* de la operación, me refiero.

—Más o menos cuarenta y ocho horas. —Vigneron se encogió de hombros: todo dolor le parecía igualmente tolerable.

—¿Y no puede anestesiarme durante cuarenta y ocho horas? —le pregunté.

—¡Diez de cada diez! —se regocijó Vigneron—. ¡Todos preguntan lo mismo!

—¿Cuarenta y ocho horas? ¿Cómo meo?

—A la mayor velocidad posible —dijo, hurgando el pezón erecto en la camilla, como si fuera un botón para llamar a las enfermeras y los anestesistas... pidiéndoles que le alcanzaran el bruñido escalpelo con el que ejecutar esta hazaña quirúrgica. Me lo imaginé. Una versión más delgada de un *Roto-Rooter*. Una larga navaja tubular,

como una miniatura de la boca de una lamprea.

El Dr. Jean Claude Vigneron me observó como si yo fuese una pintura a la que todavía no había dado la última pincelada.

—¿El método del agua? —conjeturó.

—Diez de cada diez —dije, solo para complacerlo—. ¿Alguno de sus pacientes se decidió por la operación?

—Solo uno —respondió Vigneron—, y supe que lo haría desde el principio. Era un tipo de hombre práctico, científico, que no se andaba con tonterías. En la camilla fue el único que desdeñó la teta.

—Un hombre duro —comenté.

—Un hombre *seguro de sí* —dijo Vigneron. Encendió un fétido *Gauloise* e inhaló sin temor.

Más adelante, viviendo con el método del agua, pensé en sus cuatro alternativas y se me ocurrió la quinta: los urólogos franceses son matasanos, búscate otra opinión, búscate muchas más opiniones... cualquier otra opinión...

Tenía en la mano un seno de verdad cuando telefoneé a Vigneron para decirle que debía ofrecer esta quinta alternativa a sus pacientes.

—¡Notable! —gritó.

—No me diga. ¿Diez de cada diez?

—¡Diez de cada diez! —vociferó—. Y siempre unos tres días después del examen. ¡Llegó usted justo a tiempo!

Me quedé callado. En mi mano, el pecho de ella me parecía de plástico. Pero solo durante ese instante de silencio; ella cobró vida cuando Vigneron atronó.

—¡No se trata de otra *opinión*! No se engañe a sí mismo. La geografía de su tracto urinario es un *hecho*. Podría trazarle un mapa, en escala...

Colgué.

—Nunca me han gustado los franceses —le dije a ella—. Tu ginecólogo debía de tenerla tomada conmigo, de lo contrario no me habría recomendado a ese sádico. Odia a los norteamericanos. Estoy seguro de que por eso vino aquí con sus puñeteras varillas de cristal...

—Paranoia —dijo ella, con los ojos cerrados. No es muy parlanchina.

«Palabras», dice, con su estilo fáctico. Hace un gesto indicativo de lo que piensa de las palabras: levanta un pecho con el dorso de la mano. Tiene unos pechos generosos, que necesitan sostén. Me encantan sus pechos; me hacen preguntarme cómo la teta falsa de Vigneron pudo haber ejercido algún efecto sobre mí. Si tuviera que pasar otra vez por lo mismo, no cogería la teta. Bien, sí, la cogería. *Ella* nunca necesitaría un artilugio como ese, sin embargo. Es una persona práctica, que no se anda con tonterías; una persona con agallas, segura de sí. Si le propones las cuatro alternativas, elegirá la operación. Lo sé; se lo he preguntado.

—Cirugía —dijo—. Si algo *puede* arreglarse, hay que arreglarlo.

—El agua no está tan mal —dije—. *Me gusta* el agua. Me hace bien en muchos sentidos. Y tengo erecciones más turgentes. ¿No lo sabías?

Levanta el dorso de su mano y un pecho se yergue. La verdad es que ella me gusta muchísimo.

Se llama Tulpen. En alemán significa tulipán, pero sus padres no sabían que ese nombre era alemán ni lo que significaba cuando se lo pusieron. Sus padres eran polacos. Murieron pacíficamente en Nueva York, pero Tulpen nació en un hospital de la RAF, en las afueras de Londres, durante el bombardeo aéreo. Allí había una enfermera muy amable y bonita que se llamaba Tulpen. Les gustaba esa chica, querían olvidar todo lo referente a Polonia, y creían que era sueca. Nadie descubrió qué significaba Tulpen hasta que ella misma estudió alemán en el instituto, en Brooklyn. Volvió a su casa y se lo dijo a sus padres. Ellos se asombraron, pero no fue esa la causa de su muerte ni nada parecido: solo era un hecho. Nada de esto es importante; solo se trata de hechos. Pero esos son los momentos en que Tulpen habla, cuando hay hechos. Y no hay muchos.

Siguiendo su ejemplo, comencé por un hecho: mi tracto urinario es un sendero estrecho y serpenteante.

Los hechos son verdades. Tulpen es una persona muy veraz. Yo no tanto. De hecho, soy bastante mentiroso. La gente que me ha conocido realmente suele creerme cada vez menos. Tiende a pensar que siempre miento. ¡Pero ahora estoy diciendo la verdad! Recuérdalo: no me conoces.

Cuando hablo así, Tulpen levanta un pecho con el dorso de su mano.

¿Qué demonios tenemos en común? Me atenderé a los hechos. Los nombres son hechos. Tulpen y yo tenemos en común la negligencia de nuestros nombres. El suyo fue un error, lo que le importa un pimiento. Yo tengo varios; como el de ella, son bastante accidentales. Mis padres me pusieron Fred y nunca pareció molestarles que prácticamente nadie más me llamara así. Biggie me llamaba Bogus. Fue un invento de Couth, mi más viejo y querido amigo, que acuñó el apodo la primera vez que me pescó mintiendo. Cuajó. Casi todos mis amigos me llamaban así y Biggie me conoció en esa época. Merrill Overturf, que sigue sin aparecer, me llamaba Boggle. Como con cualquier otro nombre, existían vagas razones. Ralph Packer me bautizó Thump-Thump, apelativo que desprecio. Y Tulpen me llama por mi apellido, Trumper. Sé por qué: es lo más próximo a un hecho que puede existir en un nombre. Los apellidos masculinos no suelen cambiar. De modo que casi siempre soy Fred «Bogus». Trumper. Es un hecho.

Los hechos se me escapan lentamente. Para no perderme, los repetiré. Ahora hay dos. Uno: mi tracto urinario es un sendero estrecho y serpenteante. Dos: Tulpen y yo tenemos en común la negligencia de nuestros nombres. Y no mucho más, probablemente.

¡Un momento! Estoy llegando a un tercer hecho. Tres: ¡creo en los rituales!

Quiero decir que siempre ha habido en mi vida cosas como el método del agua: siempre ha habido rituales. Nunca ninguno ha durado mucho (le dije a Vigneron que llevaba una nueva vida, que quería cambiar, y esto es verdad), pero siempre he pasado de un ritual a otro. Ahora es el método del agua. Cierta perspectiva histórica sobre mis rituales llevaría algún tiempo, pero el método del agua está claro. Además, Tulpen y yo compartimos un temprano ritual matutino, o algo así. Aunque el método del agua me hace levantarme un poco más temprano —y algunas veces durante la noche—. Tulpen y yo hemos persistido en esta rutina. Me levanto, meo, me cepillo los dientes y bebo agua a mares. Ella pone la cafetera y una pila de discos. Volvemos a encontrarnos en la cama para tomar el yogur. Siempre yogur. Ella tiene un cuenco rojo y yo uno azul, pero si son de distinto sabor nos intercambiamos los cuencos varias veces. Lo mejor es un ritual flexible y el yogur es cómodo, un alimento natural muy benigno para la boca por la mañana. No hablamos. Esto no es nuevo para Tulpen, pero ni siquiera yo hablo. Escuchamos los discos y tomamos yogur. No conozco muy bien a Tulpen, pero aparentemente siempre lo ha hecho así. Yo introduje un agregado en su ritual: cuando se acaba todo el yogur hacemos el amor largamente. Después el café está listo y lo tomamos. No pronunciamos una sola palabra mientras suenan los discos. La única variante introducida por el método del agua es secundaria y llega en algún momento después de hacer el amor y durante el café. Me levanto a orinar y bebo cantidades industriales de agua.

No llevo mucho tiempo viviendo con Tulpen, pero tengo la sensación de que si hubieran pasado años y años, no la conocería mejor.

Los dos tenemos veintiocho años, pero en realidad ella es mayor: ha superado la etapa de tener que hablar de sí misma.

El apartamento es de Tulpen, lo mismo que todo su contenido. Dejé a mi hijo y mis cosas con mi primera y única esposa.

Dije al Dr. Jean Claude Vigneron que rehíce mi vida, etc.; dije que cierta perspectiva histórica sobre mis rituales llevaría algún tiempo; también dije que no soy del todo veraz. Pero Tulpen sí. Me ayuda a mantener el orden levantando un pecho con el dorso de la mano. En un santiamén aprendí a no hablar mientras suenan los discos. Aprendí a decir únicamente lo esencial (aunque la gente que me ha conocido se sienta inclinada a decir que estoy mintiendo incluso ahora. Que se jodan, digo yo, por semejante pesimismo).

Mi tracto urinario es un sendero estrecho y serpenteante, y ahora mismo hay yogur y agua a mares. Me ceñiré a los hechos. Quiero cambiar.

Cosas construidas en tiempos de guerra

Entre otras cuestiones, a Fred Bogus Trumper le gusta recordar a Merrill Overturf, el diabético. En la etapa iowana de Trumper, sus recuerdos de Overturf son especialmente enternecedores. Contribuye, para mayor precisión, que algo de Overturf esté grabado en cinta.

Qué escapismo. Trumper escucha a Merrill en Viena... mientras mira por su ventana de Iowa, a través de una tela metálica oxidada y el ala de un saltamontes gordo; ve avanzar lentamente un camión todo cagado, lleno de puercos hasta los topes. Por encima de los gruñidos de los cerdos, Bogus escucha la cancioncilla que compuso Merrill en el Prater... posteriormente usada, afirmó Merrill, para seducir a Wanga Holthausen, una profesora de canto del coro de Los Niños Cantores de Viena. La música de fondo es de la pista de *karting* del Prater, donde una vez Merrill Overturf batió el récord en veinte vueltas. Probablemente todavía lo conserva.

Hay ligeras distorsiones en la cinta; luego Merrill cuenta su historia natatoria, la referente al tanque en el lecho del Danubio. «Solo se ve con luna llena. Has de obstruir la luna con la espalda», dice Merrill, «para cortar el reflejo». Después, de una forma u otra te arqueas para salir del agua y mantienes la cara «aproximadamente a quince centímetros por encima de la superficie... sin perder de vista en ningún momento el muelle de la *Gelhafts Keller*». Te las arreglas para conservar esta postura sin agitar el agua «y si el viento no produce una sola ola, el cañón del tanque se eleva hasta donde creerías que puedes tocarlo, o que está perfectamente apuntado para hacerte saltar por los aires. Y en línea recta con el muelle, la escotilla superior del tanque se abre, u ondula en el agua, o *da la impresión* de abrirse. Pero solo si he sido capaz de mantener la cara aproximadamente quince centímetros por encima de la superficie del agua...». A continuación, con mentalidad de diabético, Merrill anuncia que dicho esfuerzo siempre influye en su glucemia.

Bogus Trumper da un manotazo al botón de *REWIND*. El camión con cerdos ha desaparecido pero, al otro lado de la tela metálica, el saltamontes mantiene sus alas extendidas, más perfectas y complejas que una serigrafía oriental y Trumper, entrecerrando los ojos a través de su primorosa malla, ve a Mr. Fitch, el vecino jubilado, rascando su césped seco y excesivamente rastrillado. *Crach-crach* hace Mr. Fitch, apremiando a la última hormiga a que abandone sus hierbas. La única forma soportable de observar a Fitch es a través del ala de un saltamontes.

El coche que ahora se desplaza penosamente hasta el bordillo —al que Mr. Fitch saluda con su rastrillo— lleva a Biggie, la mujer de Trumper, a su hijo Colm, y tres neumáticos de repuesto. La cara de Trumper aplastada contra la tela metálica sobresalta al saltamontes, cuyo repentino aleteo sobresalta a Trumper... que se tambalea y pierde el equilibrio, arrancando con la cabeza la tela metálica podrida de su marco. Al sujetarse, Bogus suelta también el marco, y lo que su sobresaltada mujer ve es el precario equilibrio del marido, cuya cintura es el eje del inexplicado vaivén

en el alféizar de la ventana.

—¿Qué estás haciendo? —le grita Biggie.

Bogus busca el magnetofón con el pie y lo arrastra hacia él como si fuera un ancla. Recupera el equilibrio arrodillándose sobre el panel de controles. El magnetofón está confundido: una rodilla dice *FULL SPEED FORWARD*, la otra dice *PLAY*. En voz alta, Merrill Overturf balbucea de buenas a primeras: «... con el muelle, la escotilla superior del tanque se abre, u ondú...».

—¿Qué? —pregunta Biggie—. ¿Qué estás haciendo?

—Estoy reparando la tela metálica —dice Trumper y saluda con la mano tranquilizadamente a Mr. Fitch, que le devuelve el saludo con su rastrillo. A Mr. Fitch no le afligen balanceos en las ventanas ni chillidos extraños: está acostumbrado a diversas demostraciones de desequilibrio en esa casa.

—Bien —dice Biggie, con una cadera ladeada formando asiento para Colm—, bien, los pañales no están listos. Alguien tendrá que ir a la lavandería para sacarlos de la secadora.

—Iré yo, Big —dice Bogus—, en cuanto haya reparado la tela metálica.

—¡No será nada fácil! —grita Mr. Fitch, apoyado en su rastrillo—. ¡Hecha durante la guerra! —chilla—. ¡Malditas cosas construidas en tiempos de guerra!

—¿Las telas metálicas? —pregunta Bogus desde su ventana.

—¡Toda su casa! —aúlla Fitch—. ¡Todas esas casas de una planta que levantó la universidad! ¡Construidas en tiempos de guerra! ¡Materiales baratos! ¡Mano de obra femenina! ¡Basura! —pero Mr. Fitch no tiene la intención de ser antipático. Todo lo que esté vagamente relacionado con el esfuerzo bélico lo altera. Fue una época nefasta para él: era demasiado viejo para participar, incluso entonces, de modo que luchó en el frente interno, con las mujeres.

Al otro lado de los visillos de la ventana de su porche delantero, la diminuta esposa de Fitch se agita, nerviosa. *¿Quieres tener el quinto ataque, Fitch?*

Trumper examina el metal podrido y comprueba que la acusación es cierta. La madera parece esponja, la malla está quebradiza por el óxido.

—Bogus —dice Biggie, andando por la calzada—, yo repararé eso. Tú eres un patoso para esas cosas.

Trumper vuelve a deslizarse hacia adentro, traslada el magnetofón a la seguridad de un estante alto y observa a Mrs. Fitch ante su cortina transparente, haciendo señas a Mr. Fitch para que entre.

Más tarde, Bogus va a buscar los pañales. En el camino de regreso a casa, se cae el faro derecho del coche y pasa por encima de él. Mientras cambia el neumático delantero, piensa que le gustaría conocer a alguien que crea que su coche es peor. *Se lo cambiaría sin decir ni pío.*

Pero lo que Trumper cree que realmente desearía saber es si hay alguien debajo de la escotilla superior de ese tanque. O si realmente es un tanque; si Merrill Overturf lo vio; incluso si Merrill Overturf sabe nadar.

Viejas tareas & novedades en las cañerías

Bogus Trumper
918 Iowa Ave.
Iowa City, Iowa

20 de sept. de 1969

Mr. Cuthbert Bennett
Casero, Finca Pillsbury
Mad Indian Point
Georgetown, Maine

Mi querido Couth:

¿Cómo mantienes los diecisiete cuartos de baño con sus cañerías ahora que todos los Pillsbury te han abandonado?

¿Ya has decidido en qué dormitorio principal, con qué vista al mar pasarás el invierno?

Biggie y yo te agradecemos que hayas convencido a los Pillsbury de que éramos huéspedes fiables en el cobertizo para botes. Fue una hermosa semana de reanimación para nosotros, Couth... y un respiro dejar a mis progenitores.

Con ellos pasamos un verano muy curioso. Great Boar's Head es el mismo panorama estival de siempre: una clínica de reposo para moribundos que aparentemente creen que un trimestre de jadeos de aire salado conservará sus pulmones durante otro invierno. El negocio de mi padre prospera en verano. Una vez me dijo algo de los viejos: lo primero que falla es su vejiga. ¡El paraíso de un urólogo en la costa de New Hampshire!

Pero ya *fue* algo que el viejo nos dejara su sótano en julio y agosto. Desde que fui desheredado, evidentemente Madre ha sentido apremios abuelísticos; la oferta veraniega que nos hicieron debió de surgir del deseo de Mum de ver a Colm, no a Biggie ni a mí. Y en apariencia, mi padre relajó un tanto su anterior ultimátum financiero... aunque a mí su leve ablandamiento no me conmovió más de lo que me había conmovido el corte de los víveres. Además, me cobró alquiler por el sótano.

Antes de nuestra partida, el buen médico peroró: «Dejemos las cosas así, Fred. Te las arreglarás por tu cuenta durante cuatro años y he de reconocer que estoy impresionado. Esperemos a que consigas ese doctorado y apruebes los cursos; creo que entonces Mum y yo podremos ayudaros a ti, a Biggie y al pequeño Colm con unos ahorrillos. Ese Colm es un tesoro».

Mum besó a Biggie (cuando mi padre no miraba) y los tres nos apretujamos en el coche para volver a Iowa City. Tres neumáticos y dos correas de ventilador después estábamos en nuestra casa de una planta construida en tiempos de guerra. El viejo no

me dio ni un centavo para los peajes.

Lo que me recuerda algo importante, Couth... si tienes algo disponible. Solo los peajes se llevaron veinte billetes y ni siquiera he pagado las facturas de las tarjetas de crédito del viaje de julio al este. Y en Michigan City, Indiana, vivimos una experiencia *Holliday Inn* que con toda probabilidad significará la prematura retirada de mi tarjeta de Gulf.

¡Pero! Hay un resquicio de sol en esta penumbra. El Dr. Wolfram Holster, tutor de mi tesis, me ha dado un mendrugo del Fondo de Literatura Comparada, como él insiste en decir. Para ganarme mi mendrugo, paso las cintas que escuchan los alumnos del primer curso de alemán en el laboratorio de idiomas. Mi compañero de despacho y colega pasador de cintas en el laboratorio es un taimado pedantillo, Zanther, cuya interpretación y traducción «supraliteral» de Borgetz está siendo anunciada en el ejemplar de este mes de *The Linguist*. Le mostré a Zanther el grueso de lo que escribí en el verano para mi tesis; lo leyó todo en una tarde y me dijo que no creía que nadie lo publicara. Le pregunté qué tirada tenía *The Linguist*; desde entonces no nos dirigimos la palabra. Concluido mi servicio en el laboratorio — cuando sé que vendrá Zanther— mezclo ingeniosamente las cintas. Me dejó una nota al respecto. «Sé lo que estás haciendo», decía la nota, pegada a la que él sabía era mi cinta favorita. Yo también le dejé una nota. Decía: «*Nadie* sabe lo que estás haciendo *tú*». Ahora la comunicación se ha vuelto imposible entre nosotros.

Aun así, los fondos son escasos y mi mendrugo pequeño. Biggie ha vuelto a su antiguo trabajo en el hospital, repartiendo orinales entre los ancianos desde las seis de la mañana hasta mediodía, cinco días por semana. Desde luego, Colm se queda conmigo. El chico se levanta más o menos a la hora en que se va Biggie. Lucho para mantenerlo en la cama conmigo hasta casi las siete. Luego su reiterada información sobre el mal funcionamiento del inodoro me obliga a levantarme y llamar una vez más a Krotz, el fontanero.

Ya hemos visto bastante a Krotz. Subarrendé la casa este verano, ya lo sabes, a tres futbolistas, alumnos de un curso que era una capa de barniz sobre cultura universal. Sabía que los futbolistas podían ser tipos duros, que podían romper una silla o partir nuestra cama; hasta estaba preparado para encontrar violada a alguna tráfuga; pero tenía la certeza de que serían limpios. Ya sabes que los deportistas se duchan y desodorizan a cada rato. Estaba seguro de que no podían vivir en la mugre.

Bien, sí, el apartamento estaba limpio y ni siquiera encontramos dentro a una chica violada. Había unas bragas de Biggie clavadas en la puerta y el más culto de los tres había pinchado allí una nota en la que se leía «Gracias». Biggie se ofendió un poco; había guardado muy pulcramente toda nuestra ropa y le perturbó imaginar a unos futbolistas manoseando sus prendas interiores. Pero yo me sentí sumamente estimulado; la casa había sobrevivido y las becas de los deportistas habían pagado el alquiler. Después empezaron los problemas de fontanería y Biggie llegó a la conclusión de que la única razón por la que la casa se veía impecable era que los

futbolistas habían eliminado toda la basura por el inodoro.

Krotz ha metido su *Roto-Rooter* cuatro veces por nuestro retrete. Entre otras cosas ha recuperado seis calcetines deportivos, tres patatas enteras, una pantalla aplastada y un sostén pequeño... que obviamente *no* es de Biggie.

Telefoneé al Departamento de Deportes y me quejé. Al principio se mostraron muy preocupados. Un hombre me dijo: «Naturalmente no queremos que nuestros muchachos se hagan un mal nombre entre los propietarios locales». Afirmó que se ocuparía de todo. Luego me preguntó mi nombre y cuál era mi propiedad. Tuve que decirle que en realidad no era *mía*... sino que la alquilaba y se la había subarrendado a los deportistas durante el verano. «Ah, ¿usted es un *estudiante*?», me dijo. Tendría que habérmelo visto venir, pero respondí: «Eso es... estoy haciendo el doctorado en literatura comparada». Y él me dijo: «Bien, hijo, pídale al dueño de su casa que presente la queja por escrito».

Y dado que el dueño de la casa me advirtió que yo era responsable si la subarrendaba, todas las facturas de Krotz, el fontanero, me corresponden. Y créeme, Couth, que el uso del *Roto-Rooter* es caro.

Creo que entiendes lo que quiero decir... si dispones de algo.

Realmente pienso que has encontrado la forma de vida ideal, Couth. Mejor ser cuidador que necesitar cuidados. Menos mal que, en mi caso, este es el último año de sometimiento a este estilo de vida. Mi padre dice: «Con tu doctorado tendrás una profesión segura. Pero antes todos los profesionales tienen que soportar los padecimientos de su formación».

Mi padre —como supongo te habrá dicho con anterioridad— no se casó con Mum hasta *después* del colegio, *después* de la escuela de medicina, *después* de ser médico residente y *después* de establecerse en Great Boar's Head, New Hampshire. El único urólogo en el *Rockingham-by-the-Sea Hospital*. Después de un noviazgo de seis años —iniciado dos mil ciento noventa noches de masturbación atrás— con la buena y vieja Mum, mi padre consideró que había llegado el momento de contraer matrimonio.

Este verano le dije: «Mira, fíjate en Couth. Está instalado de por vida. Una mansión para él solo durante nueve meses del año, con todos los gastos pagados. Y apenas un verano de tres meses atendiendo a los Pillsbury, cuidando sus vastos jardines, calafateando sus botes y lavando sus coches; y lo tratan como a un miembro de la familia. ¿Conoces algo mejor?».

Mi padre respondió: «Pero Couth no tiene ninguna profesión».

Bien, Biggie y yo coincidimos en que para nosotros eres bastante profesional.

Tira de la cadena de los diecisiete inodoros en mi nombre.

Un abrazo,

Bogus

Rituales del ocaso en Iowa

Desde que su padre lo desheredara, aprendió a acumular pequeñas injusticias, lamentando que estas no se fusionaran, dejándole una sola herida significativa por la que pudiese sangrar y martirizarse sin culpa el resto de su vida.

Bogus pulsa el botón de grabar. «Acaparador de pequeñas injusticias», dice al micrófono con tono poco convincente, «me vi expuesto a la autocompasión a muy tierna edad».

—¿Qué? —pregunta Biggie: una voz baja y débil pasillo abajo.

—Nada, Big —le grita y se da cuenta de que también ha grabado esto. Mientras borra, trata de pensar cómo ha contraído la autocompasión. Oye decir a su padre: «De un virus». Pero Bogus está seguro de que él la inventó—. Lo hice solo —dice, con sorprendente convicción y luego nota que no lo ha grabado.

—¿Qué es lo que has hecho tú solo? —inquire Biggie, de pronto alerta desde el dormitorio.

—Nada, Big —pero resulta doloroso el asombro de su mujer ante la posibilidad de que él haga algo solo.

De un soplido quita pelos del panel de controles y se toca cautelosamente la frente; hace tiempo que sospecha que algún día el nacimiento de su pelo retrocederá lo suficiente para dejar al descubierto su cerebro. ¿Sería esa una humillación significativa?

Delante del micrófono, graba: «Es peligroso detenerse en pequeñas cuestiones emocionales».

Pero cuando intenta oírlo, descubre que ha hecho la declaración demasiado cerca de uno de los informes hospitalarios de su padre... grabado en el estudio del buen doctor en Great Boar's Head, con su madre y Biggie como público, escuchando la descripción de un día de ganarse la vida honradamente. Bogus está seguro de haberlo borrado, pero evidentemente dejó un fragmento. O es posible que algunas partes de los discursos de su padre tengan la capacidad de reproducirse. Bogus no lo considera del todo imposible.

«Es peligrosos detenerse en pequeñas cuestiones... vejigas que pueden infectarse fácilmente, aunque la clave principal reside en alguna complicación renal».

STOP. REWIND. BORRAR.

Con una breve risilla disimulada, Bogus graba: «Decido tener más cuidado al mear».

Bien pasada la medianoche, Bogus nota que se enciende una luz en la casa de al lado y ve que Mr. Fitch baja a pasos medidos el pasillo, con un pijama de rayas anchas. Su vejiga, piensa Trumper. Pero Fitch aparece en el porche, con la cara grisácea por la luz de la farola más cercana. ¡Fitch no puede dejar su jardín en paz!

Le preocupa que una hoja se haya estrellado en plena noche!

Pero Mr. Fitch se queda en el porche, con el rostro levantado, la mente más allá del jardín. Antes de volver a entrar mira la ventana iluminada, donde Bogus permanece inmóvil. Luego se saludan con la mano, Fitch avanza furtivamente hasta su misterioso pasillo y apaga la luz.

Los encuentros nocturnos. Bogus recuerda a Colm, echando un diente nuevo en Great Boar's Head. Colm siempre ha tenido una dentición difícil; mantenía casi toda la noche en vela a su madre y a Biggie. Una vez él las reemplazó y se escapó a dar un paseo por la playa, pasando junto a cada una de las casitas a oscuras hasta que olió a maría junto al porche de la casa de Elsbeth Malkas. *¡Elsbeth está pervirtiendo a sus padres!* Era una amiga de la infancia y habían crecido juntos (una vez, en la hamaca de ella). Ahora Elsbeth es profesora en un *College* y se habla de ella como la poeta de Bennington, adonde regresó a dar clases tres años después de graduarse.

—Es realmente incestuoso —le dijo Elsbeth a Biggie en una ocasión.

Y Biggie había contestado:

—No quiero saber nada de eso, de verdad.

En estos tiempos, pensó Trumper, la señal de aceptación de un hijo es tener tanto éxito como para pervertir a los propios padres. Trató de aplicarlo a su caso. ¡Con ropajes doctorales, pronuncia el discurso en la ceremonia de entrega de diplomas y luego impone un porro a su padre!

Bogus se arrastró furtivamente para ser testigo de esta maravilla generacional, pero la casa de los Malkas estaba a oscuras y Elsbeth, al divisar su silueta agazapada contra el fondo más claro del mar, se incorporó en su hamaca del porche. Elsbeth Malkas tenía el cuerpo fornido y graso, desnudo y húmedo; aspiraba hierba en su hamaca.

Desde la prudente distancia de un saliente más allá del porche, Bogus habló de la costumbre de Colm de echar dientes por la noche. Hubo un momento, después, en que podría haberse ido discretamente... cuando ella entró en la casa a buscar su diafragma. Pero el anticuado encanto de ese dispositivo lo conmovió; imaginó el diafragma rodeado de gomas de borrar, lápices y sellos postales —herramientas de la poeta, que necesitaba un escritorio lleno de receptáculos— y se sintió demasiado fascinado para largarse.

Se preguntó vagamente si cogería de Elsbeth lo que había cogido de ella tiempo atrás. Pero una vez en la hamaca, solo expresó su decepción porque Elsbeth se había insertado el diafragma en el interior de la casa.

—¿Para qué querías *verlo*? —le preguntó.

El no podía mencionar las gomas, lápices y sellos postales, ni el minúsculo fragmento arrugado de un poema inconcluso. Al fin y al cabo, con una poeta, uno podía fecundar hasta sus palabras.

Pero nunca le había gustado la poesía de Elsbeth y después caminó casi un kilómetro y medio por la playa antes de zambullirse en el mar, para cerciorarse de

que ella no lo oyera chapotear y se sintiera insultada.

Bogus informa al magnetofón: «Resuelvo apartarme un poco de mi camino por cortesía».

Las primeras luces del alba caen sobre el césped bien cuidado de Fitch y Bogus ve que el anciano anda otra vez con paso quedo por su porche, inquieto, observando. ¿Qué futuro me espera, piensa Trumper, si a su edad Fitch sigue padeciendo de insomnio?

Ahora es para mí un sueño

Ya no soy insomne. Tulpen se ha ocupado de ello. Sabe que no debe dejarme librado a mis propios recursos. Nos acostamos a una hora razonable, hacemos el amor, dormimos. Si me pesca despierto, hacemos el amor otra vez. A pesar de las ingentes cantidades de agua, duermo muy bien. Es durante el día cuando busco algo que hacer.

Solía estar muy atareado. Sí, estudiaba en la escuela para graduados con el fin de doctorarme en literatura comparada. El director de mi tesis y mi padre coincidían en cuanto al valor de la especialización. Una vez Colm se puso enfermo y mi padre se negó a recetarle. «¿Acaso un urólogo es un pediatra?». ¿Quién podía discutirsele? «Consulta a un pediatra. Estás haciendo un posgrado, ¿no? Entonces tienes que conocer la importancia de la especialización».

Claro que la conocía. Mi director, el Dr. Wolfram Holster, reconoció que nunca se había visto expuesto a una especialización como la mía.

He de confesar que el tema de mi tesis era raro. Mi tesis consistiría en una traducción original de *Akthelt y Gunnel*, una balada en antiguo nórdico bajo; en realidad, sería la *única* traducción de la balada. El antiguo nórdico bajo no es muy conocido. Se alude despectivamente a él en algunos poemas satíricos en antiguo nórdico oriental y antiguo nórdico occidental. El antiguo nórdico oriental es una lengua muerta, de la rama germánica septentrional, que dio lugar al islandés y el feroés. El antiguo nórdico occidental también ha muerto, lo mismo que el germánico septentrional. Se convirtió en sueco y danés. El noruego se desarrolló a partir de algo entre antiguo nórdico oriental y antiguo nórdico occidental. Pero la lengua más muerta de todas, el viejo antiguo nórdico bajo, nunca llegó a nada. De hecho, es un dialecto tan tosco que fructificó en una pieza única: *Akthelt y Gunnel*.

En mi traducción incluiría una especie de diccionario etimológico de antiguo nórdico bajo. El Dr. Holster estaba muy interesado en ese diccionario; consideraba que tendría alguna utilidad etimológica. Por eso aprobó el tema de la tesis; en realidad pensaba que *Akthelt y Gunnel* era una basura, aunque no podía demostrarlo: no sabía una sola palabra de antiguo nórdico bajo.

La parte del diccionario al principio me resultó muy difícil. El antiguo nórdico bajo es condenadamente antiguo y sus orígenes son más bien oscuros. En verdad, era más fácil mirar *hacia adelante*, al sueco y el danés y el noruego, para comprender en qué *se transformarían* los términos en antiguo nórdico bajo. Llegué a descubrir, esencialmente, que solo eran malas pronunciations de antiguo nórdico occidental y antiguo nórdico oriental.

Más adelante encontré la forma de facilitar la cuestión del diccionario. Dado que nadie sabía ni jota del antiguo nórdico bajo, podía fantasear. Inventé montones de orígenes etimológicos. Esto también facilitó la traducción de *Akthelt y Gunnel*. Comencé a crear muchas palabras. Es sumamente difícil distinguir el antiguo nórdico

bajo del antiguo nórdico bajo de creación.

El Dr. Wolfram Holster nunca se enteró de la diferencia.

Pero tenía dificultades para concluir la tesis. Me gustaría decir que la interrumpí por respeto a los protagonistas. Era una historia amorosa muy personal y nadie sabía qué significaba. Me gustaría decir que la interrumpí porque sentía que debía permitir que Akthelt y Gunnel conservaran su intimidad. Pero cualquiera que me conozca afirmaría que es un descarado embuste. Opinarían que la interrumpí porque odiaba la balada, sencillamente, porque estaba aburrido, o porque era vago, o porque había inventado tanto antiguo nórdico bajo que ya no estaba en condiciones de seguir la trama.

Existen elementos de verdad en lo que dirían, pero también es cierto que me conmovió profundamente *Akthelt y Gunnel*. En realidad, se trata de una balada horrible. Por ejemplo, resulta imposible imaginarse a nadie cantándola; en primer lugar, es muy larga. Una vez caractericé su métrica y su rima como «múltiple y flexible». De hecho, carece de rima: intenta rimar cuando puede. Y la métrica simplemente era desconocida para su anónimo autor. (Dicho sea de paso, imagino que la autoría corresponde a un ama de casa campesina).

Ha trascendido un falso supuesto acerca de las baladas de la época: como los personajes siempre eran reyes y reinas, príncipes y princesas, los autores también pertenecían a la realeza. Pero los campesinos escribían sobre esos reyes y reinas. La realeza no era la única clase convencida de que los monarcas eran seres superiores; una de las características del campesinado consistía en su convicción de que reinas y reyes eran superiores. Sospecho que buena parte de la población aún lo piensa.

Pero Akthelt y Gunnel *eran* superiores. Estaban enamorados; eran dos contra el mundo; eran formidables. Y también lo era el mundo. Yo creía conocer la historia.

Empecé siendo fiel al original. Mi traducción es literal en las primeras cincuenta y una estrofas. Luego seguí el texto bastante de cerca, haciendo uso únicamente de mis pequeños detalles, hasta la estrofa ciento veinte. Después traduje bastante libremente otras ciento cincuenta estrofas o algo así. Interrumpí en la doscientos ochenta e intenté de nuevo una traducción literal, solo para comprobar si no había perdido el tranquillo.

Gunnel uppvaktat att titta Akthelt.

Hanz kniv af slik lang.

Uden hun kende inde hunz hjert

Den varld af ogsa mektig.

Gunnel adoraba mirar a Akthelt.

Su cuchilla era muy larga.

Pero en el fondo de su corazón ella sabía

Que el mundo era demasiado fuerte.

Dejé de leer en esta estrofa desdichada y renuncié a *Akthelt y Gunnel*. El Dr. Holster se rio de esta estrofa. Biggie también. Pero yo no me reí. El mundo es

demasiado fuerte —¡lo veía venir!—, el autor estaba tratando de presagiar un destino inevitable. Con toda evidencia, Akthelt y Gunnel se irían al traste. Yo lo sabía y no quería ver cómo ocurría.

¡*Mentiras!*!, me denunciarían quienes me conocían entonces. ¡Solo es la proverbial capacidad sensiblera del viejo Bogus interpretando su propia sentimentalidad en todo lo que le rodea! El mundo era demasiado fuerte... para *él*. Se veía *a sí mismo* yéndose al traste... Era el único de nuestros conocidos capaz de ver una mala película y salir encantado, de leer un libro pésimo y llorar, si tenía algo que ver con *él*. ¡Cabeza de chorlito! ¡Corazón de puré! ¿Por qué crees que lo llaman Bogus? ¿Por *veraz*?

Que digan lo que quieran esos crueles *schlubs*. Ahora yo vivo en otro *varld*.

Cuando mostré a Tulpen la doscientas ochenta, reaccionó en su estilo solemne. Apoyó su cabeza en mi corazón y escuchó. Luego me hizo escuchar el suyo. Es lo que hace siempre que reconoce una situación vulnerable; no hay sarcásticos levantamientos de pecho cuando está conmovida.

—¿Fuerte? —preguntó. Yo estaba escuchando los latidos de su corazón. Asentí.

—*Mektig* —dije.

—¿*Mektig*? —le gustó el sonido y siguió jugueteando con la palabra. Jugar con las palabras era una de las cosas que realmente me gustaban del antiguo nórdico bajo.

Así son las cosas ahora. Yogur y agua a mares, cierta comprensión cuando la comprensión importa. Estoy muy bien. Todo se va solucionando. Está la cuestión de mi tracto urinario, por supuesto, pero en general las cosas se están arreglando.

Preludio del último puesto

Bogus Trumper
918 Iowa Ave.
Iowa City, Iowa

2 de oct., 1969

Mr. Cuthbert Bennett
Casero, Finca Pillsbury
Mad Indian Point
Georgetown, Maine

Mi querido Couth:

Acuso recibo de tu fino estímulo y tu muy generoso cheque. El *Iowa State Bank & Trust* nos tiene entre ceja y ceja a Biggie y a mí; me regodeo en la sensación que experimenté al arrojarles tu cheque a la cara. Si alguna vez Biggie y yo nadamos en la abundancia, te nombraremos nuestro casero honorario. De hecho, nos encantaría cuidar de ti, Couth... Ocuparnos de que comas lo suficiente durante tus largos y solitarios inviernos; de que des cuarenta cepilladas a tu melena antes de acostarte; de proporcionarte un fuego joven y primoroso para tu lecho seco por las corrientes marinas. En realidad, conozco exactamente el fuego joven y primoroso ideal para ti. Se llama Lydia Kindle. De veras.

La conocí en el laboratorio de idiomas. Cursa primero de alemán, pero muy poco más la ha afectado. Ayer se acercó a mí, gorjeando:

—Mr. Trumper, ¿no hay cintas con *canciones*? Quiero decir que ya *conozco* la conversación. ¿No hay baladas alemanas o incluso algo de ópera?

La entretuve; hojeé los archivos mientras ella se lamentaba de la ausencia de música en el laboratorio y en la vida en general. Es tímida como un gato pisoteado; tiene miedo de que su falda pueda rozarte la rodilla.

Lydia Kindle quiere que le susurren baladas alemanas en el oído. ¡O incluso *ópera*, Couth!

No albergo semejantes ilusiones musicales en el nuevo trabajo, mi empleo más degradante hasta la fecha. Vendo distintivos, banderines y cencerros en los partidos de fútbol del Iowa. Acarreo un gran tablero contrachapado de entrada en entrada, alrededor del estadio. El tablero es ancho e inclinado, con un pie tipo caballete; el viento lo tira; las pequeñísimas pelotas doradas se rayan, los distintivos se desportillan, los banderines se arrugan y ensucian. Tengo una comisión del 10% sobre lo que vendo.

«¡Solo un dólar por este banderín *Hawkeye*! ¡Una campana por dos pavos! ¡Distintivos grandes a solo setenta y cinco centavos! Un dólar, señora, por los broches con las pelotitas doradas adjuntas. A los críos les encantan; las pelotas son lo bastante pequeñas para que los mamones se las traguen. No, señor, esta campana *no está* rota. Solo un poco torcida. Estos cencerros son irrompibles. Sonarán eternamente».

Veo el partido gratis, pero detesto el fútbol. Y tengo que usar un delantal amarillo brillante con un gran bolsillo para el cambio. En la chaqueta llevo una insignia grande y brillante que dice: EMPRESAS *HAWKEYE* - VENTA AMBULANTE. Cada insignia está numerada; en el estadio nos comunicamos por números. La competencia por el mejor puesto es feroz. El sábado, Número 368 me dijo: «Este es mi puesto, 510. ¡Lárgate!». Usaba una corbata con pelotas rojas; vendió muchos más banderines, distintivos y cencerros que yo. Solo saqué el equivalente de una cajita trimestral de píldoras anticonceptivas para Biggie.

Alienta al Iowa, Couth. En el próximo partido podría sacar bastante para hacerme esterilizar.

Me han dicho que si alguna vez el Iowa gana un partido, venderemos mucho más. En nuestra reunión de precalentamiento, el jefe de concesiones de venta de *Empresas Hawkeye*, Mr. Fred Paff, nos trazó las líneas psicológicas generales de los forofos. Nos informó que los iowanos eran gente orgullosa, necesitada de un triunfador antes de adornar sus antenas aéreas y de lucir distintivos y broches en sus abrigos. «A nadie le gusta asociarse con un perdedor», nos dijo Paff. *A mí* me dijo: «Bien, los dos nos llamamos Fred. ¿Qué te parece?».

«Conozco a otro Fred en Spokane, estado de Washington», le comenté. «Podríamos tratar de poner algo en marcha».

«¡Qué sentido del humor!», gritó Fred Paff. «Te irá bien aquí. El sentido del humor es esencial con los hinchas».

Que se sepa, Couth, que tú tienes hinchas más leales y constantes que estos iowanos. Biggie y yo apreciamos casi tanto tus fotos como tu dinero. A Biggie le gustó especialmente tu «Autorretrato c/algas marinas». Sinceramente, sospecho que es ilegal enviar este tipo de fotos por correo, y no tengo la menor intención de insultar tu cuerpo, pero a mí me gustó más «Gaviota muerta Número 8».

Por favor, sumérgete en tu cuarto oscuro y haz una copia de una como esa para mí. Mejor dicho, haz que sea yo. Ponme boca abajo y más bien pálido; crúzame las manos como corresponda y coloca el ataúd listo cerca de mi cuerpo; entreabre la tapa, a la espera de Fred Bogus Trumper, que en cualquier momento podría sentirse tentado por ese lujoso forro de terciopelo. Destruye el negativo. Haz una sola copia de 24 × 30. Incluye sobreimpresas las caras de mi familia: el dolor sólido pero no amargo de Biggie, Colm jugando con la agarradera florida del ataúd. Por favor, da

una exposición insuficiente a mis padres. Mueve la boca de mi padre; mejor *emborrónala*. Está discursando sobre el difunto. El título es: «Todo profesional debe soportar los padecimientos de su formación». Luego pégala en un cartón negro mate y envía todo a la oficina administrativa de la Universidad de Iowa, con una breve nota de disculpa porque el difunto no pagó su matrícula que, dicho sea de paso, ha vuelto a incrementarse por votación de los administradores, y ahora incluye una tarifa adicional para recreación. Con el propósito de pagar, sin duda, las nuevas abrazaderas doradas y un desfile de carrozas el día del Regreso al Hogar: millones de rosas amarillas formando una espiga gigantesca.

Tienes la suerte de tener un cuarto oscuro, Couth. Te veo desnudo bajo su fantasmal luz piloto, flotando en productos químicos, revelando, ampliando; te estampas a ti mismo sobre una pulcra sábana blanca. Algún día, si hay tiempo, tienes que enseñarme fotografía. Lo que me sorprende es que todo puede controlarse. Recuerdo haberte observado mojando los positivos; vi cómo emergían y se definían las imágenes bajo el agua. No soporté más. Como si muchas cosas ameboides nadaran hasta ocupar su lugar, transformándose en un hombre.

Pienso en todo esto mientras traduzco la octogésima tercera estrofa de *Akthelt y Gunnel*. Lo que me fastidia es la última palabra: *Klegwoerum*. El director de mi tesis opina que debería ser «fértil». Yo digo «fecundo». Mi amigo Ralph Packer sugiere «fructuoso». Y Biggie opina que da igual. Hay una hiriente tonelada de verdad en lo que dice Biggie.

No obstante, creo que se está viniendo abajo. No es propio de ella, pero se está tomando a pecho que algún octogenario del hospital le toque el culo cuando vacía su orinal. Pero ya sabes que Biggie nunca llora. ¿Sabes lo que hace, en cambio? Busca un padraastro en algún dedo y tironea lentamente de él; la he visto estirar uno hasta más abajo de la primera articulación. Biggie sangra, pero no llora.

Couth, me he sentido muy próximo a ti desde que Elsbeth Malkas me contagió tus purgaciones. O ambos cogimos y compartimos lo que tenía Elsbeth. Los detalles de cómo empezaron las cosas nunca me parecieron importantes para nuestra amistad.

Una vez más, tira de la cadena de los diecisiete inodoros en mi nombre. Alegraría mi corazón saber que en algún sitio hay retretes que no están atascados con sensorios. Escoge una noche brumosa, abre las ventanas —el sonido rebota mejor en el agua cuando hay niebla— y tira de las cadenas. Desde aquí te oiré y me regocijaré.

Biggie te manda recuerdos. Está en la cocina despellejándose los dedos. Si no estuviera tan ocupada, le pediría un padraastro y lo incluiría. Un jirón de su entereza para que viaje intrépidamente desde Iowa hasta Maine.

Un abrazo,
Bogus.

Ralph Packer Films, Inc.

109 Christopher Street
Nueva York, N. Y. 10014

Tulpen y yo estamos trabajando. Ella se ocupa del montaje; en realidad, Ralph es su propio montador, pero Tulpen lo ayuda. También hace algo en el cuarto oscuro, aunque Ralph es, además, su propio revelador. Yo no sé nada de revelado y casi nada de montaje. Tengo a mi cargo la banda sonora; grabo la música; si hay sonido sincronizado, lo encajo correctamente; si hay voz superpuesta, la incluyo; si hay ruidos fuera de escena, los hago; si hay narrador, suelo ser yo. Tengo una voz grande y hermosa.

La película está prácticamente terminada cuando llega a mis manos, con casi todo el metraje inútil eliminado y la secuencia de tomas casi como la quiere Ralph, al menos aproximadamente empalmada... poco más o menos como en última instancia la montará él. Ralph es casi un hombre-orquesta, con alguna ayuda técnica de Tulpen y mía. Siempre es suyo el guión y la operación de cámaras; es *su* película. Pero Tulpen y yo somos unos técnicos fabulosos y está Kent, un chico del Ralph Packer Fan Club, que hace los recados.

Tulpen y yo no somos miembros del Ralph Packer Fan Club. El chico llamado Kent es el único miembro de ese club unipersonal. No intento sugerir que las películas de Ralph Packer sean desconocidas. La primera, *La cuestión grupal*, ganó el primer premio en el Festival Nacional de Cine Estudiantil. Mi voz grande y hermosa suena en esa película, que Ralph rodó mientras hacía su posgrado en el Seminario de Cinematografía de Iowa.

Lo conocí en el laboratorio de idiomas. En una pausa entre una sesión y otra, estaba montando cintas para primero de alemán cuando entró un hombre peludo arrastrando los pies. Probablemente veinte años, o cuarenta; probablemente estudiante o profesor, *trotskista* o granjero *amish*, humano o animal; un ladrón que salía torpemente de una tienda de fotografía, cargado de objetivos y fotómetros; un oso que después de una lucha encarnizada y violenta se comió a un fotógrafo. La bestia se me acercó.

Entonces todavía estaba haciendo mi traducción de *Akthelt y Gunnel*. Me sentí encarado por viejo Thak, el padre de Akthelt. A medida que avanzaba, un olor a

almizcle se movía con él. Un centenar de destellos de luz fluorescente emanaban de sus objetivos, hebillas y partes pulidas.

—¿Eres Trumper? —me preguntó.

Un tipo sensato, dije para mis adentros, lo confesaría todo ahora mismo. Reconocería que la traducción era un fraude, con la esperanza de que Viejo Thak volviera a su tumba.

—*Vroog etz?* —pregunté, solo para ponerlo a prueba.

—Bien —gruñó. ¡Me entendió! ¡Era Viejo Thak! Pero todo lo que dijo fue—: Ralph Packer —sacó una mano blanca de una manopla polar, que empujó hacia mí desde el puño de su chaquetón esquimal—. Hablas alemán, ¿no? ¿Y entiendes de cintas?

—Así es —dije prudentemente.

—¿Alguna vez has hecho doblaje? —me preguntó—. Estoy haciendo una película —un *pervertido*, pensé; me quiere para su película verde—. Necesito una voz alemana —agregó—. Un poco de alemán jocoso incorporado a la narración.

Conocía a esos estudiantes de cine. Paso por Benny's y veo por la ventana una bronca de campeonato, una chica con el sostén arrancado, tapándose las tetas. Me precipito dentro, hago caer a un operador de cámaras de su trénelin, me enredo los pies con los cables, choco contra un hombre que tiene las manos llenas de micrófonos. Y la chica dice, hastiada: «*Calma*, tú. Solo se trata de una maldita *pelí*». Y te echa una mirada que quiere decir: gracias a pirados como tú, hoy voy por el cuarto sostén.

—... bien, si te gusta jugar con cintas y magnetófonos —estaba diciendo Ralph Packer—. Superponer voces, mezclar tiempos, ya sabes, montar sonido. Hay un par de cosas que quiero hacer y tú podrás jugar... ya sabes, hacer lo que quieras. Tal vez darme algunas ideas...

En ese momento me impresionó: yo era vendedor ambulante de banderines futbolísticos y alguien insinuaba que incluso podía tener *ideas*.

—Oye —Ralph Packer me miró—, supongo que también hablas inglés, ¿no?

—¿Cuánto pagas? —le pregunté. Golpeó mi estantería de cintas con su manopla polar, arrojando un carrete que se agitó por los aires como un pez aturdido.

—¡Pagarte! —gritó. Un encogimiento de sus hombros hizo que oscilara un *zoom* alrededor de su cuello. Asaltaron mi mente escenas de Viejo Thak en un ataque de rabia.

*Aunque en plena chochez y débil
Por la flecha clavada en su pecho,
Más ancho que el barril de vino de Gurk,
Viejo Thak fue a zancadas hasta el arquero asesino
Y lo estranguló con su propia cuerda.
Luego, con su gran palma, encallecida
De sujetar las riendas de cien caballos,*

*Thak se hundió la flecha en su propio pecho
Y la sacó por la espalda, rugiendo poderoso.
Con el astil aún viscoso de su sangre anciana,
Thak mató al traicionero Gurk en una arremetida
Destripadora. Después el Gran Thak dio gracias a Gwolph
Y bendijo el banquete que sangriento se extendía ante sí.*

Así atronó Ralph Packer a través de las cabinas de escucha del laboratorio de idiomas, y un grupo de estudiantes de primero de alemán se arremolinó en la puerta mientras él vociferaba como un energúmeno.

—¡No te jode! ¿Que yo te pague? ¿Por brindarte una *experiencia*? ¡Y una *oportunidad*! Oye, Thumper —risillas disimuladas entre mis desleales estudiantes—, tú tendrías que pagarme a mí por lo que te ofrezco. ¡Estoy empezando y ni siquiera me pago a mí mismo! ¡He vendido mil quinientos jodidos banderines de fútbol para pagar un gran angular y tú quieres cobrar por tu educación!

—¡Espera! ¡Packer! —grité; él se encaminaba a la puerta, los estudiantes se dispersaban.

—Que te den por el culo, Thump-Thump —chilló y se volvió con expresión feroz hacia los estudiantes—: ¡Que le den por el culo, he dicho! —por un instante percibí el ciego pavor de los estudiantes y temí que todos cayeran sobre mí e impulsivamente le obedecieran. Pero corrí tras él. Lo encontré dando profundos y ávidos sorbos en la fuente de agua del pasillo.

—No sabía que vendías banderines —dije.

Más adelante, cuando quedó contento con mis juegos en la banda de sonido, Packer me dijo que algún día podría pagarme.

—Cuando pueda pagarme a mí mismo, Thump-Thump, habrá trabajo para ti.

Y Ralph Packer cumplió su palabra. *La cuestión grupal* tuvo un éxito moderado. ¿La parte en que se oye «Horst Wessel Song» por encima de la algarabía de una muchedumbre bebedora de cerveza en Benny's? Fue idea mía. Y también la parte de la reunión del Departamento de Matemáticas en la Universidad de Iowa, hablada en alemán y con subtítulos: «*Primero* los arrestáis con una orden judicial correcta, *luego* empezáis a arrestar a tantos que los juicios grupales se vuelven aceptables, *después* los tenéis tan preocupados por los campos de detención que ya no os molestan pidiendo una orden judicial, de modo que después...».

Era una especie de película propagandística. El mal estaba representado por la hostilidad innata de los grupos hacia el individuo. Sin embargo, no era un film político; todos los grupos aparecían igualmente desvirtuados. El enemigo era cualquier multitud unificada. Hasta un aula con cabezas que asentían: «¡Sí, sí, comprendo, coincido, *jawohl*».

Todos opinaron que *La cuestión grupal* era «innovadora». Una sola queja se oyó en contra, y llegó a Ralph en forma de carta, enviada por la Sociedad germano-norteamericana de Columbus, Ohio. Afirmaban que la película era antialemana;

según ellos «removía cenizas del pasado». No había nada especialmente *alemán* en los grupos, decían, y además los grupos no tenían nada de malo. Etiquetaban a Ralph de «chiflado». Nadie, ninguna persona real, firmaba la carta. Solo tenía un sello entintado: SOCIEDAD GERMANO-NORTEAMERICANA.

—Otro puñetero grupo —dijo Ralph—. Esa carta la escribieron más de mil quinientas personas. Es una jodienda, Thump-Thump, en realidad *yo no quise decir nada*. Quiero decir que *no sé* lo que quise...

Esto se sigue aplicando a Ralph; ha sido la crítica más importante a sus películas. Casi siempre las consideran «innovadoras», a menudo «sin pretensiones», en general «sinceras». Pero *The New York Times*, por ejemplo, percibe «cierta falta de resolución... no se compromete con un punto de vista». *The Village Voice* encuentra que «las visiones siempre procuran ser personales, auténticas y frescas, pero Packer no trata realmente los asuntos... un simple retrato de la acción parece satisfacerlo». Creo que a mí también me satisface.

—Mierda —dice Ralph—. Solo son *películas*, Thump-Thump —de hecho, yo encuentro especialmente refrescante su falta de «significación».

La cuestión grupal fue su única película propagandística y también la única que ganó un premio. Yo no trabajé en ninguna de las dos siguientes: estaba ocupado abandonando a mi mujer y a mi mente.

Ralph siguió con una larga excursión desde Iowa hasta Nueva York. *Soft Dirt* trataba de un grupo de *rock*. Ralph se limitó a seguir a *Soft Dirt* en una gira de conciertos. Entrevistas con sus chicas, tomas de los muchachos cortándose mutuamente el pelo, tomas de la competición de lucha de piernas organizada entre las chicas, tomas de lo que obtenían las ganadoras. El momento culminante de la película llega cuando el perro del director se electrocuta accidentalmente con un amplificador. El grupo canceló una semana de conciertos; por pura conmiseración, sus seguidores donaron alrededor de cincuenta canes. «Son todos muy bonitos», dijo el director, «pero ninguno como el viejo *Soft Dirt*». El perro también se llamaba así.

El tercer film trataba de un pequeño circo ambulante, al que Ralph siguió a través de una inacabable serie de funciones de una sola noche. Hay muchísimo metraje de la tienda armándose y desarmándose, y entrevistas con las trapecistas.

«¿El circo está muerto?».

«Dios... ¿por qué piensas eso?».

Y una larga secuencia sobre el cuidador del elefante que perdió tres dedos de la mano derecha cuando la bestia lo pisó.

«¿Todavía te gustan los elefantes?».

«Claro, me encantan los elefantes».

«¿Incluso el que te pisó la mano?».

«Especialmente ese elefante. No tenía la *intención* de pisarme la mano. Ni siquiera sabía qué estaba pisando. Yo puse la mano en su camino; habría pisado ese sitio de cualquier manera. Y se sintió muy mal con lo ocurrido».

«¿El elefante se sintió mal? ¿Sabía que te había pisado la mano?».

«¡Vaya, por supuesto que lo sabía! Le grité: ¡Me estás pisando la jodida mano! Claro que lo sabía, y por eso se sintió tan mal».

Sigue una serie episódica de tomas del elefante tratando de transmitir cuánto lo lamentaba. En mi opinión fue la peor película de Ralph. Ni siquiera recuerdo el título.

Pero ahora que vuelvo a ser su técnico de sonido, sus películas deberían mejorar... en un sentido sonoro, al menos. Ahora trabajamos en una que se llama *Allá en la granja*. El tema es una comuna *hippie* reunida bajo el nombre de Granja Libre. Los granjeros libres quieren que todo el mundo haga uso de la tierra... de cualquier tierra. Piensan que la propiedad privada es basura. La tierra debería ser de los que la *usan*. En Vermont tropiezan con ciertas dificultades, causadas por auténticos granjeros. Los granjeros auténticos opinan que la propiedad privada está muy bien. Los granjeros libres tratan de convencer a los granjeros auténticos de lo jodidos que están por no tener tierras libres. Parecen dirigirse hacia una confrontación. Un pequeño *College* de artes liberales de la zona dota de cierta confusión intelectual a la situación. Ralph sube a Vermont todos los fines de semana para ver si ya se ha producido la confrontación. Vuelve cargado de bobinas y bobinas, de cintas y cintas.

—Todavía se está cocinando —anuncia.

—Tal vez cuando llegue el invierno —le digo—, los chicos tendrán frío y hambre y abandonarán la tierra.

—Entonces filmaremos eso —dice.

—Tal vez no haya ninguna confrontación —insinúa.

—Tal vez no la haya —dice Ralph y Tulpen levanta su teta con el dorso de la mano.

El gesto irrita a Ralph. Tulpen ya trabajaba para él cuando llegué a Nueva York; Ralph le dio el trabajo porque se acostaba con él. Oh, fue hace mucho. Tulpen no sabía nada de montaje, pero Ralph le enseñó. En cuanto aprendió a hacerlo bien, dejó de acostarse con él. Ralph no la despidió porque es una montadora fantástica, pero a veces da la impresión de que toda la historia le molesta.

—Solo te acostaste conmigo para conseguir este trabajo —le dice.

—Tú solo me diste el trabajo porque me acostaba contigo —replica Tulpen, imperturbable—. ¿No te gusta mi trabajo? —le pregunta.

—Me gusta el trabajo.

El entendimiento entre ambos ha llegado a este punto muerto.

El chico llamado Kent, que hace los recados, es harina de otro costal.

Tulpen y yo en el cuarto oscuro; bebiendo café, preguntándonos dónde estarán las rosquillas. Tulpen recorta unas tomas fijas de Ralph, aún calientes por el secador, en la gran cortadora de papel. ¡Chas! Y hace dos semanas que no sé una palabra de la condenada Biggie. ¿Los otros chicos son buenos con Colm en la escuela? ¿Mi hijo todavía muerde?

—¿Te pasa algo? —pregunta Tulpen.

—El meano —digo—. Creo que vuelve a pegarse. Maldito método del agua...

—Ve a ver a tu médico, Trumper —dice ella con tono indiferente—. Hazte la operación.

¡Chas! Hace la terrible cortadora, y visiones de la sangre de Vignerón inundan mi mente.

Entra Kent.

—¡Eh! —*Eh tú, Kent*—. Eh, ¿habéis visto el nuevo metraje? Ahora sí que lo tiene.

—¿Tiene qué, Kent?

—Gran luz en el nuevo material. Ahora se está poniendo frío allá arriba. Hasta el tiempo cae sobre ellos. Alguien hará algún movimiento. Quiero decir que la jodida cámara lo está *anticipando*.

—Eso no significa que tenga que ocurrir, Kent.

Entra Ralph con una ráfaga de aire frío. Botas de piel de foca, manoplas polares, chaquetón esquimal, aunque apenas es otoño. Tratar de imaginarse a Ralph vivo en un clima tropical plantea un problema: tendría que cambiar su imagen peluda. Sería capaz de envolverse en mimbre y paja y cañas, como un canasto gigantesco.

—¡Eh! —le dice Kent—. Anoche vi *Rodillas blancas*.

—¿Las de quién? —pregunta Ralph. Todos sabemos que Kent no se come una rosca.

—Eh, ya sabes. *Rodillas blancas* —insiste Kent— es el nuevo film de Grontz.

—Ah, sí, sí —dice Ralph desmanoplándose, desbotándose, emergiendo entre sus lanas.

—Bien, es pésima —prosigue Kent—. Más de lo mismo, como toda su mierda anterior. Pesada, ¿entiendes?

—Sí, sí —dice Ralph, ahora destapado, mirando a su alrededor—. Falta algo.

—Esta mañana miré tu nuevo metraje —anunció Kent. Ralph piensa: ¿qué es lo que falta?—. Es fabuloso, Ralph. Hasta el jodido tiempo...

—Kent —dice Ralph—. ¿Dónde están las rosquillas?

—Estaba esperando a que llegaras —contesta Kent, ruborizado.

—Dos de jalea, un pastelito de crema —dice Ralph—. ¿Tulpen?

—Dos pastelitos de crema.

—¿Thump-Thump?

—Un buñuelo.

—Dos pastelitos de crema, dos rosquillas de jalea y un buñuelo, Kent —dice Ralph.

Cuando Kent sale a cumplir su misión, Ralph nos pregunta:

—¿Quién cuernos es Grontz?

—A mí que me registren —dice Tulpen.

—*Rodillas blancas* —digo yo—. Sabrá Dios...

—¿Kent fuma? —pregunta Ralph. Nadie tiene la menor idea—. Bien, si no lo hace —dictamina Ralph—, debería hacerlo. Y si lo hace, debería dejarlo.

Vuelve Kent, una mina de misterio e información.

—Dos rosquillas de jalea, dos pastelitos de crema, un buñuelo.

—Gracias.

—Gracias.

—Gracias, Kent.

—La nueva de Wardell se estrena el viernes por la noche, en el Beppo —informa Kent.

—No durará una semana —le digo y miro a Tulpen: ¿quién es Wardell? Su mirada dice: ¿dónde está el Beppo?

—Bien, bien —dice Ralph.

Observamos a Kent mientras atiborra la cafetera.

—No lo hagas impermeable, Kent —dice Tulpen.

Ralph está visiblemente alterado con sus dos rosquillas.

—Jalea *roja* —comenta, hundiendo un dedo cauteloso—. Me gusta morada.

—De uva, Ralph —digo.

—Sí, de uva —coincide—. Esta mierda roja es incomible.

Kent está preocupado.

—He oído decir que Marco está en la costa —nos informa—, con un éxito clamoroso.

—¿Cómo está el buñuelo, Thump-Thump?

—Es un buñuelo excelente, Ralph.

—Dos buñuelos, Kent —dice Ralph—. ¿Te comes otro, Thump-Thump?

—No —interviene Tulpen—. Está engordando.

—*Tres* buñuelos más, Kent —dice Ralph, hurgando en la asquerosa jalea roja.

—Tú *ya* estás gordo —le espeta Tulpen—. Trumper todavía puede salvarse.

—Tres buñuelos, Kent —reitera Ralph.

Cierta fricción estática escapa cuando Kent abre la puerta. Ralph presta atención a sus pisadas de paleta en la acera. Nos espera un conciliábulo reservado para nuestros oídos; siempre lo adivinamos. Ralph suele dar rodeos para evitar cualquier trato demasiado personal con Kent. Una especie de autoprotección profesional, supongo.

—Muchacho, Thump-Thump —dice; con sus anchos brazos nos atrae a Tulpen y a mí. —*Muchacho*, tendrías que haber visto a la tiorra que conocí anoche... —pero está mirando a Tulpen, esperando a que levante un pecho con el dorso de la mano. Ella es sutil con él; se vuelve. Avanza hacia la puerta y su codo se levanta un poco a sus espaldas—. ¡Te vi! —grita Ralph. Pero Tulpen ya no está; se cierra la puerta de la sala de montaje y quedo a solas con Ralph Packer, que —a pesar de (quizá *debido a*) que nunca sabe lo que quiere decir— es una vanguardia en el cine underground.

Estamos esperando los buñuelos.

Más correspondencia atrasada

Fred Trumper
918 Iowa Ave.
Iowa City, Iowa

3 de oct., 1969

Humble Oil & Refining Co.
Apartado 790
Tulsa, Oklahoma

Estimados señores:

Acuso recibo de su recordatorio. Al respecto, sí que considero mi crédito con ustedes como un «privilegio», y tengo la intención de evitar las «dificultades» a que hacen referencia.

Incluyo un cheque por \$3,00. Por tanto, mi saldo deudor se reduce a \$44,56, que por supuesto les enviaré en breve.

Mi hijo ha estado muy enfermo.

Agradecido,

Fred Trumper

(Tarjeta Esso. 657-679-896-22).

* * *

Fred Trumper
918 Iowa Ave.
Iowa City, Iowa

3 de oct., 1969

Mr. Harry Estes
Dept. de Cobros
Sinclair Refining Co.
Apartado 1333
Chicago, Illinois

Estimado Mr. Estes:

Adjunto un cheque por \$15,00. Aunque a sus ojos solo sea «una gota en el océano», para mí significa un considerable esfuerzo. Y pese a que mi saldo deudor, aún pendiente, es de \$94,67 —y sé «apreciar» su inquietud—, también significa un

gran esfuerzo poder controlarme para no responder a su grosera nota como me gustaría.

Ambos sabemos que probablemente su empresa no es tan conocida como otras. Permítame decirle, en virtud de mi prolongada y satisfactoria experiencia con otras empresas emisoras de tarjetas de crédito, que estas evidencian un grado de humor y tolerancia que la suya haría bien en imitar. Tal vez usted ignore qué es lo que hace conocida a una empresa conocida. Bien, se lo informaré: la *paciencia*.

¡Ay!, si incorporáramos en nuestros valores comerciales una mayor dosis de los valores que estimamos en los individuos, estoy seguro de que cada uno de nosotros estaría más contento con el otro.

Albergué las más elevadas esperanzas por su organización cuando aparecieron por primera vez con ese gran dinosaurio verde, tierno y amistoso. Mantengo la esperanza de que finalmente estén a la altura de su imagen.

Respetuosamente,

Fred Trumper

(Tarjeta Sinclair. 555-546-215-91).

* * *

Fred Trumper
918 Iowa Ave.
Iowa City, Iowa

3 de oct., 1969

Iowa-Illinois Gas & Electric
520 Jefferson St.
Iowa City, Iowa

Estimados señores:

Incluyo \$10,00 para disminuir mi saldo deudor; el resto, comprendo, es suficiente para justificar el cobro de un recargo por servicios. Asumo responsablemente dicho recargo, aunque espero sinceramente que reconozcan la seriedad de mi intención de liquidar este saldo, y que no interrumpan los servicios.

Y hablando de servicios debo decir, con toda franqueza, que Iowa-Illinois ha proporcionado la mejor electricidad que mi mujer y yo hayamos conocido. Sinceramente, en una ocasión vivimos en una parte del mundo donde las luces *siempre* se apagaban.

También apreciamos su política de regalar piruletas a los niños pequeños, si van acompañados de sus padres, en su oficina y centro de solicitudes.

Agradecido,
Fred Trumper

* * *

Fred Trumper
918 Iowa Ave.
Iowa City, Iowa

3 de oct., 1969

Northwestern Bell Telephone Co.
302 South Linn St.
Iowa City, Iowa

Estimados señores:

Con respecto a mi actual saldo deudor de \$35,17: no pagaré un solo céntimo del mismo hasta que eliminen de mi factura la suma de \$16,75 y el impuesto correspondiente... por una llamada que nunca he hecho a Georgetown, Maine. No conozco a nadie en Georgetown, Maine, y por lo que sé nadie me conoce en Georgetown, Maine. Esto ha ocurrido con anterioridad, como bien recordarán, en una factura previa. Me cobraron por hablar una hora y cuarenta y cinco minutos con Viena, Austria, y finalmente reconocieron que se trataba de un error, de un fallo que involucraba a la otra mitad de mi línea compartida. Respecto de la otra mitad de mi línea compartida, podría escribirles otra carta, pero su anterior explicación de «Confusión operador de cable en ultramar» no resulta especialmente satisfactoria. De cualquier manera, no tendría que ser responsabilidad mía decirles cuánto les debo.

Francamente,
Fred Trumper
(Tel. 338-1536).

* * *

Fred Trumper
918 Iowa Ave.
Iowa City, Iowa

3 de oct., 1969

Mr. Milo Kubik

Mercado Popular
660 Dodge St.
Iowa City, Iowa

Querido Mr. Kubik:

Sus carnes son un paladeo de la gran ciudad, una ráfaga de las mejores brisas culinarias. La suya es la única carnicería de Iowa City donde se puede adquirir riñón, lengua y morcillas decentes, y un buen corazón. ¡Y los pequeños frascos extranjeros, las exóticas latitas de comidas traducidas! Nos encanta especialmente el ragú de jabalí en salsa Médoc. Mi mujer y yo, Mr. Kubik, somos capaces de hacer toda una comida con su mostrador de *hors d'oeuvre*.

Espero que nos disculpe por habernos mimado en exceso este mes con sus manjares de alta calidad. Estoy en condiciones de depositar estos \$10,00 (adjuntos), pero tendré que dejar pendiente durante un breve lapso el saldo restante de \$23,09.

Tenga la seguridad de que el mes que viene calcularemos nuestro presupuesto con más cuidado y nos privaremos de sus finas tentaciones.

Honradamente,
Fred & Sue Trumper

* * *

Fred Trumper
918 Iowa Ave.
Iowa City, Iowa

3 de oct., 1969

Mr. Merlin Shumway
Presidente, *Iowa State Bank & Trust Co.*
400 Clinton St.
Iowa City, Iowa

Mr. Shumway:

Incluyo el cheque de Mr. Cuthbert Bennett a mi nombre y endosado, por \$250,00, para ser depositado en mi cuenta (corriente: 9 51 348). Este cheque cubre sobradamente mi saldo negativo.

Estoy realmente asombrado de que el banco haya considerado correcto devolver el cheque de mi mujer al vendedor de ropa Sumiller Temple. De haber ustedes satisfecho dicho cheque, mi cuenta solo habría tenido un descubierto de \$3,80 más el recargo por servicios. Este pequeño gesto de cortesía habría ahorrado a mi pobre esposa una amarga conversación telefónica con Mr. Temple, trago innecesario por

una suma tan insignificante.

Solo puedo conjeturar que está haciendo valer en mi contra la cuestión del préstamo por estudios. Pero sea cual sea su razonamiento, me siento tentado a trasladar mi cuenta enfrente, al Iowa First National. E indudablemente lo haré si continúa tratándome con tanta suspicacia. No tenía la menor idea, sencillamente, de haber girado en descubierto. Como ve, disponía de ingresos más que suficientes para cubrir el déficit de inmediato.

Sinceramente,
Fred Trumper

* * *

Fred Trumper
918 Iowa Ave.
Iowa City, Iowa

3 de oct., 1969

Sears, Roebuck & Co.
Oficina de Estados Centrales
1st Ave. & Kalona St.
Cedar Rapids, Iowa

Estimado Sears:

En junio pasado le compré a mi mujer una aspiradora Model X-100, Standard-Plus que, por sugerencia de su oficina de ventas en Iowa City, decidí pagar según los términos del «Plan de Pago Sears en Cómodas Mensualidades».

A esta altura, no es necesario que me extienda en mi sobresalto ante las exorbitantes tasas de servicios de este «cómodo» plan. Por el momento solo quiero saber *cuántos* pagos me han pasado al cobro y por qué no incluyen mi saldo deudor actual en el sobre de este mes. Lo único que recibo cada mes es este útil sobre con una nota en la que solo dice CUOTA DEBIDA; \$5,00.

Pero tengo la sensación de haber estado pagando \$5,00 durante muchísimo tiempo. ¿Hasta cuándo debo seguir? Como comprenderá, no pienso pagar la próxima cuota hasta recibir alguna noticia referente a cuánto debo todavía.

Le daré un consejo para que no mancille su buena reputación entre la gente humilde. Está advertido: sería lamentable que debido a su magnitud y tentáculos de largo alcance hacia los hogares y las mentes de las masas juveniles, Sears olvidara o pisoteara las necesidades sencillas de la «pequeña persona». A fin de cuentas, ¿no somos las «pequeñas personas» quienes hacemos tan grande a Sears?

Una Pequeña Persona Preocupada,
Fred Trumper
(Factura en Cómodas Mensualidades N.º 314-312-54-6).

* * *

Fred Trumper
918 Iowa Ave.
Iowa City, Iowa

3 de oct., 1969

Unión de Consumidores
Oficinas de Publicaciones de
Informes al consumidor
Mt. Vernon, N. Y.

Queridísimos colegas:

De una organización sin ánimo de lucro a otra, permítanme decirles que son nobles y buenos y un gran consuelo ante el capitalismo que pulula por doquier.

Hasta donde la experiencia me permite opinar, les diré que coincido plenamente con sus revelaciones de 1968 concernientes a la falsa publicidad que nos rodea. Los felicito. ¡Sigán haciéndoselas pasar moradas! ¡No se dejen comprar!

No obstante, permítanme disentir en cuanto a Sears, Roebuck & Co. Casi todo el listado de sus productos y servicios oscila entre «regular» y «bueno». Tengo una gran fe en su investigación y estoy dispuesto a reconocer que sus fuentes de información son mucho más amplias que las mías. Pero considero que debo agregar a sus revelaciones la reacción de este consumidor ante cierta aspiradora Model X-100 Standard-Plus. ¿Alguna vez se han asomado a *esa* maravilla mecánica? Bien, compren una según los términos del Plan de Pago Sears en Cómodas Mensualidades.

La obra que realizan es tan saludable y espléndida que no me gustaría nada que esta omisión perjudicara su reputación.

Suyo en lo no lucrativo,
Fred Trumper

* * *

Fred Trumper
918 Iowa Ave.

Iowa City, Iowa

3 de oct., 1969

Oficina Comercial de la
Universidad de Iowa
Iowa City, Iowa

Estimada comercial:

Sospecho que este mes me veré obligado a pagar la multa de \$5,00 por pago retrasado de mi matrícula.

Sin embargo, aunque acepto este recargo de \$5,00, deduciré \$5,00 de la factura de mi matrícula como negativa a pagar la recién añadida Cuota de Recreación (también de \$5,00), un gasto educativo cuya responsabilidad *no estoy dispuesto* a asumir.

Soy estudiante de posgrado, tengo veintiséis años. Estoy casado y tengo un hijo. No asisto a la Universidad de Iowa para «recreaciones» de ninguna especie. Que quienes se recrean paguen su propia diversión. Yo no me divierto en lo más mínimo.

Solo aclaro esto para que no haya ningún malentendido cuando finalmente reciban el pago de mi matrícula. Podrían tener la impresión de que he pasado por alto la multa por pago retrasado. Pagaré *esos* \$5,00; los que no estarán incluidos en mi cheque son *los otros* \$5,00. (Les haré llegar el cheque cuanto antes).

Es confuso que haya varias cifras de \$5,00, pero espero haberme expresado con plena claridad.

Seramente, Fred Trumper
(DI estudiante 23 345 G).

* * *

Fred Trumper
918 Iowa Ave.
Iowa City, Iowa

3 de oct., 1969

Servicio de Colocaciones Docentes
de la Universidad de Iowa
Edificio de la Asociación Estudiantil
Universidad de Iowa
Iowa City, Iowa

At. Mrs. Florence Marsh

Estimada Mrs. Marsh:

Habiéndole pagado mi cuota de servicios tiempo atrás, esperaba que sus servicios fueran al menos razonables. Su actual anexo de «Puestos disponibles» no me parece razonable en ningún sentido. Le especificué —en un formulario infinito, relleno por triplicado— mis aptitudes, mi campo de intereses, mis asignaturas aprobadas y dónde (en qué región de este país) buscaba un puesto en la enseñanza.

Con respecto a su información actual, *no quiero* conocer a un entrevistador del *College* de la Comunidad de Carother, de Carother, Arkansas, «que ofrece un puesto en su campus de Maple Bliss, por cinco cursos de retórica de primer año a \$5.000 anuales». ¿Me cree usted irremediamente loco?

Ya se lo he dicho: Nueva Inglaterra, Colorado o California del Norte; en un colegio donde tenga la oportunidad de enseñar algo más que cursos de primero, por un salario mínimo de \$6.500, más gastos de traslado.

¡Vaya servicio que ofrece!

Abatido,

Fred Trumper

* * *

Fred Trumper
918 Iowa Ave.
Iowa City, Iowa

3 de oct., 1969

Shive & Hupp

Prestamistas Asociados, Campo & Ciudad

U. S. Route 69, West Marengo, Iowa

Estimados Mr. Shive & Mr. Hupp:

Señores, lo repito: en este momento no puedo pagarles los intereses que les debo. Por favor, absténganse de seguir enviándome circulares acerca de su famosa Escala de Interés Creciente, y sus torpemente veladas amenazas de «representantes legales». Hagan lo que tengan que hacer. Es todo lo que hago yo.

Sinceramente,

Fred Trumper

* * *

Fred Trumper
918 Iowa Ave.
Iowa City, Iowa

3 de oct., 1969

Addison 7 Halsey
Agencia de Recaudaciones
456 Davenport St.
Des Moines, Iowa

At. Mr. Robert Addison
Querido Bobby:
Donde te quepa.
Recuerdos, Fred

¡Los ratones, las tortugas & los peces primero!

Ahora se ocupa Tulpen de las cuentas. Yo ni siquiera veo el talonario. Contribuyo, naturalmente, y más o menos todas las semanas le pregunto cómo andamos de dinero.

—¿Tienes hambre? —me pregunta—. ¿Tienes suficiente bebida?

—Bien, por supuesto, tengo suficiente...

—Bien, ¿necesitas algo?

—Bien, no...

—Bien, entonces andamos bien de dinero —dice—. Yo no necesito nada más.

—*Yo estoy bien* —le digo.

—¿Querías comprar algo? —inquire Tulpen.

—No, no Tulpen... de veras, para mí todo está bien.

—Bien, para *mí* todo está bien —insiste, y yo trato de obligarme a plantearlo otra vez.

¡Ocurre que no puedo creerlo!

—¿Cuánto tenemos? —le pregunto—. Es decir, solo para tener una idea de una cifra global...

—¿Biggie necesita dinero?

—No, Biggie no necesita nada, Tulpen.

—¿Quieres enviarle algo a Colm... un camión, un bote o algo?

—¿Un camión o un bote?

—Bien, algún juguete especial. ¿Se trata de eso?

—Caray, olvídalo —digo—. Solo me preguntaba... eso es todo...

—Bien, Trumper, francamente, deberías decir lo que quieres decir.

Es cierto, debería ceñirme a los hechos. Eso es lo que ella quiere decir.

Pero creo sinceramente que el que yo esquivé los hechos tiene tanto que ver con mi desconfianza de su relevancia como con mi afición a mentir. No creo que en mi vida las estadísticas hayan significado nunca gran cosa.

Cuando mi madre me escribía, me preguntaba por las cosas que teníamos. Le preocupaba saber si en casa había o no una bacinilla para Colm. Si la teníamos, estábamos muy bien. Mi padre también sugirió neumáticos para la nieve: con ellos seríamos felices todo el invierno. Imaginé a sus amigos preguntándoles cómo estábamos; mi padre mencionaría nuestros neumáticos invernales y mi madre sacaría a relucir la bacinilla. ¿De qué otro modo podían responder?

Hace poco mi padre, en una sucinta conversación telefónica, me preguntó cómo pagaba mis cuentas. «Con cheques», repliqué. (Supongo que así las paga Tulpen). «No debes mandar efectivo por correo». Pero me lo preguntó como si eso fuera todo lo que necesitaba saber... y como si sabiéndolo, supiera algo de mí.

¡Los rituales son más reveladores que los hechos!

Por ejemplo, una vez tuve un magnetofón que era amigo mío. Asimismo, le escribía cartas a mi mujer; quiero decir que le escribía a Biggie mientras vivíamos

juntos. Claro que nunca le di esas cartas; en realidad no eran cartas, entonces; lo que importaba era el ritual de escribirlas.

Le mostré una a Tulpen.

Iowa City

5 de oct., 1969

Pienso en ti, Colm... mi único hijo. Y también en ti, Biggie... esas batas hospitalarias no te pegan.

Tu forma de levantarte a las seis: tu arremetida fina, firme y musculosa contra el despertador; tu tibia y renovada caída pegada a mí.

«Otro día, Big», murmuro.

«Oh, Bogus», dices. «¿Recuerdas cómo despertábamos en Kaprun?».

«Toda la nieve amontonada contra la ventana», murmuro, de memoria. «Una parte se colaba bajo el marco, una pequeña bocanada en el alféizar...».

«¡Y los olores del desayuno!», gritas. «Y los esquíes y las botas en el pasillo de abajo...».

«Habla más bajo, Big», digo. «Si no despertarás a Colm...», que comienza sus arrullos pasillo abajo.

«No le grites cuando me haya ido», dices, Big... y te levantas, me arropas. Haciendo cabriolas en el suelo frío, tu gran tetamen se asoma erguido al amanecer; apunta a la ventana de la cocina, al otro lado del pasillo. (No sé cuál es la intención simbólica de esa orientación).

Y luego tu sostén, Big, te sujeta como el bocado al caballo. La condenada bata hospitalaria cruje fríamente sobre tu cuerpo y mi Biggie desaparece, anestesiada, sanitaria; te ves tan informe como un contenedor de dextrosa, que más entrada la mañana verás boca abajo, goteando su potencia azucarada en los ancianos.

Tomas un bocado en la cafetería del hospital, charlas con las otras enfermeras, con las auxiliares. Hablan de la hora en que llegaron anoche sus hombres, y sé que tú les dices: «Mi Bogus está en la cama con nuestro Colm. Y anoche durmió conmigo».

Pero anoche, Big, tú dijiste: «Tu padre es un soplapollas».

Y nunca te había oído usar así esa palabra. Coincidí contigo, por supuesto, y tú dijiste: «¿Qué es lo que quiere que le demuestres?».

Contesté: «Que soy capaz de fracasar».

«Bien, ya lo has hecho», dijiste, Big. «¿Qué más pretende?».

«Debe de estar esperando a que le diga que siempre tuvo razón. Quiere que me arrastre por el suelo y bese sus empolvados zapatos de médico. Luego he de decirle: Padre, quiero ser un profesional».

«No tiene ninguna gracia, Bogus», afirmaste. Y yo creía que siempre podía contar con tu risa, Biggie.

«Es el último año, Big», te aseguré. «Regresaremos a Europa. Podrás volver a

esquiar».

Pero tú solo dijiste: «Joder». Nunca te había oído usar esa palabra así.

Después te moviste bruscamente a mi lado, en la cama, hojeando de atrás para adelante una revista de esquí, aunque debo de haberte dicho un millón de veces que así no se lee.

Cuando lees, Big, apoyas el mentón en la parte alta de tu pecho; tu pelo grueso y de color miel, cortado a la altura de los hombros, avanza cubriendo tus mejillas y solo veo la punta de tu afilada nariz asomada entre tus cabellos.

Pero siempre es una revista de esquí, ¿no, Biggie? Sin mala intención, quizá, solo un recordatorio de lo que te he privado, ¿no es cierto? Cuando encuentras la inevitable escena alpina dices: «Oh, Bogus, mira. ¿No estuvimos allí? ¿No era cerca de Zell? ¡No! Es María Zell, ¿verdad? Fíjate cómo salen en tropel de ese tren. Dios, mira las *montañas*, Bogus...».

«Bien, ahora estamos en Iowa, Big», te recuerdo. «Mañana daremos un paseo en coche por los maizales. Buscaremos una colina. Aunque encontraríamos más fácilmente un cerdo con el lomo en pendiente. Podríamos cubrirlo de barro; yo le mantendría alzado el hocico y tú esquiarías entre sus orejas, descendiendo hasta la cola. No sería una gran pista, pero...».

«No quise *insinuar* nada, Bogus», dices. «Solo quería que vieras la foto».

¿Por qué no puedo dejarte en paz?

Perseveré: «Podría llevarte a remolque en el coche, Big. Tú harías slalom a través de los tallos de maíz, poniendo en fuga a los faisanes. Mañana mismo instalaré tracción en las cuatro ruedas del Corvair».

«Venga», dices; sueñas hastiada. La lámpara de nuestra mesilla de noche parpadea, chisporrotea, se apaga, y en la oscuridad susurras: «¿Pagaste la cuenta de la electricidad, Bogus?».

«Solo es un fusible», te digo y abandonando el tibio surco que tu marcas en nuestra cama, bajo al sótano. Es una suerte que esté aquí, porque hoy no he bajado al sótano para soltar la trampa que tú insistes en poner para el ratón que yo no quiero atrapar. Una vez más le salvo la vida al ratón y repongo el plomo... el mismo que siempre se funde, sin ningún motivo.

Desde arriba, Biggie, me gritas: «¡Ya está! ¡Ha vuelto a encenderse! ¡Lo conseguiste!». Como si se hubiera operado un milagro. Y cuando vuelvo contigo, has cruzado tus brazos fuertes y rubios, y mueves los pies bajo las sábanas. «Basta de leer ahora», dices, con un apasionado brillo en los ojos y balanceando tus pesados pies.

Ya sé que solo quieres lo mejor para mí, Big, pero también sé que el movimiento de los pies es un inveterado ejercicio de esquiadores, recomendable para los tobillos. A mí no me engañas.

«Enseguida voy, Big. Antes pasaré a ver a Colm», te digo.

Siempre me quedo un rato viéndolo dormir. Lo que me preocupa de los niños es que sean tan vulnerables, de aspecto tan frágil. Colm: por la noche me levanto para

cerciorarme de que no has dejado de respirar.

«Venga, Bogus, es un niño muy sano».

«De eso estoy seguro, Big. Pero se lo ve tan *pequeño*».

«Tiene el tamaño que corresponde a su edad, Bogus».

«Sí, lo sé, Big. No es exactamente eso lo que quise decir...».

«Bien, por favor no lo despiertes con tus puñeteros controles».

Y algunas noches grito: «¡Mira, Big! ¡Está *muerto!*».

«Está *dormido*, por Dios...».

«Pero míralo allí tendido», insisto. «¡*Tiene el cuello roto!*».

«Tú también duermes en esa posición, Bogus...».

Bien, de tal palo tal astilla; estoy seguro de que soy muy capaz de romperme el pescuezo mientras duermo.

«Vuelve a la cama, Bogus», oigo que me llamas a tu surco.

En realidad no se trata de que sea reacio a volver. Pero tengo que controlar el gas; el piloto siempre se apaga. Y ese horno tiene un sonido raro; algún día nos despertaremos asados. Luego verifico si la puerta está cerrada con llave.

Hay algo más que cerdos y maíz en Iowa... o *podría* haber.

«¿Vendrás de una maldita vez a la cama?», chillas.

«¡Ya voy! ¡Estoy yendo, Big!», te aseguro.

Bogus Trumper solo estaba controlando y volviendo a controlar. Puedes llamarlo imprevisor, pero nunca decir que está de vuelta de todo.

A Tulpen no le impresionó mi carta para nadie.

—Dios, no has cambiado nada —dijo.

—He rehecho mi vida —afirmé—. Soy otro hombre.

—Antes te preocupabas por un ratón —comentó—. Ahora por las tortugas y los peces.

Ahí sí que me agarró. Mi silencio la hizo sonreír y levantar, solo ligeramente, un pecho con el dorso de la mano. ¡A veces, cuando hace eso, la azotaría!

Pero es cierto. *Me preocupo* por las tortugas y los peces. Aunque no de la misma manera en que antes me preocupaba por el ratón. Aquel ratón vivía en constante peligro de muerte; yo era responsable de que no cayera en la trampa de Biggie. Pero Tulpen ya se ocupaba de estos peces y tortugas cuando me instalé aquí. Su cama está enmarcada por tres lados con bibliotecas que llegan a la altura de la cintura; estamos emparedados entre palabras. Y a lo largo de los estantes más altos, en una acuosa U a nuestro alrededor, se asientan los borboteantes acuarios. Burbujean toda la noche.

Tulpen los ilumina con neones submarinos. Y he de reconocer que eso ayuda cuando tengo que levantarme a mear.

Pero cuesta acostumbrarse a la aureola que circunda la cama. Semidormido, *te sientes* realmente sumergido, en colores tétricos, con tortugas y peces dando vueltas en derredor.

Tulpen alimenta a las tortugas con un único trozo de carne atado a una cuerda; durante toda la noche las tortugas roen la carne colgante; por la mañana el cacho de carne es gris, como algo muerto, y ella lo retira. Gracias a Dios solo les da de comer una vez por semana.

Una vez imaginé que el ocupante del apartamento de arriba estaba fabricando una bomba. (De noche hace algo relacionado con la electricidad; se oyen extraños zumbidos y crujidos, las luces de los acuarios se atenúan). Si la bomba de ese hombre explotara, en los acuarios hay agua suficiente para ahogarnos mientras dormimos.

Una noche, pensando en eso, sopesé la idea de llamar al Dr. Jean Claude Vigneron. Por un lado, para plantearle una queja: el método del agua no funciona a la perfección. Pero la razón más importante era que quería oír la voz de un hombre aplomado, seguro. Y tal vez le preguntaría cómo había llegado a tener tanta confianza en sí mismo. No obstante, creo que me habría gustado más encontrar la forma de impresionarlo, de aturullar su suficiencia. Pensé en llamarlo muy tarde. «¿Dr. Vigneron?», le diría. «Se me acaba de caer la picha». Solo para ver cómo reaccionaba.

Le conté mi plan a Tulpen.

—¿Sabes qué respondería? —contestó—. Diría: «Póngala en la nevera y por la mañana pida hora a mi secretaria».

Aunque sospecho que Tulpen había dado en el clavo, me alegré de que no levantara su teta. Le sobra sensibilidad para hacer algo así en momentos semejantes. Esa noche apagó las luces del acuario.

No perdamos de vista ciertas estadísticas

Le apena recordar a la pequeña y encantadora Lydia Kindle, embelesada con primero de alemán, deseosa de que le tararearan baladas, o incluso ópera, en la *Muttersprache*. Le dio el gusto; preparó para ella una cinta con su propia voz. *Garganta Profunda* Bogus Trumper arrullándola hasta el aturdimiento con sus canciones favoritas. Sería una sorpresa.

Una tarde le dio la cinta en el laboratorio de idiomas.

—Solo para usted, Miss Kindle. Unos *lieder* que conocía...

—¡Oh, Mr. Trumper! —dijo ella y se refugió en sus auriculares.

Su concentrada carita de ojos grandes por encima del borde de la cabina. Al principio pareció entusiasmarla; luego arrugó críticamente su cara bonita; paró la cinta —¡quebró sus ritmos!—, la puso de nuevo, volvió a interrumpir. Tomó notas. El se acercó a preguntarle qué ocurría.

—Eso está mal, ¿verdad? —le preguntó, señalando sus garabatos de duendecillo—. No es *mude*, sino *müde*. Pero el cantante omitió la diéresis todas las veces.

—El cantante soy yo —dijo, dolorido. Es muy duro ser criticado por los jóvenes. Y añadió rápidamente—: El alemán no es mi especialidad en lenguas extranjeras. En realidad estoy más comprometido con los idiomas escandinavos... ¿Conoce el antiguo nórdico bajo? Sospecho que me falta algo de práctica en alemán. Solo pensé que le gustarían las *canciones* —se sintió amargado por esa chiquilla despiadada.

Pero entonces ella dijo, en voz muy alta y gorjeante, como si le pellizcaban la garganta o la estuvieran besando:

—Es una cinta *hermosa*, Mr. Trumper. Y solo falló en *müde*. Y *me encantaron* las canciones. Tiene una voz grande y bonita.

Y él pensó: ¿una voz *grande*? Pero todo lo que dijo fue:

—Puede quedarse con la cinta.

Retrocedió, dejándola atónita en la cabina. Ahora ella soñaba bajo los auriculares.

Cuando cerró el laboratorio para ir a comer, ella lo siguió en una especie de deslizamiento... cuidándose muy mucho de tocarlo, sin embargo, con sus ropitas sedosas.

—¿Va a la Asociación? —trinó.

—No.

—Yo tampoco —dijo ella y él pensó: come en alimentadores para pajaritos, saltando de uno a otro por toda la ciudad.

Pero todo lo que dijo fue:

—¿Adónde va usted?

—A cualquier parte, a ninguna —sacudió su pelo claro, fino, nervioso. Como él no dijo nada, intentó engatusarlo—: Cuénteme cómo es el antiguo nórdico bajo.

El dijo unas palabras para ella.

—*Klegwoerum, vroognaven, okthelm, abthur, uxt* —ella se estremeció, notó él: su

reluciente vestidito la ciñó un momento y volvió a aflojarse. Espero que sea sincera, pensó.

Como con gran frecuencia él no lo era, Trumper siempre sospechaba de los móviles de los demás. Consideraba insondables los propios. Estaba tratando de embaucar mentalmente a una niña granjera mientras su propia esposa —la señora que cargaba con las responsabilidades— soporta encuentros más banales.

Biggie hace cola en el pasillo de salida de A & P, ante la caja donde dice NO MAS DE OCHO ARTÍCULOS. Tiene menos de ocho artículos: no puede permitirse el lujo de comprar más. Se apoya en el carrito casi vacío, siente en su interior una antigua y atlética agitación: el impulso de un slalom gigante. Junta los pies, uno ligeramente delante del otro, pasa el peso de su cuerpo al esquí descendente y dobla las rodillas hasta la posición de viraje ligero. Aún inclinada en el carrito, avanza en la cola. Detrás, una blanda e informe ama de casa echa una mirada furiosa al amplio meneo de Biggie; a través de sus pantalones elásticos, su trasero es redondo y tenso. El marido del ama de casa trata de no mirar, finge que también está indignado. En el carrito de Biggie, Colm ya ha abierto una caja de copos de cereales *Cheerios*.

Ahora la confrontación con la cajera, fatigada y sudorosa por el afán consumista del viernes por la tarde. Casi no ve el cheque de Biggie, pero ese apellido es difícil de olvidar. Trumper es uno de los sospechosos. La chica verifica una lista amenazadora y dice:

—Espere un segundo, por favor, señora.

Entonces aparece el gerente, con una camisa de lave y use, de manga corta, de esas tan delgadas que a través de su tejido flojo asoman en su pecho unos pelos parecidos a vello púbico.

—Su nombre está en mi lista, señora —dice.

Biggie avanza.

—¿Y? —pregunta.

—Su nombre está en la lista —repite el gerente—. Aquí su cheque no sirve. Lo mejor será que vacíe ese carrito...

—¡Claro que mi cheque sirve aquí! —exclama Biggie—. Venga. Está haciendo esperar a toda esta gente —pero ahora no les molesta hacer cola; se está destapando algo que huele mal. Quizás el ama de casa indignada y su marido se sienten de alguna manera justificados. La señora informe probablemente piensa: «Tengo el culo caído pero mis cheques son válidos».

—Por favor vacíe el carrito, Mrs. Trumper —solicita el gerente—. Le agradecemos que compre aquí... con efectivo.

—Bien, en ese caso haga efectivo mi cheque —dice Biggie, que nunca entiende las cosas de buenas a primeras.

—Oiga, señora, escuche —dice el gerente, con más bríos; percibe que la cola de compradores está de su lado. Colm vuelca copos de cereales en el suelo—. ¿Tiene efectivo para pagar esa caja?

Biggie responde:

—Escúcheme usted... tengo un cheque perfectamente válido...

Pero el gerente se abre paso hasta ella y comienza a vaciar el carrito. Cuando separa a Colm de los *Cheerios*, el crío empieza a berrear; Biggie —que le lleva unos buenos cinco centímetros de altura— coge al cabrón mandamás por la camisa de lave y use, de manga corta, con toda probabilidad tironeando de los pelos rizados de su pecho. Lo empuja contra el mostrador, aparta a Colm del carrito y lo ensilla en su cadera generosa y alta; con una mano libre, recupera los cereales.

—Es la última vez que compro en esta pocilga —dice al tiempo que arrebató el talonario de cheques de manos de la cajera.

—Ahora fuera de aquí —susurra el gerente, pero se dirige a Colm, no a Biggie.

—Entonces apártese de mi camino... —dice Biggie; el gerente intenta complacerla, aplastándose contra el mostrador mientras Biggie pasa apretujada, oprimiéndolo con la cadera. No es fácil encontrar a una persona que quepa con Biggie en uno de esos estrechos pasillos.

Y mantiene muy bien la dignidad, pasando por las siseantes puertas electrónicas... contoneándose a través del aparcamiento, con una estela de *Cheerios* tras de sí. El hilo de sus pensamientos, si es que piensa, discurre así: si estuviera encima de mis viejos esquís, ejecutaría un giro cerrado en ese pasillo. Tengo los cantos afilados. A través de su camisa de lave y use, uno de los bordes exteriores arrancarías las tetillas a ese jodido mandamás.

Pero lo único que hace es transmitir a Bogus su opinión acerca de la raíz del problema económico: «Es tu padre, el soplapollas...».

... y no puedo dejar de estar de acuerdo cuando los tres nos reunimos en casa, con Colm entre los *Cheerios*. La luz del pasillo, más allá de nuestro dormitorio, crepita, parpadea y se apaga. Biggie no parece darse cuenta de que es la *única* luz que falla; las otras siguen encendidas.

—¡Nos han cortado la electricidad! —gime—. Dios mío, Bogus, podrían haber esperado hasta la mañana, ¿no?

—Probablemente solo sea esa bombilla, Big —le digo—. O el condenado fusible —y en mi torpe estilo trato de luchar con ella un momento para hacerla feliz, pero en ese preciso instante nota el revoltijo en que se han metido los *Cheerios* y el pobre Colm. Me echa y voy solo a investigar el tenebroso sótano.

Bajo los húmedos peldaños de piedra, recordando que debo hacer saltar la trampa para que el ratón no sea guillotinado. Y grito una vez más a Biggie:

—Tenemos un ratón muy listo, Big. Lo ha cogido otra vez sin quedar atrapado.

Pero en esta ocasión noto que es verdad que lo ha hecho solo... entré furtivamente y arrebató el queso sin dejar su delicada cabeza en la trampa. Sudo solo de pensar en los peligros que corre. Susurro al aire viciado del sótano:

—Oye, Ratón, estoy aquí para ayudarte. Ten paciencia; deja que yo suelte la trampa. No corras el riesgo de perder la vida.

—¿Qué? —dice Biggie desde arriba.

—Nada, Big —respondo—. ¡Solo estaba insultando a ese condenado ratón! ¡Lo ha hecho otra vez! ¡Se ha salvado!

Durante un buen rato me quedo acurrucado junto a la caja de fusibles, mucho después de reponer el que saltó y de que Biggie me haya gritado que lo logré, que la luz ha vuelto a encenderse.

Oigo chasquear el contador a través de la pared exterior. Creo oír al ratón, los latidos de su pequeño corazón. Está pensando: Dios mío, ¿en qué andan ahora los horripilantes tramperos? De modo que susurro en la oscuridad:

—No tengas miedo. Estoy de tu parte —entonces los latidos del ratón parecen detenerse. Estoy a un tris de gritar, casi tan asustado como cuando pienso que Colm ha dejado de respirar.

Biggie grita:

—¿Qué estás *haciendo* allí abajo, Bogus?

—Nada, Big.

—Me parece mucho tiempo para no estar haciendo nada —contesta Biggie.

Y me pesco pensando: ¡cuánto tiempo, es verdad! Sin nada que puedas llamar penuria o sufrimiento. De hecho, solo un ligero dolor, a veces divertido. Son las cosas nocturnas —todas pequeñas— las que no parecen significar nada *grande*, nada decididamente serio, las que han dado un vuelco a mi vida, sencillamente, hasta llegar a ser las únicas que cuentan con mi atención. Una irritación constante, aunque pequeña.

—¡Bogus! —grita Biggie—. ¿Qué estás haciendo?

—¡Nada, Big! —repito, ahora de verdad. O percibiendo, con más lucidez, qué es no hacer nada.

—¡Tienes que estar haciendo *algo*! —aúlla Biggie.

—No, Big —chillo—. Te prometo que no estoy haciendo nada. ¡Sinceramente! —ahora Bogus Trumper no está mintiendo.

—¡Mentiroso! —grita Biggie—. ¡Estás jugando con ese maldito ratón!

¿Ratón?, pienso. ¿Sigues aquí? Espero que no hayas subido, creyendo que era tu gran oportunidad. Porque te irá mejor en el sótano, Ratón Arriesgado. Aquí abajo no hay nada insignificante.

¡Eso es! Lo que impugno es a que mi vida arriba esté tan atosigada de cosas *pequeñas*... errores de apreciación, mas nunca crímenes. No me veo enfrentado a nada muy grave; no vivo con nada que deba evitar para salvar la vida, ni tan definitivo como esa trampa.

—¡Bogus! —grita Biggie; la oigo moverse en la cama.

—¡Lo tengo! —replico—. ¡Ya voy!

—¿El ratón? —pregunta Biggie.

—¿El ratón?

—¿Tienes el ratón?

—No, Jesús, el ratón no —respondo.

—Bien, Jesús, ¿qué es, entonces? —insiste Biggie—. ¿Qué es lo que tienes y que te ha llevado tanto tiempo?

—Nada, Big —digo—. En realidad, no tengo nada...

... y así otra noche empuja a Trumper a su ventana a la hora de las brujas, que también parece sacar de la cama al viejo Fitch —vigilante de su jardín— para sus breves paseos higiénicos en el porche delantero. Quizá le moleste el otoño en Iowa, todas las cosas moribundas que lo rodean.

Pero esa noche Mr. Fitch no se levanta. Trumper apoya suavemente la oreja en la malla de red hecha en tiempos de guerra, oye un repentino crujido de hojas secas y bajo la amarillenta luz de la farola ve elevarse al viento una parpadeante dispersión de polvo otoñal, en torno a la casa de su vecino. ¡Mr. Fitch ha muerto mientras dormía! ¡Su alma se rebela fugazmente, rastrillando una vez más el jardín!

Bogus se pregunta si no debería llamar por teléfono, solo para ver quién atiende.

—Mr. Fitch acaba de morir —dice Trumper en voz alta. Pero Biggie ha aprendido a dormir a pesar de su voz. Pobre Fitch, piensa Bogus, auténticamente conmovido. Una vez que se lo preguntó, Fitch le contó que había trabajado para el Departamento de Estadísticas. ¿Por fin usted se ha convertido en una, Mr. Fitch?

Trumper intenta imaginar alguna emoción en la larga carrera de Fitch en el Departamento de Estadísticas. Delante del micrófono, piensa que dicho departamento querría que fuese breve y objetivo. Prometiendo que se limitará exclusivamente a las estadísticas más vitales, pulsa el botón de *RECORD* y comienza:

«Fred “Bogus”. Trumper: nacido el 2 de marzo de 1942, Rockingham-by-the-Sea Hospital, Portsmouth, New Hampshire; asistido por su padre, el Dr. Edmund Trumper, urólogo y sustituto de tocólogo.

»Fred “Bogus”. Trumper se graduó en la Academia de Exeter, 1960; vicepresidente de *Der Unterschied* (la asociación cinéfila de la escuela en lengua alemana); responsable de la sección de poesía de *Pudendum* (la revista literaria clandestina de la escuela); practicaba atletismo (salto con pértiga) y lucha (un problema con su lapso de concentración: estaba derrotando a su contrincante e iba muy adelantado en puntos, cuando se encontraba inexplicablemente inmovilizado). ¿Las notas de Trumper y sus calificaciones en el College? Mediocres.

»Asistió a la Universidad de Pittsburg con una beca deportiva (lucha libre); su potencial se consideraba vasto, pero debía aprender a superar su lamentable lapso de concentración. Revocaron su beca al finalizar el año académico, cuando abandonó Pittsburg. ¿Sus resultados como luchador? Inapreciables.

»Asistió a la Universidad de New Hampshire. ¿Especialidad? No declarada.

Abandonó al concluir el año académico.

»Asistió a la Universidad de Viena, Austria. ¿Campo de concentración? Alemán. ¿Lapso de concentración? Bien, conoció a Merrill Overturf.

»Volvió a asistir a la Universidad de New Hampshire y se licenció en alemán. Su aptitud para las lenguas extranjeras se consideraba “vasta”.

»Lo aceptaron en la Universidad Pública de Iowa, en la Escuela de Posgrado en Literatura Comparada. Le adjudicaron un crédito académico, para investigar en Austria desde enero hasta septiembre de 1964. Descubriría y demostraría que los cuentos tradicionales y baladas dialectales de Salzburgo y el Tirol descendían, a través de un primitivo movimiento tribal germánico septentrional, del antiguo nórdico bajo. No descubrió semejante cosa. No obstante, volvió a contactar con Merrill Overturf, y en una aldea de los Alpes austríacos llamada Kaprun, conoció y preñó a una esquiadora del equipo norteamericano. Esta se llamaba Sue “Biggie”. Kunft y procedía de East Gunnery, Vermont.

»Retornó a los Estados Unidos y presentó a su padre a esta voluminosa deportista embarazada, en Great Boar’s Head; padre aficionado a referirse a Sue “Biggie”. Kunft como “esa mole alemana rubia y grandullona”; padre implacable incluso cuando supo que el padre de Biggie era un alemán vermontés.

»Padre cortó los víveres a Fred “Bogus”. Trumper, “hasta el momento en que sea demostrable su responsabilidad hacia el futuro”.

»Casado en East Gunnery, Vermont, septiembre de 1964. Sue “Biggie”. Kunft se vio forzada a abrir el traje de novia de su madre (y de la madre de su madre) con una navaja de afeitar, y a insertar un faldón de tela elástica, para ocultar algunos meses de gestación. Lo único que preocupaba al padre de Biggie era que hubiese tirado por la borda una carrera de esquiadora. La madre de Biggie opinaba que de todos modos las chicas no deberían esquiar, pero estaba preocupada por el vestido.

»Trumper volvió a la Universidad Pública de Iowa con una tesis aceptable sobre la relación entre los cuentos tradicionales y baladas dialectales de Salzburgo y el Tirol y el antiguo nórdico bajo. Le concedieron permiso para regresar a Austria con el fin de profundizar sobre esta interesante cuestión. Lo hizo después del aterrador nacimiento de su primer hijo (tuvieron que atenderlo de un desmayo en el hospital de su universidad, en marzo de 1965, con posterioridad a la primera mirada que dedicó a su ensangrentado descendiente envuelto en pañales. “¡Es un niño!”, le informó la enfermera, goteante y recién salida de la sala de partos. “¿Vivirá?”, preguntó Trumper, al tiempo que caía al suelo como una gelatina).

»En realidad volvió a Austria para revivir el idilio con su mujer y reencontrar a su viejo amigo Merrill Overturf. Habiendo fracasado en ambos empeños, retornó a Iowa anunciando que había refutado su propia tesis y que escogería un nuevo tema para su doctorado. Así, inició la traducción de *Akthelt* y *Gunnel* del antiguo nórdico bajo. Lleva casi cuatro años haciéndolo...

»Aún intenta reconciliarse con los ingresos de su padre. Todavía se pregunta si su

hijo vivirá. Y medita sobre la conveniencia de estar casado con una ex deportista profesional capaz de hacer más flexiones que él. Por ejemplo, no se atreve a luchar con ella, por miedo a ir camino de un triunfo fácil y hallarse de golpe y porrazo inexplicablemente tumbado en el suelo. Y cuando le contó que había sido saltador de pértiga, ella le dijo que en otros tiempos también había practicado ese deporte. A él le asusta preguntar por alturas comparativas...».

... momento en que, dramáticamente, la cinta termina de repente, zumba y roza el carrito vacío, ¡ziquiti ziquiti ziquiti zac!

—¿Bogus? —gruñe Biggie desde el dormitorio.

—Nada, Big.

Espera a que ella vuelva a conciliar el sueño y escucha tranquilamente las estadísticas grabadas. Encuentra que carecen de objetividad, brevedad, sinceridad y sentido; comprende que Mr. Fitch y el Departamento de Estadísticas rechazarán toda información concerniente a este Trumper fraudulento y no ingresarán su nombre. Asomado a la ventana en dirección a la casa a oscuras del vecino, recuerda que Fitch ha muerto. Extrañamente aliviado, se acuesta. Pero por la mañana, con Colm saltando sobre su pecho, gira la cabeza en la almohada y mira de reojo por la ventana del dormitorio. Al divisar la fantasmal visión de Fitch trabajando en su jardín. Trumper deja caer a su hijo al suelo.

—Dios mío, Bogus —dice Biggie, inclinándose hacia el gimiente niño.

—Mr. Fitch murió anoche —dice Bogus.

Biggie se asoma amablemente a la ventana y dice:

—Pues esta mañana tiene mejor aspecto.

De modo que es por la mañana, piensa Trumper, esforzándose por despertar; observa a Biggie tendida en la cama con Colm. Y si Biggie no está en el hospital, piensa, quiere decir que es sábado. Y si es sábado, vendo banderines, broches, distintivos y cencerros.

Y si el Iowa vuelve a perder, me pasaré a una escuela con un equipo de fútbol ganador...

Hay un súbito alboroto y agitación general de hijo y esposa en la cama, a su lado; Biggie vuelve a levantarse. El gira para arrimarse a su pecho antes de que ella desaparezca, pero da contra el codo.

Abre los ojos. Nada es lo que parece. ¿Cómo puede haber un Dios? Intenta recordar la última vez que pensó que existía. ¿Fue en Europa? Por cierto, Dios viaja mucho. De todos modos, no fue en Europa; al menos Dios no se encontraba en Europa cuando Biggie estuvo conmigo.

Entonces recuerda a Merrill Overturf. Fue la última vez que Dios estuvo cerca, piensa. Por ende, creer que Dios iba dondequiera fuese Merrill.

Notre Dame 52, Iowa 10

Por lo que sé, *es posible* que Dios esté muerto, pero los once de Nuestra Señora parecían contar con un duodécimo y amenazante jugador en el campo, que les era propicio. Percibí que algún Santo Poder creía en ellos, aun antes del partido. Vendí dos banderines de Notre Dame por cada uno de Iowa... señal segura de que cundía cierta fe entre los visitantes. O cierto pesimismo, una actitud defensiva por parte de los hinchas locales; temiendo lo peor, no querían sentirse más humillados aún luciendo un banderín de Iowa. Entraron en fila en el estadio, con las manos vacías, una sutil corbata verde por aquí, unos calcetines verdes por allá: si Iowa perdía, siempre podían decir que eran irlandeses, y no tendrían ningún distintivo ni cencerro de Hawkeye que los incriminara.

Sí, lo notabas por las ventas: algo especial acometió a los Irlandeses Combatientes, al Equipo de María, a los Críticos del Pontífice.

Pero me perdí el partido; me vi privado de ese dolor. Sufrí mi propio desastre.

Con mi poco manejable tabla de contrachapado (un débil pestillo sostiene una plataforma de caballete detrás, pero el conjunto es excesivamente inestable para resistir el viento), pregono mis mercancías junto a la entrada de la zona de gol. Y dado que solo los estudiantes y los que compran las localidades en el último momento ocupan asientos en esa zona, no es el puesto al que se acerca la flor y nata de los interesados en banderines, distintivos y cencerros.

Estoy vendiendo mi sexto banderín de Notre Dame cuando veo a la pequeña Lydia Kindle tambaleándose con un novio totalmente *Glork*. Juro que el trepidante viento murió un segundo, perdido en el aroma de su pelo. Y yo interrumpo mi descabellado pregón; dejo de gritar: «¡Banderines! ¡Distintivos! ¡Cencerros! ¡Cojines mullidos! ¡Sombreros para la lluvia! ¡Mójate el culo por Iowa o Notre Dame!».

Veo contonearse a Lydia; su amigo va detrás arrastrando los pies; el viento la zarandea contra él y ríen. Sería insoportable que me viera muerto de frío y acurrucado junto a mi llamativo muestrario, pregonando basuras en una jerga grosera, sin pizca de las melódicas huellas del antiguo nórdico bajo.

Me precipito detrás de la tabla y me agacho de espaldas a ella; la ventolera realiza alarmantes contorsiones desequilibradoras. Por las dudas, desabrocho mi repulsiva insignia de Empresas Hawkeye, N.º 501 y la meto por la fuerza, con el delantal amarillo para el cambio, en el bolsillo lateral de mi chaquetón. Luego espío desde atrás de la tabla. Entretanto, su *Glork* anuncia:

—Eh, ¿sabes una cosa, Lyd? Nadie está vigilando este tablero. Te regalo un distintivo —y la oigo reír disimuladamente.

Pero *Glork* no tiene habilidad para retirar un broche de las franjas de paño que envuelven la tabla, y debe de estar ansioso por cumplir su proeza y echarse a correr, pues lo siento tironear tan fuerte que tengo que abrazar el caballete para evitar que todo se venga abajo. Entonces oigo que se rasga una de las franjas de paño y por el

raballo del ojo veo aletear al viento una franja con distintivos de Iowa. Sí, el viento, o la combinación del viento con el último tirón del amigo de Lydia Kindle: siento que pierdo mi equilibrio, mi dignidad en movimiento. El tablero se está derrumbando.

—¡Cuidado! —grita mi Lydia con voz cristalina—. ¡Caerá sobre ti! —pero el *Glork* no retrocede a tiempo, no antes de verse atrapado por el descendente rectángulo de dos metros y pico de lo que, según cree, solo es contrachapado ligero. Levanta una mano indiferente para cogerlo; no sabe que yo lo empujo hacia él, como si fuera una masa flotante de ochenta kilos. Y cuando lo inmoviliza contra el cemento, suelta un aullido aterrador; siento que el tablón se raja a lo largo de mi columna vertebral; siento que él rasca débilmente la madera, bajo mi cuerpo. Pero no le presto la menor atención y levanto la vista hacia Lydia, sencillamente.

—*Klegwoerum* —le digo—. *Vroognaven okthelm abthur, awf?*

Ella mira tontamente la tabla que se debate bajo mi cuerpo. Cambio de idioma y chapurreo en alemán:

—*Wie gehts dir heute? Hoffentlich gut.*

Un gruñido ahogado bajo la tabla.

Me incorporo lentamente, con aire altivo. Pregunto, tal vez con excesiva seriedad, como si acabara de despertarme una explosión:

—¿Qué ocurre aquí, Lydia?

Inmediatamente, a la defensiva, responde:

—Se cayó la tabla —como si yo no lo supiera. Me levanto y el *Glork* barrena desde abajo de mis mercancías caídas, con pinta de cangrejo aplastado.

—¿Qué demonios haces aquí? —le pregunto, solo para ponerlo a la defensiva.

—¡Sufro! —grita—. ¡Solo estaba cogiendo un asqueroso broche!

Paternalmente, casi, tomo a Lydia del brazo y regaño al postrado *Glork*:

—Cuida tu vocabulario, chico...

—¿Qué? —atruena—. ¿Esta tabla es *tuya*?

—Mr. Trumper está a cargo de mi laboratorio de idiomas —le dice gélidamente Lydia... como si eso volviera imposible cualquier relación mía con esas baratijas.

Pero el *Glork* no está convencido. Se endereza, visiblemente dolorido, y dice:

—¿Y qué demonios hacías tú detrás de esta condenada tabla?

—Bien... el vendedor... el vendedor tuvo que irse un momento. Yo pasaba por aquí y me ofrecí a cuidársela durante su ausencia —y con la intención de evitar un escrutinio más profundo, advierto al *Glork* que sin duda el vendedor se sentirá muy alterado por el estado de su tabla. ¿No piensa el *Glork* que debería rectificar?

Un momento trascendental. La adoradora Lydia Kindle me idolatra: un hombre de mi talento y buen gusto, tan generoso y campechano como para rebajarse a ayudar a un humilde vendedor. ¡Un humanista entra en la vida de la joven Lydia! En la cumbre de la gloria, hasta me digno enderezar la tabla mientras el *Glork* bufa al lado, saca el distintivo del bolsillo y murmura:

—Vamos, Lyd, que si no nos perderemos el partido.

Entonces veo a Fred Paff, jefe de concesiones de venta de Empresas Hawkeye, atravesando con sus ojos de halcón la entrada de la zona de gol. Para controlar cómo andan las ventas, sin duda. Nos divisa a mí y a mi vapuleada tabla. No llevo puesto el correspondiente broche de identificación y no voy ataviado con mi imponente delantal amarillo.

—El chico tiene razón —me apresuro a decirle a Lydia—. Será mejor que vayáis si no os queréis perder el saque.

Pero su adoración es grandiosa: me contempla boquiabierta.

—¡*Andando!* —les ruego y el *Glork* coge a Lydia del codo.

Pero es demasiado tarde; Fred Paff cae sobre nosotros. Huelo que se acercan sus pantalones de *tweed*; oigo chasquear sus mandíbulas al viento; deportivamente desodorizado y empolvado, respira a pocos pasos, vigoroso, merodeando. De pronto grita:

—¡Trumper! ¿Dónde está tu insignia de Hawkeye, muchacho? ¿Y tu delantal para el cambio? ¿Y en qué sucio infierno se ha metido tu *tabla*? —no puedo mirarlo cuando da un capirotazo a la franja de distintivos que se arrastra por el suelo. Contiene su aromático aliento al ver que tan fina franja de paño se ha rasgado. Yo no puedo decir una palabra, simplemente. Fred Paff me golpetea el hombro—. Trumper —dice, casi fraternalmente. Es más de lo que puedo soportar; me está mimando como a un perro herido. Busca a tientas en el bolsillo de mi chaquetón, saca la horrible prueba: mi delantal amarillo y mi insignia de identificación, N.º 501—. Fred —dice con voz tierna—. Fred, ¿qué te pasa, muchacho?

—¡Ja! —grita el *Glork*—. ¡*El* es el vendedor!

Y Paff pregunta:

—Fred, ¿esta gente quiere comprar algo? ¿Hoy no quieres vender, Fred?

Si Lydia Kindle también se hubiera mofado de mí, lo habría soportado. Si se hubiese comportado como la abnegada compatriota de su *Glork*, de alguna manera habría aguantado. Pero la sentía allí, piadosamente estremecida a mi lado.

—Oh, Mr. Trumper —me consoló—. No debe *avergonzarse*. Alguna gente tiene que trabajar, ya se sabe, y yo lo considero una virtud de su parte.

Lo que me duele es esa bobalicona e inocente compasión.

—Dios mío, Fred, domínate —dijo Paff. ¡Hasta Paff! Hasta él se conduele de lo que me pasa. (En nuestra reunión orientativa nos aseguró que cuidaba a todos sus «muchachos», pero en ningún momento se me ocurrió que lo dijera *en serio*). Es demasiado.

Paff y Lydia me flanquean, el malvado *Glork* está delante de mi tabla. ¡A él lo entiendo! Y detrás de él, lo juro, se va reuniendo una multitud. Ver este drama antes del partido es mejor que el espectáculo de la media parte. La muchedumbre piensa, a la manera en que piensan las muchedumbres: ojalá pusieran algo así durante la media parte. Si expusieran a los vendedores, les dieran de comer cerdo de Iowa, los dejaran tratar de defenderse humildemente con sus ridículas tablas... ¡ese sería un verdadero

entretenimiento de la media parte!

Tiro la toalla.

Hago un placaje a mi bandeja de chucherías y lanzo mi persona y mi tablero contra el ululante *Glork*. Hacia la infame chusma, ahora; desplazo la tabla, acarreándola como una ancha cuchilla, a través de la masa. Vuelvo a cambiar de dirección; me la cargo a la espalda, avanzo encorvado; mi escudo me protege de un ataque por la retaguardia. Frente a mí surgen caras paralizadas de pánico, esquivando mi atribulado camino; me insultan. A veces mi escudo es golpeado o, con frecuencia, *picoteado*. ¡Me están desvalijando por la espalda! Los siento como aves rapaces, cazando un distintivo aquí, un banderín allá. Se oye un terrible cascabeleo: todos mis cencerros caen en picado.

Al bordear el último ángulo de la entrada de la zona de gol, veo —demasiado tarde para evitarlo— a un atemorizado poli del campus. Solo atino a bajar la cabeza; oigo cómo se traga la respiración y veo que su cara amoratada se aleja de mí, flotando descendente entre mis rodillas. De alguna manera eludo pisarle la insignia que lleva en el pecho. Corro, a la espera de que un balazo penetre mi escudo y haga pedazos mi espina dorsal. Pero estoy a buen resguardo en la entrada del equipo local y no pasa nada. Tal vez, pienso asustado, mi tabla lo decapitó; quizá cuando vi caer su cabeza, caía suelta.

Entro deprisa en la sala de concesiones del estadio, con las rodillas dobladas bajo la tabla. Alguien tiene la amabilidad de quitármela de encima. Es N.º 368, con su corbata moteada de pelotas.

—¡Cielos, N.º 501! —dice con la vista fija en mi tabla pelada—. ¡Te has ganado una fortuna! ¿Dónde estaba tu puesto?

Varios me rodean. El jefe de recuentos comienza a sumar el contenido de mi tabla, calculando ventas y porcentaje. Estoy demasiado débil para dar explicaciones. El jefe descubre que he «vendido» todos los banderines menos uno, todos los distintivos grandes salvo cuatro, hasta el último broche pequeño de Iowa con las pelotitas doradas y la totalidad de los cencerros. A continuación anuncia que he «vendido» mercancías por más de trescientos dólares. Está calculando el prodigio matemático que ha de ser mi «comisión» cuando le comunico el valor de las ventas reales: \$12,75.

—Me limpiaron —confieso.

—¿Quiénes? —pregunta 368, impresionado.

—La turba —gruño y me esfuerzo por incorporarme—. Unos forofos desmadrados —digo. Me equilibran; su preocupación me desquicia.

—501 —dice 368—, ¿quieres decir que *te birlaron* todas tus cosas? —gesticulo débilmente hacia mi tabla desvencijada, hacia mis rodillas hechas jirones y con gravilla incrustada.

Pero al sentir que recupero la respiración, comprendo que debería moverme. Sin lugar a dudas, Fred Paff se materializará en un periquete. Se oye un rugido: es el

momento del saque. Casi todos los vendedores se dispersan; hasta 368, un hincha inveterado, se siente tentado a abandonarme. En realidad, le indico con un gesto que estoy bien, que no necesita quedarse para sustentarme.

—Tenemos que *hacer* algo con esta cuestión —musita, aunque de hecho su mente está en la devolución del saque. Si no me sintiera tan fatigado, le diría que tenemos que unir a todos los vendedores ambulantes en un gremio. Le hablaría de participación en los beneficios y de explotación del proletariado. Le daría una cartilla al hombre con la corbata salpicada de pelotas doradas. ¡Primer curso de marxismo! ¡Vendedores ambulantes del mundo, uníos!

Pero en este momento, cinco metros dentro de su propia zona de gol, el especialista de Notre Dame en saque y patada de vuelta —el N.º 25— recibe el balón como un sólido toque de una varita mágica. Y 368 dice:

—Tendría que haber dos hombres con cada tabla.

—En tal caso tendríais que partir la comisión —dice el jefe de recuentos.

—Cuernos, no —dice 368—. Vosotros tendríais que *duplicar* la comisión. No me digas que alguien no está ganando un dineral con esta chatarra... —seguro que 368 ha estudiado en la escuela de comercio y compró su corbata a precio de saldo.

Pero las especulaciones se ven interrumpidas. Arriba, el estadio emite un estruendo bestial. El n.º 25 de Notre Dame ha rebasado el centro, por encima de su propio 40, un santo patrón con casco dorado, muy sólido, que le abre paso. Y nuestro propio 368 despegar por los laterales del túnel subterráneo del estadio, en dirección a la rampa más cercana, mientras el jefe de recuentos se precipita a un pórtico tipo mazmorra de la parte de atrás de la sala de concesiones.

Lamentando no tener la velocidad del 25 de Notre Dame, practico una oportuna huida. Ahora el tráfico es más denso. Las masas que se han perdido el saque inundan las entradas. Un placaje de cuerpos cruzados sobre un hombre acolchado me permite librarme del terror subterráneo y salir por la entrada de la tribuna de prensa, tan libre como el N.º 25 de Notre Dame, que ahora se encuentra completamente solo a través del medio campo, seguido por un lateral rezagado y sin nada delante, salvo la zona de gol del Iowa. El bramido local se ahoga en un estertor y de los católicos fanáticos de la tribuna surge una estridente ovación. La banda de los Irlandeses Combatientes deja oír una brillante nota verde.

Yo me limito a huir hacia la otra zona de gol, lejos de donde N.º 25 derrama la primera sangre, lejos de donde sospecho que yace degollado el poli del campus, y donde se está reuniendo un ejército de voluntarios del Cuerpo de Instrucción Militar para Oficiales de Reserva, con el fin de liquidarme. Cruzo con éxito el recinto del campo de fútbol, aunque mis rodillas golpean los parachoques de todos los coches aparcados y tengo que evitar la fulminante mirada del que aparca los coches de aquella institución, que baja sus ojos suspicaces y apenas asoma por debajo de su casco blanco de policía militar. ¿Por qué llevan la placa de P. M. solo para aparcar un coche?

Zigzagueo a través del campus desierto y dirijo mis pasos al río Iowa, más allá de los siniestramente silenciosos hospitales universitarios. Frente a la entrada del Hospital de Niños, varios granjeros, apoyados en posturas desgarbadas contra las capotas y parachoques delanteros de sus camionetas, aguardan a sus mujeres e hijos, que han entrado para beneficiarse de este servicio social que ofrece la universidad. Para tratarse de mordeduras de cerdos y abortos e infinitas enfermedades animales extrañas, que de alguna manera se transmiten a los granjeros y sus familias.

Corro ciegamente un instante, sobresaltado por la horrible e insensata imagen de Colm gravemente herido por una de esas cerdas dementes que engullen a sus propios lechones.

Ahora paso por el patio de las viviendas colectivas para varones. Solo suena un fonógrafo, que deja oír desafiante una pieza de Scarlatti para clavicordio... más discordante y religiosa que unos vitrales hechos trizas. Obviamente, no se trata de un hincha de fútbol. No hay nadie que me vea detenerme y escuchar, ni que me vea retomar el ritmo cuando oigo pasos a mis espaldas.

Son pisadas arrastradas, fatigadas. Tal vez el poli del campus en pie, con su precaria cabeza sujeta por un tendón. Aun así, no puede estar tan cansado como yo. Interrumpo mis pasos. Espero a los que se acercan y cuando una mano se apoya suavemente en mi brazo, me arrodillo; toco con la frente el cemento del patio tibio de sol y siento que Scarlatti sube y baja por mi columna vertebral... al igual que esa mano. Veo unas piernas bien torneadas y frágiles. Cuando las piernas ven que las miro, se juntan; descienden dos rodillas semejantes a los delicados cachetes del pompis de un bebé. Una mano débil intenta levantarme la cabeza; coopero.

Apoyo mi mentón picado de grava en el dobladillo de su falda.

Y oigo la vocecilla triste de Lydia Kindle.

—Oh, Mr. Trumper. *Wie gehts der jetzt? Hoffentlich gut...* —concluye con tono más animado.

Pero sé que no estoy a la altura de su alemán canoro. Me paso al antiguo nórdico bajo.

—*Klegwoerum* —le digo con voz poco clara. Ella desliza su mano fría y frágil por debajo del cuello de mi chaquetón y se abre paso como puede.

Luego, desde los altos dormitorios casi vacíos que nos rodean, oigo que el clavicordio toca a su fin. El último acorde flota tanto tiempo sobre mí que casi espero que nos aplaste. Me ayudo y ayudo a Lydia a incorporarnos y abrazo su rubor contra mi pecho; es tan delgada que siento el latido de su corazón en su espalda. Levanta su rostro joven y húmedo hacia mí: un rostro de finos huesos. Si yo tuviera una cara tan angulosa, tendría miedo de rodar mientras duermo, para no romperme un hueso. Sin embargo, ella levanta hacia mí su rostro vulnerable.

Mi bigote no soporta semejante escrutinio, de modo que me apresuro a besarla. Como ella no puede dejar los labios quietos, retrocedo, dejando su mano en la mía. Cuando echamos a andar la acerco a mi lado. Bajando por el paseo de tablas que lleva

al río, siento que su ligera y afilada cadera me pincha; ella trata de acompasar sus ángulos y su pasito a mi balanceo de oso. Al otro lado del río y en la ciudad; después de practicar con denuedo, logramos caminar armoniosamente.

Veo nuestro reflejo en los escaparates de las tiendas. Estamos superpuestos sobre un maniquí con bragas floreadas y sostén a juego, con un bolso en el brazo. Luego nuestra imagen cambia. Veo el cuadro siguiente: estamos superpuestos sobre la cara de un bebedor de cerveza mohíno, sobre el pálido neón de una destellante máquina automática de billar, sobre la pesada espalda del jugador que la hace funcionar y que da la impresión de estar montándola frenéticamente. Cuadro siguiente: estamos superpuestos sobre nada... sobre un oscuro escaparate vacío, en el que solo se ve un cartel en la esquina inferior de nuestra imagen. El cartel dice: EN ALQUILER. Lo leo dos veces antes de darme cuenta de que he dejado de andar y estoy señalando nuestras caras en el cristal. Su cara y la mía, juntas. Ella parece sorprendida consigo misma, pero dichosa.

¡Pero mírame a mí! Tengo el pelo revuelto, los ojos desorbitados, la boca incontrolablemente sonriente: mi cara es una mueca, con la piel tan tensa y enrojecida como un puño cerrado. A nuestras espaldas, un grupo poco numeroso afloja el paso y se reúne deteniéndose apenas lo suficiente para mirar de soslayo el escaparate, para ver qué ha llamado nuestra atención; siguen su camino en cuanto ven nuestras caras desaparejas... prácticamente se escabullen, como si mi semblante torcido los ahuyentara.

—Puedo verte en cualquier momento —dice Lydia Kindle, hablando hacia la acera—. Dime cuándo.

—Te llamaré.

—O puedes dejarme una nota... en el laboratorio de idiomas.

—Claro, una nota —digo, pensando: ¡Jesús! *¿Notas en el laboratorio de idiomas?*

—O cualquier cosa.

—Seguro, cualquier cosa —repito y ella remolonea un momento, esperando que vuelva a cogerle la mano.

Pero no lo hago. Logro esbozar una sonrisa: una cara disecada en el escaparate, con una sonrisa tan convincente como la de un esqueleto. Luego la veo bajar el bordillo, pisar el paso de peatones, volverse para saludarme con la mano; observo el cristal del escaparate y me veo levantando un brazo rígido, desde el codo, como si los cables que me ayudan a moverme estuviesen retorcidos o cruzados.

Después voy tras ella a paso de tortuga, fingiendo reserva ante el orgulloso coletazo de su grupa. Pero noto que la gente mira fijamente mis rodillas, y cuando me agacho para limpiarme los jirones, la sangre y la gravilla, pierdo de vista a Lydia.

¡Oh, condolencia y consuelo! Es extraño, pero cuando te dan un poco, quieres más.

Porque volví a casa, con Biggie, y la encontré agachada en el pasillo, junto a la

puerta del baño, pesada y sin sostén con una de mis camisetas, metida a la fuerza en uno de mis Levis, tan ceñido para ella que no pudo levantar la cremallera de la bragueta. Colm jugaba en el vestíbulo, entre los dos, absorto en su intento de aplastar dos camiones, el uno contra el otro. Y Biggie, que sacó un cubo de limpiador amoniacal por la puerta del baño, me pescó mirándola como si su *fuerza* de ese momento me hubiese abrumado, dejándome jadeante ante ella, como si se tratara de un animal feo y asustado, capaz de tragarme entero.

—¿Qué miras con esa cara? —preguntó.

—Nada, Big —repliqué, pero recordé la visión de mí mismo en el escaparate y no pude mirarla a los ojos.

—Bien, lo siento si no te parezco lo bastante *bonita* para ti —dijo.

Parpadeé. Avanzó hacia mí pasillo abajo, arrastrando el cubo con un pie, lo que la obligaba a inclinarse y ladeaba una de sus tetas... Una se balanceaba a su lado, mientras la otra iba alta y directa hacia mí. Como si ya no estuviera suficientemente intimidado.

—Bogus, ¿qué te ocurre? ¿Suspendieron el partido? —me levantó la cara con su manota.

Entonces noté que su boca se aflojaba y al principio pensé que lo que la había impresionado era la vista de mi cara en el escaparate. Sin reconocer, al principio, que la que me dirigió era una mirada irascible, y sin saborear —hasta ese momento, cuando me lamí los labios secos— la barra de labios anaranjado claro de Lydia Kindle en las comisuras y en las cerdas de mi bigote: amor de mandarina.

—¡Puerco! —exclamó Biggie y sacó del cubo un trapo empapado con el que me aplastó la cara y que luego me pasó por la boca. Quizá fue el amoniaco el que me hizo lagrimear, con esos vapores tan penetrantes bajo mi nariz:

—Perdí el trabajo, Big —barboté, y ella me miró con la boca abierta—. Perdí el *trabajo*, Big —repetí—. Perdí ese jodido trabajo... —sentí que caía sobre mis rodillas en carne viva, postrado tantas veces en un solo día.

Biggie estuvo a punto de pasar a mi lado, pero la cogí de las caderas y la abracé, repitiendo hasta el cansancio «¡Perdí el trabajo, perdí el trabajo!». Pero ella levantó las rodillas y me dio en el mentón; me mordí la lengua y sentí que una sangre dulce goteaba por mi garganta. Volví a cogerla, buscando su rostro, y de pronto la encontré a mi lado, también de rodillas, diciendo en su estilo sereno, su *otro* estilo:

—Bogus, ¿qué era el trabajo para ti? Quiero decir que era un mal trabajo, ¿no? Y nunca sacabas lo suficiente como para que notemos su pérdida... ¿No es cierto, Bogus?

Pero el amoniaco es muy penetrante. Perdí toda esperanza de hablar; solo pude coger la cinturilla de la camiseta de Biggie para darme unos golpecitos en la boca ensangrentada. Biggie me apretó contra ella; es tan sólida que apenas me hizo mella, pero encontré mi sitio habitual, acurrucado entre el pecho y el muslo. Dejé que Biggie me canturreara con su voz baja y desentonada:

—No es nada, Bogus. De veras, no pasa nada. Está bien que...

Quizá, de no haber visto que Colm se acercaba sorteando sus aporreados camiones —para ver a qué clase de criatura desvalida hacía de madre su madre—, le habría rebatido esta cuestión. Oculté mi rostro contra Biggie y sentí que Colm me palpaba levemente la espalda, las orejas y los pies, tratando de descubrir exactamente dónde me había hecho daño. Y juro por mi vida que no sé con certeza dónde me había hecho daño.

—Tengo un regalo para ti... —la voz rica de Biggie deriva pasillo abajo, vuelve, penetra. Me lo entrega. *¡Un premio al singularmente infiel que perdió su trabajo!* Colm toquetea la etiqueta mientras yo traduzco del húngaro. Del Mercado Popular de Milo Kubik, una preciosa lata con doscientos gramos de mi predilecto, el ragú de jabalí en salsa Médoc. Milo Kubik, el *gourmet* refugiado. Huyó de Budapest con recuerdos, y con latas de este y otros ragús. Gracias a Dios lo logró, me digo. Sé que si yo hubiera estado en Budapest —con un frasco de jabalí marinado en el bolsillo, un sobre de paprika en la entrepierna—, me habrían pescado.

¿Quieres tener un bebé?

Tulpen volvió a casa temprano, pero Bogus y Ralph Packer se quedaron hasta tarde en el estudio de Christopher Street, jugando con la banda sonora de *Allá en la granja*.

La comuna *hippie* llamada Granja Libre había ocupado alrededor de una hectárea y media de terrenos sin explotar, pertenecientes a un *College* universitario de artes liberales. Cultivaron un huerto e invitaron a los auténticos granjeros de la zona a compartir su cosecha y cultivar huertos propios. El *College* tenía muchas hectáreas de terrenos inexplorados. Las autoridades universitarias solicitaron a los granjeros libres que se largaran, pero estos respondieron que solo estaban aprovechando tierra desaprovechada. La tierra desaprovechada era un crimen de lesa humanidad; a todo lo largo de Vermont hay granjeros sin tierras suficientes. Los granjeros libres se quedarían en los terrenos del *College* hasta que los cerdos los echaran.

Ralph proyectó unas cuantas tomas nuevas de los últimos acontecimientos; Bogus jugaba con el sonido.

(Plano medio; sin sonido sinc; interior, día; grandes almacenes. Los granjeros libres están de compras, abriéndose en abanico en los pasillos, cogiendo cosas y volviendo a dejarlas en su lugar, como si esos productos alimenticios y esa quincallería fuesen artículos raros).

NARRADOR (*Bogus, voz superpuesta*): Los granjeros libres compran germen de trigo, miel, arroz integral, leche, naranjas, vino de manzana, papel para liar cigarrillos, pipas de mazorca, Camel, Marlboro, Winston, Lucky, Salem...

(Plano medio; sonido sinc; exterior, día; grandes almacenes. Los granjeros libres arremolinados junto a su psicodélica camioneta Volkswagen de paneles, aparcada frente a la tienda. El chico que tiene la bolsa de la compra lleva el pelo atado en una cola de caballo; usa mono de granjero. Hurga en la bolsa y saca cosas).

CHICO: ¿De quién son los Salem? (*Levanta la cajetilla*). ¡Venga! ¿Quién pidió Salem?

Luego vieron la escena con el rector del *college* local. El rector es útil para la película porque vaticina vocingleramente lo que ocurrirá.

(Plano medio, en movimiento; sin sonido sinc; exterior, día; campus. Seguimos al rector del colegio a través del aparcamiento y subimos por un sendero que conduce al paseo del campus. El hombre lleva un traje severo; inclina graciosamente la cabeza ante varios estudiantes que pasan por allí).

NARRADOR (*Bogus, voz superpuesta*): El rector tiene cuarenta y tres años, ha estado divorciado y volvió a casarse; es bachiller, licenciado y doctor en botánica, Yale. Tiene cuatro hijos. Es presidente del comité democrático estatal...

(El rector sigue a un grupo de estudiantes hasta un edificio; los estudiantes entran directamente, pero el rector hace una pausa para limpiarse la suela de los zapatos).

NARRADOR (V. S.): Se opone a tener policía en el campus; aunque cree inquebrantablemente en la propiedad privada y ha pedido reiteradas veces a los granjeros libres que se marchen, no llamará a la policía...

(Primer plano medio; sonido sinc; interior, día; despacho del rector. El rector habla directamente a la cámara).

RECTOR: ¿Para qué llamar a la policía? Los auténticos granjeros de los alrededores se ocuparán de esta cuestión...

La mayor parte del nuevo metraje tiene que ver con el líder de la Granja Libre, un personaje llamado Morris. Una noche, un grupo de granjeros auténticos va a la Granja Libre y le da una paliza a Morris. La policía entrevista a la anónima novia de Morris, testigo de la paliza.

(Plano medio; sonido sinc; interior, noche; comisaría. La chica de Morris lleva un mono de granjero encima de un gran tetamen, con una vieja camiseta que anteriormente hemos visto usar a Morris. La chica habla con un sargento en la comisaría, y un secretario oficial toma nota).

CHICA: ...entonces no pude ver lo que le hacían a Morris porque uno de ellos me atropelló... ya sabe, me dijo cochinas. Y uno de ellos se me metió debajo... yo estaba de bruces... y me pellizcó la teta. *(Levanta un pecho para exhibir la parte pellizcada)*. Está claro lo que querían de nosotros. ¡Solo joder! Eso es todo. Fingen odiarnos pero lo que quieren es nuestro culo, tío. Sí, me pegaron, me tiraron al suelo y todo lo demás, pero en realidad lo que buscaban era una sensación barata, ya sabes, sus mujeres van con sostén y faja y rulos todo el día... es natural que ellos anden por ahí calientes. Pero se sienten tan amenazados por nosotros... al menos respondieron de esa manera a Morris...

SARGENTO: ¿Cómo respondieron exactamente a Morris?

CHICA: Lo dejaron hecho polvo.

SARGENTO: ¿Morris los provocó?

CHICA: ¿Morris? ¡Anda ya! ¡Morris pidiendo que lo cepillen! Morris no sabe cómo mierda provocar a nadie...

Siguen metros y metros de lúgubre celuloide sobre el vapuleado Morris, ahora hospitalizado y sujeto a un aparato de tracción. Finalmente los demás granjeros libres tienen que pedir protección policial porque los granjeros auténticos vuelven a atacarlos y acribillan a perdigonadas todas las tomateras. «Protección policial» supone la retirada de los granjeros libres de la Granja Libre.

Cuando Morris sale del hospital, pasea por el pueblo llevando a cabo una especie de autopsia sobre la desertada Granja Libre. Pregunta a todos los granjeros si de verdad le habrían disparado a alguien o si con el tiempo habrían llegado a tolerar la Granja Libre. Todo esto es inútil, pues ya no hay Granja Libre, pero aparentemente para Morris es importante conocer las respuestas.

(Plano medio —sube sonido gradualmente, con fundido; sin sonido sinc, música superpuesta; exterior, día; parque de bomberos local. Morris, apoyado en muletas,

está con su chica. Hablan con el jefe de bomberos, pero no hay sonido sinc. La música es «After the Goldrush», de Neil Young. Aunque Morris lleva todo el peso de la conversación, el jefe de bomberos no deja de mirar a su chica. Plano medio; sin sonido sinc, música superpuesta; exterior, día; casa de granjero. Morris y la chica charlan con uno de los granjeros auténticos, probablemente implicado en la paliza. La chica levanta su pecho, muy posiblemente haciendo referencia al pellizco. Morris es amistoso; el granjero es cauto. Plano medio; sin sonido sinc, música superpuesta; exterior, día; grandes almacenes. Morris y su chica sentados en los peldaños de entrada. Beben Pepsi; Morris habla entusiasmado, pero la chica parece estar de él hasta la coronilla. Otro ángulo... que incluye la psicodélica camioneta Volkswagen de paneles; sonido sinc, música se desvanece. Morris y su chica, a punto de partir. Están subiendo al camión. Morris habla directamente a la cámara; su chica le sostiene las muletas).

MORRIS: No nos habrían disparado. Quizás habrían vuelto a pegarnos, pero no nos habrían disparado, decididamente. Ahora siento que estamos mucho más cerca de ellos; se está produciendo alguna comunicación. *(Se vuelve hacia su chica)*. Es algo que sentimos, ¿no?

CHICA: Te habrían saltado la condenada tapa de tus sesos...

Según el plan, la película se cerrará con el comentario del rector del College.

(Plano medio, en movimiento; sonido sinc; exterior, día; pícnic del Día de los Padres. Recorrido por un pícnic formal, con muchos padres pulcramente ataviados, sonrientes; saludando, el rector se mueve como un papa impartiendo bendiciones. Está comiendo pollo frito y consigue hacerlo sin mancharse. La cámara se acerca a él, apareciendo por encima de su hombro. Se vuelve bruscamente y mira la cámara. Al principio está sobresaltado; de inmediato conecta el encanto y habla seriamente, como si retomara un tema añejo y eterno).

RECTOR: ¿Sabéis qué es lo que realmente me anima pese a las cosas que ocurren a nuestro alrededor? Bien, os diré algo acerca de estos chicos... y en verdad es muy estimulante. Viven y aprenden, eso es lo que hacen. Lo hacen realmente... y ello me sirve de estímulo. Solo viven y aprenden, como todos los chicos, en cualquier lugar, en cualquier momento...

En ese momento entró Kent con cervezas y queso. Había sido operador de cámara de buena parte del nuevo metraje y estaba ansioso por ver cómo lo había hecho.

—¿Ya lo has proyectado? —preguntó.

—Apesta —dijo Ralph—. Todo. Es horrible.

—No es muy bueno —aportó Trumper.

Kent desenvolvió el queso como si fuera su frustrado corazón. —La cámara era pésima, ¿eh?

—Todo es terrible —dijo Ralph.

Permanecieron allí, preguntándose qué era lo que había andado mal.

—Fue la jodida cámara, ¿no? —dijo Kent.

—Es todo el concepto —afirmó Ralph.

—La *gente* es un espanto —dijo Trumper—. Son tan transparentes...

—La gente es sencilla, no hay nada complejo en la gente —opinó Ralph.

—¿Pero qué os pareció la chica que mostraba la teta? —preguntó Kent—. Eso era fabuloso, ¿eh?

—Es la política y la sutileza y el podrido humor lo que la volverá horrible en todo sentido —dijo Ralph—. Al menos *en parte* es por eso.

—¿Puedo verlo con mis propios ojos, por favor? —imploró Kent—. Al menos debería visionar ese condenado celuloide.

—A ti ni siquiera te gustará tu trabajo con la cámara, Kent —le advirtió Ralph.

—¿A ti no te gustó, Ralph?

—A mí no me gustó *nada* de todo eso —dijo Ralph.

—¿Cómo salió el montaje? —quiso saber Kent.

—No es justo hablar de montaje en ausencia de Tulpen —intervino Trumper.

—De todos modos, aún no ha sido montada, Kent —dijo Ralph.

—Así es, *Jesús*, Kent —confirmó Trumper.

—Está bien, Thump-Thump —dijo Kent—. ¿Qué tal el *sonido*?

—Correcto —respondió Ralph—. Thump-Thump mejora día a día, técnicamente hablando.

—Correcto —reconoció Trumper—. Es mi imaginación la que no va a ninguna parte.

—Correcto —dijo Ralph.

—Por favor, ¿puedo ver el jodido metraje con mis propios ojos? —insistió Kent.

Lo dejaron rebobinando en el estudio y salieron a Christopher Street, para tomar café en el New Deal.

—Lo único que quiero hacer es un film que describa algo que merezca la pena —confesó Ralph—. Detesto las conclusiones.

—Yo no confío en los desenlaces —dijo Trumper.

—Correcto, correcto —concordó Ralph—. Basta con una buena descripción. Pero tiene que ser una descripción *personal*. Todo lo demás es mero periodismo.

—Si el New Deal está cerrado me cagaré en la mar —amenazó Trumper.

Pero estaba abierto; se sentaron ante sendos tazones de café exprés con cáscara de limón y ron.

—Desechemos esta película, Thump-Thump —propuso Ralph—. Es lo de siempre. Todo lo que he hecho es extrovertido y necesito hacer una película introvertida.

—Bien, a ti te corresponde decidirlo, Ralph —dijo Trumper.

—Tú eres un manantial de opiniones, Thump-Thump. Por eso resulta tan apasionante hablar contigo.

—Es tu película.

—Pero supongamos que *tú* hicieras la siguiente, Thump-Thump, ¿cómo sería?

—No tengo planes —dijo Trumper, con la vista fija en la cáscara de limón de su café.

—¿Pero qué *sientes*, Thump? —le preguntó Ralph.

Trumper ahuecó las manos sobre su tazón.

—Calor —respondió—. Por ahora siento calor.

¿Qué *siento*?, se preguntó mas tarde, mientras recorría a tientas el apartamento de Tulpen en la oscuridad, pisando la ropa de ella con sus pies descalzos.

Un sostén, siento un sostén bajo mi pie izquierdo. ¿Y dolor? Sí, dolor; mi espinilla izquierda *cruje* contra la silla del dormitorio: eso es dolor.

—¿Trumper? —dijo Tulpen, revolviéndose en la cama. El subió a gatas hasta quedar a su lado, alargó la mano para tocarla y allí la dejó.

—Un pecho —dijo en voz alta—. *Siento un pecho*.

—Correcto —le dijo Tulpen y se arrebujó contra él—. ¿Qué más sientes? —susurró.

¿*Dolor*? Bien, sí, los dientes de ella mordisqueándole la panza; su beso lo bastante rudo para volverle el ombligo del revés.

—Te eché de menos —le dijo Trumper: en general salían juntos del trabajo.

Pero ella no respondió; cerró la boca sobre la vida adormilada de Trumper; a él le preocupaban sus dientes y de pronto los muslos de Tulpen apretaron tan fuerte su cabeza que sintió el pulso en las sienes. La tocó con la lengua y buscó en la boca de ella su cerebro.

Después permanecieron envueltos por las frías luces de neón de los acuarios. Extraños peces pasaban como rayos junto a ellos; unas lentas tortugas asomaron a la superficie, volcaron y se hundieron de costado. Trumper trataba de imaginar otras formas de vida.

Observó una minúscula anguila translúcida, color turquesa, con sus órganos internos visibles y funcionando de alguna manera. Uno de los órganos parecía el pequeño ayudante de un fontanero; se sumergía, chupaba, y la boca de la anguila se abría para eructar una diminuta burbuja. Mientras la burbuja se elevaba a la superficie, otro pez la investigaba, la codeaba, a veces la rompía. Trumper se preguntó si no sería una forma de diálogo. ¿Una burbuja era una palabra o toda una oración? ¿Quizás un párrafo! ¡Un *poeta* minúsculo, translúcido, turquesa, leyendo bellamente para este mundo! Trumper estaba a punto de interrogar a Tulpen sobre esa extraña anguila, pero ella habló primero.

—Esta noche te ha llamado Biggie —dijo.

Trumper lamentó no poder lanzar una burbuja perfectamente maravillosa.

—¿Qué quería? —preguntó, envidiando el fácil método de comunicación de la anguila.

—Hablar contigo.

—¿Dejó algún mensaje? ¿Le pasa algo a Colm?

—Dijo que pasarían fuera el fin de semana —explicó Tulpen—. Por si llamabas y

no encontrabas a nadie. Para que no te preocuparas.

—Entonces solo llamó para eso —señaló Trumper—. No dijo que le pasara nada a Colm.

—Dijo que solías llamar los fines de semana —agregó Tulpen—. Yo no lo sabía.

—Bien, llamo desde el estudio —dijo Trumper—. Solo para hablar con Colm. Pensé que preferirías no oír...

—¿Echas de menos a Colm, Trumper?

—Sí.

—¿Pero a ella no?

—¿A Biggie?

—Sí.

—No —dijo Trumper—. No echo de menos a Biggie.

Silencio. Trumper registró con la vista el acuario en busca de la anguila verbosa, pero no la encontró. Cambia el tema de las burbujas, pensó. Rápido.

—Ralph quiere desechar la película —dijo, pero ella lo miraba con fijeza—. Ya sabes, *Allá en la granja* —añadió—. El nuevo metraje era un horror. Una idea tan ingenua...

Tulpen dijo:

—Ya lo sé.

—¿Habló contigo? —preguntó Trumper.

—Quiere hacer una película *personal* —prosiguió ella—. ¿Correcto?

—Correcto —asintió Trumper; le tocó el pecho, pero ella se apartó, le dio la espalda, se hizo un ovillo.

—Algo complejo —retomó Tulpen—. Introvertido y no político. Algo más *íntimo*, ¿correcto?

—Correcto —dijo Trumper, preocupado—. Sospecho que te ha hablado de eso más que a mí.

—Quiere hacer una película sobre ti —dijo Tulpen.

—¿Sobre mí? ¿Qué quiere hacer *sobre* mí?

—Algo personal —murmuró ella a la almohada.

—¿Qué? —gritó Trumper, se sentó erguido y de mala manera la hizo rodar hasta ponerla sobre su regazo.

—Sobre la forma en que fracasó tu matrimonio —dijo Tulpen—. Una buena descripción, ¿sabes? Y sobre cómo nos llevamos... ahora —agregó—. Y entrevistas con Biggie, cómo lo vive *ella*, Y entrevistas *conmigo*. Sobre lo que pienso...

—Bien, ¿qué piensas *tú*? —chilló: estaba furioso.

—Yo pienso que es una buena idea.

—¿Para quién? —preguntó Trumper en tono virulento—. ¿Para mí? ¿Como una especie de terapia? ¿Como una visita a un puñetero psiquiatra?

—Tampoco es mala idea —dijo Tulpen; se sentó a su lado y le tocó el muslo—. Tenemos dinero suficiente para que lo hagas, Trumper...

—¡Cristo!

—¡Trumper! —exclamó ella—. Si de veras no la echas de menos, no puede dolerte.

—No tiene nada que ver con el dolor —aclaró él—. Ahora llevo una nueva vida. ¿Para qué volver atrás?

—¿Qué clase de nueva vida? —preguntó Tulpen—. ¿Eres feliz, Trumper? ¿Te diriges a algún sitio? ¿O eres feliz donde estás?

—Te tengo a ti.

—¿Me amas? —le preguntó. ¡Y él pensó en la burbuja de la anguila turquesa para responder a eso! Un terrible remolino ascendente, el otro pez apartándose de su camino.

—No hay nadie más en el mundo con quien prefiriera estar —dijo.

—Pero echas de menos a Colm. Añoras a tu hijo.

—Sí.

—Bien, puedes tener otro, ¿sabes? —dijo ella, indignada—. ¿Quieres un bebé, Trumper? Yo *podría* producir uno, ¿sabes...?

El la miró, impresionado.

—¿Quieres tener un bebé?

—¿Quieres tenerlo *tú*? —vociferó Tulpen—. Te lo puedo dar, Trumper, pero tienes que *desearlo* realmente. Tienes que hacerme saber lo que quieres de mí, Trumper. ¡No puedes vivir aquí por las buenas, si ni siquiera te conozco!

—No sabía que querías tener un bebé.

—No es exactamente eso lo que dije, Trumper.

—Quiero decir... siempre me pareciste retraída, más bien independiente..., como si no quisieras tenerme demasiado cerca.

—Que es como tú quieres que sean las cosas, ¿verdad?

—Bien, no, no tiene nada que ver con cómo quiero que seas.

—¿Pero cómo *quieres* que sea? —preguntó Tulpen.

—Bien... —dijo él torpemente: una burbuja excesivamente pesada para elevarse—. Bien, como tú quieras ser, Tulpen.

Pero ella se apartó.

—Tú quieres que las cosas sean frías, ¿no? Más bien distantes, no comprometidas, libres...

—¡Maldición! —exclamó él—. ¿Realmente quieres tener un bebé?

—Tú primero —recalcó Tulpen—. Yo no voy a arriesgar nada por nada. Podría arriesgar, Trumper. Soy *capaz* de comprometerme —dijo, mirándolo a los ojos—. ¿Pero lo eres tú?

Trumper se levantó y se paseó alrededor de los acuarios, contemplándola a través de los cristales. Un pez bajó en picado entre los pechos de Tulpen, las algas se movieron en su regazo.

—Tú no estás *haciendo* nada —le espetó Tulpen—. No tienes ninguna

orientación, no hay ningún proyecto en tu vida. Ni siquiera hay argumento.

—Entonces solo serviría para una mala película, ¿no? —estaba buscando a la anguila turquesa y no la encontraba.

—Trumper, no me interesa saber para qué clase de película servirías. Me importa un comino la condenada película, Trumper —viendo que la observaba a través de una pecera, se cubrió violentamente con la sábana—. ¡Deja de mirarme la entrepierna mientras intento hablar contigo! —gritó.

Trumper meneó la cabeza por encima de la pecera, espiándola. Se sintió auténticamente sorprendido: solo estaba buscando a la anguila.

—No te estaba mirando la entrepierna —afirmó y ella cayó sobre la cama, como si la hubiera agotado estar sentada.

—No has querido salir a pasar un solo fin de semana fuera —le recordó Tulpen—. Nadie vive en Nueva York sin querer ir a otro sitio.

—¿Conoces a una minúscula anguila transparente? —dijo Trumper, hurgando en una de las peceras—. La turquesa, la pequeñísima —ella se asomó desde debajo de la sábana y le clavó la vista—. Bien, no logro encontrarla. Creo que estaba conversando... Quería mostrarte... —pero la mirada fija de ella lo bloqueó—. Hablaba en burbujas —concluyó Trumper.

Tulpen se limitó a mover la cabeza de un lado a otro.

—Jesús —musitó. El se acercó a la cama y se sentó a su lado—. ¿Sabes lo que dice Ralph sobre ti, Trumper? —le preguntó.

—No —replicó él, enojado—. Cuéntame qué mierda dice el viejo Ralph.

—Dice que eres impenetrable, Trumper.

—¿Impenetrable?

—¡Nadie te conoce, Trumper! No *transmites* nada. Y tampoco haces mucho. Es como si las cosas te ocurrieran, y ni siquiera así significan nada. Tú no haces nada de lo que te ocurre. Ralph opina que tienes que ser muy complicado, Trumper. Piensa que tienes una compleja identidad misteriosa bajo la superficie.

Trumper no apartó la vista del acuario, ¿*Dónde está la anguila conversadora?*

—¿Y qué piensas *tú*, Tulpen? —le preguntó—. ¿Qué piensas *tú* que hay bajo la superficie?

—Otra superficie —dijo ella y ahora él sí la miró—. O tal vez solo exista esa superficie y no haya nada debajo —él estaba enfadado, pero se incorporó ligeramente, sacudió la cabeza y rio. No obstante, Tulpen siguió observándolo.

—Bien, ¿sabes lo que pienso yo? —dijo Trumper y escudriñó la pecera, preguntándose qué pensaba en realidad—. Pienso que la minúscula anguila turquesa ha desaparecido —entonces sonrió a Tulpen, pero ella no le vio la gracia y se apartó.

—Entonces es la segunda que pierdo —replicó fríamente.

—¿Qué pierdes?

—Puse la primera en otra pecera y desapareció.

—¿Desapareció? —preguntó Trumper y miró las otras peceras.

—Bien, evidentemente algo se la comió —dijo Tulpen—. Entonces puse a la segunda en otra pecera para que no fuese comida por lo que comió a la primera. Y obviamente otro algo se la comió.

Trumper hundió la mano en el acuario, buscando a tientas.

—¡Por lo tanto se la *comieron!* —chilló. Miró y siguió mirando, pero no había una sola huella turquesa, ni siquiera un matiz del extraño ayudante de fontanero que había inspirado poesías a la minúscula anguila. Trumper abofeteó la superficie del agua; los otros peces salieron disparados, huyeron aterrorizados, entrechocaron y rebotaron en los cristales—. ¡Cabrones! —rugió Trumper—. ¿Cuál de vosotros fue? —les dedicó una mirada feroz: el amarillo enjuto con una aleta azul, el rojo travieso de forma redondeada. Apuñaló la pecera con un lápiz.

—¡Basta! —le gritó Tulpen. Pero él apuñaló y apuñaló, tratando de lancearlos contra el cristal. ¡Habían matado al poeta! ¡Entonces la anguila les estaba rogando piedad con sus burbujas! Y los muy jodidos se la habían engullido.

Tulpen cogió a Trumper por la cintura y lo empujó sobre la cama. El se tiró encima, arrebató el despertador de la mesilla de noche y lo arrojó contra los peces asesinos. Las paredes del acuario eran gruesas; se resquebrajó y comenzó a gotear, pero no se hizo trizas. Mientras caía el agua, la corriente empujaba a los peces más pequeños contra la grieta.

Tulpen permaneció inmóvil bajo el cuerpo de Trumper, observando cómo bajaba el nivel del agua.

—Trumper —dijo en voz baja, pero él no la miró. La mantuvo quieta hasta que la pecera se vació sobre la biblioteca y los peces asesinos se agitaron en el suelo seco del acuario—. Trumper, por Dios —repitió, pero no se debatió—. Déjame trasladarlos a otra pecera, por favor.

La dejó levantarse y la miró mientras los recogía suavemente y los pasaba a otra pecera. En la de las tortugas, una de cabeza azul brillante se tragó instantáneamente al amarillo enjuto, pero dejó en paz al rojo travieso.

—Mierda —dijo Tulpen—, nunca sé quién se va a comer a quién.

—Por favor, dime por qué quieres tener un bebé —le preguntó Trumper, pero cuando ella se volvió a mirarlo estaba tranquila, con los brazos cruzados sobre el pecho. De un soplido, apartó fríamente de sus ojos un mechón de pelo y se sentó junto a él en la cama; cruzó las piernas, indiferente; fijó la vista en el pez sobreviviente.

—Sospecho que *no quiero* tener un bebé —dijo.

¿Recuerdas a Merrill Overturf?

Aprendiendo a esquiar, comprendí enseguida el fracaso de Merrill Overturf como instructor. Merrill no es un esquiador diestro, aunque ha llegado a ser experto en la frenada. En la pendiente de Saarbrücken para niños, me abalancé sobre el deslizador cable de arrastre. Aparte de los niños, estaba afortunadamente poco poblado; casi todos los adultos se encontraban en las carreras de Zell am See, presenciando el descenso y slalom gigante femeninos.

Logré dominar los resortes cortándome solo tres nudillos. Merrill desolló un camino a través de los niños, conduciéndome al impresionante remonte; el cable se deslizaba cuesta arriba apenas a treinta centímetros del suelo, altura correcta y cómoda para críos de cinco años y otros enanos de metro veinte que esquiaban allí. Pero mi pantalón no se combaba bien en las rodillas y me costó inclinarme para alcanzar el arrastre y luego correr cuesta arriba en la dolorosa posición de un *culi* acarreando un baúl. Merrill sujetaba el cable detrás de mí y me alentó a grito pelado a lo largo del interminable trayecto. Si es tan difícil subir, pensé, ¿cómo será bajar?

Me gustaron las montañas, sí, y me emocionaron las espaciosas cabinas teleféricas que suben hasta donde van los grandes esquiadores; también me agradaron los teleféricos de bajada... vacíos, con todas las ventanillas a tu disposición, si no fuera por el aguafiestas del operario, que siempre se percataba de la ausencia de tus esquís.

—¡Prácticamente hemos llegado, Boggle! —mintió Merrill—. ¡Dobla las rodillas!

Observé a los niños saltarines que danzaban más arriba en el cable, mientras yo cargaba con la montaña a la espalda; el cable apelmazaba mis manoplas congeladas, mi barbilla golpeaba las rodillas, mis esquís patinaban incontrolablemente entrando y saliendo de los carriles. Sabía que si no me enderezaba, jamás volvería a estar en condiciones de usar mi columna vertebral.

—¡Dóblalas, Boggle! —aulló Merrill, pero me enderecé. La pesadumbre desapareció de mi espalda durante un instante maravilloso; levanté la cuerda a la altura del pecho y me recliné. Más arriba vi a los pequeñines, con sus esquís separados del suelo, colgados del cable, balanceándose como marionetas. Algunos se desprendieron, obstaculizándome el camino; era evidente que no se apartarían a tiempo.

En lo alto de la pendiente, un operario envuelto en pieles me gritó groseramente. Desde abajo llegaba el suave ruido sordo de las madres estampando sus botas en el suelo.

—¡Déjalo ir, Boggle! —gritó Merrill. Vi cada vez más cerca la maraña de niños en la ruta, entrechocando esquís y bastones; había varios mitones pequeños, brillantes y congelados, pegados al cable ascendente. Súbitamente el encargado del telearrastre se precipitó en la casilla de control, tal vez creyendo que los mitones eran

manos.

Me sorprendió mi habilidad para mantener el equilibrio mientras esquiaba sobre mi primer niño.

—¡*Suéltate*, Boggle! —vociferó Merrill; eché un rápido vistazo por encima del hombro al niño que acababa de pisotear, lo vi levantarse tambaleante y golpear a Merrill en el plexo solar con el casco protector para menores. Merrill soltó el cable. Me vi rodeado de criaturitas que clavaban sus bastones e invocaban a Dios y a sus madres en alemán. En medio de ellos, sentí un tirón del cable en mis manos y caí sobre un nido de niños.

—*Es tut mir leid*.

—*Gottl Hilfe! Mutti, mutti...*

Merrill me desvió de los carriles del telearrastre y me llevó a la cuesta que me había parecido tan ligera y suave desde abajo.

—Por favor, Merrill, quiero *caminar*.

—Boggle, harías hoyos y los demás esquiadores...

—Me gustaría cavar un gran hoyo para todos los demás esquiadores, Merrill.

Pero dejé que Merrill Overturf me guiara a la pendiente central y me ayudara a ir en la dirección general del pie de la cuesta, donde los niños parecían más enanos aún y los coches semejaban juguetes. Overturf exhibió la frenada en cuña y luego presumió con una bamboleante rotación de tronco. Unos críos traviesos pasaban volando junto a nosotros, empujando los bastones, zigzagueado y cayendo tan leves e ilesos como bolitas de algodón.

Sentía los esquíes como largas y pesadas escaleras en mis pies: mis bastones eran zancos.

—Te seguiré por si te caes —dijo Merrill.

Comencé con mucha lentitud; los críos pasaban a mi lado con evidente desdén. Luego noté que cogía velocidad.

—Inclínate —gritó Merrill y aumenté la velocidad; mis esquíes entrechocaban, balanceándose. ¿Y si uno se cruza con el otro?, pensé.

Entonces adelanté a la primera ola de niños como si estuvieran quietos. Se sorprendieron. Así aprenderían los pequeños bastardos.

—¡Dobla las rodillas, Boggle! —me llegó la voz de Merrill desde kilómetros de distancia.

Pero mis rodillas parecían bloqueadas y estaban más tiasas que un cadáver. Topé con una niña rubia de gorra brillante y la aparté limpiamente de mi camino, a la manera en que un tren golpea de refilón a una ardilla.

—*Es tut mir leid* —dije, pero las palabras se me atragantaron; me lloraban los ojos.

—¡*En cuña*, Boggle! —estaba gritando Merrill. Ah, sí, el artilugio para frenar. Pero no me atrevía a mover los esquíes. Intenté *sugestionarlos* para que se apartaran; se resistieron y mi gorra salió volando. Más adelante, unos niños se agruparon,

clavaron los bastones, viraron y se dispersaron buscando refugio, espantados: ¡una avalancha caía sobre ellos! Como no quería derramar sangre, dejé caer mis bastones y me las arreglé como pude para ondular entre ellos. Del cobertizo del remolque, abajo, salió berreando un asistente con una pala; había estado alisando los surcos del remonte, pero yo sospechaba que no vacilaría en aplastarme. La cola para el ascenso se disolvió; espectadores y esquiadores huyeron a la desbandada para ponerse a buen recaudo. Imaginé un ataque aéreo, desde el punto de vista de la bomba.

Al pie de la cuesta había un saliente plano; sin duda reducirá mi velocidad, pensé. En caso contrario, había una montaña de nieve excavada y acumulada para impedir que los esquiadores fueran a parar al aparcamiento. Me esforcé en pensar que el montículo era blando.

—¡Usa los cantos! —chilló Merrill. ¿Cantos?—. ¡Dobla tus puñeteras rodillas! —¿rodillas?—. ¡Boggle, por Dios, déjate caer! —¿delante de los niños? ¡Jamás!

Recordé que el que atendía la tienda de alquiler de esquís me había hablado de los resortes de seguridad. Si eran tan seguros, ¿por qué no *hacían* algo?

Entré desequilibrado en el saliente plano y sentí que los talones me retenían; las puntas de los esquís estaban levantadas como la proa de un barco. De pronto surgió amenazadoramente el terraplén de nieve que protegía el aparcamiento de los que, como yo, llegaban de forma inadecuada e intempestiva. Me vi a mí mismo perforándolo como la granada de un fusil; cavarían durante horas buscándome y luego resolverían sacarme de allí con una carga explosiva.

Rara vez ha sido igualada tanta sorpresa: descubrí que los esquís pueden *ascender*. Salté el terraplén de nieve. Salí lanzado hacia el aparcamiento. A mis pies, durante el descenso, vi a una familia de alemanes rollizos apeándose de su Mercedes. Padre Macizo, con resistentes pantalones bombachos de cuero y sombrero tirolés con plumitas; Madre Rolliza con botas de excursionismo y balanceando un bastón con punta de piolet, los niños: Bola Rellena, Bola Más Rellena y Bolón, con una desconcertante carga de mochilas, raquetas para la nieve y bastones de esquí. El maletero abierto del Mercedes aguardaba mi descenso, como las fauces de una ballena a la espera de que caiga el pez volador. En las mandíbulas de la Muerte.

Pero el robusto Padre Macizo, el alemán, cerró su maletero en ese preciso instante.

... después de lo cual me veo obligado a confiar en la descripción de Merrill Overturf. Solo recuerdo un aterrizaje asombrosamente suave, resultado de mi cálida y carnal colisión con Madre Rolliza, encajada entre mi pecho y los faros traseros del Mercedes. Sus dulces palabras sonaron delicadamente en mis oídos: «¡Aaarp!» y «¡Hi-urmfff!». Y las variadas reacciones de los hijos: la boca abierta y muda de Niño Bola Rellena, la repentina avalancha de las pertenencias de Niño Bola Más Rellena sobre Niño Bolón, cuyo aullido ensordecedor traspasó ampliamente las mochilas, raquetas y bastones bajo los cuales estaba encogido.

Padre Macizo, me contó Merrill, registró velozmente los esquís, sin duda

esperando encontrar a la Luftwaffe. Merrill bajó gateando por el terraplén de nieve hasta donde yo yacía, atolondrado. Madre Rolliza había recuperado su enorme respiración y me pinchaba con el rompehielos de su bastón.

—¡Boggle! ¡Boggle! ¡Boggle! —gritaba Merrill mientras corría. Entretanto, sobre el reborde del terraplén de encima del aparcamiento, una multitud de los que me habían sobrevivido se asomaron para indagar si yo seguía con vida. Según informes, hubo una ovación cuando Merrill levantó uno de mis esquíes rotos y no encontró el otro. Mis resortes de seguridad habían funcionado. Desde el terraplén, el asistente arrojó con inusitado salvajismo mis bastones hacia el aparcamiento, a través del cual Merrill me llevaba cautelosamente. Delirantes aplausos y vivas desde el terraplén de nieve, para comprobar si de alguna manera me había mutilado.

Fue entonces, afirma Merrill, cuando apareció la pareja de norteamericanos en su Porsche flamante. Aparentemente se habían perdido; creían haber llegado a las carreras de Zell. El hombre, que estaba acojonado, bajó su ventanilla y observó con considerable inseguridad a la multitud que daba alaridos en el terraplén. Apiadado, sonrió a Merrill, que ayudaba a alejarse al esquiador herido. Pero su mujer, robusta y cuarentona, con el mentón sobresaliente, cerró su portezuela de golpe y a zancadas dio la vuelta al coche, hasta llegar al lado de su marido.

—¡Maldición! —le gritó—. Tú y tu podrido alemán, tú y tu piojoso sentido de la orientación. Hemos llegado tarde. Nos hemos perdido la primera prueba.

—Señora —le advirtió Merrill mientras me arrastraba junto a ellos—, alégrese de que la primera prueba los haya perdido a ustedes.

Pero en cuanto a estos últimos avatares no tengo más remedio que creer en la palabra de Merrill, que es sospechoso. Cuando llegamos a la Gasthaus Tauernhof de Kaprun, él estaba peor que yo. Se encontraba en plena reacción insulínica y su glucemia era nula. Tuve que ayudarlo a llegar a la barra y explicar el motivo de su mirada perdida a *Herr Halling*, el patrón.

—Es diabético, *Herr Halling*. Sírvale un zumo de naranja o cualquier otra cosa con montones de azúcar.

—No, no —me discutió *Halling*—. Se supone que los diabéticos no deben tomar azúcar.

—Pero él ha tomado demasiada insulina —le expliqué—. Quemó *demasiado* azúcar —y como si quisiera darme la razón, Merrill buscó a tientas un cigarrillo, lo encendió por el filtro, le repugnó el sabor y lo apagó en el dorso de su propia mano. Tiré la colilla de un manotazo y Merrill contempló sorprendido algo que podía ser un dolor sordo proveniente de la quemadura, *¿Crees que esa es mi mano?* Con la otra, la levantó y la agitó ante los ojos de *Herr Halling* y los míos como si fuera un estandarte.

—*Ja*, zumo de naranja, inmediatamente —dijo *Herr Halling*.

Apoyé a Merrill contra mi cuerpo, pero se deslizó, mareado, de su taburete.

Cuando se recuperó, vimos por la tele un vídeo de las carreras femeninas en Zell. La favorita austríaca, Heidi Schatzl, ganó el descenso, como estaba previsto, pero en el slalom gigante se produjo un resultado inesperado. La primera norteamericana que ganó una carrera internacional dejó atrás a Heidi Schatzl y a Marguerite Delacroix, la estrella francesa. El vídeo era precioso. Delacroix se saltó una puerta en la segunda manga y la descalificaron; Heidi Schatzl enganchó un canto y cayó. Los austríacos de la Gasthaus Tauernhof estaban tristes, pero Merrill y yo celebramos audiblemente la victoria, en aras de la hostilidad internacional.

Luego pusieron el vídeo de la norteamericana ganadora. Tenía diecinueve años, era rubia y fuertota. Pasó las puertas superiores limpiamente, aunque con cierta lentitud. Cuando llegó a la mitad, su tiempo era un poco alto y lo sabía; pasó las puertas de más abajo como si fuera un autobús en patines, deslizando uno y luego el otro, bajando el hombro y pasando tan cerca de las banderas que todas quedaron ondeando. En la última, interpretó una especie de *ballet* sobre la dura y apretada nieve: perdió el equilibrio y logró pasar con un esquí levantado del suelo, como si le hubiese salido un ala en la cintura. Enseguida se enderezó, bajó ese esquí desviado con la suavidad de un beso, echó su contundente trasero hacia atrás, sobre los talones y se sentó a lomos de sus esquís para atravesar la recta de la línea de llegada, cambiando de postura en cuanto estuvo al otro lado. Hizo un amplio y suave giro dispersor de nieve exactamente delante de la cuerda de seguridad y de la muchedumbre asistente. Era evidente que sabía que había ganado.

Le hicieron una entrevista por televisión. Su expresión era tierna y espontánea. Tenía la boca del ancho de sus pómulos. No llevaba maquillaje; apenas el barniz blanco de la crema de cacao en los labios, que no dejaba de lamerse mientras reía, sin aliento, picara, haciendo el payaso ante la cámara. Llevaba un mono blanco de una pieza —terso y ceñido sobre su cuerpo como una piel— con una cremallera dorada que iba del mentón a la entrepierna, y se lo había dejado abierto hasta la hendidura del pecho, donde sus grandes senos altos y redondos empujaban su suave suéter aterciopelado. Compartía el círculo de ganadoras con la segunda, la francesa Dubois —una pequeña movidiza y ratonil, de ojos saltones— y con la austríaca Thalhammer, la tercera, una mujer morena, encendida, robusta e informe; me juego lo que sea a que la mitad de sus cromosomas eran masculinos. La norteamericana sobrepasaba en una cabeza a cualquiera de las dos y medía dos o tres centímetros más que el entrevistador, tan impresionado con su delantera como con su destreza en el esquí. Su manejo de nuestra lengua era atroz.

—Tu avellido alemán —le dijo—. ¿Vor gue?

—Mi abuelo era austríaco —respondió la chica, y los lugareños presentes en la Gasthaus Tauernhof se animaron un poco.

—¿Entonces dices alemán? —le preguntó el entrevistador, esperanzado.

—Solo con mi padre —dijo la chica.

—¿Y no voguitín gonmijo? —bromeó el entrevistador.

—*Nein* —replicó la chica, cuyo rostro evidenciaba ahora cierta irritabilidad; debía de estar pensando: «¿Por qué no me haces preguntas relativas al esquí, imbécil?». Una bulliciosa compañera del equipo norteamericano saltó por encima de su hombro y le alcanzó un chicle ya desenvuelto. La grandullona se lo metió en la boca y comenzó a ablandarlo.

—¿Vor gue todos norteameriganos masgar chigle? —quiso saber el entrevistador.

—Todos los norteamericanos *no* «masgar chigle» —matizó la chica. Merrill y yo aplaudimos. El entrevistador sabía que no llegaría con ella a ningún lado, por lo que decidió ponerse petulante.

—Ez una vena gue zea la última garrera de esta tenvorada, aungue es honor zer la *vrimer*a norteamerigana gue jana una.

—«Janaremos» muchas más —respondió la chica, haciendo chasquear rabiosamente el chicle.

—Anio vrócimo, guizá —dijo el entrevistador—. ¿Esguiarás el anio gue fiene?

—Veremos —contestó la campeona. Después el vídeo saltó de secuencia, por lo que Merrill y yo abuchamos estruendosamente. Cuando la cinta volvió a su sitio, el entrevistador estaba tratando de alcanzar a la chica, que se alejaba de él a buen paso, con los esquíes apoyados ligeramente en el hombro. La cámara era manual e inestable, la banda sonora crujía como la nieve.

—¿Quitó algo a tu fictoria haber janado vorgue Heidi Schatzl gayó?

La chica se volvió y estuvo a un tris de decapitarlo con el canto de los esquíes. No dijo una sola palabra y él agregó, un tanto nervioso:

—¿... o janar vorgue Marguerite Delacroix ze zaltó una vuerta?

—Habría ganado de todos modos —afirmó la chica—. Hoy estuve mejor que ellas, sencillamente —echó a andar otra vez. El tuvo que agacharse bajo los largos esquíes oscilantes y trotar para alcanzarla, con las piernas enredadas en el cordón del micrófono.

—*Z, u «Biggie». Kunft* —murmuraba y tropezaba tras ella el entrevistador—. *Die Amerikanerin aus Fermont, USA* —la alcanzó, pero esta vez se acordó de agacharse cuando ella se volvió—. Gon las gondiziones de hoy, gon la niefe tan helada y rávida, ¿grees gue tu veso ha ayudado? —esperó la respuesta con aire satisfecho.

—¿Qué pasa con mi peso? —le preguntó ella, incómoda.

—¿Te ayudó?

—No me *dolió* —respondió la chica, a la defensiva, y Merrill y yo nos pusimos furiosos.

—¡Tienes un peso genial! —gritó Merrill.

—¡Hasta el último gramo! —acoté yo.

—¿Vor gue te llaman «Biggie»? —insistió el entrevistador. Se notaba que la chica estaba alterada, pero se acercó más a él, sacando pecho y abriendo su ancha boca en una sonrisa. Lo miró desde arriba: parecía que trataba de empujarlo con sus tetas.

—¿«Vor gue» será? ¿Qué «grees» tú? —lo azuzó.

El jodido entrevistador apartó la mirada e hizo señas a la cámara de que se aproximara, sonriendo a los objetivos y recuperando su taimado alemán:

—*Mit mir hier ist die junge Amerikanerin, Zu «Biggie». Kunft...* —estaba anunciando cuando ella se apartó de él súbitamente y le dio espléndidamente en la nuca con los esquíes. El entrevistador se salió de cuadro y la cámara intentó correr tras ella, enfocándola y desenfocándola, pero finalmente la perdió entre la multitud.

Sin embargo la voz de la chica, fuera de escena, llegó a nuestros oídos, colérica y herida:

—Por favor, dejadme en jodida paz —dijo—. *Por favor...* —el locutor no se molestó en traducir sus últimas palabras.

Entonces Overturf y yo nos dedicamos a alabar, desbordantes de orgullo, las virtudes de la esquiadora Sue «Biggie». Kunft, rebatiendo los argumentos fuertemente nacionalistas de varios austríacos que bebían con nosotros en la Tauernhof.

—Una chica extraordinaria, Merrill.

—Una jodedora atlética, Boggle.

—No, Merrill. Evidentemente es virgen.

—O es hombre, Boggle.

—No, ni hablar, Merrill. Sus glándulas son inconfundibles.

—Brindo por eso —dijo Merrill, que vivía presionado por las limitaciones de su dieta de diabético; como no era una persona disciplinada, a menudo sustituía la comida por el alcohol—. ¿Hoy he cenado, Boggle?

—No —respondí—. Te perdiste la cena porque estabas en trance.

—Bien —dijo y pidió otra Slivowitz.

Concluido el esquí televisado, la clientela local de la Tauernhof volvió a su habitual rusticidad aldeana. Actuó el grupo estable húngaro de Eisenstadt: un acordeón, cítara torturada y un violín capaz de acobardar al más valiente.

Con la intimidad que nos proporcionaba hablar inglés en una taberna de lengua alemana, Merrill y yo conversamos de deportes internacionales; de Hieronymus Bosch; de la función de la Embajada de Estados Unidos en Viena; la neutralidad de Austria; el notable éxito de Tito; el impresionante ascenso de la burguesía; el aburrimiento del golf televisado; el origen de la halitosis de *Herr Halling*; la razón por la cual la camarera usaba sostén, si llevaba los sobacos afeitados o desgreñados, y cuál de los dos se lo preguntaría; de la conveniencia de contrarrestar la Slivowitz con cerveza; del precio de los neumáticos radiales Semperit de Boston, del *bourbon* en Europa en general, del *hashish* en Viena en particular; las posibles causas de la cicatriz del hombre que estaba sentado junto a la puerta, de la inutilidad de un instrumento como la cítara; de si los checos eran más creativos que los húngaros; de lo atrasado e idiota que era el antiguo nórdico bajo; de la insuficiencia del sistema bipartidista en los Estados Unidos; del atractivo reto de inventar una nueva religión;

de las pequeñas diferencias entre el fascismo clerical y el nazismo; la incurabilidad del cáncer; la inevitabilidad de la guerra; la estupidez general y abarcadora del hombre; el incordio de la diabetes. Y de la mejor forma de presentarse a las chicas. Una de ellas, aseguró Merrill, era el «lazo tético».

—Sostienes así el bastón de esquí —Merrill lo puso del revés, introdujo los dedos en la trama entrelazada de la raqueta, la punta contra la base del pulgar. Levantó el extremo con la correa de la muñeca y lo agitó como si fuese una varita mágica; la correa formó un lazo—. Allí va la teta —concluyó, observando a la camarera que limpiaba la mesa de al lado.

—No, Merrill.

—¿Ni como mera demostración?

—Me parece que aquí no, Merrill.

—Tal vez tengas razón —dejó colgar su arma con aire inocente—. El secreto del lazo tético reside, en parte, en la teta. Es imprescindible la ausencia de sostén. Y también el ángulo correcto. En general voy por encima del hombro, de manera tal que no lo vean llegar. Por debajo del brazo, desde el costado, tampoco está mal, pero exige posturas ridículas.

—Merrill, ¿lo has hecho alguna vez?

—No. Acabo de inventarlo, Boggle, porque pensé que sería fabuloso como presentación. Las acercas tirando del carrete y a continuación te presentas.

—Podrían considerarte impertinente.

—En estos tiempos la agresividad es fundamental.

La camarera mira con suspicacia el lazo colgante de Merrill, aunque ofrecía un blanco pequeño, en el mejor de los casos. Además, a *Herr Halling*, que estaba en la barra, se lo podía catalogar de «moralista». Merrill olvidó su lazo tético, se desvaneció en su *Slivowitz*, revivió con cerveza y pensó en la posible necesidad de verificar su nivel de azúcar en la sangre practicando su habitual análisis de orina. Pero sus tubos de ensayo y sus frasquitos de soluciones sensibles al azúcar estaban tres pisos por encima de la *Tauernhof*, y a esa hora de la noche el servicio de hombres estaría abarrotado; se vería obligado a mear en el lavamanos, costumbre que como él muy bien sabía, le repugnaba. Por consiguiente, *se fue*, en su peculiar estilo, sin moverse de allí. Estaba en otro lado, sencillamente. Mientras no se hiciera daño, siempre lo dejaba en paz durante sus trances. Ahora sonreía. En un momento dado dijo:

—¿Qué?

—Nada —respondí y él asintió. De acuerdo: no había pasado nada.

Entonces entraste, Biggie. Reconocí al instante a Sue «Biggie». *Kunft*. Codeé a Merrill, que no sintió nada. Pellizqué un rollo de carne rígida de su tripa y lo retorcí dolorosamente por debajo de la mesa.

—Enfermera... —dijo Merrill—, empieza de nuevo —miró por encima de mi hombro las caritas huesudas y las pequeñas cornamentas de las gamuzas cazadas, que

ahora eran trofeos a lo largo de la pared—. ¡Hola! Sentaos —les dijo—. Mierda, qué alegría veros.

Sue «Biggie». Kunft aún no había decidido quedarse. Se dejó puesto el anorak, aunque bajó la cremallera. No estaba sola; la acompañaban otras dos chicas, obviamente compañeras de equipo. Todas llevaban esos anoraks con la insignia olímpica y unas pegatinas con las siglas USA en la manga. La imponente Biggie Kunft, con dos compañeras nada atractivas, había rehuido a las multitudes entusiasmadas y deportivas de Zell am See. ¿Venían en busca de color local... de lugareños con quienes pudieran permanecer en el anonimato?

Una de las que estaba con Biggie Kunft anunció que la Gasthaus Tauernhof era «pintoresca».

—Aquí no hay nadie de menos de cuarenta —dijo su amiga.

—Bien, está *aquel* —dijo Sue «Biggie». Kunft, refiriéndose a mí. No veía a Merrill, que se había tumbado en el otro extremo del largo banco de nuestra mesa.

—Enfermera —me llamó. Le puse una gorra de esquí arrollada bajo la cabeza, tratando de que se sintiera más cómodo—. No me molesta la píldora para dormir, enfermera —dijo con voz débil—, pero me niego a otro enema.

Las chicas estaban tratando de tomar una decisión; *Herr* Halling y unos pocos parroquianos se turnaban en reconocer a la rubia tetona. ¿Ocuparían una mesa solas o se sentarían al otro lado de la mía?

—Parece algo borracho —le dijo una a Biggie.

—¡Qué cuerpo tan divertido tiene! —exclamó la otra.

—A mí me parece un cuerpo interesante —dijo Biggie, se quitó el anorak y agitó su pelo espeso, que le llegaba a los hombros; se dirigió a mi mesa con un pavoneo de seguridad en sí misma, un andar casi masculino. Como chica grande y fuerte que era, sabía que su gracia era de tipo deportivo; no trataba de falsear una especie de feminidad que no le iba. Grandes botas de piel a la altura de las rodillas y pantalones elásticos de punto, color chocolate, muy ajustados; usaba un suéter aterciopelado de escote en V, anaranjado oscuro; la blancura de su cuello y la hendidura del pecho se destacaba bajo el rostro bronceado. Mientras esos relevantes pechos naranjas bajaban flotando hacia mí, me sentí como si estuviera borracho y viese doble una puesta de sol. Levanté la cabeza de Merrill por una oreja, la golpeteé varias veces sobre la gorra, y luego más fuerte, contra el banco.

—La agresividad es fundamental, enfermera —dijo; tenía los ojos abiertos y parpadeó ante las gamuzas de la pared.

—*Ist dieser Tisch noch frei?* —preguntó Sue «Biggie». Kunft, que por televisión había dicho que solo hablaba en alemán con su padre.

—*Bitte, Sie sollen hier setzen* —murmuré para que se sentaran. La grandota que estaba buena, frente a mí; las otras dos vacilaban, torpes amazonas que fingían ser ágiles y femeninas. También se sentaron al otro lado de la mesa, frente a donde yacía inadvertido Merrill Overturf; consideré que era innecesario perturbarlas llamando su

atención sobre él. Tampoco era indispensable que me levantara, permitiendo que Sue Kunft notara que me llevaba más de dos centímetros: sentados teníamos la misma altura. Tengo un torso estupendo, pero mis piernas son algo cortas.

—*Was möchten Sie zun trinken?* —le pregunté y pedí sidra para las dos chicas no potables y cerveza para Biggie.

Vi que Herr Halling navegaba por el oscuro Keller y gritaba por encima del hombro de las chicas:

—*Zwei Apfelsaft, ein Bier...* —su mente dio un largo trago por la hendidura entre los pechos de la ganadora del slalom gigante femenino.

Continué una distante cháchara en alemán con la campeona, mientras las trágicas del extremo de la mesa movían nerviosas las manos y maullaban. Biggie hablaba una especie de alemán casero, aprendido y oído de labios de un solo progenitor, que la había dotado de un acento perfecto y ninguna consideración por la gramática. Se dio cuenta de que yo no era de Kaprun ni de Zell porque no hablaba el dialecto, pero en ningún momento adivinó que fuese norteamericano y yo no veía ninguna razón para hablar en inglés, lo que habría permitido que las birrias del otro lado de la mesa se sumaran a la conversación.

No obstante, quería que se sumara Merrill. Alargué la mano para abofetearle la cara, pero su cabeza había desaparecido.

—Tú no eres de los alrededores, ¿verdad? —me preguntó Biggie.

—*Nein.*

La cabeza de Merrill ya no estaba en el banco. Busqué a tientas el resto de su cuerpo debajo de la mesa con el pie, detrás del banco con la mano, sonriente y asintiendo con la cabeza todo el tiempo.

—¿Te gusta esquiar aquí? —preguntó.

—*Nein*, no he venido a esquiar. De hecho, no sé esquiar...

—¿Para qué vienes a la montaña si no esquías?

—Antes era saltador de pértiga —le dije y observé que repetía mis palabras en alemán para su adentros y luego asentía: comprende. Ahora la veo pensar en la relación entre estar en la montaña y haber sido saltador de pértiga. ¿Implicaba él que iba a la montaña porque había practicado salto con pértiga? Considera que eso es lo que estaba implícito en sus palabras. Me pregunto cómo manejará la situación y también dónde cuernos estará Merrill.

—¿Salto con pértiga? —preguntó en su cauto alemán—. *Sie springen mit einem Pol?*

—Solía, sí —respondo—. Pero ahora no, por supuesto.

Se notaba que pensaba «¿por supuesto?». Pero solo dijo:

—Un momento. Eras saltador de pértiga pero ya no lo eres, ¿correcto?

—Por supuesto —dije, ante lo cual meneó la cabeza y siguió adelante.

—¿... y estás aquí, en la montaña, *porque* antes eras saltador de pértiga?

Era admirable; me encantó su perseverancia. En tan azarosas circunstancias, la

mayoría de la gente habría renunciado a entender.

—¿Por qué? —dijo en tono insistente—. Es decir, ¿qué relación hay entre saltar con pértiga y venir a la montaña?

—No lo sé —respondí con tono inocente, como si *ella* hubiese propuesto semejante idea. Daba la impresión de estar absolutamente confundida—. ¿Qué tienen que ver las montañas y el salto con pértiga? —le pregunté. Estaba perdida; debía de pensar que tenía dificultades con el alemán.

—¿Te gustan las alturas? —probó.

—Sí, cuanta más altura, mejor —sonreí.

Debió de percibir que toda la conversación era disparatada, porque también sonrió y me preguntó:

—¿Llevas tus pértigas contigo?

—¿Mis pértigas de salto?

—Por supuesto.

—Por supuesto que las llevo conmigo.

—A las montañas...

—Por supuesto.

—Las arrastras por todas partes, ¿eh? —ahora se estaba divirtiendo.

—Solo una por vez.

—Claro, por supuesto.

—Es fastidioso esperar en las colas de subida —dije.

—¿Subes con pértiga?

—Es más difícil bajar.

—¿Qué *haces* tú? —inquirió—. *Realmente*, quiero decir.

—Aún estoy tratando de decidirlo —respondí—. *Realmente* —ahora hablaba en serio.

—Yo también —dijo, también en serio, por lo que abandoné el alemán y pasé directamente al inglés.

—Pero no sé hacer nada tan bien como tú esquiar —le dije.

Sus dos amigas levantaron la vista, sorprendidas.

—¡Es norteamericano! —exclamó una.

—Es saltador con pértiga —les informó Biggie, sonriente.

—Lo era —corregí.

—Nos ha estado tomando el pelo —dijo una de las feas y dedicó una mirada hiriente a Biggie.

—Pero tiene un magnífico sentido del humor —le dijo Biggie y luego me habló en alemán, para que no entendieran—. No encuentro sentido del humor en el esquí. No tiene nada humorístico.

—Es que no me has visto esquiar *a mí* —apunté.

—¿Por qué estás aquí? —me preguntó.

—Estoy cuidando a un amigo —dije y paseé una mirada culpable a mi alrededor

en busca de Merrill—. Está borracho y tiene diabetes, y ahora mismo se ha perdido. Sinceramente, tendría que tratar de encontrarlo.

—¿Entonces por qué no lo haces?

Proseguí íntimamente, en alemán.

—Porque entraste tú y no quería perderme ese acontecimiento.

Sonrió, pero apartó la mirada. Sus amigas parecían enfadadas porque hablaba en alemán, pero continuó.

—Este es un lugar extraño para ligar —dijo—. No lo estabas intentando de verdad, de lo contrario no estarías en un sitio como este.

—Es cierto —reconocí—. Aquí no hay ninguna posibilidad de ligar.

—No, *no la hay* —dijo, con una mirada significativa de que iba en serio. Pero sonrió—. Ve a buscar a tu amigo —añadió—. Todavía no me iré.

Y estaba por hacerlo, preguntándome dónde buscar primero. ¿Bajo las oscuras mesas del Keller, donde el pobre Merrill podía estar al acecho, enloquecido, o tendido en coma diabético? ¿Arriba, realizando borracho un análisis de orina, haciendo chapuzas con sus tubos de ensayo sobre el lavamanos?

Entonces noté lo silenciosa que estaba la mesa de atrás de las chicas, con unos hombres absortos en alguna intriga. La silueta de un perro enorme se arrastró a espaldas de ellas, acercándose a nuestra mesa. *Herr Halling*, apoyado en la barra con los dedos en los labios, a punto de dar brillo a una copa con saliva, simulaba que no veía nada. Luego, bajo la luz mortecina, al nivel de nuestra mesa, se extendió lentamente la sombra oscura de un bastón de esquí, con el extremo de la correa hundiéndose como una varita mágica hacia el espacio entre el codo (sobre la mesa) y el pecho de la ganadora del slalom gigante femenino.

—El amigo del que te hablo —dije a Biggie con voz temblorosa— no se comporta normalmente.

—*Ve a buscarlo*, entonces —me apremió, auténticamente preocupada.

—Espero que tú también tengas un magnífico sentido del humor —le dije.

—Sí que lo tengo —respondió y sonrió muy cordialmente. Se acercó más a mí por encima de la mesa y me tocó con cierta torpeza el dorso de la mano. Consciente del tamaño de su manos, en general las mantenía cruzadas—. Por favor, ve a cerciorarte de que no le pasa nada a tu amigo —en ese instante, en la exagerada brecha entre su pecho y su codo, apareció danzando la correa de la muñeca de un bastón de esquí; inclinada como estaba, su pecho empujaba contra el terciopelo y era un blanco al que solo un tonto podía errar.

—Espero que me disculpes —dije y le toqué la mano.

—Claro que te disculparé —rio, mientras la trampa la cogía y la correa tironeaba de su pecho hacia la axila, extrañamente ladeada.

Detrás de ella, Merrill Overturf zigzagueó hasta quedar arrodillado y su bastón se dobló como una caña de pescar con una presa pesada, los ojos vidriosos y aterradores.

—¡Lazo tético! —gritó.

Entonces la deportista de Vermont demostró su coordinación felina y su prodigiosa fuerza. Biggie liberó el pecho de la correa y cogió el extremo del bastón, sacó las piernas de debajo de la mesa balanceándolas y las pasó por encima de la parte alta del banco, donde de un muslazo hizo perder el equilibrio a Merrill Overturf, que se cayó sentado. La campeona se incorporó de inmediato y, evidentemente experta en el manejo de un bastón de esquí, golpeó repetidas veces a Merrill, que se retorció en el suelo tratando de liberar sus dedos enredados en la raqueta, intentando desviar la punta filosa del bastón con la base del pulgar sangrante.

—¡Sangre, Boggle! ¡Me han apuñalado!

Finalmente Biggie lo inmovilizó, y apoyó una de sus botas de piel en el pecho de Merrill, pinchándole la panza con la punta del bastón.

—¡Es un juego, es un juego! —le gritó Merrill—. ¿Acaso te hice daño? ¿Lo hice? ¡En absoluto! No, no te he hecho daño... ¡No, no y no! —pero Sue «Biggie». Kunft siguió apoyada en él, apenas con peso suficiente en el bastón para mantenerlo sujeto y amenazado de destripamiento, mientras me dedicaba una mirada airada y defraudada.

—*Habla con ella, Boggle* —me imploró Merrill—. Te vimos por la tele —le dijo a ella—. *Nos gustaste* muchísimo.

—Odiarnos al entrevistador —tercié.

—Estuviste sencillamente maravillosa —afirmó Merrill—. Trataron de hacer pasar tu victoria por buena suerte, pero evidentemente estabas por encima de esa basura

Biggie lo contempló, asombrada.

—Es la glucemia —le expliqué—. Desvaría.

—El escribió un poema sobre ti —mintió Merrill y Biggie me miró, conmovida—. Un poema hermoso —insistió Merrill—. Es un auténtico poeta.

—... que solía ser saltador con pértiga —dijo Biggie, con tono suspicaz.

—¡Antes también era luchador! —soltó Merrill de pronto, frenético—. ¡Y si me haces daño con ese bastón te partirá tu condenado cogote!

—No sabe lo que dice —reiteré a Biggie, que observaba cómo Merrill levantaba su mano ensangrentada.

—Podría morirme —dijo Merrill—. Quién sabe dónde habrá estado metido ese bastón.

—Dale un buen bastonazo y salgamos de aquí —dijo a Biggie una de sus compañeras de equipo.

—Y guárdate el bastón —dijo la otra, mirándome ceñuda.

—Hay órganos vitales debajo del revestimiento del vientre —dijo Merrill—. Oh, Dios...

—No te estoy apuntando al vientre —le informó Biggie.

—Cuando se burlaban de ti te adoramos —le dijo Merrill—. En ese mundo atroz,

serio y competitivo, mostraste dignidad y sentido del humor.

—¿Qué le ha ocurrido a tu sentido del humor? —le pregunté y me clavó la mirada. Era tierna con eso: parecía importarle muchísimo.

—¿«Vor gue» te llaman «Biggie»? —le preguntó Merrill con desfachatez—. ¿«Vor gue grees» tú que será? —me preguntó a mí.

—Debe de ser por su *corazón* —le contesté. Entonces me estiré y cogí el bastón de manos de Biggie. Sonreía y se ruborizó con un matiz semejante al anaranjado oscuro de su aterciopelado suéter de escote en V. *¡Sospecho que toda tú eres de terciopelo!*

Entonces Merrill Overturf se incorporó a excesiva velocidad. Lo poco que le quedaba de conocimiento había sido empleado mientras estaba postrado. Cuando se levantó de un salto, pensé que había dejado tendido su cerebro. Solo vimos el blanco de sus ojos, aunque nos sonrió a todos. Sus manos marcaron números de teléfono en el aire.

—Bios, Doggle —dijo.

Noté que se apoyaba en los tobillos justo antes de caer como nieve húmeda.

Combatiente del buen combate

Durante mi etapa conyugal, en 918 Iowa Avenue, el optimismo le estaba reservado a Ratón Arriesgado. Cinco noches seguidas robó audazmente el cebo de la trampa. Volví a advertirle que no lo hiciera. Le llevé una buena porción de la carne que Biggie había cocido al vapor y la exhibí de manera atractiva, no en la trampa propiamente dicha, sino a un metro de distancia. Para que supiera con toda certeza que yo me ocuparía de él. Que no necesitaba arriesgar su cuello de peluche del tamaño de un dedo en la enorme trampa de Biggie destinada a comadrejas, marmotas, marsupiales y ratas gigantes.

Nunca supe exactamente qué tenía Biggie contra el roedor. Solo lo había visto una vez... lo sorprendió en el rellano del sótano una noche que fue a buscar sus esquís. Tal vez pensó que se estaba volviendo demasiado descarado, que tenía la intención de invadir los altos. O que se proponía roerle los esquís, que trasladó al armario del dormitorio. Durante mi período de tanteos matinales en ocasiones se me caían encima. Su canto filoso podía acuchillarte. Esta era una de las desavenencias constantes entre Biggie y yo.

Así, una noche Ratón Arriesgado recibió su porción de carne cocida, sobre la que yo albergaba ciertas dudas. ¿Los ratones comen carne?

Después me bañé con Colm, tan resbaladizo en la bañera que tuve que apoyar los pulgares en sus axilas para que no quedara sumergido. Los baños con Colm me relajaban, pero Biggie siempre entraba y nos observaba. Y con auténtica inquietud, siempre preguntaba:

—¿Colm tendrá tanto vello como tú? —insinuando: ¿Cuándo empezará a arruinarle la vida esa horrible expansión?

Con cierta irritación, yo siempre respondía:

—¿Me preferirías lampiño, Big?

Y ella retrocedía, diciendo:

—No es exactamente eso, sino que no querría que Colm saliera tan peludo como tú.

—Comparativamente, Big, no soy tan peludo como la mayoría de los hombres.

—Bien, los *hombres* —decía, como si lo único que le molestara de mí fuese que lo fuera.

Pero sabía qué ocupaba su mente: los esquiadores. Rubios y en cierto modo masculinos (si no rubios, al menos bronceados); sin manchas de tabaco en los dientes; lampiños, con músculos de lino blanco bajo su ropa interior de plumón; lisos por todas partes, de pasar tanto tiempo en sacos de dormir. La única porción repulsiva de los esquiadores son sus pies. Creo que los esquiadores solo sudan por los pies, constantemente calientes, amarrados. ¡Con esos calcetines gruesos y duros! Es la

única laguna de su salud.

Fui el primer y único no esquiador que se tiró Biggie. Lo que la impresionó debió de ser la novedad. Aunque ahora se lo cuestione. Al recordar aquella impecabilidad bloqueada por la nieve.

¿Acaso es culpa mía no haber gozado nunca del roce sedoso de una ropa interior de plumón que me quitara todo el vello por frotación? Mis poros son demasiado grandes para esquiar; el viento me penetra. ¿Acaso es culpa mía tener una piel excesivamente oleosa? ¿Puedo evitar que en mi caso los baños no funcionen? Salgo reluciente de la bañera, me empolvo la ingle, me unto las axilas, me empapo la cara recién afeitada con un astringente aromatizado y diez minutos después empiezo a sudar. Me sale una especie de lustre. A veces, hablando con alguien, noto que comienza a mirarme con ojos desorbitados; por alguna razón, mi interlocutor se siente incómodo. Ya he descifrado de qué se trata. De pronto los otros ven abrirse mis poros, o tal vez han fijado su atención en *uno* solo, que se abre a cámara lenta y parece mirarlos a hurtadillas. Yo mismo he experimentado esa sensación ante los espejos, y compadezco al observador: es algo capaz de trastornar a cualquiera.

Pero uno espera que su mujer no lo mire de soslayo cuando se evidencia el metabolismo, especialmente en tiempos inciertos. En cambio ella me dispensa sugerencias para mejorar mi extraño vello.

—Quítate el bigote, Bogus. Es francamente púbico.

Pero yo sé que no debo afeitármelo. Necesito todo el pelo que me crece. Sin él, ¿con qué cubriría mis terribles poros? Biggie nunca lo entendió; ella *no tiene* poros. Su piel es tan pulida como el trasero de Colm. Sabía que ella abrigaba la esperanza de que Colm heredara sus poros... mejor dicho, su falta de poros. Naturalmente, eso me dolía. Pero pensé en el niño. Sinceramente, no le deseo mis poros a nadie.

Aun así, esas confrontaciones en la bañera me entristecían.

Di un paseo hasta Benny's, pensando que el polemista Ralph Packer podía estar allí, impartiendo justicia o formulando máximas. Pero Benny's estaba excepcionalmente desierto y aproveché el silencio para hacer una insensata llamada telefónica a la residencia femenina Flora Mackey.

—¿Qué piso? —inquirió alguien y me pregunté en qué piso viviría Lydia Kindle. ¿En el último, cerca de los aleros, donde anidan los pájaros?

Probaron distintas extensiones. Una chica de voz suspicaz dijo:

—Hola.

—Lydia Kindle, por favor —dije.

—¿De parte de quién, por favor? —quiso saber la voz—. Soy su hermana de piso.

¿Hermana de piso? Mientras colgaba, imaginé hermanos de pared, padres de puerta, madres de ventana, y escribí en el yeso de encima del urinario de Benny's: FLORA MACKEY FUE VIRGEN HASTA EL FINAL.

Alguien parecía tener dificultades en el cagadero. Por debajo de la puerta asomaban sandalias con tiras de cuero, calcetines purpúreos, unos pantalones acampanados caídos y una evidente pena.

Fuera quien fuese, estaba llorando.

Bien, yo sé cuánto puede doler una meada, de modo que me apiadé de él. Al mismo tiempo, no quería soportar el espectáculo. Quizá le comprara una cerveza en la barra, la deslizara por debajo de la puerta y me marchara deprisa.

Corrió agua por el urinario... el famoso urinario automático de Benny's. Se rumoreaba que para ahorrarle esfuerzo a la bomba de agua, estaba cronometrado eléctricamente para funcionar una vez por semestre. ¡Pensar que fui testigo del extraño acontecimiento!

Pero el que estaba en el cagadero también lo oyó; sintió que había alguien allí y dejó de llorar. Traté de llegar a la puerta de puntillas.

Su voz me llegó débilmente desde el compartimiento:

—Por favor, dime si ya ha oscurecido.

—Sí.

—Ay, Dios mío —dijo—. ¿Puedo salir ahora? ¿Se han ido ellos?

Me acometió un repentino temor. Miré a mi alrededor buscándolos. *¿A quiénes?* Miré debajo del urinario en busca de hombres húmedos acechando desde allí.

—¿Quiénes son ellos? —pregunté.

Se abrió la puerta del cagadero y salió, subiéndose los pantalones. Era el muchacho moreno y delgado que es poeta y suele usar ropa de color lavanda; un estudiante que trabaja en la librería Root's, al que alternativamente se supone gran amante, maricón o ambas cosas.

—Dios, ¿se han ido? —dijo—. Oh, *gracias*. Me dijeron que no me marchara antes de que oscureciera, pero aquí dentro no hay ninguna ventana.

Una mirada de cerca puso de relieve la atroz paliza que le habían propinado. Lo cogieron en el lavabo de hombres y le dijeron que su lugar estaba en el de mujeres. Procedieron a revolearlo en el urinario; le fregaron la nariz con la pastilla desodorante, que esculpió su cara con arenilla y le dejó el mismo escozor que si lo hubiesen frotado con una piedra pómez empapada en pis. Llevaba impregnada una terrible confusión de olores: en el bolsillo se le había roto un frasco de agua de colonia Leopardess. Si volcaras perfume en un retrete, no olería peor.

—Jesús —exclamó—. Ocurre que tenían razón. Soy marica... pero podría no serlo. Quiero decir que no tenían forma de saberlo. Solo estaba regando el tiesto. Eso es normal, ¿no? Quiero decir que no me dedico a ligar tíos en los lavabos. Tengo todos los que quiero.

—¿Y qué me dices del agua de colonia?

—Ni siquiera sabían que la tenía —respondió—. Y no es para *mí*, por Cristo, sino para una chica... mi hermana. Vivo con ella. Me llamó al trabajo y me pidió que se la comprara al volver a casa.

Tenía problemas para andar —realmente lo habían molido a golpes—, de modo que le dije que lo ayudaría a salir.

—Vivo cerca —dijo—. No tienes por qué acompañarme. Podrían pensar que *tú* también lo eres.

Pero lo saqué de Benny's apoyado en mi brazo; pasamos junto a dos parejas maliciosas que ocupaban un reservado junto a la puerta. ¡Mira a los amiguitos! Uno de ellos se bebió un frasco de perfume y luego se meó los pantalones.

El mismo Benny posó sus brillantes jarras de cerveza en la barra, con estudiada y cultivada ignorancia de todo.

—Tu urinario ha funcionado automáticamente, Benny —le dije—. Pon una marca en el calendario.

—Buenas noches, muchachos —dijo Benny y un fino artista de la mesa del rincón hundió la nariz en la espuma de su cerveza para ahogar nuestro olor.

—Sabía que Iowa sería horrible —me confesó el marica—, pero jamás imaginé que lo sería *tanto*.

Llegamos frente a su vetusta casa sin ascensor, en Clinton Street.

—Has sido muy amable —dijo—. Te invitaría a entrar, pero... Estoy muy apegado, ¿entiendes? Nunca he sido tan fiel con anterioridad, pero *este...* bien, ya sabes. Es muy especial.

—No soy como tú —le aclaré—. Quiero decir que podría haberlo sido, pero casualmente te equivocas.

Me cogió la mano.

—Está bien —dijo—. Ya sé. En otro momento, veremos. ¿Cómo te llamas?

—Olvídame —repliqué. Eché a andar, tratando de dejar atrás su tufo. Allí, en esa calle miserable, con su vestimenta vistosa, parecía un alegre caballero que acababa de entrar en una ciudad asolada por la peste: valiente, tonto y condenado.

—¡No seas tan orgulloso! —gritó a mis espaldas—. Nunca implores, pero tampoco seas demasiado orgulloso.

¡Raro consejo del más extraño de los videntes! Bajando por la tenebrosa Iowa Avenue, una horda de maricas merodeaba en cada sombra. ¿Me dejarían en paz si les demostraba que era hetero? Si me cruzaba con una chica, ¿debía violarla? Fijaos: soy normal.

O podría haber dejado las cortinas descorridas cuando entré en casa y me reuní con Biggie, mi gran leona bronceada, acodada en nuestra cama acanalada, echada encima y debajo de una abundancia de revistas y cojines con escenas alpinas cosidas.

—¡Dios mío, huélete! —exclamó Biggie y me miró fijo.

El espanto de la explicación me pareció tan intenso como el exuberante vapor de orina perfumada que despedía mi cuerpo después del contacto con el empleado de la librería Root's. Yo era una versión diluida de su fragancia.

—¿Qué traes encima? —preguntó Biggie—. ¿*De quién* es eso? Cretino...

—Solo fui a Benny's —contesté—. Había un marica en el servicio de hombres. El

que trabaja en Root's, lo conoces —pero Biggie saltó de la cama, me olisqueó, acercó mis manos a su nariz—. De veras, Big —recalqué e intenté pellizcarle la mejilla, pero me apartó con un brazo rígido.

—Cretino, cabrón, Bogus...

—No te he sido infiel, Big, lo juro...

—¡Dios! —gritó—. ¡Si has traído su olor a mi propia casa!

—Biggie, es de ese condenado mariquita que estaba en el servicio. Lo revolcaron en el urinario, se le rompió un frasco de colonia que llevaba en el bolsillo... —mierda, pensé. Eso ni siquiera suena factible, para no hablar de verosímil. Agregué con calma desesperanzada—: Era un olor muy penetrante y me lo pegó...

—¡Apuesto cualquier cosa a que la muy golfa tiene un olor penetrante! —chilló Biggie—. ¡Como una perra en celo, te ha dejado impregnado de su pestilencia!

—No he hecho nada, Big...

—Algo exótico, seguro —retomó Biggie—. Una de esas hindúes con túnicas y retorcimientos. ¡Con la tufarada de todo un harén! Te conozco muy bien, Bogus. Siempre anduviste buscando eso, no? Siempre te comiste con los ojos a las negras, a las orientales y a las judías atezadas. ¡Maldición, te he visto!

—Por Dios, Big...

—¡Es verdad, Bogus! —vociferó—. Sé que son esas las que te vuelven loco. ¡Peludas y pelanduscas... jodida basura llamativa!

—¡Jesús, Big!

—Siempre quisiste que yo fuera diferente —dijo y se mordió el puño—. Basta mirar la ropa que me regalas. Me compras mamarrachos. ¡Te digo que yo no soy así! Tengo demasiado muslo. «No uses sostén», me dices. «Tienes unas tetas fabulosas, Big», dices. ¡Pero si no uso sostén, me cuelgan como las de una vaca! «Te ves estupenda, Big», dices. ¡Jesús, sé lo que parezco! ¡Solo mis *pezones* son más grandes que las tetas de algunas!

—Eso es cierto, Big. Lo son. Y me encantan tus pezones, Biggie...

—¡No te encantan! —gritó—. Y siempre andas diciendo que no te gustan las rubias. «Por regla general», dices, y me palmeas donde la espalda cambia de nombre. «Por regla general», dices, con tus significativos codazos, produciéndome una sensación...

—Te produciré una sensación ahora mismo si no te callas —repliqué.

Pero ella retrocedió, poniendo la cama entre los dos.

—¡No me toques, maldito! —dijo.

—No he hecho nada, Big.

—¡Apesta! —gritó—. ¡Anduviste de recochineo en un *establo*! ¡Te revolcaste con una marrana en... en el pajar!

Me arranqué la camisa y vociferé:

—¡Huéleme, Biggie, condenada seas! Solo mis manos apestan...

—¿Solo tus manos, Bogus? —dijo con gélida serenidad—. En el establo, ¿le

metiste un dedo en el culo a una cabra, por añadidura? —dijo lentamente.

Comprendí que todo aquello escapaba a la razón, de modo que me saqué las botas, me bajé los pantalones y salté sobre ella, tratando de desenredarme los calzoncillos de los tobillos.

—¡Animal! —chilló—. ¡Aparta tu cosa de mí, Bogus! ¡Ajjj! Vaya una a saber lo que te han contagiado. No quiero nada de eso, muchas gracias.

Se desplazó al pie de la cama mientras yo me lanzaba hacia ella; cogí el dobladillo de su ridículo camisón en forma de tienda de campaña —ese tan lamentable, el de franela— y subiéndoselo hasta la costura de alrededor del cuello la hice girar de espaldas en la cama. La tenía casi metida en una camisa de fuerza cuando me asestó en el pecho una patada alta, de esquiadora, dejándome con los jirones de su camisón en la mano mientras se lanzaba al pasillo. La cogí por detrás en el vano de la puerta, pero ella se alargó por encima de mi hombro con una mano hundida en mi pelo; pasando la otra mano entre sus piernas, fue en busca de mis partes pudendas. Realicé una pulcra zancadilla de talón... la mejor, sin duda, de toda mi carrera de luchador. Estaba seguro de que la dejaría perpleja, pero me hundió un codo en la garganta y corcoveó a cuatro patas bajo mi cuerpo. A Biggie es necesario controlarle las piernas. Intenté una última tijera de cuerpo cuando se incorporó, pero me acarreó sobre su espalda a través del dormitorio, tambaleándose hacia la cómoda, delante de la cual rotó expertamente, zambullendo mi cabeza y mis hombros en el cajón de la lencería.

Entonces vi las estrellas y probé el gusto de mi lengua que, pese a habérmela mordido en todos los encuentros de lucha libre en que participé, nunca aprendí a mantener en el interior de la boca. Me aferré a su cadera cuando se alejó a zancadas de la cómoda, parando diestramente su feroz gancho con mi frente; mientras ella bramaba por el dolor de la mano, giré sobre el eje detrás de su rodilla y la dejé caer con una presa de pierna lateral... esta vez haciendo una tijera a su pierna más cercana e interceptando su brazo lejano con mi más rígido volteo de cuerpos (una desesperada maniobra de agarre que solía utilizar en mi carrera profesional).

Se defendió bien, buscando a tientas con la mano libre un sitio donde hacer daño. Aproveché el momento para ganar ventaja y sujeté sus brazos, girando en ángulo recto hacia su cuerpo e inmovilizándole la nuca. Sus temibles piernas patalearon a mi alrededor, aunque la tenía bien sujeta; de hecho, la tenía derribada, pero no había ningún árbitro que palmeara la colchoneta para que hiciéramos las paces. La doble presa de brazo la atenazaba, me di cuenta, por lo que deslicé mi pálido estómago hacia arriba, junto a su cabeza, apoyando el ombligo contra su mejilla ardiente, alerta por si me mordía. Me cuidé muy bien de aflojar; en momentos culminantes como este solía verme inexplicablemente de espaldas en el suelo. Acerqué mi parte vulnerable a su ojo furibundo, siempre vigilante a su dentellada.

—Te arrancaré esa condenada cosa de un mordisco, te lo juro —gruñó Biggie e hizo fuerza para librarse de mi doble presa de brazo, que la sujetaba como un tornillo.

—Ten la amabilidad de olerla antes, Big —dije, frotando mi panza en su suave mejilla; sus rodillas pesadas derivaron alrededor de mi cabeza gacha y me golpearon la espalda—. Huéleme, por favor, y dame tu sincera opinión del aroma. Dime si mi parte más importante tiene alguna fragancia *extranjera*, algún tufo a harenas, Big. O si lo que hueles soy estrictamente yo —sus rodillas bombearon más lentamente; vi que arrugaba la nariz—. A tu juicio, Biggie, con tu rica experiencia en la cuestión de mis olores, ¿dirías que detectas la más leve presencia de algo fuera de lo común? ¿Te aventurarías a afirmar que esta tripa se ha deslizado contra otra, adquiriendo un olor ajeno? —sentí que se encogía, percibí un desarmante temblor contra la doble presa, la dejé volver un poco la cara y deslizar la nariz donde quisiera; ahora mi parte aterrorizada estaba en su mejilla. *El arriesgó la vida para salvar su matrimonio.*

—¿A qué hueles, Big? —le pregunté en voz muy baja—. ¿Hay hedor a sexo rancio? —meneó la cabeza. Mi parte nerviosa yacía bajo su nariz, a través de su labio superior.

—Pero tus manos... —se le quebró la voz.

—Toqué a un pobre marica apaleado, cubierto de pis y perfume, Big. Lo acompañé a su casa. Nos dimos la mano.

Tuve que apoyarla contra mi cuerpo antes de destrabar la doble presa de brazo y estamparle un beso sanguinolento en el cuello, pues todavía me sangraba la lengua. Encima de mi oreja izquierda se me estiraba el cuero cabelludo, tenso sobre el chichón resultante de mi encuentro con la cómoda. Imaginé los daños y perjuicios en el cajón de la ropa interior. ¿Se habían agitado las bragas con el golpe... desplegándose y huyendo al rincón más profundo del cajón, donde permanecían preocupadas? Diciéndose que fuera lo que fuese lo que esperaba allí, no pretendiera usarlas.

Luego, en un combate más amable sobre la cama, Biggie dijo:

—Mueve el brazo, rápido. No, allí... no, allí no. Sí, allí... —y poniéndonos cómodos a los dos, comenzó a deslizarse bajo mi cuerpo en un estilo muy suyo que siempre me da la impresión de que escapará. Pero nunca escapa, ni tiene la intención de hacerlo. Es casi como si nos llevara remando a algún lado, mientras yo me paseo en la fortaleza de su remada. El secreto reside en sus infatigables piernas impulsoras.

—Esto debe de ser bueno para esquiadores —le dije.

—Tengo algunos músculos —dijo Biggie, balanceándose tranquilamente, como un ancho bote amarrado con la mar picada.

—Adoro tus músculos, Big —dije.

—Eh, venga, *ese* músculo no. Quiero decir que ese ni siquiera es un músculo, en realidad. Quiero decir que tengo mucho músculo para ser una chica.

—Tú eres puro músculo, Big.

—Bien, no *puro* músculo... No, venga, *ese* no es un músculo, lo sabes muy bien.

—Es mejor que músculo, Big.

—Estoy segura de que eso es lo que piensas, Bogus.

—Y para ti esto es mejor que esquiar, Big. Y también más divertido...

—Bien, no me gustaría nada tener que elegir —dijo, y la habría matado por eso.

Pesada como es, Biggie sabe rodar dándose impulso, como un bote atrapado y llevado por la rompiente. Floté sobre ella... en un lento viaje. Aparentemente, no pesábamos nada. Luego la mar cambió y nos arrojó repentinamente a la playa, donde nuestra ingravidez nos abandonó y quedé varado y pesado como un tronco bajo la arena, mi cuerpo cubriendo el de Biggie, serena como un estanque.

Después dijo:

—Adiós durante un rato. Adiós —pero no se movió.

—Adiós —dije—. ¿Adónde vas?

—Oye, Bogus, en realidad no eres tan mala persona —fue todo lo que dijo.

—Claro que no lo soy, Big —dije, tratando de parecer frívolo. Pero las palabras salieron roncadas y gruesas, como si llevara mucho tiempo sin hablar. *Oh, la lenta y peluda voz del bien jodido. Recuerdo cómo te conocí, Biggie...*

¿Recuerdas cuando te enamoraste de Biggie?

Arrastré al desvanecido Overturf a través de la extraña penumbra del Keller. No estaba inquieto por Merrill. El inadecuado tratamiento de su diabetes hacía que se desmayara con frecuencia... a causa de su organismo alternativamente vacío y demasiado lleno de azúcar.

—Demasiado alcohol —dijo comprensivamente *Herr Halling*.

—Demasiada insulina o muy poca —dije yo.

—Tiene que estar loco —dijo Biggie, aunque un tanto preocupada. Nos siguió escaleras arriba, haciendo caso omiso de la cantinela de sus impresentables compañeras de equipo.

—Tendríamos que irnos —sugirió una.

—El coche no es nuestro sino del equipo —me dijo la otra.

Al cruzar el rellano con Biggie a mi lado, supe que ella no podía dejar de notar mi escasa estatura. Me miraba un poco desde arriba. Para compensar, simulé que no me costaba ningún esfuerzo arrastrar a Merrill; lo movía como si fuera una bolsa con alimentos y subí de dos en dos los peldaños del tramo siguiente de la escalera dejando que Biggie lo asimilara: no es alto, pero sí fuerte.

A marchas forzadas entré a Merrill en su habitación y le golpeé la cabeza contra la jamba de la puerta, con la que había chocado gracias a los puntos ciegos del ojo inducidos por la fatiga. Biggie hizo una mueca, pero Merrill solo dijo:

—Ahora no, por favor.

Abrió los ojos cuando lo arrojé sobre su cama y fijó la vista en la luz de arriba, como si fuera el altísimo haz luminoso de una mesa de operaciones en la que él yacía rígido, aguardando al cirujano.

—No siento nada, no siento nada —dijo al anestesista, se aflojó y cerró los ojos, somnoliento—. Si piensa sacar todo lo que hay en esa maleta —refunfuñó—, tendrá que volver a guardarlo.

Mientras yo sacaba todas las redomas para las muestras de azúcar y preparaba el soporte con los tubos de ensayo encima del lavamanos, Biggie susurraba con las arpias en la puerta; la temporada de competiciones había terminado, no había toque de queda, el coche del equipo había sido prestado de buena fe, había que devolverlo.

—Merrill tiene coche... —dije a Biggie en alemán—, si quieres quedarte.

—¿Por qué querría quedarme? —me preguntó.

Recordando la artimaña de Merrill, dije:

—Te mostraré el poema que me inspiraste.

—Lo siento, Boggle —murmuró Merrill—, pero eran unas tetas tan grandes... una diana... no pude evitar el intento —pero estaba profundamente dormido, fuera de combate.

—El coche... —dijo una de las feas—. *Realmente*, Biggie...

—Tenemos que llevarlo de vuelta, no se puede hacer nada —dijo la otra. Biggie

observó la habitación de Merrill y también *a mí*, con fría mirada inquisitiva. ¿Dónde guarda la pértiga el antiguo saltador?

—No, ahora no, por favor —anunció Merrill a todo el mundo—. Tengo que mear, sí, me meo.

Haciendo malabarismos con las redomas y los tubos para su análisis de orina, me volví hacia las chicas que estaban en la puerta, repitiéndole a Biggie en alemán que Merrill tenía que hacer pis y agregando, esperanzado:

—Tú puedes esperar afuera... —*¡cálido dulce sólido de terciopelo!*

Me vi apartado de los murmullos del pasillo, a este lado de la puerta de la habitación de Merrill, donde solo llegaban a mis oídos los ásperos susurros de las indeseables compañeras de equipo y la serena indiferencia de Biggie.

—Ya *sabes* que hay una reunión durante el desayuno...

—¿Y quién va a perderse el desayuno?

—Te harán preguntas sobre esta noche...

—Biggie, ¿qué dirá Bill?

¿Bill?, me pregunté, mientras llevaba a Merrill con paso inestable al lavamanos; sus brazos aleteaban con los raros movimientos de despegue de un pájaro débil y torpe.

—¿Qué *pasa* con Bill? —siseó Biggie en el pasillo.

¡Bien hecho! ¡Decidle al viejo Bill que se ha liado con un saltador de pértiga!

Pero la precaria postura de Merrill en el lavamanos exigía toda mi atención. En el estante de cristal donde va el dentífrico estaba el soporte de los tubos de ensayo con las soluciones de alegres colorines para analizar el nivel de azúcar en la orina. Overturf los contempló del modo en que lo había visto mirar las botellas brillantes de detrás de una barra, y tuve que impedir que sus codos se deslizaran por el lavamanos mientras apuntaba su pito pendulón hacia su meadero especial, un pichel que había mangado en Viena: le gustaba porque tenía tapa y podía contener casi un litro.

—Bien, Merrill, déjalo salir —pero él miraba embobado el soporte de los tubos de ensayo, como si nunca lo hubiera visto—. Despierta, nene —le dije—. ¡Llévalo! —le dije, pero él miraba con los ojos entrecerrados, a través de los tubos de ensayo, su propio rostro gris reflejado en el espejo. Por encima de su hombro, me vio asomado atrás... maliciosamente apretado contra él, esforzándome por sostenerlo. Miró mi reflejo con gran hostilidad: no me conocía.

—Suéltame la picha, tú —le dijo al espejo.

—Merrill, cierra el pico y mea.

—¿Solo pensáis en eso? —siseó Biggie a sus amigas en el pasillo.

—¿Qué le diremos a Bill? —le preguntó una arpía—. Quiero decir que no pienso mentir... si me lo pregunta, le diré la verdad.

Entonces abrí la puerta, arrastrando a Merrill por la cintura, apuntando su picha al pichel.

—¿Por qué no se lo decís aunque no os lo pregunte? —sugerí a las atónitas

arpías.

Volví a cerrar la puerta y guie a Merrill hacia el lavamanos. En algún punto del camino empezó a orinar. La penetrante carcajada de Biggie debió de tocarle algún nervio, porque se retorció, soltando mi pulgar del asidero de la tapa del pichel, con lo que quedó atrapado en su meadero. Se debatió para soltarse, meándome la rodilla. Lo alcancé al pie de su cama, donde giró, todavía meando en un arco alto, con la expresión de desconcertado dolor de un niño. Lo puse derecho al pie de la cama; aterrizó, soltó el último chorrito de pis en el aire y vomitó un poco en la almohada. Dejé en el suelo el pichel, le lavé la cara, di vuelta a la almohada y lo cubrí con un pesado edredón, pero permaneció rígido sobre la cama, con los ojos como fusibles. Me limpié el pis de los pantalones y usé el cuentagotas para sacar orina del pichel y echarla en los diferentes tubos de ensayo: rojo, verde, azul, amarillo. Entonces me di cuenta de que no sabía dónde estaba la tabla de colores. No sabía a qué color debía virar el rojo, ni a qué color era peligroso que cambiara el azul, ni si se suponía que el verde debía permanecer transparente o enturbiarse, ni para qué era el amarillo. Solo había visto a Merrill hacer los análisis, pues siempre recuperaba el conocimiento a tiempo para interpretar los colores. Me acerqué a la cama, donde ahora parecía dormir, y le di un buen tortazo en la cara; apretó los dientes, gruñó y siguió durmiendo, por lo que le asesté un golpe en el estómago. Pero no pasó nada. Merrill ni se inmutó.

Entonces comencé a registrar su mochila hasta encontrar todas las jeringas, agujas, frascos inyectores de insulina, bolsas de caramelos, pipa de *hashish* y, en el fondo, la tabla de colores. Decía que estaba bien si el rojo pasaba al naranja, si el verde y el azul adquirirían el mismo color, y si el amarillo se ponía carmesí turbio; estaba mal que el rojo virara «con excesiva rapidez» al carmesí turbio, o que el verde y el azul se comportaran de distinta manera, o que el amarillo se pusiera anaranjado y permaneciera transparente.

Pero cuando volví al soporte de los tubos de ensayo los colores ya habían cambiado; me di cuenta de que había olvidado, en primer lugar, cuáles eran qué colores. A continuación leí la tabla, donde indica qué hacer si se considera que la glucemia es peligrosamente alta o baja. Se supone que debes ponerte en contacto con un médico, por supuesto.

En el pasillo, al otro lado de la puerta, reinaba el silencio. Lamenté que Biggie se hubiese ido mientras yo manipulaba el pito de Merrill. Entonces me preocupé por él y lo senté derecho arrastrándolo del pelo; le sostuve la cabeza y le propiné una bofetada de campeonato en la mejilla gris, luego otra y otra, hasta que abrió los ojos y apoyó el mentón en el pecho. Le habló al armario, o a algún punto por encima de mis hombros: un aullido animoso y desafiante ante el dolor.

—¡Vete a la mierda! —gritó Merrill—. ¡Que te aspen!

Entonces me llamó Boggle con voz perfectamente normal y dijo que tenía mucha sed. Le di agua a mares, vertí en el lavamanos los orines carmesí, verdiazul y naranja,

aclaré los tubos de ensayo por si despertaba frenético durante la noche, y se le ocurría beberse los.

Cuando terminé de limpiar se había quedado dormido; como estaba furioso con él, exprimí la toallita en su oreja. Pero no se movió y le sequé la oreja, apagué la luz y presté atención a su respiración en la oscuridad, solo para cerciorarme de que estaba bien.

El era la gran ilusión de mi vida. ¡Un tonto tan autodestructivo era indestructible! Y aunque me entristecía haber perdido a aquella grandullona, quería mucho a Merrill Overturf.

—Buenas noches, Merrill —susurré en la oscuridad.

Cuando salí sin hacer ruido al pasillo y eché llave a su puerta, le oí decir:

—Gracias, Boggle.

Y en el pasillo, completamente sola, estaba Biggie.

Se había subido la cremallera del anorak; en los altos de la Tauernhof no había calefacción. Estaba algo entumecida, arrastraba los pies poniendo uno encima del otro; parecía entre enfadada y cohibida.

—Déjame ver el poema —dijo.

—Aún no lo he terminado —respondí y me miró agresivamente—. Termínalo, entonces —dijo—. Esperaré... —quería decir que había estado esperando todo el rato y su mirada era indicativa de que me esperaba una buena faena si quería salvar la situación.

En mi habitación, contigua a la de Merrill, se sentó en la cama como un oso incómodo. Los espacios pequeños y cerrados la despojaban de toda su gracia. Se sentía demasiado voluminosa para esa habitación y esa cama, y sin embargo tenía frío; dejó subida la cremallera del anorak y se envolvió en el edredón mientras yo remoloneaba junto a la mesilla de noche, fingiendo garabatear un poema en un papel en el que ya había palabras escritas. Pero estaban escritas en alemán y las había dejado el último huésped de esa habitación, de modo que las taché como si estuviera corrigiendo mi propia obra.

Merrill golpeó la cabeza contra la pared que separaba nuestras habitaciones; llegó hasta nosotros su ulular amortiguado:

—¡No sabe esquiar, pero es penetrante con su pértiga!

En la cama, sin cambiar de expresión, la grandullona aguardaba su poema. Intenté componerlo.

*«Es puro músculo y terciopelo
ovillado en una vaina de vinilo;
sus pies, empotrados en plástico,
sujetos a sus tajantes esquíes;
bajo el casco, su pelo
se mantiene suave y ardiente...».*

¿Ardiente? No, nada ardiente, pensé, consciente de su presencia en la cama,

vigilándome. ¡Basta de pelo ardiente!

«La ganadora no es del todo suave,
sino pesada y firme como una fruta.
Su piel es tersa como la de una manzana,
y dura como la de un plátano. Pero
por dentro es pura blandura y simientes».

¡Ajijj! ¿Puede mejorar un mal poema? Ella había encontrado el magnetofón junto a mi cama y revolvía las cintas, toqueteaba los auriculares. Póntelos, le indiqué por señas y luego tuve miedo de lo que pudiera oír. Inexpresiva, pulsó botones y cambió cintas. ¡Adelante con el poema!

»¡Mira cómo coge los bastones!«.
No, santo cielo...
«Cuando corta la montaña, va
cargada como una maleta, pulcra y dura.
Refrenada, sus partes de metal cuero plástico
ejecutan; está llena de gracia».
¿Sus piernas son largas? ¡No, Dios mío!
«Pero ábrela, sácala del frío.
¡Desabróchala-abotónala-átala-empácala!
Sus contenidos se liberan y dispersan cosas,
cosas extraviadas y cosas cálidas,
cosas suaves y redondas...
¡cosas sorprendentemente ignotas!

Cuidado. Ella pasaba las cintas de mi vida, adivinándola, rebobinándola, interrumpiéndola, volviéndola a pasar. Oía las cancioncillas, cuentos verdes, conversaciones, polémicas y lenguas muertas en mis cintas, lo que probablemente la llevaría a largarse. De pronto bajó el volumen y parpadeó. Al menos supe en qué cinta estaba: Merrill Overturf acelerando el motor de su *Zorn-Witwer 54*. ¡Por Dios, date prisa con el poema antes de que sea demasiado tarde! Pero entonces ella se quitó los auriculares: ¿había llegado a la parte en que Merrill y yo recordamos nuestro conocimiento compartido de la camarera del Eiergarten Café?

—Déjame ver ese poema —dijo.

Puro músculo y terciopelo, compartió el edredón y lo leyó sentándose muy derecha... enchaquetada, empantalonada, embotada, y embalada, ocupando la cama como un enorme baúl con el que tendrás que vértelas antes de acostarte. Leía seriamente, conformando las palabras con los labios.

—¿Pura blandura y simientes? —leyó en voz alta, con una severa mirada de asco al poeta. En la pieza fría, su aliento se condensaba y era visible.

—Mejora —apostillé, no del todo seguro de que así fuese—. Al menos no empeora.

Está llena de gracia. El tamaño del edredón era escaso para compartirlo; se dio cuenta de que la cama, en el mejor de los casos, era de plaza y media. Se quitó las botas, cruzó los pies debajo de su cuerpo y me cedió un poquitín más de edredón. Partió una barra de chicle y me dio la mitad más grande; nuestro mutuo y húmedo mascar perturbaba el silencio reinante. Allí no había calor suficiente ni siquiera para escarchar las ventanas; desde la tercera planta teníamos el panorama de la nieve azul bajo la luna y de las minúsculas luces tendidas sobre el glaciar... lejos, a la altura de los refugios donde, imaginé, algunas se tiraban a hombres rudos y de grandes pulmones. Las ventanas de las cabañas estaban escarchadas.

Sus contenidos son...

—¿... cosas sueltas y dispersas? —leyó—. ¿Qué es esta mierda de dispersa? ¿Te refieres a mi mente? ¿Algo así como sesos desparramados?

—No, no...

—Cosas extraviadas y cosas cálidas... —leyó.

—Solo forma parte de la imagen de la maleta —aclaré—. Una especie de metáfora forzada.

—Cosas suaves y redondas... —leyó—. Bien, supongo...

—Es un poema bastante malo —reconocí.

—No es tan malo —respondió—. No me molesta —se quitó el anorak y me arrimé más a ella, juntando mi cadera con la suya—. Solo me estoy quitando el anorak —me espetó.

—Yo solo estaba cogiendo un poco más de edredón —dije y me sonrió.

—Siempre se pone tan pesado...

—¿El edredón?

—No, el sexo —dijo—. ¿Por qué tiene que ser tan serio? Tú tienes que fingir que soy especial para ti, y en realidad no sabes si lo soy.

—Pienso que lo eres —dije.

—No mientas —me advirtió—. No te pongas serio. *No es algo serio.* Quiero decir que tú no eres especial para mí. Solo siento curiosidad por ti. Pero no quiero tener que aparentar que estoy encandilada o algo por el estilo.

—Quiero acostarme contigo —dije.

—Eso ya lo sabía. Claro que quieres hacerlo, pero me gustas más cuando te pones divertido.

—Me pondré divertidísimo —me levanté con el edredón a la manera de una capa y caminé con paso inestable sobre la cama—. Te prometo hacer acrobacias ridículas y bufonadas toda la noche.

—Te estás esforzando demasiado —dijo, sonriente, por lo que me senté al pie de la cama y me cubrí completamente con el edredón.

—Avísame cuando tengas frío —dije desde abajo del edredón, al oír su breve carcajada y el chasquido del chicle—. No estoy espiando —agregué—. ¿No crees que esta es la oportunidad ideal para que te desnudes?

—Tú primero —dijo.

Desde mi escondite, empecé a alcanzarle prendas, una por una. Ella guardaba silencio y la imaginé disponiéndose a asestarme un sillazo. Le pasé mi polo de cuello alto, la camiseta de red, una bola con los largos calcetines y mis bombachos de cuero.

—Dios, qué pantalones más pesados —comentó.

—Para mantenerme en forma —dije y me asomé para mirarla.

Estaba totalmente vestida junto a la cabecera, observando mis cosas. Al verme, dijo:

—Aún no estás desnudo.

Volví a meterme bajo el edredón y luché con mis calzoncillos largos. Los dejé un rato sobre mis rodillas y se los alcancé delicadamente: un raro obsequio. La dejé moviéndose en la cama y aguardé en mi tienda, tieso como un palo.

—No mires —dijo—. Si miras, todo ha terminado.

¡Desabróchala-abotónala-átala-empácala! O mejor, deja que lo haga ella misma. Pero, ¿por qué está haciendo esto?

—¿Quién es Bill? —le pregunté.

—¡Yo qué sé! —se asomó al interior del edredón—. ¿Quién eres tú? —dijo, sentándose frente a mí, rodilla a rodilla, al estilo indio. Arrebató la mitad del edredón para envolverse, protegiendo su cuerpo bronceado de la luz. Seguía con los calcetines puestos—. Tengo frío en los pies —forzó a mis ojos a mirar sus ojos y nada más que sus ojos. Pero le quité los calcetines. Pies grandes y anchos, fuertes tobillos de campesina. Introduje sus pies en los huecos de la parte de atrás de mis rodillas, los pellizqué con mis pantorrillas y le sujeté los tobillos con mis manos—. ¿Tienes nombre? —preguntó.

—Bogus.

—No, en serio...

—En serio, es Bogus.

—¿Así te llamaban tus padres?

—No, ellos me llamaban Fred.

—Oh, *Fred* —por la forma en que lo dijo, te dabas cuenta de que para ella era una palabra como *tura*.

—Por eso es Bogus —dije.

—¿Un apodo?

—Una verdad —admití.

—Como Biggie —sonrió tímidamente; bajó la vista y miró su regazo dorado—. Chico, soy grandota, de acuerdo.

—Sí que lo eres —dije, mientras pasaba apreciativamente mi mano por su largo muslo; allí se tensó un músculo.

—Toda la vida he sido grandullona —dijo—. La gente siempre me emparejaba con gigantes. Jugadores de baloncesto y de fútbol, chicos descomunales y torpones. Como si fuera necesario que nos apareáramos o algo por el estilo: «Tenemos que

encontrar a alguien lo bastante colosal para Biggie». Como si me estuvieran buscando comida. Y siempre me dieron de comer demasiado; la gente suponía que todo el tiempo tenía hambre. De hecho, tengo muy poco apetito. Pero la gente parece creer que significa algo que seas grande... como ser rico, ¿entiendes? Piensan que si eres rico solo te gustan las cosas que cuestan un dineral. Y si eres robusto, se supone que sientes una atracción especial por las cosas grandes.

La dejé hablar. Le toqué el pecho, pensando en otras cosas grandes, y ella siguió adelante, ahora sin mirarme los ojos, observando mi mano con una especie de curiosidad nerviosa. ¿Qué tocará después?

—Incluso en los coches —decía—. Vas en el asiento trasero con dos o tres personas más y no le preguntan a la más pequeña si tiene espacio suficiente, siempre te lo preguntan a ti. Quiero decir que si tres o cuatro van amontonados en el asiento de un coche, nadie tiene espacio suficiente, ¿no? Pero aparentemente creen que eres experto en no tener espacio suficiente.

Se interrumpió y cogió mi mano en el punto en que cruzó su barriga, y la mantuvo allí.

—Deberías decir algo, ¿no te parece? Quiero decir que en mi opinión deberías decirme algo. No soy una buscona. No hago esto todos los días.

—En ningún momento pensé que lo hicieras.

—Bien, no me conoces —afirmó.

—Quiero conocerte, en serio —le dije—. Pero tú no querías verme serio. Querías que fuese divertido —sonrió y dejó que mi mano ascendiera hasta sus senos y se apoyara debajo.

—Bien, no está mal ser un poco más serio que ahora. Al menos tienes que hablarme un poco. Quiero decir que debes de estar preguntándote por qué hago esto.

—*Me lo pregunto, me lo pregunto* —insistí y ella se rio.

—Bien, en realidad no sé...

—*Yo sí sé* —dije—. No te gusta la gente grandota —se ruborizó, pero me permitió sujetarle ambos pechos; sus manos, ligeras sobre mis muñecas, me tomaron el pulso.

—No eres tan menudo —dijo.

—Pero soy más bajo que tú.

—Bien, sí, pero eso no significa que seas pequeño.

—No me molesta ser más bajo.

—Dios, a mí tampoco —me pasó una mano por la pierna, donde tenía atrapados sus pies—. Tienes muchísimo vello. Nunca lo habría imaginado.

—Lo lamento.

—Oh, no importa.

—¿Soy tu primer no esquiador? —le pregunté.

—No me he encamado mucho, ¿sabes?

—Lo sé.

—No, no lo sabes. No digas que sabes cuando no es así. Quiero decir... una vez conocí a alguien que no era esquiador.

—¿Jugador de *hockey*?

—No —rio—. Futbolista.

—Pero era grandote.

—Tienes razón. No me gusta la gente grande.

—Me alegro enormemente de ser pequeño.

—Tú grabas cosas, ¿no? —era una pregunta seria—. Esas cintas... En realidad no contienen nada, ¿verdad? Dijiste que no hacías nada.

—Soy tu primer nadie —dije, y, temiendo que me tomara demasiado en serio, me incliné y la besé: la boca seca, los dientes apretados, la lengua oculta. Cuando le besé los pechos, sus dedos buscaron mi cabellera; me dolió un poco... tuve la impresión de que tironeaba de mí.

—¿Qué pasa?

—Mi chicle.

—¿Tu qué?

—Mi chicle —respondió—. Lo tienes pegado en el pelo —su pezón y yo nos miramos a los ojos y me di cuenta de que con toda probabilidad me había tragado el mío.

—Yo me lo tragué —dije.

—¿Te lo tragaste?

—Me tragué algo. Tal vez tu pezón.

Rio y levantó los pechos, ahuecándolos para recostar mi cara.

—No, sigue allí —dijo—. Los dos.

—¿Tienes dos?

Entonces se estiró boca abajo, a través de la cama, para llegar al cenicero de la mesita, donde depositó el chicle y un mechón de pelo mío. Con el edredón sobre los hombros a la manera de una capa, me eché sobre ella. ¡Trasero de calabaza! Era imposible tenderse plano encima de su cuerpo.

Se volvió para que pudiéramos enredarnos de costado y cuando la besé tenía los dientes separados. Bajó la luz azul que despedía la nieve, nos apretamos bajo el toldo del edredón y nos relatamos historias de nuestra vaga educación y más vaga experiencia con los libros, amigos, deportes, proyectos, política, preferencias, religión y orgasmo.

Y bajo el edredón caliente (una, dos, tres veces), el zumbido de un avión que volaba bajo pareció llevarnos audiblemente más allá de ese cuarto helado, *alarnos* por encima de esos kilómetros azules de glaciar, donde explotamos y nuestras piezas quemadas y derretidas volaron por los aires y se apagaron como cabezas de cerillas en la nieve. Permanecemos separados y sin apenas tocarnos, perdido el edredón, hasta que la cama pareció enfriarse y endurecerse como un bloque del glaciar. Entonces nos arrebujamos para protegernos de la fría oscuridad y seguíamos haciendo planes bajo

el edredón cuando el primer rayo de sol rebotó en el glaciar. Poco a poco su brillante destello metálico recortó lentos arroyuelos a través de la escarcha de los cristales.

Y también allí, bajo los penetrantes rayos del sol, acechando junto a nuestra cama con su propio edredón, Merrill Overturf se sacudía y balanceaba, con la cara del color de la nieve urbana y la mano sosteniendo en alto un frágil falo: su jeringa hipodérmica, con tres centímetros cúbicos de insulina turbia para equilibrar su maltrecha química.

—Boggle... —dijo y con vocecilla helada narró un mal sueño en el que a causa del calor había apartado su edredón y pasó desnudo y destapado la noche fría, mojando la cama; al despertar descubrió su cadera pegada a la sábana con pis congelado. Y cuando llenó la jeringa de la mañana con insulina, sus manos temblaban demasiado para ponerse la inyección.

Apunté la aguja a un punto de su muslo amoratado y di un cauto pinchazo que rebotó. Pero él no lo sintió, de modo que ladeé el brazo hacia atrás y di un golpe de muñeca, como si arrojara un dardo, a la manera en que había visto hacerlo a los médicos; la aguja se hundió demasiado, quizá.

—¡Jesús, has pinchado un músculo! —exclamó Merrill.

Como no quería hacerlo sufrir más de lo necesario, apreté el pulgar contra el émbolo para que el contenido de la jeringa entrara rápido. Pero el líquido denso era resistente y daba la impresión de que entraba en su cuerpo como un tapón de pasta. Merrill pareció desvanecerse e intentó sentarse sin darme tiempo a sacar la aguja, que se separó de la jeringa y quedó pinchada en su muslo. Se tendió atravesado sobre la cama y gimiendo mientras yo buscaba la aguja y la retiraba. Luego lo revisé por si había síntomas de congelación en tanto él miraba a Biggie, viéndola realmente por primera vez; en alemán, y olvidando que ella lo entendía, me dijo:

—La conseguiste, Boggle. Buen trabajo, muy buen trabajo.

Pero me limité a sonreírle a Biggie y respondí:

—Ella también me consiguió a mí, Merrill.

—Enhorabuena a los dos —dijo, lo que hizo sonreír a Biggie. Parecía tan helado y vulnerable que lo arropamos con nosotros bajo el edredón, dejando que el cálido aire almizcleño allí atrapado flotara sobre él, y apretándolo entre los dos pues temblaba violentamente. Lo mantuvimos así hasta que empezó a sudar y menearse, sugiriendo que se sentiría mejor de cara a Biggie y no a mí.

—Estoy seguro de ello, Merrill —le dije—. Pero creo que ya estás mejor.

—Sus *manos* están mucho mejor —terció Biggie—, te lo aseguro.

Más tarde, sus manos estaban ocupadas con el volante. Mientras Biggie y yo le alcanzábamos gajos de naranja desde el asiento trasero, Overturf conducía el chisporroteante *Zorn-Witwer* 54 a lo largo de la crujiente calle principal de Kaprun. No había allí nadie más, excepto un cartero que iba andando, para caldearse, al lado de su trineo postal, mimando a su peludo caballo cuyo aliento despedía tanto vapor como el escape de un diésel. En lo alto, el sol derretía la capa de nieve dura del

glaciar. Pero todas las aldeas del valle seguirían congeladas hasta bien entrada la mañana, cubriendo con una capa de polvo plateado todas las cosas, y el aire sería lo bastante penetrante para respirar solo en brevísimas bocanadas. Kaprun parecía capturada en un frío tan cortante, que si hubiésemos tocado el claxon se habría agrietado un edificio.

En la puerta de la posada de Zell para esquiadores, Merrill y yo esperábamos a que Biggie ultimara sus asuntos, viendo que un número creciente de miembros masculinos del equipo formaba en los peldaños, con la vista fija en nosotros. ¿Cuál de ellos es Bill? Todos parecían iguales.

—Será mejor que salgas a tomar un poco de aire —dijo Merrill.

—¿Por qué?

—Apesta —replicó. ¡Sí! ¡Todo mi cuerpo exudaba el rico aroma a miel silvestre de Biggie!—. El coche apesta —se quejó Merrill—. Jesús, todo apesta como si acabara de joder.

En los peldaños, los esquiadores observaban a Merrill, pensando que era él.

—Si nos atacan —dijo—, no creas que pienso asumir algo que no hice —pero se limitaron a mirarnos; salieron algunas chicas del equipo femenino y también formaron allí. Luego apareció un hombre pulcro y acicalado, mayor que los demás, y miró el *Zorn-Witwer* 54 como si fuera un carro de combate vacío.

—Ese es el instructor —dije cuando bajó los peldaños y dio la vuelta hasta la ventanilla de Merrill, una aleta plástica que crujía como las bragas de goma de un bebé.

Merrill la destrabó y el instructor asomó la cabeza en el interior del coche. Mi amigo, siempre convencido de que nadie más que él conocía ese idioma, le habló en alemán.

—Bienvenido a la vagina —le dijo, pero el instructor no dio la impresión de haberlo entendido.

—¿Qué clase de coche es este? —preguntó. Tenía la cara de los jugadores de fútbol de los cromos que venían en otros tiempos con los chicles. Todos llevaban el casco puesto y todas las cabezas parecían iguales, o tal vez *eran* cascos.

—Un *Zorn-Witwer* 54 —replicó Merrill.

El instructor no dio muestras de reconocerlo.

—Ya no se ven muchos —sentenció.

—Tampoco se veían muchos en el cincuenta y cuatro —apuntó Merrill.

Biggie bajaba los escalones con una bolsa de línea aérea, una bolsa del equipo de esquí estadounidense y un talego enorme. Un miembro del equipo masculino llevaba sus esquíes. Me apeé para abrir el maletero del *Zorn-Witwer*. ¿Era Bill el portador de sus largos esquíes?

—Este es Robert —dijo Biggie.

—Hola, Robert.

—¿Qué clase de coche es este? —preguntó Robert.

El instructor se acercó al maletero.

—¡Qué maletero tan grande! —exclamó—. Ya no los hacen así.

—No.

Robert estaba tratando de dilucidar la forma de colocar los esquíes de Biggie en la baca.

—Nunca he visto una baca para esquíes como esta —dijo.

—No es una baca para esquíes, idiota —lo regañó el instructor, en voz sorprendentemente alta.

Robert se mostró herido y Biggie se acercó al instructor.

—Por favor, no te preocupes, Bill —le dijo.

Bill era el instructor.

—No estoy preocupado en lo más mínimo —respondió y volvió a encaminarse al hotel—. ¿Tienes un ejemplar del *Manual de ejercicios de verano*? —le preguntó.

—Por supuesto.

—Debería escribir a tus padres —dijo el instructor.

—Ya lo haré yo —contestó Biggie.

Bill interrumpió sus pasos y se volvió hacia nosotros.

—No sabía que eran dos. ¿Cuál es él?

Biggie me señaló.

—Hola —dije.

—Adiós —dijo Instructor Bill.

Biggie y yo subimos al coche.

—Tengo que parar en el hotel Forellen —dijo—, donde se hospeda el equipo francés.

—*Au revoir*? —inquirió Merrill.

—En el equipo francés hay una chica con la que iba a alojarme. En Francia... me llevaría de visita a su casa.

—Una oportunidad única para aprender el idioma —barbotó Merrill—. Choque de culturas...

—Cierra el pico, Merrill —dije.

Biggie parecía triste.

—No pasa nada —murmuró—. De todos modos, la chica no me gustaba, en realidad. Creo que habría sido insoportable.

De modo que esperamos a Biggie en la puerta del Forellen y observamos los idénticos hábitos de reunión del equipo masculino francés. Todos besaron a Biggie cuando entró en el hotel y se dedicaron a examinar el *Zorn-Witwer*.

—¿Cómo se dice «qué clase de coche es este» en francés? —me preguntó Merrill, pero ninguno de ellos se acercó a nosotros y cuando Biggie salió del hotel, todos volvieron a besarla.

Una vez en marcha, Merrill le preguntó a Biggie:

—¿Y el equipo italiano? ¿Por qué no nos despedimos de ellos? Siempre me han

gustado los italianos —pero Biggie iba taciturna y le di una patada al respaldo del asiento de Merrill.

Entonces cruzó Salzburgo callado y en silencio salió a la *Autobahn* de Viena, con el viejo *Zorn-Witwer* patinando como una araña sobre un vidrio.

Biggie me permitió cogerle la mano, pero me susurró:

—Hueles raro.

—Olor *a ti* —dije en voz muy baja.

—Lo sé —respondió.

Pero ninguno de los dos había hablado en voz lo suficientemente baja.

—Bien, a mí me parece una asquerosidad —dijo Merrill—. ¡Esperar que un coche viejo como este soporte semejante aroma! —como no le festejamos la gracia, guardó silencio hasta Amstetten—. Bien —dijo allí—, espero veros en algún lugar de Viena. Una noche podemos ir a la Opera, si os queda tiempo...

Vi su cara en el espejo retrovisor, apenas un vistazo que me hizo comprender que hablaba en serio.

—No seas ridículo, Merrill. Claro que nos veremos. Todos los días —pero me pareció malhumorado y nada convencido.

Al verlo deprimido, Biggie se olvidó de sus propios pesares. Siempre fue estupenda para eso.

—Si alguna vez vuelves a mojar la cama, Merrill —le dijo—, puedes venir a buscar calor con nosotros.

—Hablando de olores —rematé.

—Seguro —dijo Merrill.

—Cuando te congeles en tu propio pis, te derretiremos, Merrill —agregué.

Vi que Merrill miraba a Biggie a los ojos por el retrovisor.

—Si creyera eso, mojaría la cama todas las noches —dijo.

—¿Vosotros dos vivís juntos? —nos preguntó Biggie.

—Solíamos —respondió Merrill—. Pero es un piso muy pequeño, de modo que saldré todas las noches para dejaros solos.

—No queremos estar tan solos —afirmó Biggie y se inclinó para tocarle el hombro. Y me miró a mí, algo asustada, como si lo hubiera dicho en serio. Solo debíamos movernos entre multitudes: estar solos era demasiado serio.

—Estar contigo no es nada divertido —me dijo Merrill—. Estás enamorado. Y eso no tiene nada de divertido...

—No, no está enamorado —se apresuró a decir Biggie—. No estamos nada enamorados —me miró para que la tranquilizara, como si quisiera que confirmara sus palabras.

—Claro que no —aseguré, pero estaba nervioso.

—Sí que lo estás —me dijo Merrill—, pobre cabrón estúpido... —Biggie lo miró, impresionada—. Y tú también —añadió—. Jesús, ambos estáis enamorados. No quiero tener nada que ver con ninguno de los dos.

Y tuvo muy poco que ver con cualquiera de los dos, por Dios; apenas lo vimos en Viena. Eramos demasiado sensibles a su sentido del humor; nos hacía tomar conciencia de que nuestra indiferencia era una impostura. Después se fue a Italia con el Witwer, en busca de una primavera precoz, y nos envió una postal a cada uno. «Vivid una aventura amorosa», decían las tarjetas. «Los dos. Pero cada uno con otra persona». Pero entonces Biggie ya estaba embarazada.

—Creía que tenías un puñetero artilugio —dije—. Un DIU.

—DIU —replicó Biggie—. IBM, NBC, CBS...

—NCAA —dije.

—USA —dijo ella—. Bien, sí, lo tenía, maldición. Pero solo era un artilugio como cualquier otro...

—¿Se te cayó? —le pregunté—. ¿Son rompibles?

—Ni siquiera sé cómo funcionan —confesó.

—Evidentemente *no* funcionan.

—Bien, este solía funcionar.

—Quizá se perdió dentro —sugerí.

—Dios mío...

—Probablemente el bebé lo tiene entre los dientes —dije.

—Probablemente está en mis pulmones —dijo.

Pero más tarde me preguntó:

—¿Verdad que no puede *hacerle daño* al bebé?

—No sé.

—A lo peor está dentro del bebé —dijo.

Intentamos imaginarlo: un órgano de plástico que no funcionaba, junto a un diminuto corazón. Biggie se echó a llorar.

—Tal vez el bebé no quede embarazado —bromeé—. Tal vez la puñetera cosa funcione para el bebé —pero a ella no le hizo gracia; se puso furiosa conmigo—. Solo estoy tratando de animarte. Eso es exactamente lo que diría Merrill.

—Esto no tiene nada que ver con Merrill —replicó—. Somos nosotros, jodidamente enamorados, y un bebé —entonces se decidió a mirarme—. Está bien —dijo—. Yo estoy enamorada, al menos. Y un bebé...

—Te amo, por supuesto.

—No digas eso. Todavía no puedes saberlo.

Era bastante cierto. Aunque en esos tiempos, su corpulencia era un registro de mi dolor. Y aunque nos marchamos antes de que Merrill volviera de Italia —si es que estaba allí—, no escapamos a su influencia. Ni a su ejemplo —quizás a todos los ejemplos— de sobrevivir a la autocrítica despiadada. Eso nos impregnó y nos convencimos a nosotros mismos de que deseábamos al bebé.

—¿Qué nombre le pondremos? —preguntó Biggie.

—¿Bombardeo Aéreo? —dije, mientras se asentaba en mí la impresión de lo acontecido—. ¿O algo más sencillo? Como Megatón. ¿O Metralla? —pero Biggie frunció el entrecejo—. ¿O Artillería Antiaérea?

Pero después de que mi padre me desheredara, pensé en otro nombre, un nombre de la familia. El hermano de mi padre, tío Colm, había sido el único Trumper que se enorgullecía de ser escocés; devolvió la partícula «Mac» a su apellido. Si nos visitaba la noche de Acción de Gracias, llevaba puesta la falda escocesa. El indómito Colm MacTrumper. Se tiraba pedos descaradamente después de cenar e insinuaba que graves inseguridades psicológicas habían forzado a mi padre a especializarse en urología. Siempre preguntaba a mi madre si había alguna ventaja en acostarse con un experto en esa especialidad y siempre respondía a su propia pregunta: No.

El nombre de pila de mi padre era Edmund, pero tío Colm lo llamaba Mac. Mi padre odiaba a tío Colm. Cuando nació mi hijo, no se me ocurrió un nombre más apropiado.

A Biggie también le gustaba ese nombre.

—Es como el sonido que a uno le gustaría hacer en la cama —dijo.

—¿Colm? —pregunté, sonriente.

—Mmmmmmm —respondió.

En aquel entonces yo suponía que en algún momento veríamos asiduamente a Merrill Overturf. De haber sabido que no sería así, le habría puesto Merrill a nuestro bebé.

Padres e hijos (dos especies), nueras no deseadas & amigos huérfanos de padre

918 Iowa Ave.
Iowa City, Iowa

1 de nov., 1969

Dr. Edmund Trumper
2 Beach Lañe
Great Boar's Head, New Hampshire

Queridísimo Dad & Doctor:

Últimamente he notado que padezco todos los síntomas amenazadores de un *Weltschmerz*, y me pregunto si podrías enviarme algo de penicilina. Aún me queda algo de la que me recetaste tiempo ha, aunque tengo entendido que su potencia aumenta con el paso de los años y requiere refrigeración, por lo que sería peligroso utilizarla ahora.

¿Recuerdas cuándo me la diste?

Cuando Couth y Fred tenían quince años, Elsbeth Malkas viajó a Europa y volvió con el mundo en la ingle. La antigua compañera de juegos, mayor que ellos, había madurado algo y su relación con ella fue el primer anuncio de que los veranos en Great Boar's Head estaban cambiando. Ellos esperaban ingresar en la escuela preparatoria en otoño, mientras Elsbeth se disponía a entrar en el *College* universitario.

Couth y Fred no estaban preparados para la forma en que el pelo crespo y negro de Elsbeth afectó los dedos de sus pies, curvándoselos. También notaron que de vez en cuando se golpeteaban las palmas con las yemas de los dedos. Esto fue suficiente para convencerlos de la teoría de la evolución, pues sin duda aquellos eran síntomas de una especie de instinto de primates... derivado, conjeturaron, del estadio en que los monos abarquillaban sus partes para asirse de las ramas de los árboles. Era un instinto concerniente al equilibrio y cada vez que veían a Elsbeth Malkas, sentían que se caerían de un árbol.

Elsbeth importó de Europa costumbres nuevas y extrañas. Nada de broncearse al sol en la playa durante el día, nada de encuentros en el casino por la noche. Pasaba el día en la calurosa buhardilla de la casa de sus padres en la playa, escribiendo. Poemas sobre Europa, decía. Y pintaba. Couth y Fred veían la ventana de la buhardilla desde el muelle; en general se dedicaban a arrojar una pelota en la rompiente. Elsbeth permanecía inmóvil en su ventana, con un pincel largo en una mano.

—Apuesto a que solo pinta las paredes de esa sosa buhardilla —decía Fred. Couth lanzaba la pelota al mar y se zambullía tras ella entre las olas, gritando:

—¡Apuesto a que no!

Fred veía a Elsbeth asomada a la ventana. *¿Está mirando a Couth o a mí?*

De noche, eran ellos quienes *la* observaban. Se echaban en la arena, a medio camino entre su casa y el muelle, para estar listos cuando ella saliera blanca y acalorada de la buhardilla, con una camisa de trabajo de algodón azul, salpicada de pintura, que le cubría hasta la mitad del muslo; hasta que se agachaba para recoger una piedra y lanzarla, no te dabas cuenta de que no llevaba nada debajo. En la orilla, se quitaba la camisa y se zambullía; su tupida cabellera negra flotaba detrás y tenía tanta vida propia como las enmarañadas algas marinas que se balanceaban en la espuma. Cuando volvía a ponerse la camisa, se le pegaba al cuerpo; Elsbeth no se molestaba en abotonarla para volver andando a casa.

—En realidad así no se la vi del todo bien —se quejaba Couth.

—Una linterna —se le ocurrió a Fred—. Podríamos iluminarla de cerca.

—Ella se cubriría con la camisa.

—Sí, la condenada camisa —decía Fred—. Mierda.

Por eso, una noche cogieron la camisa. Corrieron por la arena húmeda y la arrebataron mientras Elsbeth estaba en la rompiente, pero las luces de la casa los iluminaban por la espalda y ella los vio correr hasta detrás de los setos contiguos al porche, de modo que se encaminó directamente hacia ellos. En lugar de mirarla, intentaron ocultarse bajo la camisa.

—¡Freddy Trumper y Cuthbert Bennett! —dijo—. Menudo par de pequeños bastardos —pasó a su lado hasta el porche y oyeron el portazo de la red metálica. Entonces los llamó—: ¡Os meteréis en un buen lío si no me traéis la camisa inmediatamente! —la imaginaron desnuda en la sala, donde sus padres leían; Couth y Fred subieron al porche y se asomaron por la puerta de tela metálica. Estaba desnuda pero sola y cuando le devolvieron la camisa ni siquiera se la puso. No se atrevían a mirarla.

—Solo era una broma, Elsbeth —dijo Fred.

—¡Mirad! —les ordenó al tiempo que hacía una pirueta delante de ellos—. ¡Queríais mirar, de modo que *mirad!* —miraron y apartaron la mirada.

—En realidad —dijo Couth—, queríamos ver lo que estabas pintando.

Como Elsbeth se echó a reír, rieron con ella y entraron. Al instante Fred tropezó con una lámpara de pie, volcó la pantalla y la pisó cuando intentó recogerla. Su torpeza puso histérico a Couth. Pero Elsbeth se echó ligeramente la camisa sobre el hombro, cogió de la mano a Couth y lo llevó escaleras arriba.

—Bien, Cuthbert, en ese caso ven a ver las pinturas —puntualizó; cuando Fred comenzó a subir tras ellos, agregó—: Tú espera abajo, por favor, Fred —Couth volvió la cabeza y lo miró por encima del hombro, asustado, haciendo el payaso y trastabillando en pos de Elsbeth.

Cuando Couth regresó, Fred había estropeado por completo la pantalla de la lámpara en sus esfuerzos por repararla y la estaba metiendo en una papelera, debajo del escritorio.

—Deja que yo la arregle —dijo Couth y sacó la pantalla aplastada de la papelera. Fred lo miró fijo pero Couth lo empujó nervioso hacia la escalera—. *Ve, por Dios. Te esperaré.*

Fred subió a la buhardilla, desatándose la cinta del bañador por el camino, olisqueándose críticamente las axilas y oliéndose el aliento entre las palmas ahuecadas. Pero a Elsbeth Malkas no pareció importarle nada de eso. En un catre de la buhardilla, le quitó el bañador y le contó que cuando ella le hacía de canguro, él la espiaba en el cuarto de baño. *¿Lo recordaba? No.*

—Bien, acuérdate de no repetirlo.

A continuación le echó un polvete tan rápido que Fred apenas se dio cuenta de que todos los lienzos eran blancos, totalmente blancos; que cualquier pincelada o color que hubiese habido sobre esas telas había sido cubierto con blanco. Las paredes también eran blancas. Y cuando se reunió con Couth en la sala, notó que la pantalla había vuelto a ocupar su lugar sobre la lámpara, arrugada y aplastada, por lo que la bombilla chamuscaba el trozo de pantalla con la que estaba en contacto; en su conjunto, la lámpara parecía un hombre al que le hubiesen hundido la cabeza entre los hombros, dejándole el cerebro al descubierto en un esfuerzo por volver a colocarla sobre el cuello.

En la ventosa playa, Couth le preguntó:

—¿Te contó que yo la espiaba en el cuarto de baño cuando me hacía de canguro?

—A mí me hacía de canguro —dijo Fred—, pero se equivoca, yo nunca hice eso.

—Pues yo sí —confesó Couth—. Chico, si hubiera...

—¿Dónde estaban sus padres? —inquirió Fred.

—No estaban —respondió Couth; bajaron hasta el mar y nadaron desnudos; luego caminaron por la arena húmeda hasta la casa de Couth.

Entraron de puntillas en el vestíbulo y se sorprendieron al oír los murmullos de unas cuantas personas en la cocina y el llanto de la madre de Couth. Se asomaron subrepticamente; vieron a los padres de Elsbeth, a la madre de Fred consolando a la afligida madre de Couth, y al Dr. Trumper —el padre de Fred— aparentemente esperándolos en la puerta. *¡Su pecado ya había sido descubierto! ¡Elsbeth les había contado todo, diciendo que la habían violado o que estaba embarazada! ¡Se casaría con los dos!*

Pero el padre de Fred lo llevó aparte y le dijo en un susurro:

—El padre de Couth ha muerto, un ataque...

Se acercó de prisa a Couth y lo interceptó antes de que se reuniera con su madre. Fred no se atrevió a mirar a su amigo a los ojos, por temor a que percibiera el alivio que sentía.

No se sentía tan aliviado, sin embargo, cuando por la mañana veía, en el espejo

del lavabo, que no tenía orificio para mear. Al principio, bastaba un pequeño pellizco para abrirlo. Luego empezó a abrirse y cerrarse por su cuenta; Fred no parecía tener la menor influencia sobre él. Tomaba aspirinas y reducía su ración de agua.

Pero esa mañana compartió tímidamente el cuarto de baño con su padre (de espaldas a él, con su amenazadora cara llena de espuma, afeitándose ante el espejo); Fred abrió las piernas junto a la taza y meó algo que sintió como navajas, alfileres doblados y vidrio molido. Su alarido produjo un corte en el mentón de su padre, que sin darle tiempo a ocultar la prueba, gritó:

—¡Déjame ver eso!

—¿Qué? —preguntó Fred, aferrado a lo que sin duda solo era un remanente de sus partes íntimas.

—Lo que estás sosteniendo, eso —dijo su padre.

Pero Fred no lo soltó, por temor a que cayera a sus pies; sabía que si lo soltaba nunca podría volver a ponérselo. Lo retuvo apretado, mientras su padre se acercaba hecho una furia.

—Está pegado, ¿verdad? —rugió el buen doctor—. ¿Un poco de pus de vez en cuando? ¿Algo así como clavos en las vías urinarias?

¡Clavos! ¡De modo que era eso lo que sentía! ¡Dios mío!

—¿Qué has estado haciendo últimamente? —aulló su padre—. ¡Dulce nombre de Jesús! ¡Solo catorce años y ya lo has hecho!

—Tengo quince —lo corrigió Fred; sentía que más clavos empujaban para salir.

—¡Embustero! —atronó su padre.

Desde el pasillo, su madre gritó:

—¡Tiene quince, Edmund! ¡Cuántos gritos por una tontería!

—¡Tú no sabes qué ha estado haciendo! —vociferó su padre.

—¿Qué? —preguntó ella. La oyeron acercarse al cuarto de baño—. ¿Qué has estado haciendo, Fred?

Pero aquello volvió cómplice a su padre. Cerró con llave la puerta y alejó a su mujer.

—Nada, querida. —Con la cara cubierta de espuma rosa por la sangre del corte, se inclinó sobre Fred—. ¿Qué fue? —susurró ceñudo y por el modo en que lo dijo, Fred sintió ganas de contestar que había sido una oveja. Pero la cara rosa lo aterraba y al fin y al cabo su padre era urólogo; no podía darse el lujo de rechazar un consejo experto sobre la forma de mear. Pensó en limaduras de hierro descendiendo por su vejiga; vio la punta resistente de un cincel abriéndose camino por sus vías urinarias, a la manera de una balsa.

—Dios mío, ¿qué tengo? —preguntó a su padre.

—Sientes como si lo tuvieras cerrado con óxido, ¿no? —preguntó el buen doctor—. Déjame verlo.

Fred bajó la mano hasta la rodilla y prestó atención, esperando oír *plaf* en el suelo del lavabo.

—¿Quién fue? —quiso saber su padre y le tocó la punta de su vida.

—¡Elsbeth Malkas! —cantó, odiándose por traicionarla, aunque sin encontrar en su memoria nada lo bastante delicioso como para que mereciera la pena protegerla.

¡Elsbeth Malkas! Los dedos de sus pies se enderezaron hasta el punto en que pensó que se caería. ¡Elsbeth Malkas! Tráela aquí, acuéstala, descubre qué diablos esconde en su engañoso atractivo.

—Blenorragia —dijo su padre y como casi todas las cosas que decía su padre, sonó como una orden.

Y Fred pensó: ¿*Blenorragia*? Oh, no, cuidado, por favor. Que nadie bata palmas cerca. Por Dios, que nadie bata palmas, por favor...

Entonces llegó su madre a la puerta del cuarto de baño y le informó a su padre que llamaban por teléfono.

—Es Cuthbert Bennett —dijo.

—¿Para Fred?

—No, para ti —respondió al buen doctor y lo siguió pasillo abajo, volviendo la vista ansiosa hacia Fred, que estaba blanco como un lienzo de Elsbeth Malkas—. Edmund —gorjeó—, sé amable con Cuthbert. Acaba de perder a su padre y creo que quiere pedirte consejo.

Fred los seguía con una sonrisa que era una mueca. Vio que su padre levantaba el teléfono; se apoyó contra la pared y esperó.

—Sí, hola, Cuthbert —dijo su padre con tono bondadoso, revistiendo el teléfono con espuma de afeitar rosa—. Sí, naturalmente, ¿de qué se trata? —entonces su expresión cambió y disparó a Fred una mirada semejante a un dardo. A lo lejos, Fred oía la voz histérica de Couth, cargada de pánico; su padre no le quitaba la vista de encima, más impresionado a medida que la voz del otro lado de la línea hablaba y hablaba—. No, no, aquí no. Te veré en mi consultorio —dijo su padre irritado y Fred no pudo reprimir una sonrisa afectada—. Dentro de una hora, entonces —dijo su padre, conteniendo la cólera—. De acuerdo, dentro de *media* hora —dijo en voz más alta. Fred se apoyó con dejadez y arrogancia en la pared y se perdió en un ataque de risa aguda cuando su padre gritó a la embocadura del teléfono—: ¡Bien, entonces no mees! —colgó y miró echando chispas por los ojos a Fred, que ahora reía incontrolablemente contra la pared.

—¿Por qué no puede hacer pis Cuthbert? —preguntó su madre y su padre giró hacia ella, con su cara cubierta de espuma sangrante.

—¡*Blenorragia*! —le gritó. La pobre mujer, asustada, comenzó a batir palmas.

918 Iowa Ave.
Iowa City, Iowa

3 de nov., 1969

Dr. Edmund Trumper

2 Beach Lane
Great Boar's Head, New Hampshire

Estimado Dr. Trumper:

Tal como interpreto sus sentimientos, si Fred *no* me hubiese traído embarazada de Europa y *no* se hubiera casado conmigo, usted habría continuado manteniéndolo durante sus estudios de posgrado. No obstante, nunca aclaró si, en caso de *no haber estado* embarazada, habría seguido manteniendo a Fred. Bien, francamente, todo esto me parece al mismo tiempo insultante e injusto. Si Fred no tuviera que mantener a una esposa y un hijo, no necesitaría su dinero. Podría pagarse los estudios de doctorado con trabajos esporádicos y becas. Y de no haber estado embarazada, yo habría conseguido un trabajo para mantenerlo durante el tiempo que le queda de estudios. En otras palabras, la situación en que nos encontramos necesita de su mantenimiento más que las dos en que usted afirma que nos habría mantenido. ¿Qué es exactamente lo que no aprueba? ¿Que yo estuviera embarazada? ¿Que Fred no hiciera las cosas en el orden en que las hizo *usted*? ¿O soy yo, personalmente, quien le disgusta? Usted está aplicando a Fred una especie de castigo moral. ¿No le parece que alguien de más de veinticinco años no debería ser tratado de ese modo? Quiero decir: usted había separado ese dinero para la educación de Fred, y entiendo que no esté dispuesto a mantener también a su mujer y a su hijo, ¿pero no considera infantil negarse asimismo a pagarle su educación?

Suya,
Biggie

918 Iowa Ave.
Iowa City, Iowa

3 de nov., 1969

Dr. Edmund Trumper
2 Beach Lane
Great Boar's Head, New Hampshire

Estimado Dr. Trumper:

Las cartas que Fred le ha enviado, creo, son lo que usted denominaría «indirectas». Yo no me andaré con rodeos. *Mis* padres nos han dado todo lo que pueden para que Fred logre terminar su puñetero doctorado; opino que usted debería darnos como mínimo lo que pensaba darle a Fred para su educación antes de que yo apareciera embarazada y alterara los planes que tenía para él. También pienso que su mujer estaría de acuerdo conmigo, si no fuera porque usted la intimida.

Biggie

3 de nov., 1969

Dr. Edmund Trumper
2 Beach Lañe
Great Boar's Head, New Hampshire

Estimado Dr. Trumper:

Es usted un soplapollas. Le ruego disculpe mi vocabulario, pero eso es lo que es. Un soplapollas por hacer sufrir a su propio hijo y por lanzar calumnias sobre su forma de casarse conmigo y tener a Colm y todo lo demás. Solo porque no se había doctorado cuando lo hizo. Aun así, su Fred nos ha hecho mucho bien a Colm y a mí. Ocurre que este último año, con tantas presiones para que termine la tesis y busque trabajo, se está deprimiendo mucho. Y usted no lo ha ayudado en lo más mínimo... a pesar de todo lo que tiene. Mis padres no cuentan ni con la mitad de sus lujos, pero contribuyen con lo que pueden. ¿Ha sabido siquiera, por ejemplo, que su Fred ha vendido banderines de fútbol y pedido prestadas sumas nada despreciables a su amigo Couth, a quien evidentemente le importamos más que a usted? Y con todos sus principios, es usted un soplapollas. Solo puedo decirle que es un jodido padre.

Su nuera,
(¡Le guste o no!).
Biggie

Aquella fangosa tarde de noviembre estaba junto a la ventana observando a Fitch, el rastrillador, de pie y marcial sobre su jardín inmaculadamente agonizante. Fitch hacía guardia con el rastrillo en posición de fuego; estudiaba el revoltijo de hojas de los jardines colindantes, a la espera de que alguna extraviara su camino. Encima de él, en los canalones de su casa, las hojas acechaban, aguardando a que volviera la cabeza; luego caerían en forma de lluvia. Pero yo permanecía allí con pensamientos intolerantes hacia el inofensivo viejo tonto. Que todo tu jardín se hunda, Fitch.

Sobre mis rodillas estaban las copias de las tres cartas de Biggie y ella se asomaba crispada sobre mi hombro.

—¿Cuál es la mejor? —me preguntó—. No supe decidirme.

—Dios mío, Big...

—Bien, ya es hora de que alguien le suelte cuatro frescas —insistió—. Y no noté que tú tuvieras nada que decirle.

—Biggie... ¡Por Cristo! ¿Un soplapollas, Biggie? Dios mío...

—Es un soplapollas, Bogus. Sabes muy bien...

—Claro que lo es. ¿Pero qué sentido tiene decírselo?

—¿Qué sentido ha tenido *no* decírselo, Bogus?

—«Con todos sus principios, es usted un soplapollas» —leí, horrorizado—. Ya son *dos* soplapollas, Big. Es la segunda vez que lo dices.

—Bien, ¿te gustan más las otras cartas? —me preguntó—. ¿Cuál es tu opinión sobre la razonable, o sobre la breve?

—Cielos, Biggie. ¿Cuál has enviado?

—Bogus, te dije que no pude tomar una decisión...

—¡Gracias a Dios! —refunfuñé.

—Por eso envié las tres. Que elija el soplapollas.

¡Y sentí que el viento soplaba a Fitch, lo barría ligero como una hoja calle abajo y lo metía debajo de un coche aparcado!

918 Iowa Ave.
Iowa City, Iowa

4 de nov., 1969

Mr. Cuthbert Bennett
Casero, Finca Pillsbury
Mad Indian Point Georgetown, Maine

Mi querido Couth:

Bajo el resplandor crepuscular de tu amable llamada telefónica, esta noche Biggie y yo estamos levantados, gastando fortunas imaginarias y sopesando la alternativa: un dúo de *hara-kiris*. Los dos en cuclillas, frente a frente, en el suelo de linóleo recién encerado. Biggie me excava el vientre con el cuchillo del pan; yo prefiero la máquina de cortar carne en rodajas para destriparla. Estamos totalmente absortos en nuestra tarea. Nos cuidamos de amortiguar nuestros gritos pues no queremos despertar a Colm.

Hemos acordado que Colm se irá con los buenos padres de Biggie a su casa de East Gunnery, Vermont. De mayor será esquiador y leñador, rubicundo y curtido, y tan empantanado en sus tonos nasales de Nueva Inglaterra que nunca se meterá con otro idioma... como el antiguo nórdico bajo. La lengua mascullada de sus antepasados, cercanos y lejanos.

No se trata de que yo no esté de acuerdo con todo lo que Biggie le ha dicho a mi padre. Solo lamento que no haya tenido más tacto. Porque sospecho que a mi padre hay que tratarlo como al Papa antes de impartir bendiciones, y si le dices soplapollas al Papa, ¿seguirá orando por ti?

Entretanto, Biggie y yo rastreamos el camino de su carta hacia el Este. Veo que la categórica verdad de Biggie ladea un vagón postal en Chicago, que su pesado mensaje derriba a un empleado de correos en Cleveland. Un ascua de su acalorado sentimiento se refleja en la brisa marina de la ruta costera entre Boston y Great

Boar's Head, donde entregan invariablemente nuestra correspondencia a primera hora de la tarde. Mi madre estará en casa para abrirla, pero Biggie jura que estaba dirigida únicamente a mi padre, no a Dr. & Mrs., en cuyo caso, teniendo en cuenta el pavoroso respeto que siente mi madre por el buen doctor, no la abrirá. La dejará en la encimera del mueble de las bebidas.

Mi padre volverá a casa a las cuatro, inmediatamente después de extraer una espita de vejiga o de decirle a algún octogenario que esa operación es aconsejable; de haberse afeitado ceremoniosamente en el pulcro lavabo de su consultorio; de haberse quitado de las manos todo rastro del polvo quirúrgico que ayuda a ponerse y quitarse los guantes. Permitirá que mi madre picotee su mejilla bien afeitada; se preparará un *whisky* puro... después de mirar el vaso a trasluz, para cerciorarse de que ha sido correctamente lavado. Entonces verá la carta. Tanteará el sobre para ver si dentro hay un cheque y mi madre dirá: «Oh, no, querido. Viene de Iowa City. No se trata de un paciente. ¿No te parece que es de Fred?».

Mi padre se quitará la chaqueta del traje, aflojará la corbata, errará por el estudio hasta la ventana del porche-mirador y comentará si la marea está alta o baja, como si influyera, místicamente, en donde él está. Pero aparentemente nunca influye. Se sentará en el mismo trono de cuero rojo, aplastará el mismo cojín bajo sus talones, olerá su *whisky*, dará un sorbo y *después* leerá las cartas de Biggie.

Si salió con el correo de ayer al mediodía, hoy está como mínimo más allá de Chicago, si es que no ha pasado por Cleveland, para llegar a Boston mañana y estar en Great Boar's Head también mañana o al día siguiente.

En cuyo momento, Couth, si eres tan amable, por favor entra en tu cuarto oscuro y positiva dos fotos absolutamente *compactas*, una del todo blanca y otra del todo negra; una es la esperanza y la otra, la condena. Envíame las dos. Te mandaré de vuelta la que no se adecúe a mis circunstancias.

Deseándote, Couth, infinitas variedades
de Esperanza y Liberación
del Miedo a la Condena
Un abrazo
Bogus

Imagino al buen Couth a orillas de la mar lluviosa, con el pelo alborotado navegando en un viento del nordeste que le lleva de Bar Harbour hasta Boothbay. Couth con una de sus anticuadas oraciones marinas dedicada a mi carta, que sostiene en el aire; la desierta mansión de los Pillsbury a sus espaldas es un sinfín de habitaciones para su juego solitario.

Recuerdo las postrimerías de aquel divertido verano en el que nos trasladamos al cobertizo para botes, con sus pequeñas literas.

—¿Arriba o abajo, Big?

—Sube allí...

Mientras Couth holgaba en la Casa Grande después de que los Pillsbury se fueran a su casa urbana a pasar el otoño.

Alguno de los hijos jóvenes telefoneó para decir que iría.

—¿Mi madre se ha ido, Couth?

—Así es, Bobby.

—La tía Ruth no estará por allí, ¿verdad?

—Así es otra vez, señor.

—Bien, Couth, supongo que ya te has instalado en la Casa Grande. No quisiera echarte, de modo que nosotros nos arreglaremos en el cobertizo.

—¿Quiénes son nosotros, Bobby?

—Una amiga y yo, Couth. Pero te agradecería que le dijeras a Padre que pasé solo el fin de semana.

—Lo siento, Bobby, el cobertizo está ocupado. Amigos míos. Pero podré acomodaros fácilmente en un par de dormitorios de la Casa Grande...

—Un dormitorio será suficiente, Couth. Con cama doble...

En la salita de billar, mientras Biggie ayudaba a Colm a encender el fuego, Couth y yo dispersábamos las bolas.

—Este otoño no será tan íntimo —dijo Couth, apenado—, ahora que algunos niños Pillsbury han llegado a la edad de joder. Traerán aquí sus ligues los fines de semana. Pero después de noviembre hará demasiado frío para ellos.

La gran mansión todavía se calentaba exclusivamente con estufas de carbón y leña, y chimeneas. Lo que más le gustaba a Couth era el invierno, con toda la casa para él solo, lidiando todo el día con madera y carbón, cubriendo los fuegos por la noche, tratando de evitar que las sustancias químicas se congelaran en su cuarto oscuro. Después de cenar, Couth estaba trabajando allí con mi hijo, en una serie de tomas de Colm pulverizando una lombriz en el muelle. Colm la aplastaba con una zapatilla de goma, la molía con un trozo de concha; Colm pedía otra lombriz.

En el cuarto oscuro, Colm se negaba a hablar; se limitaba a observar su imagen emergiendo de los líquidos de Couth. No le asombraba en lo más mínimo lo que ocurría en las aguas de las cubetas: daba por sentados los milagros. Estaba más impresionado por la oportunidad de ver por segunda vez la lombriz destrozada.

Couth también positivo un negativo doble: uno de Colm en el muelle, el otro del muelle solo, desde el mismo ángulo. La estructura estaba ligeramente fuera de foco en los bordes, pues los muelles no encajaban del todo; Colm parecía estar simultáneamente en el muelle y debajo, con los nudos de la madera extendidos sobre las manos y la cara, el cuerpo dispuesto en tablones. No obstante, está incorporado (¿cómo? ¿en el espacio?). Me quedé perplejo con esa imagen, aunque compartía el disgusto de Biggie por ella: con la madera superpuesta, el niño estaba curiosamente

muerto. Le mencionamos a Couth la increíble paranoia que uno siente respecto de sus hijos. Couth le mostró la imagen a Colm, que la descartó porque no era una reproducción clara de la lombriz.

La chica que Bobby Pillsbury llevó «a casa» a pasar el fin de semana, opinó que era «casi como una pintura».

—Nell es pintora —nos dijo Bobby.

Nell, de diecisiete años, matizó:

—Bien, trabajo en esa dirección.

—¿Más zanahorias, Nell? —preguntó Couth.

—Es una foto tan solitaria —le dijo a Couth; todavía estaba contemplando la imagen de Colm con la cara bajo el muelle—. Este lugar, ya sabes... en invierno, quiero decir, tiene que contribuir bastante a tu visión.

Couth masticó lentamente, consciente de que la chica solo tenía ojos para él.

—¿Mi visión? —preguntó.

—Sí, bueno, ya sabes lo que quiero decir —respondió Nell—. Algo así como tu visión del mundo.

—Yo no soy un solitario —afirmó Couth.

—Sí, lo eres, Couth —dijo Biggie.

Colm —el verdadero Colm, con la cara sin nudos de la madera— volcó la leche. Biggie se lo sentó en las rodillas y dejó que le tocara las tetas. A su lado, Bobby Pillsbury la miraba embobado.

—Es una foto muy poco característica de Couth —le dije a Nell—. Rara vez la imagen es tan literal y casi nunca emplea una doble exposición tan obvia.

—¿Puedo ver más trabajos tuyos? —preguntó Nell.

—Bien, si logro encontrarlos —dijo Couth.

—¿Por qué no dejamos que Bogus le cuente todo? —terció Biggie.

—Digno de ti, Big —dije y se echó a reír.

—He estado trabajando en unos relatos breves —anunció Bobby Pillsbury.

Cogí a Colm de brazos de Biggie y lo puse de pie sobre la mesa, en dirección a Couth.

—Colm, ve a buscar a Couth —le dije—. Adelante... —Colm echó a andar con eufórico regocijo a través de la ensalada, esquivando el arroz.

—Bogus... —protestó Biggie, pero Couth se mantuvo en su extremo de la mesa, tendiéndole los brazos a Colm, que se acercaba a él por encima de los mejillones y las mazorcas.

—Ven con Couth —dijo Couth—. Venga, vamos. ¿Quieres ver más fotos? Ven, ven...

Colm se despatarró sobre una canasta con panecillos; Couth lo alzó y se lo llevó al cuarto oscuro. La chica llamada Nell lo siguió devotamente.

Bobby Pillsbury notó que Biggie retiraba su silla de la mesa.

—¿Puedo ayudarte con los platos? —le preguntó. Le di a Biggie un alegre pellizco bajo la mesa; Bobby creyó que su rubor estaba destinado a él. Empezó a recoger los platos con torpeza y yo me fui al cuarto oscuro para ver cómo deslumbraba Couth a la chica de Bobby. Cuando la dejé con su torpe aspirante a amante, Biggie me echó una cómica mirada de lujuria burlona por Bobby.

Pero más tarde, en nuestras literas, mientras Couth dormía con Colm en el dormitorio principal de la Casa Grande, y Bobby Pillsbury y su jovencita Nell estaban o no estaban reconciliados, Biggie se mostró enfadada conmigo.

—Es un muchacho perfectamente amable, Bogus —dijo—. No tendrías que haberlo dejado solo conmigo.

—Big, no me estarás diciendo que os pegasteis un rapidito en la cocina, ¿verdad?

—Eh, cierra el pico —se movió en la litera de abajo.

—¿Lo intentó, Big? —le pregunté.

—Oye —replicó fríamente—, sabes muy bien que no ocurrió nada. Pero le hiciste pasar un mal momento al pobre chico.

—Lo lamento, Big, de veras. Solo estaba bromeando...

—Y debo reconocer que me sentí halagada —dijo e hizo una larga pausa—. Quiero decir que fue muy agradable —agregó—. Que un chico tan joven me desee...

—¿Te sorprende?

—¿A ti no? —quiso saber—. Tú no pareces tan interesado.

—Oh, Biggie...

—Bien, no lo estás. Deberías prestar más atención a quien se interesa por mí, Bogus, en lugar de degradar las cosas.

—Biggie, solo fue una velada estúpida. Fíjate en Couth con esa chica, Nell...

—Esa putilla descerebrada...

—¡Biggie! Una jovencita...

—Couth es el único amigo tuyo que me gusta.

—Está bien —dije—. A mí también me gusta Couth.

—Bogus, yo podría vivir así. ¿Y tú?

—¿Como Couth?

—Sí.

—No, Big.

—¿Por qué?

Me puse a pensarlo.

—¿Porque no es dueño de nada? —preguntó Biggie, pero era una estupidez: a mí tampoco me importaba nada eso—. ¿Porque aparentemente no necesita de otros a su alrededor? —poco a poco se iba acercando al nudo de la cuestión—. ¿Porque vive todo el año a orillas del mar? —lo que no tiene nada que ver con nada de lo que estamos hablando, pensé—. ¿Porque puede poner mucho en sus fotos y no necesita poner mucho en su vida? —Biggie era un acicate. Olvidé la pregunta original.

—¿O sea que tú podrías vivir aquí con Couth, Big? —le pregunté y guardó silencio largo rato.

—He dicho que podría vivir así —aclaró—. No con Couth. Contigo. Pero como vive Couth.

—Yo no soy un manitas. No sería cuidador de nada. En una casa laberíntica como esta, probablemente ni siquiera sabría cambiar un fusible...

—No me refiero a eso. Quiero decir si podrías estar contento como Couth. *En paz*, ¿sabes?

Sabía.

Por la mañana temprano, desde la litera baja de Biggie, observamos a Couth y Colm salir de la portilla del cobertizo. Couth llevaría a Colm de exploración a las marismas de la marea baja, con su cámara y un saco de arpillera para juntar las sobras del mar en el barro.

En la salita de desayunos de la Casa Grande, Biggie sirvió tortitas de arándanos a un callado Bobby Pillsbury, a una nerviosa Nell, a Couth y Colm, que eran un despliegue de entusiasmo. Los contenidos del saco de patatas eran para que los disfrutáramos todos: la concha de una navaja, la cola de una raya, el esqueleto transparente, delgado como un papel, de un coto espinoso, una gaviota muerta, la cabeza cortada de una golondrina de mar con el pico brillante y la sobresaliente quijada inferior de algo que podía ser una foca, una oveja o un hombre.

Después de desayunar, Couth acomodó la carnicería en nuestros platos y la fotografió, sugiriendo una fantasmagórica comida caníbal. Aunque el interés de Nell por las fotos de Couth pareció acabar allí, noté que Biggie lo observaba acomodar pacientemente su escenario. Colm daba la impresión de considerar el trabajo de Couth como la prolongación lógica de un juego de niños.

—¿Nunca haces desnudos? —preguntó Nell.

—Las modelos son caras —respondió Couth.

—Deberías pedírselo a tus amigas —le dijo Nell, sonriente.

—¿Biggie? —preguntó Couth, pero me miró a mí, que estaba columpiando a Colm cabeza abajo, sobre la mesa de billar.

—Pregúntaselo *a ella* —repliqué.

—Biggie —llamó Couth. Ella estaba en la cocina con los platos del desayuno. Bobby Pillsbury y Nell cogían los largos tacos de billar en el extremo del salón—. ¿Posarías para mí, Biggie? —le oí preguntar en la cocina.

Bobby Pillsbury inclinó su taco a la manera de una caña de pescar. Nell dobló el suyo como si fuera un arco, y yo vi súbitamente lo coloradota que tenía la cara el pobre Colm patas arriba. Lo enderecé deprisa sobre la mesa de billar y oí que Couth agregaba prudentemente:

—Quiero decir desnuda, ya sabes...

—Sí, un minuto, Couth —respondió Biggie—. Primero tengo que terminar los platos.

Pero Couth envidiaba a los hijos más que a las esposas. Solía contarme que pensaba más en la descendencia que en la pareja. Aunque Biggie lo conmovía, creo que Colm le llegaba más hondo. A menudo me preguntaba qué hacía yo con Colm; le sorprendía que tuviese que reflexionar tanto para responder. Solo sabía decirle que los hijos te cambian la vida.

—Bien, seguro, yo diría que sí —comentó.

—Quiero decir que te vuelven paranoide.

—Tú siempre fuiste paranoide.

—Pero con hijos, es diferente —concluí, sin saber explicar qué era lo diferente.

Una vez le escribí a Merrill sobre esta cuestión. Le dije que los niños te daban una repentina sensación de tu propia mortalidad, evidentemente algo de lo que Merrill Overturf no tenía la menor idea. Nunca me contestó. Pero yo quería decir, sencillamente, que notabas cuánto habían cambiado tus prioridades. Por ejemplo, antes me gustaban las motos: no pude montar en una desde el nacimiento de Colm. No creo que fuese solo una cuestión de responsabilidad; ocurre que los niños te proporcionan la noción del tiempo. Para mí fue como si antes no me hubiese dado cuenta de cómo pasaba el tiempo.

También experimentaba por Colm una sensación que parecía antinatural. Yo deseaba criarlo en una especie de hábitat natural ficticio —algún tipo de pastizal o corral—, y no en el horrendo hábitat natural real propiamente dicho, que me parecía muy poco seguro. ¡Criarlo en una especie de bóveda! Crear a sus amigos, inventar tareas satisfactorias, inducir problemas limitados, simular penurias (hasta cierto punto), fingir unas pocas amenazas cuidadosas, hacerlo ganar al final... nada demasiado irracional.

—¿Quieres decir que lo harías pastar, como a una vaca? —decía Couth—. Pero se volvería algo bovino, ¿no?

—El ganado está *seguro*, Couth, y está *contento*.

—El ganado es ganado, Bogus.

Biggie coincidía con Couth. Cuando se autorizó a Colm a dar la vuelta a la manzana en triciclo, me atormenté. Biggie decía que era necesario despertar en el niño la confianza en sí mismo. Yo sabía que así debía ser; sin embargo, acechaba entre los arbustos de la manzana, lo seguía sin ser visto. Mi idea del padre era la de un ángel guardián. Cuando Colm me veía apartar una rama y espiarlo desde el seto, le decía que lo que en realidad me interesaba era el seto. Estaba buscando algo; también traté de interesarlo en tan sana y nada arriesgada observación. ¡Mejor que lanzarte al peligro en tu triciclo! ¡Ven a vivir una vida plácida en el seto amigo!

Hasta descubrí un lugar que consideré adecuado como entorno controlado: el zoo de Iowa City. Allí no se luchaba encarnizadamente por nada.

—Siempre venimos aquí —se quejaba Colm.

—¿No te gustan los animales?

—Sí... —pero en invierno solo había cuatro o cinco bestias—. Mami me lleva *allá* —decía Colm y señalaba al otro lado del río el centro de Iowa City y los edificios universitarios.

—Allá solo hay gente —machacaba yo—. Ningún mapache —solo gente si fuéramos y quizás alguien llorando... o algo peor.

De modo que al volver a casa desde el Mercado Popular, llevaba a Colm por el zoo. En noviembre, cuando los monos se habían ido al sur o estaban dentro, y Biggie y yo llevábamos una semana esperando noticias de mi ofendido padre, Colm y yo llevábamos a casa el pan del desayuno a través del zoológico y dejábamos casi todo allí.

Mientras alimentaba a los asquerosos mapaches, un clan de gruñones en su celda de piedra, a Colm siempre le preocupaba que los más pequeños no recibieran pan.

—Aquel —decía, señalando a un cobarde, y yo intentaba alcanzar al detestable animal un trozo de pan. Y siempre algún mapache gordo y hosco llegaba antes, mordía al cobarde en el culo, robaba el pan y esperaba recibir más. ¿Es bueno que un chico vea eso?

¿O el bisonte que cambiaba la piel y parecía el último búfalo? Las patas delgadas como un pájaro escuchimizado en plena muda, el pelaje moteado cayéndose a montones, como un mueble viejo necesitado de nueva tapicería, un sofá gigante y ruinoso al que le cuelga el relleno.

O el deprimente oso marchito, en un pozo de ladrillos con una cámara oscilante en el interior, con la que el animal nunca jugaba, rodeado de sus apestosos colgajos.

—¿Para qué es la rueda? —preguntó Colm.

—Para que juegue.

—¿Cómo?

—Columpiándose, o golpeándola...

Pero el neumático, no columpiado ni golpeado, colgaba sobre el oso durmiente como una burla. Probablemente el mismísimo animal vivía con el temor de no saber para qué era. Comencé a albergar dudas sobre la conveniencia de ese hábitat zoológico para Colm; al fin y al cabo, tal vez las calles del centro fuesen mejores para el niño.

Y luego, aquel noviembre, se produjo el desastre en el estanque de los patos, donde en general me sentía más cómodo con Colm. Los patos domésticos blanco-hollín exploraban el estanque donde flotaban mendrugos de pan; esperábamos las sorprendentes migraciones de los audaces y brillantes patos salvajes que volaban hacia el sur. Iowa caía en el Medio Oeste de su trayecto aéreo y el estanque de nuestro zoo era probablemente el único sitio donde las aves podían descansar entre Canadá y el Golfo sin que las acribillaran. Solíamos contemplar su aterrizaje; un prudente vuelo cuneiforme con un observador al que enviaban a explorar el terreno y que en su momento graznaba la buena nueva a los demás. Semejante colorido era una novedad en el zoo; sus aburridos residentes fijos se agitaban con la llegada de esos

mundanos viajeros: ojirrojos, lavancos, ánares marinos, lomos de arpillera, trullos de alas verdiazules, los espléndidos monteses.

Aquel noviembre cogí de la mano a Colm para contemplar la descendente desde el cielo, imaginando que la fatigada y lisiada bandada quería reposar después de haber sido atacada en los Grandes Lagos, tiroteada en ambas Dakota, sufrido una emboscada en Iowa. El observador aterrizó como un patín sobre cristal, soltó un bronco graznido a los remilgados patos que estaban en tierra, dio gracias a Dios por la maravilla de la ausencia de artillería e indicó a los suyos que podían bajar.

Arremetieron rompiendo su formación de vuelo, con gran brío, atónitos al ver tanto pan flotante. Pero un pato se rezagó en el aire. Volaba como un trapo, su descenso era poco seguro. Los otros parecieron despejar el estanque para él, y su caída fue tan repentina que Colm se aferró a mi pierna como si temiera que el pato fuese a bombardearnos. Tuve la impresión de que tenía el mecanismo de aterrizaje estropeado, los controles de las alas dañados, la visión borrosa. Entró en un ángulo demasiado empinado, intentó corregir su posición con un débil viraje, perdió toda semejanza con la gracia de un pato y golpeó el estanque como una piedra. Colm se encogió contra mí mientras una coral de graznidos de condolencia llegaba desde tierra. En el estanque, asomaba el culito del pato desplomado y un rocío de plumas flotaba a su alrededor. Dos miembros de la bandada chapotearon para empujarlo a un costado, donde lo dejaron como un flotador emplumado. De inmediato sus compañeros dedicaron toda su atención al pan, temerosos de que en cualquier momento llegara a nado un perro de caza para cobrar la pieza de su camarada. ¿Ahora disparaban con silenciadores? La ironía de la muerte descendiendo sobre el zoo de Iowa City.

Solo dije a Colm:

—Qué pato tan pánfilo.

—¿Está muerto? —preguntó mi hijo.

—No, no —respondí—. Solo está pescando, alimentándose en el fondo —dudé en agregar que eran capaces de contener largo tiempo la respiración.

Colm no estaba muy convencido:

—Está muerto.

—No —insistí—. Solo está fanfarroneando. A ti también te gusta alardear de vez en cuando.

Colm era reacio a irse. Apretó la barra de pan mutilada, miró por encima del hombro al pato estrellado... ex piloto de pruebas, estrafalario pájaro que se alimentaba en el fondo del estanque. ¿Por qué este suicidio?, me pregunté. ¿O había sido herido y arrastrado valientemente la perdigonada en muchos aterrizajes complicados, para perder finalmente el control aquí? ¿O solo se trataba de un ataque por causas naturales? ¿O estaba borracho como consecuencia de su última comida en una ciénaga de soja en fermentación?

—Bogus —dijo Biggie—, me gustaría que cuando sepas que vas a pasar por el

zoo, compres *dos* barras, así nos queda una para nosotros.

—Dimos un paseo maravilloso —anuncié—. El oso estaba dormido, los mapaches se peleaban, el búfalo se dejaba crecer el pelo. ¡Y los patos! —codeé al amenazadoramente mudo Colm—. Vimos aterrizar a un pato pánfilo en el estanque...

—Un pato muerto, Mami —afirmó Colm solemnemente—. Se estrelló.

—Colm —me incliné hacia él—. No sabes si estaba muerto —pero lo sabía, sí que lo sabía.

—Algunos patos mueren —dijo, mostrándose irritablemente paciente conmigo—. Envejecen y mueren, eso es todo. Los animales y las aves y la gente —agregó—. Envejecen y mueren, sencillamente —me miró con mundana compasión, evidentemente triste por tener que transmitir tan cruel verdad a su padre.

Entonces sonó el teléfono y las visiones de mi propio y terrible padre borraron todo lo demás de mi cerebro: Papi con un discurso de cinco minutos previamente organizado, un análisis del desequilibrio emocional de las cartas de Biggie, echando humo por su pipa desde su extremo de la línea telefónica. Creo que había una racionalidad suprema en su inhalación de tabaco. Hora de comer en Iowa, del café de después de comer en New Hampshire, una llamada cronometrada según sus términos, algo muy propio de él. Pero también muy propio de Ralph Packer, invitándose a comer.

—Bien, contesta —dijo Biggie.

—Contesta *tú*. Tú escribiste las cartas.

—No pienso atender ese aparato, Bogus, no después de haberle llamado soplapollas.

Mientras contemplábamos el teléfono que sonaba sin ser atendido, Colm acercó una silla de la cocina y se subió a ella para cogerlo.

—Atenderé yo —dijo, pero Biggie y yo nos abalanzamos antes de que lo cogiera.

—Déjalo sonar —dijo Biggie, con cara de asustada por primera vez—. ¿Por qué no lo dejamos sonar, Bogus?

Es lo que hicimos. Capeamos los timbrazos.

—¿No lo estás viendo? —preguntó Biggie—. ¡Resopla en la bocina del teléfono!

—Apuesto a que está lívido —dije—. El soplapollas.

Pero más tarde, después de que Colm se cayó de la cama y gritó —y tuvo que acurrucarse en el vasto pecho de Biggie, para tranquilizarse por una peculiar pesadilla en un zoo—, dije:

—Apuesto cualquier cosa a que era Ralph Packer, Big. Mi padre no nos telefonaría. Nos escribiría... redactaría un jodido opus.

—No —sentenció Biggie—. Era tu padre. Y no volverá a llamarnos —parecía contenta.

Esa noche Biggie rodó contra mi cuerpo y dijo:

—Déjalo sonar.

Pero yo estaba soñando. Soñé que el Iowa jugaba fuera y el equipo me llevaba consigo para el saque. Profundamente adentrado en mi zona final, corrí campo adelante para un ensayo milagroso. Naturalmente intentaron obstaculizarme el camino por todos los medios posibles, incluso me cortaron, cuartearon, partieron, molieron, pellizcaron y apalearon; pero de alguna manera emergí, gravemente baldado aunque erguido, batiendo la virginal zona final enemiga.

Y las secuelas: las animadoras del Iowa me sacan a rastras del campo a lo largo de los banquillos; pequeñas ninfas con suéter me llevan más allá de los agitados e insultantes hinchas enemigos; mi brazo blandengue y ensangrentado roza una de sus piernas frías y rosadas; percibo al mismo tiempo la suavidad y el hormigueo. Miro atolondrado sus jóvenes rostros surcados de lágrimas; una me acaricia la mejilla con el pelo, quizá tratando de limpiar la mancha de hierba de mi nariz o de desalojar un clavo de zapato hincado en mi barbilla. Soy una carga ligera. Las chicas jóvenes y fuertes me llevan al subterráneo del estadio a través de un túnel de forma intestinoide. Sus voces resuenan, su estremecida preocupación por mí me penetra más hondo que mi propio dolor. Me acercan a una mesa cubierta con ropa blanca, donde me tienden, me quitan la armadura incrustada, se maravillan y gimen sobre mis heridas. Por encima de nuestras cabezas, el estadio emite su estrépito sordo. Las chicas me lavan con una esponja. Sufro una conmoción; tiritó; las chicas se tumban a mi lado por temor a que me hiele.

Tengo tanto frío que vuelvo a soñar; estoy en un escondrijo de patos en las marismas saladas de New Hampshire, con mi padre. Me pregunto cuántos años tengo; no llevo escopeta y cuando me pongo de puntillas, apenas llego al cuello de mi padre, que dice:

—Estate quieto. Jesús, ya veré si vuelvo a traerte.

Yo estoy pensando: *¡Ya veré si vengo!*

Y debía de estar soñando en voz alta, porque Biggie preguntó:

—¿Quién te invitó?

—¿Qué, Big?

—Deja que suene —dijo, otra vez dormida.

Pero yo permanecí en vela, contemplando el horror de tener que buscar un verdadero trabajo. La idea de ganar el pan... La frase era, en sí misma, como las proposiciones obscenas que se hacen en las paredes de un mingitorio.

Reflexiones sobre el fracaso del método del agua

El procedimiento para citarse con el Dr. Jean Claude Vigneron es repelente. A la enfermera que atiende el teléfono no le interesa oír una descripción de tu dolencia; solo quiere saber si la hora es conveniente para ti. Bien, no. Bien, lo siente. De manera que le dices que sí, que te apañarás.

La sala de espera del consultorio de Vigneron es acogedora. Una portada de Norman Rockwell para *The Saturday Evening Post*, enmarcada en la pared; también hay un póster de Bob Dylan. Además, puedes leer *McCall's*, *The Village Voice*, *The New York Times*, *Reader's Digest* o *Ramparts*... aunque nadie lee. Todos observan a la enfermera de Vigneron, de quien asoman los muslos, la grupa y la silla giratoria en la sala de espera, desde su cuchitril para mecanografiar. Y todos prestan atención cuando la enfermera te pide una explicación de tu dolencia. Se pone de relieve cierta pauta.

—¿Para qué quiere ver al médico?

Susurros incoherentes.

—¿Cómo dice?

Susurros incoherentes, pero altos.

—¿Cuánto tiempo lleva así su orina?

Todos los que fingen leer se mueren por preguntar «¿así cómo?».

La urología es una especialidad tan altamente grosera y debilitante que llevé a Tulpen conmigo como apoyo. La sala mostraba su enigma habitual. Una niña inflada, de color orina, apretada contra su madre; quizá llevaba semanas sin hacer pis. Una jovencita imponente, vestida de cuero de la cabeza a los pies, se mantenía aislada y reservada, con *The Village Voice*. Se había contagiado, sin duda. Y un anciano tembloroso junto a la puerta, con sus válvulas, espitas y tubos tan viejos y defectuosos que con toda probabilidad meaba por el ombligo en una bolsa de plástico.

—¿Para qué quiere ver al médico?

—El método del agua ha fracasado —se despierta una gran curiosidad en la sala de espera.

—¿El método del agua?

—Un fracaso rotundo.

—Entiendo. ¿Mr...?

—Trumper.

—¿Siente dolor, Mr. Trumper? —percibo que la madre con la niña hinchada se angustia; la chica en cueros aprieta el periódico.

—Alguno... —una respuesta misteriosa, la sala de espera está en vilo.

—Por favor, dígame exactamente qué...

—Está atascada.

—¿Atascada?

—Atascada.

—Comprendo. Atascada... —repara mi historia clínica, una historia plagada de atascos—. ¿Y ha tenido antes este problema?

—En el mundo entero. ¡Desde Austria hasta Iowa! —la sala de espera se impresiona con esta enfermedad mundana.

—Comprendo. ¿Por eso ha visitado al Dr. Vigneron con anterioridad?

—Sí —incurable, decide la sala de espera. Pobre tipo.

—¿Y ha estado tomando algo?

—Agua —la enfermera levanta la vista: evidentemente el método del agua es desconocido para ella.

—Comprendo —dice—. Por favor tome asiento, el Dr. Vigneron lo atenderá dentro de un momento.

Mientras cruzo la sala de espera en dirección a Tulpen, veo que la madre me sonríe bondadosamente, la niña fija la mirada, la jovencita impresionante cruza las piernas, pensando: si la tienes atascada, apártate de mí. Pero el pobre viejo con los tubos defectuosos no respondió; duro de oído, tal vez, o completamente sordo, o mea por la oreja.

—Yo diría —susurró Tulpen— que ya has tenido suficiente de esto.

—¿Suficiente de qué? —pregunté en voz demasiado alta. La madre se crispó; la joven agitó el periódico; el viejo se movió incómodo en la silla, con sus malhadadas vísceras chapoteando.

—*De esto* —siseó Tulpen, dándose un puñetazo en el regazo—. Esto —hizo un gesto discreto, abarcador de toda la colección de afectados urinarios. Siempre hay una rara fraternidad en las consultas médicas, pero en las de un especialista la intimidad es peor.

Existen clubs para veteranos, para gente con alto cociente intelectual, para lesbianas, para ex alumnos, para madres que dan a luz trillizos, para personas partidarias de salvar al olmo, para rotarios, republicanos y neomaosistas, pero aquí la asociación era forzosa: gente con problemas para mear. ¡Llamémonos vigneronistas! Podríamos reunirnos una vez a la semana, hacer concursos y exposiciones... una especie de reunión deportiva de encuentros urinarios.

Entonces el Dr. Jean Claude Vigneron apareció en la sala de espera desde las entrañas secretas de su consultorio, echándonos encima el aroma moreno del Gauloise. Los vigneronistas lo miramos con gran respeto temeroso: ¿a quién llamaría?

—Mrs. Cullen —dijo Vigneron. La madre se levantó nerviosa y advirtió a su hija que se portara bien mientras no estaba.

Y Vigneron sonrió a Tulpen. ¡Franchute indigno de confianza!

—¿Me está esperando? —le preguntó. Intrusa en la asamblea de vigneronistas, Tulpen lo miró fijamente y no respondió.

—No, está conmigo —informé a Vigneron. El y Tulpen sonrieron.

Cuando el médico se fue con Mrs. Cullen, Tulpen susurró:

—No se me ocurrió que tendría esa pinta.

—¿Qué clase de pinta? ¿De qué deben tener pinta los urólogos? ¿De vejigas?

—No se parece en nada a una vejiga —replicó Tulpen, muy impresionada.

La niña nos escuchaba tímidamente. Si la paciente era la madre, pensé, ¿por qué la niña estaba tan hinchada y amarilla? Diagnosticué que su aspecto era el resultado de que no le permitieran mear. Aproximadamente la edad de Colm, pensé. Le inquietaba estar sola; espiaba a la enfermera y contemplaba al anciano. Se estaba preocupando, de modo que intenté una conversación tranquilizadora.

—¿Vas a la escuela?

Pero fue la joven imponente, vestida de cuero, la que levantó la vista. Tulpen se limitó a mirarme fijamente y la niña pasó por alto la pregunta.

—No —contestó la sorprendida chica en cueros, trasasándome con la mirada.

—No, no —le dije—. A ti no —entonces la niña me miró—. Te hablaba *a ti* —aclaré, señalándola—. ¿Vas a la escuela? —la niña estaba turbada y se sentía amenazada; obviamente le habían dicho que nunca debía hablar con desconocidos. La jovencita en cueros miró gélidamente al corruptor de menores.

—Tu madre volverá enseguida —dijo Tulpen a la chiquilla.

—Tiene sangre en el pis —nos informó la niña. La enfermera giró en su silla hasta quedar a la vista y me dedicó una mirada que decía que mi cerebro también debía de estar atascado.

—Oh, tu madre se pondrá bien —dije a la niña, que asintió, aburrida.

La joven imponente toda vestida de cuero me miró como si quisiera hacerme saber sin lugar a dudas que ella no tenía sangre en el pis, de modo que más valía que no se lo preguntara. Tulpen ahogó una risilla y me pellizcó el muslo; me palpé el paladar con la lengua.

Entonces el viejo que había estado tan silencioso produjo un extraño sonido, una especie de eructo curiosamente contenido o un pedo escatimado, o un movimiento masivo y crujiente de toda su columna vertebral; cuando intentó incorporarse, vimos que una mancha del color de la mantequilla quemada se extendía por la camisa abombada en la parte del vientre, haciendo que los pantalones se ciñeran a sus flacos muslos. Dio un bandazo y lo cogí justo antes de que se desplomara. No pesaba nada y era fácil sostenerlo derecho, pero despedía un tufo espantoso y se apretaba la barriga; había algo bajo la camisa. Parecía agradecido pero terriblemente alterado, y solo pudo decir:

—Por favor, el servicio...

Movió su muñeca huesuda en dirección al consultorio de Vigneron. A través de la mancha que su camisa absorbía como un secante, vi el perfil de una bolsita rara y una manguera.

—La condenada cosa siempre se desborda —me dijo mientras lo guiaba a la mayor velocidad posible hacia la enfermera, que en ese momento se incorporaba de

su silla giratoria.

—Oh, Mr. Kroddy —dijo con tono regañón, quitándomelo de los brazos como si fuera una muñeca hueca. Lo llevó pasillo abajo, haciéndome señas, irritada, para que volviera a la sala de espera, sin dejar de reprenderlo—. Tiene que vaciarla más a menudo, sencillamente, Mr. Kroddy. No es necesario tener estos pequeños accidentes...

Pero él insistía en refunfuñar:

—¡La condenada cosa, la condenada cosa! Nunca hay dónde ir, la gente se molesta, hay que ver las miradas en los lavabos...

—¿Puede desabotonarse solo la camisa, Mr. Kroddy?

—¡La condenada cosa jodida!

—Nada de esto es necesario, Mr. Kroddy...

En la sala de espera, la niña se mostraba otra vez asustada y la mocosa de culo ceñido en cuero tenía la vista fija en el diario, pagada de sí, superior y albergando vaya a saber qué horrible secreto entre las piernas. Nadie lo conocía. La odié.

Susurré a Tulpen:

—El pobre viejo era puras *mangueras*. Tuvo que hacerlo en el saquito.

La maldita chica encuerada me miró fríamente y bajó la vista hasta el periódico, mientras todos oíamos lo que sonaba como si la enfermera hubiese metido al pobre Mr. Kroddy en el inodoro para después tirar de la cadena.

Miré directamente a la altiva dama de cuero y le pregunté:

—¿Tienes blenorragia?

No levantó la vista; se quedó helada. Pero Tulpen me dio un fuerte codazo y la niña intervino, agradecida.

—¿Qué? —inquirió.

Entonces la joven me miró duramente. Pero fue incapaz de mantener su feroz expresión; por primera vez algo humano asomó a su rostro... curvó el labio inferior, sus dientes trataron de mantenerlo inmóvil, sus ojos se humedecieron... y yo me sentí cruel y malvado.

—Eres una mierda, Trumper —susurró Tulpen; me acerqué a la chica, que ahora tenía la cara entre las rodillas, sacudía la cabeza y lloraba suavemente.

—Lo siento —le dije—. En realidad, no sé por qué dije eso... Quiero decir que me pareciste insensible...

—No le hagas ni caso —le dijo Tulpen—. Está loco.

—No puedo creer que tenga blenorragia —sollozó la chica—. No voy por ahí haciéndolo con cualquiera, no soy sucia...

Reapareció Vignerón, devolviendo la madre a la hija inflada. Tenía una carpeta en la mano.

—Miss De Cario —dijo, sonriente. Ella se levantó como un resorte, secándose las lágrimas.

—Tengo blenorragia —informó al médico, y él la miró fijo—. O tal vez *no* la

tengo —agregó históricamente, mientras Vigneron espiaba el contenido de la carpeta.

—Por favor, en mi consulta —le dijo, guiándola rápidamente más allá de nosotros. Entonces me miró, como si de alguna manera yo le hubiese transmitido a esa chica su enfermedad mientras estaba en la sala de espera—. Usted es el siguiente —me dijo, pero lo detuve sin darle tiempo a avanzar.

—Me operaré —dije, impresionándolos a él y a Tulpen simultáneamente. No necesito que me visite. Solo quiero una cita para la operación.

—Pero no lo he examinado.

—No hace falta. Es lo mismo de siempre. El agua no sirvió de nada. No quiero volver a verlo salvo en el quirófano.

—Bien... —dijo, y me encantó ver que había arruinado su perfecto historial: no sería diez de cada diez *conmigo*—. Diez o quince días. Probablemente querrá un antibiótico hasta ese momento, ¿verdad?

—Me limitaré al agua.

—Mi enfermera lo llamará cuando tengamos hora reservada en el hospital, pero transcurrirán como mínimo diez o quince días, y si siente alguna molestia...

—No la sentiré.

—¿Está seguro? —preguntó Vigneron, tratando de sonreír.

—¿Todavía son diez de cada diez? —le pregunté. Miró a Tulpen y se ruborizó. *¡Vigneron se ruborizó!*

Con gran sentido práctico, di a la enfermera de Vigneron el número de teléfono de Ralph Packer Films, Inc., y el de Tulpen. Recuperándose, Vigneron me tendió una cajita con cápsulas, pero meneé la cabeza.

—Por favor, déjese de tonterías —me espetó—. Es mejor operar sin ningún tipo de infección. Tome una de estas cada día y lo examinaré el día antes de la operación, solo para efectuar un control —ahora Vigneron era estrictamente eficaz. Cogí las cápsulas, asentí, sonreí, lo saludé con la mano por encima del hombro y saqué a Tulpen de allí. Sospecho que pavoneándome.

Y no pensé, hasta llegar a la calle, en lo que le había ocurrido al pobre Mr. Kroddy. ¿Le estarían cambiando una manguera? Me estremecí, acerqué a Tulpen a mi cadera y la empujé por la acera, cálida y saltona, con el aliento lo bastante cerca para olerlo, fresco por los caramelos de menta, y sus cabellos azotándome la cara.

—No te preocupes —le dije—. Tendré un trasto nuevo, solo para ti.

Tulpen deslizó su mano en mi bolsillo, toqueteó las monedas y mi cortaplumas del ejército suizo.

—No te preocupes *tú*, Trumper —respondió—. Me gusta el trasto viejo que eres.

Así, abandonamos el trabajo por el resto del día y volvimos a su apartamento, aunque sabíamos que Ralph nos esperaba en el estudio. Para Ralph siempre era peliagudo el momento en que terminaba un proyecto y abordaba otro; lo notábamos por los cheques de salarios tardíos y los carteles encima del teléfono: ¡POR FAVOR INGRESA EN EL JODIDO LIBRO (!) TUS LLAMADAS DE LARGA

DISTANCIA!

Tulpen tendría que haber adivinado que había algo más que mi deseo de ella en la decisión de hacer novillos. La verdad es que no me interesaba el tema de la nueva película de Ralph, que era yo. Un tedioso esquema de entrevistas con Tulpen y conmigo, y más tarde una pequeña perla en la que Ralph pensaba incluir a Biggie.

—Ralph, he de decirte que mi entusiasmo por este proyecto no es el que debería ser.

—Thump-Thump, ¿tengo o no tengo integridad?

—Es tu punto de vista el que está por verse, Ralph.

Durante semanas habíamos estado ocupados en la distribución de otros cineastas, y pasando proyecciones especiales de *Ralph Packer: ¡Retrospectiva!* para sociedades cinéfilas, grupos estudiantiles, museos y primeras sesiones en el Village. Era mejor entregarnos otra vez a un proyecto, incluso ese proyecto, y la única discusión francamente desapacible que habíamos sostenido Ralph y yo hasta ese momento era por el título.

—¡Solo es un título de trabajo, Thump-Thump! Suelo cambiar los títulos al terminar.

Por alguna razón, yo dudaba de su flexibilidad con respecto a este. De momento, la película se titulaba *Jodienda*. Era una expresión corriente en él, lo que me hacía sospechar que le gustaba en serio.

—No te preocupes, Trumper —me dijo Tulpen, y en esa larga tarde en su apartamento no me preocupé. Cambié la pila de discos; preparé *Tee mit Rum* austríaco, mezclado con una rama de canela y mantenido en su punto en un calentaplatos, junto a la cama; hice caso omiso del teléfono, que nos despertó una vez en la oscuridad. Aislados herméticamente de la ciudad, no sabíamos si teníamos hambre de una cena, un tentempié de medianoche o un desayuno temprano; en esa especie de oscuridad atemporal que solo te dan los apartamentos urbanos, el teléfono sonaba con insistencia.

—Deja que suene —dijo Tulpen, haciéndome una tijera en la cintura. Se me ocurrió que esa frase debía formar parte de *Jodienda*, pero lo dejé sonar.

Un largo día de infausta memoria

De hecho, empieza la noche antes, con una discusión en la que Biggie acusa a Merrill Overturf de infantilismo pícaro y escapista, y para colmo afirma que solo he logrado hacer un héroe de él porque lleva mucho tiempo ausente de mi vida... insinuando duramente que el auténtico Merrill, el de carne y hueso, conseguiría decepcionarme en este momento de mi vida.

Estas acusaciones me resultan dolorosas y contraataco acusando a Overturf de valiente.

—¡Valiente! —ironiza Biggie.

Prosigue, sugiriendo que no soy una autoridad fiable en cuanto al valor, ya que yo mismo carezco de ese rasgo... y por añadidura me sobra cobardía. La muestra evidente de mi cobardía es que tengo miedo de llamar a mi padre para poner en claro el asunto de por qué me había desheredado.

Eso me incita estúpidamente a barbotar que telefonearé al viejo soplapollas en cualquier momento... incluso ahora mismo, aunque por la oscuridad nocturna que nos rodea en Iowa, sospecho vagamente que no es buena hora para una llamada telefónica.

—¿Sí? —dice Biggie. Su repentino respeto es aterrador. No me da tiempo a cambiar de idea; revisa unos papeles, buscando la hoja en que una vez apuntamos el número de Great Boar's Head.

—¿Pero qué diré? —pregunto.

Comienza a marcar.

—Por ejemplo: «Llamo para preguntarte si te entregaron la correspondencia».

Biggie frunce el ceño y sigue marcando.

—O «¿Cómo estás? ¿Hay marea alta o baja?».

Biggie sonríe después de marcar el último número.

—Al menos *sabremos*, por Dios... —dice y me entrega el teléfono con tono de llamada.

—Sí, al menos *sabremos* —digo en el auricular y el eco rebota como si lo hubiera dicho un operador de misteriosa percepción. El teléfono suena y suena; dedico a Biggie una mirada que seguramente es de alivio: ¡Ja! ¡No está en casa! Pero Biggie señala mi reloj pulsera. ¡En el este ya es más de medianoche! Siento que se me afloja la mandíbula.

—Le está bien empleado al soplapollas —dice Biggie severamente.

Nada aletargado, mi padre atiende secamente el teléfono. Claro, los médicos están acostumbrados a que los llamen en plena noche.

—Dr. Trumper —dice—. Edmund Trumper. ¿De qué se trata?

Biggie se balancea sobre una pierna, como si tuviera que hacer pis. Oigo el tictac del reloj de mi padre, que a continuación dice:

—Diga. Aquí el Dr. Trumper. ¿Qué ocurre?

En segundo plano, oigo murmurar a mi madre:

—¿Es del hospital, Edmund?

—¡Diga! —grita mi padre en el teléfono.

Y mi madre sisea:

—¿No será Mr. Bingham? Oh, Edmund, ya sabes que su corazón...

Sin dejar de columpiarse sobre un pie, Biggie me mira indignada, espantada por la cobardía que lee en mi expresión, y me gruñe como una fiera.

—¿Mr. Bingham? —dice mi padre—. ¿No puede restablecer la respiración?

Biggie patea el suelo con un pie y emite un sonido animal.

Mi padre aconseja:

—No intente respirar hondo, Mr. Bingham. Escuche, espere. Voy ahora mismo...

Escabullándose por el foro, mi madre grita:

—Llamaré al hospital para que envíen el oxígeno, Edmund.

—¡Mr. Bingham! —chilla mi padre mientras Biggie patea la estufa, jadeante—. ¡Levante las rodillas hasta el pecho, Mr. Bingham! ¡No trate de hablar!

Cuelgo.

Convulsionada por un berrinche casi semejante a una carcajada, Biggie se precipita al pasillo, entra en el dormitorio y cierra de un portazo. Sus sonidos guturales, los delirantes ruidos de los labios parecen atragantados, similares a los del pobre Mr. Bingham con su desfalleciente corazón.

Sin que me viera el vigilante nocturno, pasé la noche en los compartimientos para tesis doctorales de la Biblioteca de Iowa, en uno de una larga fila de cubículos de la cuarta planta, que suelen estar abarrotados de sudorosos eruditos, cada uno con su botella de Coca-Cola. Un emplasto de Coca en cada botella, densa como la miel, con colillas de cigarrillo flotantes. Los oyes pitar cuando caen pesadamente varios cubículos más allá.

Una vez, con la tesis prácticamente en su punto final, Harry Petz —un estudiante de Brooklyn que leía documentos en servocroata— retrocedió con su silla rodante y salió disparado de su cubículo marcha atrás; pataleando cada vez más rápido pasillo abajo, recorrió como un bólido todo el largo de la hilera de cubículos. Chocó contra el cristal térmico del extremo del pasillo, rompiendo la cabeza y el cristal a un tiempo, pero bajó sin volcar los cuatro pisos hasta el aparcamiento de la biblioteca, donde debió de tener visiones de sí mismo aplastado contra la capota de un coche.

Pero yo nunca haría algo semejante, Biggie.

En *Akthelt y Gunnel* hay una conmovedora escena en la que Akthelt se viste y arma para el combate con los siempre bélicos *grethos*. Se pone las espinilleras y las hombreras y las riñoneras y el arnés, protegiendo ritualmente sus partes vitales, mientras la pobre Gunnel le implora que no la abandone. También ritualmente, ella se desviste, se destrenza el pelo, se desabrocha las ajorcas, desenfunda sus muñecas, desata su corsé, en tanto Akthelt sigue acollarándose con cadenas, ajusta las púas de su culera, etc. etc. Akthelt intenta explicarle a Gunnel el objetivo de la guerra (*det*

henskil af krig), pero ella no quiere escucharlo. En ese momento irrumpe sorpresivamente Viejo Thak, padre de Akthelt. Viejo Thak también se ha estado armando y vistiendo para la guerra; la cremallera del peto, o algo parecido, se ha atascado y necesita ayuda. Naturalmente, le perturba ver acongojada y medio desnuda a la joven y encantadora desposada de su hijo, pero recuerda su propia juventud y comprende el tema que estaban debatiendo Akthelt y Gunnel. Viejo Thak hace un gesto ambiguo: quiere complacer a ambos. Da a Gunnel un pellizco lujurioso con su vieja mano espinosa, al tiempo que dice sabiamente a Akthelt: «*Det henskit af krig er tu overleve*». [«El objetivo de la guerra es sobrevivirla»].

Y esa es la impresión que tengo del objetivo del doctorado... y probablemente de mi matrimonio. En aquellos tiempos me acometían a menudo comparaciones de esta índole.

Mientras cruzo el aparcamiento de la biblioteca en el que Harry Petz intentó aterrizar, diviso a la joven Lydia Kindle al acecho junto a un Edsel verdimar semejante a un arca. Lleva un traje de color pera, ajustado, de falda corta y más bien de adulta.

—¡Hola! ¡Este es mi Edsel! —dice y yo pienso: esto es demasiado.

Pero hay una especie de seguridad en su falda a medio muslo: conozco sus rodillas, por lo que no me asustan. Es un alivio sentir que su pierna asciende, desciende y cae bajo mi cabeza, su pie ocupado con el freno y el acelerador.

—¿Adónde vamos? —pregunto con tono agorero y me muevo un poco en su pequeño regazo.

—Yo lo sé —dice y levanto la vista por la chaqueta de su traje, más allá de sus ligeros pechos, hasta su mentón. Noto que se aprieta suavemente el labio inferior con los dientes. Por el escote del traje asoma su blusa de un amarillo-óxido oscuro, que da a su mandíbula el matiz de un botón de oro.

Y nos recuerdo a Biggie y a mí en un campo de botones de oro debajo del monasterio de Katzeldorf, con una botella de vino de los monjes entre los botones de oro. Dejé un puñado de flores sobre su pezón, que la coloreó de un naranja subido y la hizo ruborizar. Luego ella puso un ramillete bajo mis partes soleadas. Creo que me volví totalmente amarillo.

—En realidad, el Edsel no es mío —dice Lydia Kindle—. Es de mi hermano, pero está en la mili.

Presagio peligros. El fornido hermano de Lydia Kindle, un boina verde pegador, va en mi persecución con diestros golpes a la clavícula, dejando caer sobre mí su terrible venganza por desflorar a su hermana y a su Edsel.

—¿Adónde estamos yendo? —vuelvo a preguntar, sintiendo que sus duros muslos rebotan bajo mi cabeza en un camino que seguramente es muy accidentado. Veo polvo arremolinado junto a las ventanillas; veo un cielo chato al que no entorpece ningún árbol, ni un solo cable eléctrico.

—Ya verás —dice y aparta la mano del volante para rozarme la mejilla... con un

levísimo e inocente perfume en su muñeca.

Entramos y salimos de una cuneta; incluso sé que hemos dejado el camino de tierra porque no hay polvo en las ventanillas y el coche se hunde en una superficie más suave; de vez en cuando oigo unos chasquidos, que en Iowa solo pueden ser rastrojos de maíz o huesos de cerdo. También sé que hemos cambiado de dirección, porque el sol caldea mis rótulas desde otro ángulo. Después noto un deslizamiento de neumáticos, como un rodillo de goma sobre hierba húmeda. Temo que estemos atascados a kilómetros de cualquier parte, y que nosotros y el Edsel nos hayamos instalado para siempre en una ciénaga de soja.

—Y solo los patos nos llorarán —digo y Lydia baja la vista para mirarme, ligeramente alarmada.

—Un chico me llevó una vez —dice—. De vez en cuando aparece un cazador, pero nadie más. De todos modos, siempre se ven uno o dos coches de cazadores.

¿Un chico?, pienso, preguntándome si ya habrá sido desflorada. Pero ella adivina mi pensamiento y se apresura a decir:

—No me gustaba. Le obligué a llevarme de vuelta. Pero recuerdo cómo llegamos —y asoma un instante la lengua para humedecerse las comisuras de los labios.

Luego tinieblas y una pendiente; el terreno es más firme y desigual; oigo crujidos bajo el Edsel y huelo a resina de pino... ¡precisamente en Iowa! Una rama azota el coche, lo que me hace pegar un salto y golpear la nariz contra el volante.

Cuando Lydia frena, estamos en un denso bosquecillo de pinos jóvenes y otoño viejo, helechos de hoja plana y trozos de musgo esponjoso y medio congelado. Setas en derredor.

—¿Ves? —dice, abriendo su portezuela y deslizando las piernas afuera.

Al descubrir que afuera está frío y húmedo, se sienta de espaldas a mí y deja los pies colgados, sin tocar la tierra.

Estamos en una loma, en un desaliñado montículo de árboles y matorrales. Detrás hay maizales cortados y campos de soja; delante y más abajo, algo que debe de ser parte de la represa Coralville se extiende congelada en los bordes, abierta y picada en el medio. Si yo fuera cazador, me apostaría en esta colina, internado entre los helechos, y esperaría a que los patos más perezosos cruzaran volando este atajo entre un comedero y otro. Aquí bajarían a tierra, especialmente los más gordos y lentos, con las panzas brillantes por un rayo de sol reflejado desde el lago.

Pero apoyado en el posabrazos del Edsel, alargo el pie hasta la zona lumbar de Lydia Kindle y por un segundo siento el impulso de lanzarla por su puerta abierta. Pero solo le toco la columna vertebral; me mira por encima del hombro antes de entrar las piernas y cerrar la portezuela.

Hay una manta en el maletero y una chica mayor de su residencia ha puesto cerveza, me dice. También hay un buen queso, un pan de centeno redondo y manzanas.

Trepada al asiento delantero, dispone la merienda atrás; nos echamos la manta

sobre los hombros como en una tienda, cómodos. Bajo la manta, un trocito de queso se pega a una diminuta vena azul de su muñeca. Lydia lo caza con su lengua rápida, observándome observarla; cruza las piernas bajo su cuerpo de manera tal que sus rodillas me enfrentan.

—Tienes un codo en el pan —susurra Lydia y río tontamente.

Retuerce las piernas y sacude la manta para quitar las migas; veo que el pan rueda hasta el suelo; veo que la falda se le levanta hasta el hueso de la cadera cuando tira de mí hacia su regazo. Lleva florecillas rosa bebé y celeste bebé en la combinación, que me recuerdan excesivamente una de las primeras mantas de la cuna de Colm.

—Me parece que te quiero —dice, pero mide cada palabra tan deliberadamente, que descubro que lo ha ensayado. Como si ella también pensara que no sonó del todo bien, rectifica—: Creo que sé que te quiero —aprieta su pierna delgada contra el costado de mi cuerpo, se apoya en una cadera y suavemente arrima mi cabeza a su muslo. Mi corazón le golpea una rodilla.

Las mismas flores malditas en sus bragas. Lanillas de bebé, florecillas y volantes para pequeñas señoritas.

Vuelve a retorcerse y me da un débil tirón de orejas, consciente de que he visto sus flores.

—No tienes por qué estar enamorado de mí —dice y vuelvo a percibir la medida ensayada. De alguna manera sé que en el dormitorio de Lydia Kindle hay una hoja de cuaderno con esta conversación redactada a modo de diálogo, garabateada, revisada, quizá con notas al pie. Ojalá supiera qué respuestas ha escrito para mi personaje.

—¿Mr. Trumper? —dice y mientras la beso bajo el dobladillo, siento que un músculo diminuto se afloja. Levanta mi cabeza hasta su pecho de pajarito, con la chaqueta abierta, la blusa un tenue estremecimiento sobre su piel fresca.

—*Vroognaven Abthur, Gunnel mik* —recito. El antiguo nórdico bajo es lo más prudente en tales circunstancias.

Con un ligerísimo temblor se incorpora contra mí, pero hasta un arca como el Edsel es entorpecedora, y hay muchos retorcimientos hasta que se ve libre de la chaqueta. Mi cazadora se engancha en la manivela de la ventanilla trasera; reclinado en Lydia, en mi mejor estilo trineo de balancín logro desatar mis botas mientras sus manos leen en braille los botones de mi camisa. Me vuelvo hacia ella y descubro que se ha desabotonado, pero está encorvada sobre las rodillas, con los brazos cruzados a la altura del sostén; tiembla como si se estuviera desnudando para una peligrosa zambullida en un río invernal.

Casi aliviada, se aprieta contra mí, feliz de ser abrazada aún semivestida, con la cremallera de la falda abierta, pero solo a medio camino cadera abajo. Sus manos húmedas me rozan las costillas y pellizcan el lamentable pliegue que se curva ligeramente sobre mi cinturón.

Lydia Kindle dice:

—Nunca he, ya sabes... yo nunca...

Dejo caer mi mentón sobre su afilado hombro huesudo y le froto la oreja con el bigote.

—¿Qué hace tu padre? —pregunto; la siento suspirar, decepcionada y aliviada a un tiempo.

—Está en arpilleras —dice mientras sus dedos teclean mis riñones.

Y yo pienso: ¡En arpilleras! ¿Todo el tiempo? Envuelto en arpilleras, vestido en arpilleras, durmiendo en arpilleras...

—No puede estar muy cómodo —reflexiono en voz alta, pero su dura clavícula me entumece la mandíbula.

—Ya sabes... morrales, sacos de cereales...

Hago una mueca al imaginar al corpulento padre de Lydia Kindle levantando un saco de arpillera con cincuenta kilos de cebollas y haciéndolo oscilar contra mi espina dorsal.

Lydia se endereza sobre sus rodillas y me aparta; con las manos en las caderas se baja la falda; asoma el casi imperceptible bultito de su barriga debajo de la combinación floreada. Al ver sus manos tan atareadas, le deslizo los tirantes del sostén por los hombros.

—Soy tan menuda... —se disculpa con su vocecilla cuando dejo caer mis pantalones hasta los tobillos. Izo los pies por encima del asiento delantero y mis torpes talones tocan el claxon; con todas las ventanillas cerradas, suena como si fuera de otro coche y de pronto Lydia se acurruca contra mí, dejando que le desabroche el sostén. Leo la etiqueta: PRENDA INTERIOR DE JOVENCITA. Gran verdad.

Siento sus pechos duros contra mi cuerpo y con un encogimiento de hombros me quito la camisa, sabedor de que la bragueta de mis calzones de boxeador jadea y de que ella baja la vista para mirarme; está rígida, pero sus caderas me ayudan a quitarle la combinación. Hay un lunar y la breve V de flores rosa bebé y celeste bebé.

—Tienes las tetillas pequeñísimas —dice al tiempo que las toquetea.

Ahuevo las manos para abarcar sus senos pequeños y redondos —apenas naranjas al tacto—, con los pezones tan duros como el nudillo que me está clavando en la pierna. Lentamente la tumbo, en un fugaz vislumbre de su cuerpo tenso y las costillas sobresalientes, en un vistazo a sus pechos apuntados hacia arriba, con un sombreado de polvo en el estrecho surco que los separa. Entonces me baja la cabeza hasta el punto empolvado, pero siento que se me revuelve el estómago con el aroma. Me recuerda el champú para bebés de Colm, cuya etiqueta dice: ¡SIN LAGRIMAS!

—Por favor... —dice.

¿Por favor qué?, pienso, y abrigo la esperanza de que no esté diciendo que deja la decisión en mis manos. Siempre tengo dificultades con las decisiones.

Beso una suave línea recta hasta su ombligo; veo la marca que el elástico de sus bragas ha dejado en la pequeña curvatura de su vientre. Me molesta no poder recordar cuándo ni cómo desaparecieron sus bragas. ¿Fue decisión de ella o mía? Lo considero un olvido importante. Mi barbilla áspera se apoya en esa franja mullida. Cuando me

muevo, cuando ella siente por primera vez mi beso, me hace una dura tijereta de cabeza y me da dos tirones de pelo rápidos y dolorosos. Pero entonces sus muslos se relajan; siento que sus manos se deslizan por mi cabeza y me tapan las orejas, de modo que oigo el mar en estéreo... o la crecida de la represa de Coralville, convirtiendo en una isla nuestro montículo para aislarnos bajo los patos que vuelan al atardecer, sobre el olor a tierra húmeda que sube como una bruma desde los campos de soja.

Una de mis orejas queda liberada; ahora el mar suena de un solo lado, monoaural. La mano libre de Lydia baja en picado hasta el suelo y tantea la chaqueta de su traje pera. ¿Qué tiene bajo la manga?

—Hay un condón. Una chica de mi residencia... tenía uno.

Pero mi mano no pasa por el puño de su chaqueta, y no tiene más remedio que sacudirla.

—Hay un bolsillo secreto en el forro de la muñeca... —¿para qué?, me digo.

Tiene los pechos separados; se muerde el labio con los dientes; veo que su caja torácica se levanta rápidamente, se mantiene erguida y desliza el condón envuelto en papel de estaño por su tripita hasta mi frente; luego sus costillas caen, la extraña y pequeña comba de su barriga tiembla; sacude las caderas. Por el rabillo del ojo noto que su brazo se menea libre, con la muñeca floja; acolchando su palma, como una bolita de esponja, lo que debe de ser el corazón del pan de centeno, arrancado de su centro. Sus muslos se tensan y me abofetean; luego caen arrebolados en el asiento y la mano que sujeta el corazón del pan deja caer la bolita oscura.

Oigo que el papel de estaño se rasga y crepita; me pregunto si ella también lo oye. Apoyo la cabeza en sus pechos y escucho el aleteo de su corazón. Apuntala un codo en el asiento, el antebrazo pende hacia el suelo. Su muñeca está tan torcida que parece rota; sus largos dedos apuntan hacia abajo, inmóviles, y el sol empañado que se cuelga por la ventanilla apenas tiene fuerza para sacar un destello a su sortija de la escuela secundaria que, demasiado grande para su dedo, se ha deslizado, oblicua.

Cierro los ojos en su surco empolvado y percibo cierta fragancia a caramelo de almizcle. ¿Por qué mi mente vuela a matarifes y a todas las joven citas violadas en las guerras?

Sus muslos se cierran suavemente sobre mi parte revestida y oigo que me pregunta:

—¿No harás *lo otro*?

Mi parte frágil se encoge dentro de tan delgado forro, y retrocede cuando Lydia Kindle flexiona sus muslos.

—Por favor... —repite y con la misma vocecilla agrega—: ¿Qué es lo que anda mal?

Lentamente me aparto, arrodillado entre sus piernas; siento que sus dedos aprietan mis hombros; una vena azul delgada como un hilo palpita en su hendidura: una diagonal entre sus pechos muy separados. Como si notara que el latido de su

corazón se pone en evidencia, se cubre con un brazo y con la otra mano se tapa el pubis. UNA PRENDA INTERIOR DE JOVENCITA sigue intacta, por un tiempo. ¿Salvada para quién?

Siento que el condón se enrolla. Lydia Kindle balancea las piernas debajo del asiento y dice:

—Nunca te pregunté siquiera si estabas enamorado de mí o algo parecido. Quiero decir que nunca he hecho esto antes, ni *lo otro*, y daba igual lo que pensaras de mí... para mí, quiero decir. ¿Ni siquiera sabes eso? Oh, Dios mío... Mierda, yo creía ser ingenua...

Como si tuviera retortijones, se inclina, apoya la cara en una rodilla, aprieta un mechón de pelo entre los labios, y en ese ángulo íntimo entre su codo y su rodilla, el pecho más próximo a mí es excesivamente pequeño y perfecto, sencillamente, para colgar: apunta hacia arriba como algo pintado en su cuerpo, demasiado prodigioso para ser real.

—Es muy complicado —intento explicarle—. Nadie debería dejar nunca las decisiones en mis manos.

Tanteo la manivela y abro mi puerta para recibir el frío dolor vivificante del aire. Aterido y desnudo sobre el musgo húmedo y crujiente, oigo que Lydia revuelve el coche. Cuando me vuelvo, tengo que esquivar mis botas; ella está a cuatro patas en el asiento trasero, arrojando mis cosas por la puerta. Mudo, recojo cada prenda a medida que cae, hago un ovillo con todo y lo aprieto contra el pecho. Perdida la razón, Lydia Kindle arroja su ropa del asiento trasero al delantero, del asiento delantero al trasero, del trasero al delantero...

—Deja que te lleve a casa, por favor —le digo.

—¿Por favor? —chilla y por encima de la loma, como piedras lanzadas sobre mi cabeza, pasa en vuelo rasante una bandada de patos, negros de polvo; sobresaltados, se desvían y graznan al ver a ese imbécil desnudo que se cubre la cabeza con su ropa.

Ahora Lydia se precipita desnuda por el interior del Edsel. Está asegurando todas las puertas. Se desliza detrás del volante y sus finos pezones rozan el aro frío del claxon. El Edsel sufre un espasmo, eructa y suelta un tapón de gas denso y gris por el tubo de escape oxidado. Por un instante, aunque no hago ningún esfuerzo por apartarme, creo que Lydia me atropellará, pero arranca marcha atrás. Sacude el volante, gira retrocediendo hacia las huellas marcadas a nuestra llegada. Tuerce el Edsel difícil de maniobrar y por fin sus pechos se mueven como cosas vivas. Temo por sus pezones en el aro del claxon.

Solo cuando veo al Edsel cruzar vertiginosamente la ciénaga de soja, comprendo mi situación. ¡*Murió abandonado, en garras de una bandada de patos a orillas de la represa Coralville!*

Así las cosas, eché a andar con dificultad a través de las plantas de soja,

manteniendo mis ojos salientes en el Edsel mancillado, que traqueteaba por el lejano campo de rastros. Apenas distinguía la línea clara del camino por el que probablemente habíamos llegado. Corriendo y resbalando desnudo y por el terreno pantanoso, confié en que si acertaba camino por la orilla de la represa, cruzaría el camino antes que ella y lograría hacerle señas para detenerla. Quizás entonces estuviera de humor para llevarme. ¿Hacerle señas con qué?, me pregunté. ¿Con mi parte pudenda extrañamente encasquetada?

Con el hatillo de ropa alto y seco bajo el brazo, me interné entre las dolorosas hierbas dentadas y el mantillo esponjoso, junto al borde helado de la represa. Un luctuoso estallido de negretas alzó el vuelo más adelante; un par de veces me hundí hasta las rodillas, tocando terribles cosas legamosas y podridas en el cieno. Pero en todo momento mantuve alta y seca mi vestimenta.

Luego me encontré en un trigal sin cortar, con las cañas rotas y dobladas; afligente fue la marcha sobre los crujiertes cascabillos arrugados, tan secos, afilados y quebradizos como la porcelana fina. Una pequeña charca me separaba del camino; no estaba tan helada como parecía y me hundí hasta la cintura, golpeando una cerca derribada y sumergida, cuyos alambres de púas solo eran visibles a ambos lados de la charca. Pero estaba demasiado entumecido para sentir los innumerables cortes.

Faltaba poco para nuestro afortunado encuentro. El Edsel verdimar dejaba a su paso el reguero de polvo de un milano que intenta despegar. Llegué a la cuneta del camino un segundo antes que ella pero estaba demasiado agotado para hacerle señas; me limité a quedarme allí, con mi hatillo de ropa indiferente bajo la axila, y la vi pasar como un bólido, con los pechos tan rectos como faros. Ni siquiera volvió la cabeza y las luces de freno no parpadearon. Anonadado, troté un poco tras su estela polvorienta... tan densa que tropecé en medio de la calzada y tuve que seguir mi camino a trancas y barrancas.

Aún trotaba cuando el Edsel aumentó la distancia entre ambos; de pronto vi, tan cerca que casi me la llevo por delante, una destartada camioneta roja aparcada al costado del camino. Me dejé caer contra la manilla de la puerta y noté que estaba a menos de dos metros de un cazador que limpiaba un pato en el capó. Había puesto el cuello flojo del ave en el brazo del espejo lateral; la sangre y los coágulos caían en el camino, el plumón se pegaba al cuchillo destripador y a su grueso pulgar.

Al verme, estuvo a un tris de cercenarse la muñeca, con un repentino tirón que hizo rodar al pato sobre el capó y caer por el parachoques, lejos de su alcance. El hombre gritó:

—¡Cojones, Harry!

—No —resollé, convencido de que aún no era un despojo y sin ver al ocupante del asiento del conductor, cuyo codo estaba a unos centímetros de mi oreja.

—Cojones, Eddy... —replicó el conductor, tan cerca que di un respingo.

Me llevó un minuto de jadeos recuperarme y pregunté, como al azar:

—¿Vais a Iowa City?

Me miraron estupefactos largo rato, pero yo me sentía muy orondo y fatigado para desatar mi hatillo y vestirme.

Entonces Harry dijo:

—¿Vas *tú* a Iowa City?

—No te dejarán entrar así —terció Eddy, sin soltar el pato sanguinolento.

Mientras me vestía junto a la camioneta, caí en la cuenta de que todavía tenía encasquetado el condón. Pero quitármelo habría sido lo mismo que reconocer ante los cazadores que lo llevaba puesto. Me vestí tranquilamente, como si nada.

Al cabo de un rato nos acomodamos en la camioneta, después de muchos cambios de asiento y discusiones acerca de quién conduciría. Por último Eddy ocupó el volante y comentó:

—Jesús. Vimos pasar a tu amiguita.

—Si es que *era* tu amiguita —acotó Harry.

Como iba encajado entre ellos, no respondí. Sentía que mis pies se calentaban y sangraban en las botas, junto a los condenados patos.

Prudentemente, Harry había dejado las escopetas entre la puerta y su rodilla, fuera de mi alcance; era comprensible que no confiara en un nudista vagabundo y chiflado.

—Jesús —repitió Eddy, como si todavía tratara de convencerse a sí mismo—. Pasó como un rayo por ese viejo camino...

—Casi te atropella —le recordó Harry.

Eddy se inclinó por encima de mi cuerpo para hablar con Harry.

—Caray, no le podía quitar la vista de encima y por eso casi no tuve tiempo de apartarme —y después de una pausa, añadió—: Cojones, qué par se le veía atrás del volante. Casi como si *condujera* con las cacharras...

—Y yo, que estaba en la cabina, se lo vi *todo* —pregonó Harry—. Le miré directamente... esa vistosa pelusa de rechupete...

Celoso y a la defensiva, Eddy insistió:

—Pues yo le vi el tetamen. Un buen vistazo.

Estuve a punto de sumarme a la conversación; sentí ganas de proclamar que yo también le había echado un buen vistazo. Pero bajé la vista al suelo y vi el cuello flojo de un pato, panza arriba; las plumas que circundaban el corte limpio, la cuchillada certera, estaban empapadas en sangre.

Luego Eddy exclamó, de repente:

—¡Caracoles, allí está!

Todos miramos el Edsel verdimar aparcado a un costado del camino, más adelante.

—Reduce —dijo Harry, pero yo pensé: por favor, no reduzcas demasiado.

Lentamente pasamos a su lado, los tres boquiabiertos. Harry y yo volvimos la cabeza y vimos encogerse el Edsel a nuestras espaldas; Eddy no apartaba la vista del retrovisor y murmuraba:

—Mierda mierda mierda, oh mierda...

—Oh, mierda —se hizo eco Harry.

Pero para mí fue un alivio ver que Lydia se vestía detrás del volante, aplicando los toques finales, abotonándose bajo nuestras miradas atónitas; eso me demostraba que de alguna manera había recuperado la sensatez.

¡Y qué sensata parecía! Una mirada fría que no dio muestras de reconocerme... no le sorprendió verme en la camioneta o ni siquiera se dio cuenta; o tuvo aplomo suficiente —terrible adultez— para fingir, con repelente compostura, que no nos había visto a ninguno de los tres.

La violación se había consumado plenamente: Lydia Kindle fue desflorada más a fondo de lo que cualquier perverso habría sido capaz de imaginar.

Moví mis pies doloridos, Eddy se tiró un pedo y Harry le respondió con otro. A escasos centímetros de mi bota, el ojo viscoso del pato se estaba secando, el brillo se apagaba.

—Jesús —dije.

—Sí, mierda —dijo Eddy.

—Sí, Jesús —dijo Harry.

La pesadumbre compartida: éramos un trío de decepcionados.

En la Interestatal 80, el *Edsel* verdimar nos adelantó. Eddy apretó el claxon y Harry gritó:

—¡Adelante, bomboncito!

Y yo pensé: con toda probabilidad Lydia Kindle se pasará a otro laboratorio de primero de alemán.

Eddie tomó la salida de Clinton Street, y entró por el parque municipal. Mientras cruzábamos el río, Harry comenzó a desplumar un pato; le arrancaba bestialmente el plumaje a puñados que tiraba por la abertura de la ventanilla lateral. Pero la mitad de las plumas volvían a entrar, y su torpe velocidad arrancaba también el pellejo grasoso del pato. A Harry no parecía importarle: encarnizadamente resuelto, seguía causando estragos. Una pluma se le pegó a Eddie en el labio; escupió y bajó su ventanilla, produciendo un vendaval. En un instante la cabina se convirtió en un remolino de plumas. Harry rugió y le arrojó un puñado a Eddy, que se desvió al arcén y dio un tortazo al estrangulado pato del chalado Harry, inclinándose por encima de mi cuerpo y cloqueando como una gallina.

En la ribera, varios transeúntes observaban alarmados el vertiginoso vuelo de ese almohadón goteante que se dirigía a la ciudad.

Pasado el parque, se encendió todo el alumbrado público y Eddy redujo la velocidad, contemplando las luces de Clinton Street como si hubiera presenciado un milagro.

—¿Habéis visto? —preguntó, como un niño.

Absorto en su pato, Harry no había visto nada, pero yo respondí:

—Sí, todas se encendieron a la vez.

Eddy se volvió para mirarme, se atragantó, abrió la boca, regurgitó y vociferó.

—¡Tienes plumas en el bigote! —alargó la mano, apretó la rodilla de Harry y chilló—: ¡Cristo! ¿Quieres mirarle el bigote?

Con el pato que era casi puré en su regazo, Harry me echó una mirada hostil antes de recordar, aparentemente, quién era yo y cómo había llegado allí. Sin darle tiempo a responder con lo que podía ser un puñado de plumas encajado en mi garganta, me volví en dirección a Eddy y en voz muy débil le pregunté:

—¿Te molestaría dejarme aquí?

Eddy clavó los frenos con un terrible chirrido, y la sacudida lanzó a Harry de cabeza contra el salpicadero.

—¡Cristo! —gritó Harry y se llevó el pato a la frente, como si fuera una venda.

—Muchísimas gracias —dije a Eddy y esperé a que Harry se moviera del asiento. Mientras me deslizaba tras él, vi fugazmente mi bigote emplumado en el retrovisor.

De pie en el estribo, Harry me ofreció el pato.

—Venga, cógelo —me rogó—. Tenemos la camioneta llena.

—¡Mierda, sí! —reforzó Eddy—. Y que tengas más suerte la próxima vez.

—Sí, colega —dijo Harry.

—Muchísimas gracias —repetí, y sin saber exactamente por dónde sujetar al desgraciado pato, lo cogí cautelosamente del flexible cogote. Harry lo había desplumado bastante limpiamente, aunque por dentro parecía triturado. Solo las puntas de las alas y la cabeza seguían con plumas: un encantador montés de cara multicolor. No tenía más de tres o cuatro heridas de perdigones; la más fea era la raja desnuda. El tacto de sus grandes pies era el de un sillón de cuero. Y había una gota de sangre seca y transparente, como una pequeña canica opaca, en la punta de su pico.

En el bordillo, desde la acera de la orilla del río, saludé con la mano a los generosos cazadores. Y oí decir a Harry, justo antes de cerrar de un portazo:

—Jesús, Eddy, ¿notaste el olor a coño que traía?

—Mierda, sí —contestó Eddy.

Después el portazo y el escozor del rocío de arena que despidieron los rechinantes neumáticos.

Clinton Street abajo, la polvareda que levanta la camioneta ondula bajo las capuchas de las farolas, mientras al otro lado del río, en la margen que parece un cuartel del Ejército —una concentración de casuchas Kuonset construidas durante la guerra, a las que ahora denominan Viviendas para Estudiantes Casados—, dos vecinas descuelgan sus sábanas de un tendedero compartido.

Lentamente me oriento y fijo en la mente el camino a mi hogar. Pero al dar el primer paso me tambaleo, caigo y aúllo. Son mis pies: se han deshelado. Ahora siento cada cuchillada del alambre de espino sumergido, cada corte de rastrojo en las

plantas. Intento incorporarme y noto un objeto como una canica bajo el arco de mi pie derecho; sospecho que es uno de mis dedos que se ha separado y rueda en la bota empapada en sangre tibia. Vuelvo a gritar, provocando mudas miradas en las dos mujeres del otro lado del río.

Sale más gente de las casuchas, como sobrevivientes de un bombardeo; padres estudiantes con libros en la mano, o hijos a horcajadas en las amplias caderas de sus madres. Alguien de la tribu me grita:

—¿Qué cuernos pasa, tío?

Pero no se me ocurre nada para definirlo con precisión. Les dejo hacer conjeturas. ¿Un hombre destrozado por el destrozado pato que sostiene en la mano?

—¿Por qué chillas? —pregunta una de las señoras de las sábanas, cambiando de dirección en la ribera, como un bote ladeado por su vela.

Registro con la mirada a los curiosos, en busca del buen samaritano. Escruto más allá y diviso a un amigo zigzagueando entre las casuchas Kuonset en su bicicleta de carreras: Ralph Packer, asiduo visitante ilícito de estas áreas necesitadas de las Viviendas para Estudiantes Casados. Ralph pedalea despacio y se desliza cautelosamente entre las acosadas esposas.

—¡Ralph! —grito y veo que su rueda delantera vacila, que él se aplana sobre el manillar, atrincherado, y desaparece de la vista como por ensalmo detrás de una casucha. Insisto—: ¡Ralph *Paaacker*! —la bici sale disparada; Ralph sigue una trayectoria de slalom entre los postes del tendedero. Pero ahora mira al otro lado del río, tratando de identificar a su potencial agresor; sin duda siempre imagina a los maridos estudiantes con pistolas para batirse a duelo. ¡Pero me ve! Vaya, solo es Bogus Trumper que ha salido a pasear a su pato.

Ralph serpentea entre los mirones, pedaleando altivo en dirección a la orilla.

—¡Hola! —grita—. ¿Qué estás haciendo!

—Chillando como un cochino —dice la mujer de la vela alzada.

—¡Thump-Thump! —llama Ralph.

—¡Ralph! —es lo único que puedo decir y detecto una especie de estúpido éxtasis en mi voz.

Ralph se equilibra, pedalea hacia atrás y se lanza, levantando la rueda delantera de la orilla y patinando en mi dirección.

—¡Adelante! —ordena. Si hay un hombre capaz de dejar goma ardiente en el suelo con una bici, es el tenorio Ralph Packer.

Los pretiles del puente lo cortan y vuelven a unirlo en un *collage* de pies y radios que cruzan el río hacia mí. Llego a mi auxilio. Apoyo el peso de mi cuerpo en una rodilla y me incorporo con mucha delicadeza, pero no me atrevo a dar un paso. Sostengo al pato en alto.

Con la vista fija en el pájaro desplumado y mi bigote emplumado, Ralph dice:

—¿Fue una lucha justa? Desde aquí parece un empate.

—Socorro, Ralph. Mis pies...

—¿Tus *pies*? —pregunta y apoya la bici contra el bordillo. Mientras intenta estabilizarme, alguien comienza a gritar desde el otro lado del río:

—¿Qué le pasa?

—¡Sus *pies*! —aúlla Ralph y la multitud permanece bajo los tendederos murmurando, preocupada.

—Tranquilo, Ralph —le digo cuando me lleva tambaleante hasta la bici.

—Es una bicicleta muy ligera —me aclara—. Ten cuidado, no vayas a doblar la barra.

No entiendo cómo puedo evitarlo si la barra decide doblarse, pero me poso con la mayor ingravidez posible bajo el manillar inclinado hacia atrás, encajado entre las rodillas de Ralph.

—¿Qué quieres decir con eso de que son tus *pies*? —me pregunta cuando comenzamos a bajar Clinton Street. Algunos estudiantes casados nos saludan con la mano.

—Pisé montones de cosas —explico vagamente.

Ralph me advierte que no deje colgar tanto el pato por encima del manillar.

—Ese pájaro podría engancharse en mis radios, Thump-Thump...

—No me laves a casa —le pido, pensando que antes debería limpiarme un poco.

—¿A Benny's? —pregunta Ralph—. Te invito a una cerveza.

—En Benny's no puedo lavarme los pies, Ralph.

—Eso es cierto.

Con bastante inestabilidad, llegamos al centro. Todavía hay luz, pero oscurece; aquí la noche de los sábados empieza temprano porque se acaba muy pronto.

Cambio de posición en la barra y siento que mi olvidado condón cruje. En un intento por acomodarme, inserto la punta del pie entre el protector de la cadena y la rueda trasera; el dolor me hace ver las estrellas. Tendido en la calzada delante de la barbería Grafton's, Ralph emite un largo sonido vocal. Varios hombres cubiertos con sábanas levantan sus cráneos afeitados por encima de los respaldos de las sillas de la barbería; parecen cuervos viéndome retorcer en la acera... como si y yo fuese un ratón de extremidades contrahechas.

Ralph me libera de una indecible presión quitándome las botas, silba al ver las multitudinarias heridas que parecen de artillería antiaérea, las hinchazones como furúnculos y los cortes cubiertos de barro apelmazado. Se hace cargo. Otra vez en la bicicleta, lleva entre los dientes mis botas, que ha atado juntas, mientras yo me equilibrio y equilibrio al pato en la barra, temeroso de que mis pies descalzos toquen los aterradores rayos.

—Ralph, no puedo ir así a casa —le imploro.

—¿Y si el pato tiene amigos? —los cordones se le deslizan entre los labios y arremete con la boca como si tuviera la intención de comerse las botas—. ¿Y si los amigos del pato te están buscando? —gruñe y tuerce por Iowa Avenue.

—Por favor, Ralph.

—Nunca hubiera imaginado unos pies como los tuyos. Te llevo a tu casa, nene.

Nuestra sincronización es perfecta. Mi infame coche humea junto al bordillo; Biggie acaba de volver de la compra y la cafetera trata de recuperar la respiración, palpitante y recalentada por su viaje de kilómetro y medio a treinta por hora.

—Déjame en el sótano, Ralph —susurro—. Allí hay una pila vieja. Al menos podré lavarme la cara... —estoy recordando la fragancia que según los cazadores dejé en la camioneta. ¿Y las plumas del bigote? No es necesario que Biggie piense que desplumé el pato a mordiscos.

Circulamos por el jardín lateral, pasando cerca de mi vecino retirado, Mr. Fitch, que sigue rastrillando para que la nieve caiga sobre hierbas limpias y muertas. Inconscientemente lo saludo con el pato en alto y el vejete dice, alegremente:

—¡Vaya! Yo también solía participar en cacerías, pero ahora no salgo tanto como antes... —se yergue como una quebradiza escultura de hielo, apoyado en su rastrillo, nada desconcertado por la falta de una escopeta. Probablemente en sus tiempos usaban lanzas.

Ralph me lleva en brazos hasta la puerta del sótano, y aunque para Mr. Fitch es evidente que no estoy en condiciones de caminar, no denota preocupación: sin duda, en sus tiempos era normal que hubiera bajas en una cacería de patos.

Soy introducido en el sótano como un saco de carbón, con las botas como un yugo entre los hombros; descubro que el limo frío del suelo del sótano es un calmante para mis pies. Ralph asoma su cabeza osuna por la abertura.

—¿Todo bien, Thump-Thump? —pregunta y yo asiento. Mientras cierra las puertas abatibles sin hacer ruido, oigo sus últimas palabras—. Thump-Thump, confío en que algún día me hablarás de esto...

—Seguro, Ralph.

Entonces oigo la voz de Biggie desde la ventana de la cocina.

—¿Ralph? —pregunta y yo me arrastro en las profundidades del sótano.

—¡Hola, Big! —la saluda Ralph, muy animado.

—¿Qué estás haciendo? —su voz contiene una fría desconfianza. Esa es mi competente Biggie, que nunca confraterniza con los libertinos de la calaña de Ralph Packer. Aunque no es el momento más oportuno, me enorgullezco de ella.

—Mmmm —murmura Ralph.

—¿Qué estás haciendo en nuestro sótano? —quiere saber Biggie.

—Bien, no estaba exactamente *en* tu sótano, Biggie.

Avanzo a ciegas hacia donde creo que está la pila, sabiendo que me queda poco para ser descubierto, pergeñando novelas enteras en mi mente.

—¿Estás jugando, Ralph? —dice Biggie, demasiado juguetonamente para mi gusto. No puedo dejar de pensar: trátalo con rigor, Big. Despiadadamente.

Ralph ríe con poca convicción justo cuando piso directamente la trampa que siempre espera a Ratón Arriesgado, feroz trampa para marsupiales, trituradora de pequeñas espinas dorsales. Creo que saltó directamente sobre una de las heridas como

furúnculos producidas por el alambre de espino, porque tuve la impresión de que se iluminó la totalidad del sótano y por un instante vi todo lo que me rodeaba, como si el interruptor de la escalera hubiera funcionado por su cuenta. No pude contener el grito, porque no caí en la cuenta de lo que había pisado hasta que estaba en pleno crescendo. Su fenomenal volumen debió de hacer añicos al pobre Fitch, convirtiéndolo en miles de diminutos cubos de hielo junto a su rastrillo.

—¿Qué fue eso? —gritó Biggie.

Ralph, el muy cobarde, capituló al instante.

—Thump-Thump. Está en el sótano... —agregó gratuitamente—. Son sus pies —concluyó, mientras por la ventana del sótano lo veía correr como alma que lleva el diablo a través del jardín, hasta la bicicleta de la fuga.

Mr. Fitch, con una voz que sonó a kilómetros de distancia, exclamó:

—¡Buena caza!

—¿Qué? —preguntó Biggie a Fitch.

—¡Buena caza! —repitió Fitch, en tanto yo iba hasta la pila con la trampa como si fuera un zapato, abría el grifo oxidado y me empapaba la cara frenéticamente en la oscuridad.

—¿Bogus? —preguntó Biggie; golpeó el suelo de la cocina, encima de mi cabeza.

—¡Hola! ¡Soy yo! —le contesté.

Entonces se encendió la luz de verdad y vi la mitad inferior del cuerpo de Biggie en lo alto de la escalera; también vi lo suficiente para quitarme la trampa.

—¿Qué ocurre, Bogus?

—Pisé la puñetera trampa —musité.

Biggie se sentó en lo alto de la escalera, dejando solo su falda a la vista.

—¿Pero qué estabas haciendo allí?

Yo ya había previsto que las cosas se complicarían y tenía la respuesta preparada.

—No quería asustarte con mis pies. Pensé limpiármelos un poco...

Se inclinó, confundida, y me clavó la mirada. Desde el peldaño de abajo, levanté la planta de un pie hacia ella: un gesto dramático. Le rechinaron los dientes. Entonces le mostré el pato.

—¿Ves el pato, Big? —le dije, muy ufano—. He ido de caza, pero mis pies están hechos polvo.

Bien, eso la despistó... eso y la artística forma en que me impulsé escaleras arriba sobre las rodillas. En el pasillo, todavía postrado, le entregué el pato, que ella dejó caer instantáneamente.

—He traído la cena a casa —anuncié, con aire de triunfador.

—Parece que alguien ya se lo hubiera comido.

—Bien, tenemos que lavarlo, Big. Limpiarlo un poco y luego asarlo en vino.

—Será mejor darle un poco de *brandy* —dijo Biggie—. Quizá reviva.

Entonces Colm bajó el pasillo haciendo pinitos y se sentó al lado de la sorpresa curiosamente emplumada. *Tal vez me recuerde como al padre que le hacía regalos*

estrafalarios de todo tipo.

Colm protestó cuando Biggie lo asentó sobre su cadera y me ayudó a recorrer el pasillo hasta el cuarto de baño.

—Cuidado, cuidado, mis pies... —murmuré.

Biggie me observó de hito en hito, en busca de alguna explicación concreta. ¿En la oreja? ¿Bajo el bigote?

—¿Fuiste de caza? —recomenzó.

—Sí... ya sabes que nunca me ha interesado la caza...

—Eso es lo que creía —movió la cabeza afirmativamente—. ¿Pero fuiste de caza y mataste un pato?

—No, Big, yo no tengo escopeta.

—Eso es lo que creía —dijo, hasta ahora bastante complacida—. ¿O sea que otra persona mató al pato y te lo regaló?

—¡Correcto! Pero fue un desastre para los pies, Big. Yo estaba cobrando los patos en las marismas. No quería que se me mojaran las botas, pero no sabía que había tantas cosas en el fondo.

—¿Para qué son las botas? —preguntó Biggie y empezó a prepararme el baño. Me senté en el inodoro y recordé que tenía que mear—. Tampoco se te mojaron los pantalones —observó.

—Me los quité. Allá solo estaban esos tipos y no tenía ningún sentido que quedaran hechos una piltrafa.

Mientras comprobaba la temperatura del agua, Biggie reflexionó en ello. Colm gateó hasta la puerta y desde allí contempló al extraño pájaro que estaba en el otro extremo del pasillo.

Me abrí la bragueta y mis pies se separaron dolorosamente delante de la taza. Me la saqué y empecé a mear, mientras Biggie observaba torvamente mi picha y veía cómo se llenaba el condón. Hasta que la ausencia de ruido fue repentina y horriblemente evidente para mí, y bajé la vista para mirar ese globo creciente.

—¿Y quiénes participaron en la pequeña partida de caza, Bogus? —chilló Biggie—. ¿Tú y Ralph Packer y un par de ligonas que llevó él?

—¡Tijeras! —pedí a gritos—. Por Dios, Big. Por favor. Esto podría causar un desbarajuste...

—¡Cabrón! —vociferó y Colm huyó pasillo abajo al encuentro de su amigo, el pacífico pato.

Temí que Biggie me golpeará los pies sangrantes —en cuanto recuperara sus facultades mentales—, por lo que salí con grandes dificultades del baño, primero apoyado en los talones y luego más cómodo, dando bandazos de rodillas y acunando la bulbosa goma en una mano. Colm aferró al pato, resuelto a que su padre no se lo cargara en la embestida.

Cuando estaba a pocos metros de la cocina, en mitad del pasillo, alguien llamó a la puerta y gritó:

—¡Reparto urgente! ¡Entrega inmediata!

—¡Adelante! —bramó Biggie desde el baño.

Entró el cartero, agitando una carta. Su aparición fue tan repentina que sobresaltó a Colm, quien retrocedió encogido por el pasillo, arrastrando el pato. Di tres dolorosas rodilladas más hasta la cocina, sin soltar el globo, y rodé hasta quedar fuera de la vista.

—¡Reparto urgente! ¡Entrega inmediata! —anunció el cartero rotundamente una vez más... desconocedor de que en algunas ocasiones podían ser necesarios anuncios más oportunos.

Me asomé por la puerta de la cocina. Evidentemente, el cartero fingía ser totalmente ciego. Biggie, que ahora se encontraba en el extremo del pasillo, daba la impresión de haberse olvidado que le había dicho a alguien que entrara, y lo miraba ceñuda.

En su mente, el cartero estaba relacionado de alguna manera con mi cacería.

¡Bendita sea la cabeza de chorlito de ese cartero!

—¡Reparto urgente! ¡Entrega inmediata! —gritó por última vez, dejó caer la carta en el pasillo y huyó.

Deslizando el pato delante de él, Colm se acercó a la carta. ¡Otra sorpresa! Y Biggie, pensando que yo también podía haberme fugado, aulló:

—¡Bogus!

—Aquí estoy, Big —respondí y volví a adentrarme en la cocina—. Por favor, dime dónde están las tijeras.

—En un gancho debajo del fregadero —dijo automáticamente y enseguida añadió—: Espero que te la cortes entera.

Pero no me la corté. Mientras tijereteaba presa del pánico sobre el fregadero, vi que Colm pasaba gateando por la puerta, empujando el pato y la carta por el pasillo.

—Hay una carta, Big —dije débilmente.

—Reparto urgente, entrega inmediata —murmuró Biggie con voz monótona.

Anegué ese objeto asqueroso para pasarlo por el desagüe. En el pasillo, Colm graznó cuando Biggie cogió su pato, o la carta. Me miré los dedos amoratados de un pie y pensé: al menos no fue tu cuello, Ratón Arriesgado. Ahora Colm chapurreaba cariñosamente, probablemente hablando con el pato. Oí que Biggie rasgaba el sobre. Sin el menor cambio en su tono monocorde, dijo:

—Es de tu padre, el soplapollas...

¿Dónde te has ido, Harry Petz. Después de tu espléndida tentativa, te tienen en una silla clavada al suelo? ¿Harry, te molestaría que tomara prestado el prototipo probado en pista de tu asiento de carrera? ¿Me considerarías plagiarario si tomara una curva en tus ruedecillas bien engrasadas y probara suerte en esa ventana del cuarto piso y ese aparcamiento a ras de suelo?

Axelrulf entre los *grethos*

En *Akthelt* y *Gunnel* hay una escena en la que se sondean a fondo las prioridades de una madre. Akthelt quiere llevar a su pequeño hijo Axelrulf consigo en su más reciente campaña contra los guerreros *grethos*. El chico solo tiene seis años y a Gunnel le desespera que su marido sea capaz de concebir semejante crueldad. «*Da blott pattebarn!*», exclama. «¡No es más que un bebé!».

Pacientemente, Akthelt le pregunta qué es exactamente lo que teme. ¿Que Axelrulf sea asesinado por los *grethos*? En tal caso, debería recordar que los *grethos* siempre pierden. ¿O es que el vocabulario y las costumbres de los soldados son demasiado groseros para el niño? Porque ella debería al menos respetar los gustos de su marido; el chico estará bien protegido de esos excesos. «*Dar ok ikke tu fiygte!*». («¡No hay nada que temer!»), insiste Akthelt.

Con gran timidez, Gunnel confiesa sus temores. «Entre los *grethos*», le dice, sin mirarlo a los ojos, «tomarás una mujer».

Es verdad; Akthelt siempre toma una mujer cuando está guerreando fuera de casa. Pero sigue sin entender qué es lo que preocupa a Gunnel. «*Nettopp ub utuktig Kvinnal*», grita. «*Nettopp tu utukt... sla nek ub moder zu slim*». («Solo una jodedora. Solo para joder... no será una madre para él»).

Gunnel no comprende la diferencia. Teme que el pequeño Axelrulf relacione el rol de la *gretha* folladora con su propio rol de madre... que ella misma se vea degradada a los ojos de su hijo, por asociación. Con la jodienda.

«*Utukt vinnas!*». («¡Jodidas mujeres!»), dice Akthelt a su anciano padre Thak.

«*Utukt kvinnas urt moders!*». («¡Jodidas mujeres y jodidas madres!»), atruena Viejo Thak.

Pero no es esa la cuestión. La cuestión es que Akthelt dejó a Axelrulf en casa con su madre; al fin y al cabo, hizo las cosas como quería Gunnel.

Por tanto, aunque no necesariamente favorable a la *Teoría de Madre & Jodedora de las Grethas*, Bogus Trumper tenía al menos algunos conocimientos como lector que lo predispusieron para los sentimientos de Biggie con respecto a Colm... específicamente los sentimientos de Biggie con respecto a Colm y a esa *gretha* puta, Tulpen.

Como a Trumper le resultaba difícil abandonar Nueva York, y dado que las visitas a Biggie y Colm ponían incómodos a todos, en especial a Bogus, Biggie permitió que Colm hiciera un viaje excepcional a Nueva York... con una condición:

—Esa chica con la que vives... ¿Bull Pen dijiste que se llamaba? En ese apartamento en el que piensas tener a Colm... bien, lo digo en serio, Bogus, no creo que debas tomarte demasiada confianza con ella estando el niño allí. A fin de cuentas, él se acuerda de la época en que tú dormías *conmigo*...

—Cielos, Big —dijo Trumper por teléfono—, él también recuerda la época en que yo dormía contigo... ¿qué me dices de Couth, Big? ¿Qué me dices *de él*?

—No tengo por qué enviar a Colm a Nueva York, lo sabes muy bien —replicó Biggie—. Por favor entiende lo que quiero decir. Colm vive conmigo, ya lo sabes.

Trumper lo sabía.

Los acuerdos habían sido agotadores. La inevitable sincronización de los relojes; la reiteración del número de vuelo; la disposición de la línea aérea a permitir a bordo a un niño de cinco años no acompañado (Biggie tuvo que mentir y decir que tenía seis) siempre que su recogida en destino fuese segura. Siempre que no se tratara de un avión totalmente lleno; siempre que fuese un niño tranquilo y no dado al pánico a veinte mil pies de altura. ¿Se mareaba con el movimiento?

Trumper esperaba nervioso con Tulpen en el mugriento mirador de La Guardia. Comenzaba el tiempo primaveral... un tiempo hermoso, en realidad, y probablemente un hermoso día donde estaba Colm, veinte mil pies por encima de Manhattan. No obstante, en La Guardia la atmósfera era como un gigantesco pedo embotellado.

—Con toda probabilidad el pobre chico está aterrorizado —dijo Trumper—. Solo en un avión, dando vueltas y vueltas por Nueva York. Nunca ha estado en una ciudad. Cristo, ni siquiera ha estado nunca en un avión.

Pero Trumper se equivocaba. Cuando Biggie y Colm se marcharon de Iowa, viajaron en avión y Colm había disfrutado todo el tiempo.

Sin embargo, los aviones no estaban de acuerdo con Trumper.

—Fíjate las vueltas que dan —le dijo a Tulpen—. Hay como mínimo cincuenta condenados aviones atascados allá arriba, esperando un sitio libre para aterrizar.

Aunque dichos atascos son imaginables, e incluso probables, no había ningún atasco ese día; lo que Trumper observaba era una escuadrilla de aviones de la Marina.

El avión de Colm aterrizó diez minutos antes de lo previsto. Afortunadamente Tulpen lo vio entrar, mientras Trumper seguía despotricando contra los reactores de la Marina; además, Tulpen oyó el número de la puerta de llegada por los altavoces.

Trumper ya estaba llorando a Colm como si el avión se hubiese estrellado.

—Nunca tendría que haberle permitido volar —se desgañitó—. ¡Tendría que haber pedido un coche prestado y haberlo ido a buscar a la puerta de su casa!

Sacando del mirador a un Trumper que seguía echando pestes, Tulpen lo llevó a tiempo hasta la puerta de llegada.

—Nunca me perdonaré —farfullaba—. Fue por puro egoísmo. No quería conducir tantos kilómetros. Y tampoco quería ver a Biggie.

Tulpen escudriñó a los pasajeros desde el otro lado de la puerta. Solo había un niño, que llevaba a una azafata de la mano. Su coronilla le llegaba a la cintura y paseaba tranquilamente la mirada por el gentío; parecía que la azafata le tenía la mano solo porque quería o porque lo necesitaba; él la toleraba, sencillamente. Era un chico guapo, con un cutis encantador como el de su madre pero oscuro, facciones expresivas como las de su padre. Llevaba pantalones bombachos de cuero, botas duras de excursionismo y una fina chaqueta tirolesa de punto sobre una camisa blanca, nueva. La azafata llevaba una mochila en la mano.

—Trumper —dijo Tulpen, señalando al chico. Pero Trumper estaba mirando para otro lado. Luego el niño divisó a Bogus, soltó la mano de la azafata, le pidió la mochila y señaló a su padre, que ahora hacía ridículas piruetas buscándolo por todas partes menos donde correspondía. Tulpen tuvo que encaminarlo por la fuerza en dirección a Colm.

—¡Colm! —gritó Bogus.

Después de precipitarse sobre él y levantarlo en brazos, comprendió que Colm había crecido y ya no le gustaba que lo alzarán, al menos en público. Lo que quería Colm era un apretón de manos. Trumper lo bajó y le estrechó la mano.

—¡Caray! —exclamó Trumper, con sonrisa de bobalicón.

—Viajé con el piloto —le informó Colm.

—Caray —susurró Bogus. Estaba mirando la indumentaria de Colm y pensando que Biggie había disfrazado al pobre chico para el vuelo, como si fuera modelo de una agencia de viajes austriaca. Bogus ya no recordaba que él mismo le había traído todo el conjunto, incluida la mochila.

—¿Mr. Trumper? —le preguntó la azafata, con el debido cuidado—. ¿Este es tu padre? —le preguntó a Colm. Bogus contuvo el aliento, preguntándose si Colm admitiría que así era.

—Sí —replicó Colm.

—Sí, sí, sí —repitió Trumper hasta la salida de la terminal. Tulpen llevaba la mochila de Colm y los observaba a los dos, admirada al ver que Colm había heredado el peculiar contoneo de Bogus.

Bogus le preguntó a Colm qué había en la carlinga.

—Montones de electricidad —dijo Colm.

En el taxi, Bogus se explayó sobre la cantidad de coches. ¿Alguna vez había visto tantos? ¿Había olido alguna vez un aire tan viciado? Tulpen llevaba la mochila en el regazo y se mordió el labio. Estaba al borde de las lágrimas: Bogus ni siquiera se la había presentado a Colm.

Esa situación embarazosa tuvo lugar en el apartamento de Tulpen. Colm estaba fascinado con los peces y las tortugas. ¿Cómo se llamaban? ¿Quién los había encontrado? Entonces Bogus recordó a Tulpen, y también recordó que ella había estado tan nerviosa como él por la llegada de Colm. Quería saber qué comían los niños de cinco años, qué les gustaba hacer, de qué tamaño eran, a qué hora se acostaban. De repente Bogus cayó en la cuenta de lo importante que era él para ella y lo recorrió un escalofrío. Tan ardientemente como él, ella quería gustarle a Colm.

—Lo siento, lo siento —le susurró en la cocina; ella estaba preparando un bocado para las tortugas, para que Colm pudiera alimentarlas.

—No es nada, está bien —dijo Tulpen—. Es un niño hermoso, Trumper. ¿No es hermoso?

—Sí —suspiró Bogus y volvió a observar a Colm con las tortugas.

—Viven en agua dulce, ¿no? —preguntó Colm.

Trumper no lo sabía.

—Sí —dijo Tulpen—. ¿Alguna vez has visto a una tortuga en el mar?

—Sí, yo tengo una —dijo Colm—. La cogió Couth, una tortuga así de *grande* — extendió los brazos... demasiado, pensó Trumper, para que Couth pudiera haberla cogido en Georgetown, pero una exageración razonable en el caso de Colm—. Tenemos que cambiarle el agua todos los días. Agua de mar, que es salada. Aquí se moriría —sentenció, asomado a uno de los primorosos acuarios de Tulpen—. Y estas tortugas —agregó con voz emocionada por el descubrimiento—, se morirían en mi acuario de casa, ¿no?

—Sí —replicó Tulpen.

Colm volvió su atención a los peces.

—Yo tenía unos pececillos, pero se murieron todos. Ahora no tengo ninguno — estudió atentamente sus colores brillantes.

—Elige el que más te guste de aquí —le dijo Tulpen—, y cuando vuelvas a casa podrás llevártelo. Tengo un cuenco pequeño en el que un pez puede viajar.

—¿De veras?

—Claro. Comen alimentos especiales y también te llevarás un poco; cuando llegues a casa tendrás que conseguirle una pecera, con una pequeña manguera que introduce aire en el agua... —le estaba mostrando la instalación en uno de su acuarios, cuando Colm la interrumpió.

—Couth puede hacerla. Hizo una como esa para mi tortuga.

—Muy bien —dijo Tulpen y vio que Trumper se escabullía al lavabo—. Entonces tendrás un pez para acompañar a tu tortuga.

—Sí —dijo Colm entusiasmado y le sonrió—. Pero no en la misma agua, ¿no? El pez tiene que tener agua dulce, no salada, ¿no? —era un niño muy detallista.

—Sí —contestó Tulpen, mientras oía a Bogus tirar de la cadena, aparentemente con ganas de tirarse de cabeza en el agua del inodoro.

Fueron al zoo del Bronx: Colm y Bogus, Tulpen, Ralph Packer y Kent, junto con un equipo de cine de unos dos mil dólares. Packer filmó a Bogus y Colm en el metro que va al Bronx, durante esa horrible franja larga en que los vagones circulan por la superficie.

Colm miraba aletear la ropa tendida en los mugrientos apartamentos de los mugrientos edificios del costado de las vías.

—¿No se ensucia esa ropa? —preguntó.

—Sí —dijo Bogus. Tenía ganas de echar del metro a Ralph Packer, a Kent y al equipo de dos mil dólares, preferentemente a alta velocidad. Pero Tulpen se mostraba encantadora y era evidente que le caía bien a Colm. Ella se esforzaba, por supuesto, pero era lo bastante natural como para que Colm se sintiera cómodo a su lado.

Pero a Colm nunca le había gustado Ralph. Ni siquiera de bebé, cuando Ralph los

visitaba en su casa de Iowa. Mientras la cámara rodaba, Colm fijó la vista en los objetivos hasta que Ralph interrumpió, dejó de lado la cámara y le devolvió la mirada. Entonces Colm fingió que estaba aburrido y miró para otro lado.

—Colm —susurró Bogus—. ¿Te parece que Ralph viviría mejor en agua dulce o salada? —Colm soltó una risilla y le contó a Tulpen al oído lo que Bogus había dicho. Ella sonrió y le dijo algo en voz baja, que a su vez él transmitió a Bogus. La cámara comenzó a funcionar otra vez.

—Aceite —susurró Colm.

—¿Qué? —preguntó Bogus.

—¡Aceite! —exclamó Colm.

—Ralph podría vivir en aceite —aclaró la intermediaria.

—¡Sí! —coincidió Trumper, lanzando una mirada de agradecimiento a Tulpen.

—¡Sí! —gritó Colm. Consciente de que la cámara funcionaba otra vez apuntada a él, procedió a hacer bajar la vista a Ralph Packer.

—El crío no deja de mirar a la cámara —dijo Kent a Ralph.

Con exagerada paciencia, Ralph se inclinó a través del pasillo y sonrió a Colm.

—Oye, Colm —dijo amablemente—, no mires a la cámara, por favor.

Colm miró a su padre, buscando orientación para saber si debía obedecer a Ralph o no.

—Aceite —susurró Bogus.

—Aceite —repitió Tulpen, como un cántico, se echó a reír y Colm se contagió.

—Aceite —entonó Colm.

Kent pareció desconcertado por la experiencia pero Ralph Packer, que al menos era un agudo observador de los detalles, dejó la cámara.

Y después del zoo —las bestias preñadas, la muda de pelos, el pequeño reino controlado, desde jabalíes verrugosos hasta leopardos cazadores— y después de sabe Dios cuántos metros de celuloide —no de los animales sino del personaje principal—. Tulpen, Bogus y Colm se zafaron de Ralph, Kent, y los dos mil dólares de equipo cinematográfico.

En realidad, Ralph nunca se separaba de la cámara. La llevaba colgada en su pesado bolso de bandolera, como un revólver en una pistolera, pero uno sabía que era un arma de gran calibre y nunca olvidaba que estaba cargada.

Tulpen y Bogus llevaron a Colm a un teatro de títeres para niños en el Village; Tulpen siempre estaba enterada de esas cosas: cuándo pasaban películas para niños en los museos, cuándo había danza y teatro y ópera y sinfonía y marionetas. Lo sabía porque a ella misma le interesaban mucho más que los espectáculos para adultos, en su mayoría inaguantables.

Tulpen dio en el clavo en todo momento. Después del teatro de títeres fueron a comer a *The Yellow Cowboy*, un lugar lleno de viejos pósters de *westerns*. A Colm le

encantó y comió como un tragaldabas. Después, se quedó dormido en el taxi. Bogus había insistido en llamar a un taxi, pues no quería que Colm viera ningún tipo de acontecimiento nocturno en el metro. En el asiento trasero, Trumper y Tulpen casi se pelean para decidir en qué regazo se echaría Colm. Tulpen cedió y dejó que Trumper lo sostuviera, pero dejó apoyada la mano en un pie de Colm.

—No puedo dejar de mirarlo —susurró a Trumper—. Quiero decir que tú lo hiciste. Es parte de ti —Trumper parecía turbado, pero Tulpen no cejó—. No sabía que te quería tanto —le dijo a Bogus con los ojos llenos de lágrimas.

—Yo también te quiero —dijo él con tono ronco, pero no la miró.

—Tengamos un bebé, Trumper. ¿Podemos?

—Yo ya tengo un bebé —respondió Trumper con acritud. Luego hizo una mueca, como si no soportara la autocompasión que oyó en su propia voz.

Ella tampoco la soportó. Apretó el pie dormido de Colm.

—Cabrón egoísta —dijo a Bogus.

—Sé lo que quieres decir, pero te quiero, me parece. Pero es un jodido riesgo.

—Como tú digas. —Tulpen soltó el pie de Colm.

Tulpen se tomó más en serio que Trumper la petición de Biggie de que no se tomaran demasiada confianza entre sí delante de Colm. Dispuso todo para que Colm durmiera en su cama, de cara a las tortugas y los peces. Bogus dormiría con él si se acordaba de no alargar la mano durante la noche y aplastar al niño. Ella durmió en el sofá.

Trumper escuchó la dulce respiración de Colm. ¡Qué frágiles son los rostros de los niños cuando están dormidos!

Antes de que despuntara el día, Colm despertó de un sueño a la medialuz de la habitación, gimiendo y sacudiéndose, lloriqueando por un poco de agua, exigiendo que los peces se quedaran quietos, afirmando que una tortuga loca lo había atacado y volviendo a conciliar el sueño sin darle tiempo a Tulpen a alcanzarle el agua. Tulpen no podía creer que un niño fuese tan mundano a la luz del día y sintiera tanto pánico durante la noche. Trumper le dijo que era perfectamente natural: algunos críos pasan noches terroríficas. Colm siempre había tenido muy mal dormir y casi nunca pasaban dos noches seguidas sin que soltara un grito, misterioso y nunca explicado.

—Comprensible —murmuró Trumper a Tulpen—. Teniendo en cuenta con quién ha vivido el niño.

—Creía haberte oído decir que Biggie era muy buena con él —dijo Tulpen, preocupada—. Y también Couth, dijiste. ¿Te refieres a Couth?

—Me refiero a *mí* —puntualizó Trumper—. A la mierda con Couth —musitó—. Es un ser maravilloso...

A Tulpen también le asombró lo espabilados que se despiertan los niños por la mañana. Asomado a la ventana, Colm parloteaba, pensaba en voz alta lo que quería hacer, rondaba por la cocina.

—¿Qué hay en el yogur?

—Fruta.

—Ah, yo creía que eran grumos —dijo Colm y siguió comiendo.

—¿Grumos?

—Como en los cereales —dijo Colm. Ajá, pensó Bogus, de modo que Biggie es una chapucera con los cereales. ¿O el talentoso Couth era el responsable de los grumos?

Pero ahora Colm ya estaba hablando de museos, preguntando si había alguno en Maine. Sí... de barcos, creía Tulpen. En Nueva York hay de pintura y de escultura y de historia natural...

Lo llevaron a un museo de máquinas, que es lo que eligió. En la entrada principal había un colosal artefacto que era un embrollo de engranajes, palancas, silbatos de vapor y barulleras bielas, alto como un edificio de tres plantas y ancho como un establo.

—¿Qué hace? —preguntó Colm, alucinado por su terrible energía. El artefacto sonaba como si se estuviera construyendo un edificio para sí mismo.

—No sé —dijo Trumper.

—No creo que *haga* nada —terció Tulpen.

—Solo funciona, ¿no? —dijo Colm.

—Sí —contestó Trumper.

Había cientos de máquinas. Algunas eran delicadas, otras violentas, algunas podías ponerlas en marcha y detenerlas tú mismo, otras eran estrepitosas golpeadoras y otras parecían descansar... como las grandes bestias en potencia de los zoológicos, que siempre están durmiendo.

En el gran túnel de salida del edificio, Colm se detuvo y palpó la pared, absorbiendo la vibración de todas las máquinas.

—¡Vaya! —exclamó—. Se sienten.

Trumper odiaba las máquinas.

En otro museo pasaban *The Bank Dick*, con W. C. Fields, y decidieron ir. Tanto Colm como Trumper se desternillaron de risa durante toda la cinta, pero Tulpen se quedó dormida.

—Sospecho que no le gusta la película —susurró Bogus a Colm.

—Me parece que solo está cansada —susurró Colm y después de una breve pausa, agregó—: ¿Por qué duerme en el sofá?

Cambiando de tema hábilmente, Trumper dijo:

—Quizá la película no le parece muy divertida.

—Pero es divertida.

—Sí —dijo Trumper.

—¿Sabes una cosa? —susurró Colm con tono meditabundo—. A las chicas no les gustan tanto las cosas divertidas.

—¿No?

—No. A Mami no le gustan y a... ¿cómo se llama? —señaló a Tulpen con un dedo.

—Tulpen —murmuró Trumper.

—A Tulpen tampoco le gustan las cosas divertidas.

—Bueno...

—Pero a ti sí... y a mí.

—Sí —susurró Trumper, pensando que era capaz de pasarse días enteros oyendo hablar a su hijo.

—A Couth también le parecen divertidas las cosas —prosiguió Colm, pero Trumper enmudeció. Observó cómo W. C. Fields conducía al aterrado ladrón del banco hasta el extremo del muelle que sobresale por encima del lago. Fields le dice al ladrón: «A partir de aquí, tendrás que seguir en *bote*». Colm prorrumpió en una carcajada tan ruidosa que despertó a Tulpen, pero Trumper ni siquiera consiguió esbozar una sonrisa convincente.

La última noche de Colm en Nueva York, Bogus Trumper tuvo una pesadilla con aviones y esta vez fue él quien despertó a Colm y a Tulpen con sus alaridos.

Colm se despertó como si fuera de día; comenzó a hacer preguntas y a buscar a las tortugas que pudieran haber atacado a su padre. Pero Tulpen le dijo que no pasaba nada, que Trumper solo había tenido una pesadilla.

—A veces a mí también me ocurre —confesó Colm y miró compasivamente a Bogus.

A consecuencia del mal sueño, Bogus decidió pedirle el coche prestado a Kent para llevar a Colm a Maine.

—Es una tontería —dijo Biggie por teléfono.

—Soy un buen conductor —afirmó Trumper.

—Ya sé que lo eres, pero tardarás mucho tiempo. Colm puede volar a Portland en una hora.

—A menos que se estrelle en el Atlántico —vaticinó Bogus. Biggie gruñó.

—Está bien —dijo—. Iré a buscarlo con el coche a Portland, para que no tengas que seguir conduciendo hasta Georgetown.

¡Ajá!, pensó Trumper. ¿Qué hay en Georgetown que yo no deba ver?

—¿Por qué no puedo ir a Georgetown? —preguntó.

—Dios, por supuesto que puedes, si quieres. Me pareció que no querías. Pensé que como de todos modos yo tenía la intención de ir a buscarlo a Portland...

—Bien, hagamos las cosas como tú quieras.

—No, como quieras *tú* —replicó Biggie—. ¿Lo habéis pasado bien?

Hizo las cosas como quería Biggie. Se llevó prestado el destartalado coche de Kent y condujo hasta el aeropuerto de Portland. Tulpen les preparó una merienda y compró una pequeña pecera para el pez elegido por Colm, morado y con cola en forma de abanico. Colm no vio que Tulpen estaba llorando por encima de su hombro cuando lo abrazó para despedirse, ni que le gruñó a Trumper en la acera cuando intentó abrazarla.

Antes de salir siquiera del estado de Nueva York, Colm encontró en la inmunda guantera de Kent un rodillo para liar y cuatro porros viejos. Presa del pánico ante la sola idea de que lo detuvieran —¡delante de su hijo!—. Bogus le pidió a Colm que vaciara el contenido de la guantera en una bolsa de basura y, en cuanto se quedaron solos en el camino, arrojó todo por la ventanilla.

En algún lugar de Massachusetts, Bogus cayó en la cuenta de que había arrojado por la ventanilla todos los documentos del coche, y muy probablemente el permiso de conducir de Kent; los elementos relacionados con la marihuana se encontrarían junto al nombre y el domicilio de Kent. Resolvió decirle que habían robado todo el contenido de la guantera.

Trumper se relajó conduciendo por New Hampshire. Siguió el camino más largo, el de la costa de Maine, para alargar los últimos momentos con Colm. Tenía algunas ideas sobre Biggie, y sobre Couth, y sobre lo que Biggie podía haberle dicho a Colm sobre su padre, o incluso sobre la chica de su padre. Eran pensamientos melancólicos, a veces tristes, pero siempre benignos. Biggie no era venenosa.

—¿Te gusta Maine? —preguntó a Colm.

—Sí, claro.

—¿Incluso en invierno? ¿Qué puedes hacer tan cerca del mar en invierno?

—Caminar por la playa, en la nieve —respondió Colm—. Y mirar las tormentas. Pero en cuanto esté en casa volveremos a meter el bote en el agua...

—¿Sí? ¿Tú y Mami? —se lo estaba buscando, orientaba la conversación deliberadamente.

—No —dijo Colm—. Yo y Couth. El bote es de Couth.

—Te gusta Couth, ¿no?

—Claro.

—¿Lo pasaste bien en Nueva York? —preguntó Trumper, con tono implorante.

—Claro.

—A mí también me gustan Couth y Mami —dijo Bogus.

—Y a mí. Y me gustas tú y... ¿cómo se llama?

—Tulpen.

—Sí, me gusta Tulpen —dijo Colm—, y tú, y Mami y Couth.

Bien, eso nos abarca a todos, pensó Trumper. No estaba muy seguro de lo que sentía.

—¿Conoces a Daniel Arbuthnot? —preguntó Colm.

—No.

—Bien, *él* no me gusta tanto.

—¿Quién es?

—Un chico de mi escuela. Un estúpido.

En el aeropuerto de Portland, Biggie le preguntó a Trumper si quería ir a Georgetown; solo estaba a una hora de distancia y podría quedarse a pasar la noche; a Couth le gustaría verle. Pero Trumper sintió que en realidad Biggie prefería que no fuera, y él también lo prefería.

—Dile a Couth que lo siento, pero tengo que volver a Nueva York. Ralph está muy entusiasmado con una nueva película.

Biggie miró el suelo.

—¿Quién es el protagonista? —preguntó, y cuando Bogus le dedicó una mirada de ¿cómo-lo-sabías?, agregó—: Ralph ha estado aquí. Vino en avión un fin de semana para hablar conmigo y con Couth —se encogió de hombros—. No me molesta, Bogus, pero no entiendo por qué un film sobre... ¿sobre *qué*? —dijo, enfadada—. Eso es lo que me gustaría saber.

—Ya conoces a Ralph, Big. No creo que *él* sepa de qué trata la película.

—¿Sabes que intentó acostarse conmigo? Varias veces —Biggie iba montando poco a poco en cólera—. Incluso cuando vino a pasar el fin de semana, incluso entonces lo intentó, con Couth cerca y todo lo demás.

Trumper se limitó a arrastrar los pies.

—Esa chica —dijo Biggie, y Trumper levantó la vista—. ¿Tulpen?

—Sí, Tulpen... —apostilló Colm.

Dieron la vuelta hasta el otro lado del coche. Colm estaba entretenido desenvolviendo la pecera, que estaba envuelta con papel de aluminio y atada con una cinta.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Trumper.

—Bien, Ralph dice que es una buena chica. Realmente buena, quiero decir.

—Sí, lo es.

—Bien, también quiere acostarse con ella —dijo Biggie—. Me parece que

deberías saberlo...

Trumper quiso decirle a Biggie que Ralph ya se había acostado con Tulpen, y que quizás estuviera dolido porque ya no podía, y que eso era todo, pero no dijo nada; solo había dado la impresión de que lo diría.

—Bogus, por favor no digas que lo sientes. Solo por esta vez, no digas nada de eso. Siempre lo dices.

—Pero *lo siento*, Big.

—Pues no lo sientas —le dijo—. Soy muy feliz, y también lo es Colm.

Trumper la creyó, ¿pero por qué se puso tan furioso?

—¿Y tú?

—¿Qué?

—¿Eres feliz?

Supuso que lo era, o algo así, pero eludió la respuesta.

—Colm y yo lo pasamos muy bien. Fuimos al zoo y a un teatro de títeres.

—¡Y a un museo! —agregó Colm. Ya había desenvuelto la pecera y la levantó para mostrársela a Biggie. Pero el pez flotaba en la superficie del agua.

—Es precioso —dijo Biggie.

—Está muerto —dijo Colm, aunque no parecía muy sorprendido.

—Te conseguiremos otro —le prometió Trumper—. Puedes volver a Nueva York —añadió, sin mirar a Biggie—. ¿Te gustaría?

—Claro.

—O tu padre puede venir a visitarnos —dijo Biggie.

—Claro, y podría traer un pez —dijo Bogus.

—Había uno amarillo y también uno rojo —le informó Colm a Biggie—. Y toda clase de tortugas. A lo mejor una tortuga no se habría muerto tan fácil.

Cerca despegó un pequeño avión, y Colm lo siguió con la mirada.

—Ojalá hubiera vuelto en avión —se quejó—. El viaje no es tan largo y a lo mejor el pez no se habría muerto.

El asesino de peces Trumper tuvo ganas de decir: quizás el manitas de Couth sea capaz de resucitarlo. Pero no tenía ganas de decirlo, realmente; de hecho, se sintió una mierda solo por pensarlo.

El traslado

*Dejó a su mujer y a su amigo en Iowa,
y compró un billete de ida.*

Ralph Packer, de la narración de *Jodienda*

Está en la acera oscura, protegido de la luz de la farola por un matorral, y presenta sus respetos a la ventana iluminada de Biggie y a Mr. Fitch, vigilante nocturno de los jardines vecinos. Fitch lo saluda con la mano y Bogus inicia su cojera de tierna andadura hacia el centro, con pasos lentos por la franja herbácea entre la acera y la calle; en las penumbras que se extienden entre una farola y otra, patina en un montón de hojas.

—¡Hay que levantarse temprano para conseguir esos patos! —grita Mr. Fitch, que es capaz de creerse cualquier cosa.

—¡Así es! —grita Bogus y sigue sangrando hasta Benny's, donde encuentra a Ralph Packer sumido en cerveza. No obstante, Ralph se desembriaga ante la penosa y espectacular aparición de Trumper.

Packer es lo bastante sensible para intervenir cuando Bogus trata de atacar a un inofensivo estudiante gordo, con una túnica blanca estilo Gandhi, el signo del Tao y el pelo electrocutado.

—Si dices que amas a todo el mundo —le está diciendo Bogus—, te destriparé con un cenicero de cristal... —levanta uno y agrega—: *Este cenicero de cristal.*

Packer, que apesta a cerveza, arrastra a Bogus hacia Clinton Street y lo lleva cojeando por el bordillo, hasta su bicicleta de carreras. Con el aguante insensible del indestructiblemente borracho, Ralph pedalea por los dos hasta el río, cruza el puente y sube la larga colina destructora de pulmones que lleva al hospital universitario. Allí tratan a Trumper las supurantes heridas de sus pies, en su mayor parte pinchazos y laceraciones. Lo dejan ir.

Trumper se mantuvo horizontal todo el domingo, recostado en el sofá de Ralph, con los pies palpitantes apoyados en una pila de cojines. Febriles visiones en el desaliñado apartamento de dos habitaciones: olor al perro mestizo de Ralph —a quien Trumper llamaba Náusea— y a aceite de pelo que se elevaba a través de las tablas del suelo desde una barbería de Jefferson Street, bajo las habitaciones de Ralph.

En algún momento sonó el teléfono que estaba en una mesa, detrás de su cabeza. Después de algunos tanteos, Bogus logró contestar, y una desconocida furiosa le informó que podía irse a tomar por el culo. No reconoció la voz, pero ya fuera por la fiebre o por una convicción de su mente despejada, ni por un momento creyó que la llamada estuviera destinada a Ralph.

Al caer la noche, Bogus había dado forma a varios impulsos emocionales en algo que podía denominarse vagamente «plan». Overturf, cediendo a su tendencia a

dramatizar, lo habría llamado «proyecto».

Trumper hizo un esfuerzo por recordar la breve carta de su padre que había sido rota y arrojada en pedacitos a Ratón Arriesgado.

Hijo:

He tenido que pensar muy seriamente en todo, y en principio debo decir que desapruedo por completo las diversas formas en que te has comportado, tanto en tu vida personal como en tus metas profesionales.

En contra de mi mejor opinión, he llegado a la conclusión de que te concederé un préstamo. Quede entendido: no es un regalo. El cheque adjunto por \$5.000 tiene que ser más que suficiente para que salgas otra vez a flote. No seré tan inhumano como para fijar una tasa de interés específica sobre esta cifra, ni para fijar una fecha específica para su devolución. Baste decir que espero que te consideres responsable ante mí de este dinero, y que asumas esta responsabilidad con una seriedad ausente en tu conducta anterior.

Papá

Bogus logró recordar que no había roto el cheque en pedacitos ni lo había arrojado al sótano.

A la mañana siguiente, Trumper fue al banco a paso lento e inflamado. Las transacciones del día abarcaron: un depósito de cinco mil dólares, que mereció las felicitaciones personales del presidente del banco, Shumway; una espera de veinte minutos en el despacho del ahora cordial presidente Shumway, mientras el banco le preparaba un nuevo talonario numerado (el viejo estaba en casa, con Biggie); retirar trescientos dólares en efectivo, y el hurto de catorce estuches de fósforos de la pequeña cesta del mostrador de la ventanilla de caja («Tengo la intención de robarte», susurró al sorprendido cajero, y se apoderó de las cerillas).

Trumper fue cojeando hasta el correo y extendió cheques a:

Humble Oil & Refining Co.

Sinclair Refining Co.

Iowa-Illinois Gas & Electric Fontanería Krotz

Northwestern Bell Telephone Co.

Milo Kubik (Mercado Popular).

Sears, Roebuck & Co.

Oficina de Ayuda Financiera, Universidad Estatal de Iowa

Cooperativa de Crédito Lone Tree

Shive & Hupp

Addison & Halsey

Cuthbert Bennett

Agencia Internacional de Viajes Jefferson

Brillaba por su ausencia un cheque por los varios miles de dólares debidos a Préstamos de Defensa Nacional, dinero gubernamental para educación, que él suponía debía emanar del Departamento de Salud, Educación y Bienestar. Pero sí

envió una nota a este departamento, en la que se declaraba «indispuesto e imposibilitado de pagar la deuda, en virtud de haber recibido una educación incompleta». Luego fue a Benny's, bebió catorce jarras de cerveza y jugó violentamente al billar automático, hasta que Benny llamó a Packer para que lo sacara de allí.

En casa de Ralph, Bogus envió un telegrama por teléfono.

Herr Merrill Overturf

Schwindgasse 15/2 Viena 4, Austria

Merrill allá voy Boggle.

—¿Quién es Merrill? —preguntó Ralph Packer—. ¿Quién es Boggle?

Trumper no había sabido nada de Overturf desde la última vez que estuvo en Europa, con Biggie, hacía más de cuatro años. Si Ralph lo hubiese sabido, o hubiese sabido algo, por lo menos, habría intentado detener a Trumper. Inversamente, más adelante a Bogus se le ocurrió que Ralph podía tener sus intenciones con respecto a Biggie, que se quedaba sola.

A la mañana siguiente, Trumper recibió una llamada telefónica de Lufthansa en el apartamento de Ralph. Habían hecho alguna pifia en su reserva a Viena y lo habían apuntado en un vuelo Chicago/Nueva York/Francfort. Por alguna razón que no le explicaron, le costaría menos, aunque cogiera un vuelo para ejecutivos desde Francfort hasta Viena. Sobre todo si voy en autostop desde Francfort, pensó Trumper.

—¿Francfort? —se asombró Ralph Packer—. ¿Qué hay en Francfort?

Le habló a Ralph de su «plan», o más o menos.

A las cuatro de la tarde, Ralph telefonea a Biggie y le informa que Bogus está «como una cuba en Benny's y a punto de enzarzarse en una batalla campal perdida de antemano». Biggie cuelga.

Ralph vuelve a llamarla. Le sugiere que vaya inmediatamente con Colm y el coche, para que entre todos puedan meter a Bogus en el maletero, a buen recaudo.

Cuando Biggie vuelve a colgar, Ralph estimula a los tres silenciosos parroquianos de Benny's a armar una buena batahola como fondo para el siguiente intento. El teléfono suena casi cinco minutos sin ser atendido mientras Bogus, a punto de renunciar a toda esperanza, permanece agachado tras un arbusto, en el cuidado jardín de Mr. Fitch. Finalmente ve que Biggie y Colm salen.

En la puerta de Benny's, Ralph obstaculiza el paso a Biggie con espeluznantes historias de sangre, cerveza, dientes, ambulancias y policías hasta que Biggie sospecha que la está embaucando y pasa audazmente junto a él para entrar en el bar. Hay una chica borracha, sola, jugando en la máquina tragaperras; hay dos hombres en un reservado, cerca de la puerta, conversando alegremente. Biggie le pregunta a

Benny si allí ha habido una refriega.

—Sí, hace unos dos meses... —comienza a decir Benny.

Biggie sale disparada como una flecha y descubre que Ralph Packer se ha llevado el coche a algún sitio y pasea por la acera con Colm. Packer no revela dónde está aparcado el coche hasta que ella lo amenaza con llamar a la policía.

Cuando llega a casa, Bogus ya ha estado allí y se ha ido.

Se llevó su magnetofón y todas las cintas; su pasaporte; no cogió la máquina de escribir pero sí todo su trabajo en la tesis de la traducción de *Akthelt y Gunnel*. Dios sabe por qué.

Vació la nevera y dejó toda la comida en el sótano para Ratón Arriesgado. Destruyó la trampa.

Junto a la almohada de Colm dejó un pato de juguete con plumas de verdad, hecho por unos granjeros amish. Le costó \$15,95, el precio más alto que jamás pagara Trumper por un juguete.

Junto a la almohada de Biggie dejó el nuevo talonario, con un saldo a favor de \$1.612,47, y un descomunal sostén francés de color malva. De la talla correcta. En una de las grandes copas, arrugó una nota manuscrita: «Big, de verdad, era el más fino que había».

Eso es todo lo que Biggie descubre de la incursión de Bogus. No puede conocer, por supuesto, sus otros logros. Si alguna vez a Mr. Fitch le interesara entrometerse, le describiría a Biggie la visión de Bogus revolviendo los cubos de basura de su casa y rescatando el pato abandonado, ahora en avanzado estado de descomposición. Fitch no registró la menor sorpresa cuando Trumper envolvió al pato con una bolsa de plástico. Fitch tampoco describirá nunca la búsqueda de Trumper de una caja bien fuerte en la que metió la bolsa que contenía el pato, y la siguiente nota: «Estimado Señor: Por favor cuente el cambio».

El paquete fue despachado por correo al padre de Bogus.

Observando el tormentoso retorno de Biggie desde detrás del arbusto de Fitch, Bogus solo esperó lo suficiente para cerciorarse de que no saltara por ninguna de las ventanas. Fitch, con Mrs. Fitch ante su cortina transparente, observaba a Bogus tras del arbusto; tiene suficiente sensatez para saber lo que es un secreto y no sale al porche para hacer ninguna observación impropia. En un momento dado Bogus se volvió y vio que la pareja de ancianos lo miraba. Los saludó con la mano y ellos le devolvieron el saludo.

El buen y viejo Fitch debió de bregar años enteros con la Oficina de Estadísticas, pero ahora deja que las cosas sigan su curso. Si exceptuamos su jardín, el hombre sabe retirarse.

Más tarde Bogus fue a la biblioteca para rumiar en su cuchitril apenas usado; en realidad no esperaba encontrar nada que quisiera llevarse. Como era de prever, no lo

encontró. Su vecino de cubículo, M. E. Zanther, lo descubrió «garabateando otra sesuda página en blanco», según informó más adelante. Zanther lo recordaba muy bien, porque en cuanto Trumper salió de la biblioteca, se metió furtivamente en su cuchitril para leer los garabatos. En realidad, Bogus estaba escondido casi en el extremo de la fila de cubículos. Zanther vio el burdo comienzo de un poema sobre Harry Petz, un dibujo obsceno muy mal hecho y la siguiente leyenda, escrita en letras gruesas con un rotulador, a través de la superficie del secante del escritorio: ¡HOLA, ZANTHER! ¿TE ESTAS QUEDANDO SIN MATERIAL DE LECTURA?

—Si algo he notado —dijo el Dr. Wolfram Holster, director de la tesis de Trumper—, es que la conducta estúpida puede ser muy calculada —pero eso fue mucho después; en aquel momento se dejó engatusar.

Trumper llamó al Dr. Holster y le rogó que lo llevara al aeropuerto más cercano de Iowa con la conexión más rápida a Chicago. Era Cedar Rapids, aproximadamente a tres cuartos de hora de Iowa City, y el Dr. Wolfram Holster no acostumbraba a cultivar relaciones de familiaridad con sus estudiantes.

—¿Es una emergencia? —preguntó.

—Se ha producido una muerte en la familia —respondió Trumper. Estaban casi en el aeropuerto y Trumper no había abierto la boca.

—¿Su padre? —preguntó Holster.

—¿Qué?

—Su *padre* —repitió Holster—. La muerte en la familia...

—La mía —dijo Trumper—. *Yo soy la muerte en la familia...*

Holster siguió conduciendo y dejó pasar un rato.

—¿Adónde va? —preguntó después de la pausa.

—Prefiero reventar en el extranjero —contestó Trumper.

Holster recordaba esa oración; era de la traducción de Trumper de *Akthelt y Gunnel*. En el campo de batalla de Plock, llega a oídos de Akthelt que su esposa, Gunnel, y su hijo Axelrulf, han sido atacados con propósitos deshonestos y desmembrados en el castillo. Thak, el padre de Akthelt, sugiere que posterguen la planeada invasión a Finlandia. «Prefiero reventar en el extranjero», dice Akthelt a su padre.

Así, el Dr. Holster sospechó de cierta inclinación melodramática por parte de Trumper.

Pero lo que Holster no llegó a sospechar era mucho más interesante. Todo el párrafo —el campo de batalla en Plock, la cuestión acerca de que Gunnel y Axelrulf habían sido atacados con propósitos deshonestos y desmembrados, el comentario de Akthelt— era producto de su imaginación. Trumper había perdido el hilo del argumento, necesitaba mostrarle algo de trabajo a Holster y se lo inventó del principio al fin. Más adelante se le ocurrió la forma de resucitar a Axelrulf y Gunnel: había sido un caso de identificación errónea.

O sea que, a fin de cuentas, la declaración de Trumper era original.

—Prefiero reventar en el extranjero.

La reacción de Flolster debió de trastornar un poco a Trumper.

—Que lo pase bien —le deseó el Dr. Wolfram Holster.

El vuelo de Lufthansa a Francfort estaba menos que medio lleno al despegar de Chicago. Recogió unos pocos pasajeros más en Nueva York, pero seguía bastante vacío. Pese a la cantidad de butacas disponibles, una azafata se sentó junto a Trumper. Tal vez doy la impresión de que voy a vomitar, pensó, e inmediatamente se sintió mareado.

El inglés de la azafata no era bueno, pero Bogus todavía no tenía ganas de hablar en alemán. Lo estaría hablando muy pronto.

—¿Zu pgimeg fuelo? —le preguntó la azafata con una sensual voz gutural. La mayoría de la gente no sabe que el alemán es un idioma encantador, reflexionó Trumper.

—Hace mucho que no vuelo —dijo a la azafata, lamentando que su estómago se ladeara y virara con el avión.

En el Atlántico él y el aparato se estabilizaron, ascendieron y volvieron a estabilizarse. Cuando se apagó el cartel que decía POR FAVOR MANTENGAN LOS CINTURONES DE SEGURIDAD ABROCHADOS, la bonita azafata se desabrochó el suyo.

—Fien, allá famos —dijo.

Pero antes de que pudiera levantarse, Trumper intentó precipitarse al pasillo, olvidando que su cinturón seguía abrochado. Rebotó contra ella y la hizo caer en el asiento. Vomitó en su regazo.

—Lo siento —gorgoteó, pensando que los últimos días se había alimentado exclusivamente de cerveza.

La azafata se incorporó, sujetando la falda por el dobladillo, a modo de bandeja, y sonrió... o intentó sonreír.

—Lo siento —repitió Trumper.

—Pog fafog, no se pgueocupe —le dijo dulcemente.

Pero Bogus Trumper no la oyó. Vio la negrura por la ventanilla y rogó que solo fuera el mar. Repitió:

—De veras, *lo siento*...

La azafata estaba tratando de alejarse de él para limpiar su falda. Pero Trumper le cogió la mano sin mirarla, clavó la vista en la ventanilla y repitió:

—¡Realmente lo siento, realmente! ¡Joder, maldición! ¡Pero *lo siento*! Lo siento jodidamente...

La azafata se arrodilló torpemente en el pasillo, a su lado, haciendo equilibrios con la falda llena de aguachirle.

—Pog fafog, usted... ¡oiga, usted! —canturreó. Pero él se echó a llorar—. Pog

fafog, degue de pensag en eso —le imploró y le tocó la cara—. Pog fafog —le dijo, zalamera—. No me greegá, pego estas cosas siempge ocuguen.

Películas caseras

Kent puso en marcha el proyector. Era una copia bastante machacada del original que Tulpen había empalmado toscamente, para que pudieran ver cómo funcionaba el concepto.

Trumper puso en marcha el magnetofón. Sus cintas estaban tan toscamente empalmadas como la película; no siempre sonaban sincronizadas y constantemente tenía que pedirle a Kent que redujera la velocidad del proyector o la acelerara, o que lo detuviera por completo, y se pasó todo el tiempo ajustando también la velocidad de la cinta. En conjunto, era un trabajo tan poco profesional como el que Trumper había tenido el privilegio de conocer desde que empezara a colaborar con Ralph. Casi todas las tomas de cámara habían sido manuales, saltaban tanto como un noticiario de televisión y en su mayor parte la película era muda; la banda sonora, grabada por separado, se colocaría más adelante. Ralph prácticamente había desistido de usar sonido sincronizado. Hasta la propia película era inferior al nivel medio —alta velocidad, material granuloso— y Ralph, habitualmente un mago con la luz, había sobrepuesto e infraexpuesto la mitad del celuloide. Ralph era, asimismo, un genio muy paciente en el cuarto oscuro, aunque parte de lo filmado daba la impresión de que el celuloide había sido manipulado con alicates y manchado con productos químicos inventados para eliminar la oxidación y no para revelar una película.

Como excelente artesano del cine que era, Ralph había hecho todo eso adrede; en realidad, algunos pequeños orificios en el celuloide habían sido hechos a mano con un cortaplumas. Dado que no había una sola mota de polvo en su cuarto oscuro, debió de haber barrido media Nueva York con las bobinas para lograr lo que había logrado. Quizá cuando la película se distribuyera —si alguna vez se distribuía—. Ralph estipularía que se usara un objetivo de plástico aplastado en el proyector.

Cuando Packer manifestó su deseo de proyectar todo el comienzo otra vez, Trumper consideró que ya tenía bastante.

—Se ve bien —dijo Ralph—. Se está viendo *mejor*.

—¿Quieres saber cómo suena? —le preguntó Trumper al tiempo que golpeaba los botones del magnetofón—. Suena como si se hubiera grabado en una fábrica de latas. ¿Y sabes qué parece? Parece que te hubieran robado el trípode y que eras tan pobre que tuviste que empeñar el fotómetro para poder comprar los restos de celuloide más baratos de Hong Kong.

Tulpen tosió.

—Parece —retomó Trumper—, como si tu cuarto oscuro hubiera estado en un edificio sin ventanas que en ese momento limpiaban con chorros de arena.

Ni siquiera Kent dijo nada. Probablemente tampoco le había gustado, pero tenía fe en Ralph. Si Ralph le hubiese pedido que cargara una cámara con papel de envolver, Kent lo habría intentado.

—Parece una película casera —concluyó Trumper.

—Es una película casera, Thump-Thump —replicó Ralph—. ¿Podemos pasar la primera bobina una sola vez más, por favor?

—Si esta cinta no se rompe —concedió Trumper—. Tendría que copiarla. Tiene más empalmes que la original. Es aproximadamente tan estable como el vello púbico.

—Una vez más, Thump-Thump —insistió Ralph.

—Si tengo que pararla una sola vez —aclaró Trumper—, se caerá a pedazos.

—Entonces la proyectaremos directamente de principio a fin, ¿entendido, Kent? —dijo Ralph.

—La película también podría romperse —sugirió Kent.

—Probemos, por favor —repitió Ralph en tono paciente—. Una sola vez más.

—Rezaré por ti, Ralph —agregó Bogus. Tulpen volvió a toser, lo que no quería decir nada más que estaba acatarrada, sencillamente—. ¿Listo, Kent?

Kent hizo que la película avanzara hasta el primer fotograma y Trumper localizó el sonido que quería.

—Listo, Thump-Thump —respondió Kent.

Ese nombre estaba reservado para uso exclusivo de Ralph; a Trumper no le gustaba nada que el jodido Kent lo llamara Thump-Thump.

—¿Qué has dicho, Kent? —preguntó.

—¿Eh? —fue la respuesta de Kent.

Ralph se levantó y Tulpen apoyó la mano derecha en las rodillas de Trumper, se inclinó por encima de él y con la mano izquierda puso el aparato en *PLAY*.

—Adelante, Kent —dijo.

La película se abre con un plano medio de Trumper en una *delicatessen* del Village. Hay un gran mostrador abarrotado de gente, en el que puedes escoger los elementos para tu *sandwich* a medida que avanzas, hasta terminar con una barbaridad pantagruélica en la caja. Trumper se mueve lentamente, examina a fondo el pastrami, los embutidos y el jamón sazonado, moviendo la cabeza afirmativa o negativamente ante los empleados que están al otro lado del mostrador. No hay sonido sincronizado.

La voz superpuesta es la de Packer, que relata, desde la cinta.

«Ahora es precavido como gato escaldado... que del agua fría huye».

Trumper mira su *sandwich* con suspicacia. «Es natural, supongo, pero no quiere comprometerse en nada».

La voz de Ralph sigue hablando sobre la falta de compromiso de Trumper, hasta que pasamos a otro ángulo: Trumper de pie junto al mostrador de los condimentos, untando mostaza con fruición. Una chica bonita mira tímidamente la cámara y luego a Trumper, para ver si es algún famoso. Ella también quiere mostaza. Trumper la desliza por encima del mostrador, sin mirarla, y saca su *sandwich* fuera de cuadro. La chica lo sigue con la mirada, mientras la voz de Tulpen dice: «Pienso que es muy prudente con las mujeres. Lo que está muy bien, dicho sea de paso...».

Corte: Trumper y Tulpen están entrando en el apartamento de ella, ambos cargados de alimentos. No hay sonido sincronizado. La voz superpuesta de Ralph dice: «Bien, es natural que *tú* pienses eso. Vives con él».

Tulpen y Bogus están ordenando comestibles en la cocina; ella parlotea en un monólogo aparentemente normal; a él se lo ve taciturno; de vez en cuando le echa un vistazo irritado a ella y luego a la cámara. «Quiero decir que es bueno conmigo», dice la voz superpuesta de Tulpen. «Creo que es consciente de los peligros, eso es todo...».

Trumper se encamina directamente al objetivo de la cámara y hace un gesto grosero.

Corte: Una serie de vistas fijas, fotos familiares de Trumper, Biggie y Colm. Voz de Ralph, superpuesta: «Bien, tiene que ser consciente de los peligros, por supuesto. Estuvo casado con anterioridad...».

Tulpen: «Echa de menos al niño».

Ralph: «¿Y a la mujer?».

Corte: Con los auriculares puestos, Bogus manipula las cintas en el estudio de Ralph. No hay sonido sincronizado. La banda sonora es un montaje de fragmentos que ya hemos oído en varias voces superpuestas: «Es natural, supongo...», «Lo que está muy bien...», «Vives con él...», «¿Y a la mujer?».

Parece que Trumper está incluyendo o eliminando estos fragmentos con su tecleo en el magnetofón. Después entra en cuadro Tulpen, dice algo y señala alguna cosa fuera de cuadro, más allá de los dos.

Otro ángulo: Con los fragmentos de voces superpuestas como único sonido, Trumper y Tulpen miran un revoltijo de cinta que se ha desparramado de una bobina y está enroscada en el suelo, como una montaña de gusanos. Trumper desconecta algo: *Chas*. Con este sonido, el cuadro se congela en una toma fija. Continúa sin sonido sincronizado. La voz superpuesta de Ralph dice: «¡Para, exactamente allí! Ahora el título... manténlo así...». Entonces aparecen los títulos de *Jodienda* sobre la imagen congelada. «Música», dice la voz superpuesta de Ralph y aparecen sucesivamente sobre la imagen congelada: Bogus Trumper, en acción suspendida, se está agachando con la intención de desenredar una maraña de cintas caídas. Tulpen lo mira, solo para cerciorarse.

—¿Merrill Overturf? —dijo—. ¿Es diabético?

Pero nadie respondió.

Con andares desgarrados en pos de Overturf

Tuvo mucha suerte. Desde el aeropuerto de Francfort hasta Stuttgart lo llevó en autostop un vendedor de ordenadores alemán que estaba orgulloso del Mercedes de su empresa. Trumper no sabía bien si había sido el ronroneo de la *autobahn* o el peculiar ronroneo del vendedor lo que le hizo dormir.

En Stuttgart, pernoctó en el Hotel Fehls Zunder. Evidentemente, por las fotos que adornaban el vestíbulo, Fehls Zunder había sido saltador de palanca y trampolín del equipo olímpico alemán de 1936; había una foto suya en el aire durante los Juegos de Berlín. La última foto lo mostraba en la cubierta de un submarino alemán, apoyado en la barandilla de babor junto al *Fregattenkapi-tán*; FEHLS ZUNDER, HOMBRE RANA, DESAPARECIDO EN ALTA MAR, decía al pie.

También estaba colgada una foto sin mención de lugar, en la que se veía un mar oscuro y desierto, la línea de la costa. —¿Francia? ¿Inglaterra?— a la distancia. Habían pintado una X blanca en la cresta de una ola gigantesca. La leyenda al pie, cargada de ironía, decía: SU ULTIMA ZAMBULLIDA.

Trumper se preguntó dónde, en Stuttgart, había aprendido Fehls Zunder a nadar y saltar. Desde su ventana del quinto piso, Bogus sopesó la idea de un doble mortal que lo habría depositado exactamente en medio de un resplandeciente charco, entre las vías del tranvía que pasaban delante del hotel.

Los sueños más largos de Bogus suelen girar alrededor de héroes. Por ende, sueña con que Merrill Overturf esteriliza la aguja y la jeringuilla hipodérmica en un pequeño cazo, y hierve un tubo de ensayo con solución de Benedict y pis para comprobar su nivel de glucosa en la orina. Merrill se ve casi exquisito en una cocina norteamericana increíblemente grande; es la cocina de Great Boar's Head, donde Bogus nunca ha visto a Merrill. El Dr. Edmund Trumper está leyendo el periódico y su mujer prepara café mientras Merrill exprime un gotero con pis en un tubo de ensayo, dejando caer exactamente seis gotas en la solución de Benedict.

—¿Qué hay para desayunar? —pregunta el padre de Trumper.

Merrill está con la vista fija en el cronómetro del hornillo. Cuando suena la campanilla, está listo el huevo pasado por agua del Dr. Edmund Trumper, simultáneamente con la orina de Merrill.

Merrill enfría el pis en un estrafalario especiero mientras el padre de Trumper toquetea la cáscara de huevo humeante. Merrill sacude su tubo de ensayo; el Dr. Edmund Trumper da un golpe oblicuo al huevo con el cuchillo de la mantequilla. Merrill anuncia que su glucemia es elevada.

—Al menos dos por ciento —dice, agitando la rojiza mezcla opaca—. Azul claro sería negativo...

Algo sisea. En realidad, es un gran autocar Mercedes bajo la ventana de Trumper en Stuttgart, pero él llega a la conclusión de que es Merrill cargando la jeringuilla.

Luego están los tres sentados a la mesa del desayuno. Mientras la madre de Bogus

sirve café, Merrill se levanta la camisa y se pellizca una chicha de la barriga. Trumper huele alcohol y café cuando Merrill se frota su poquitín de grasa con una bolita de algodón, introduce la aguja como si fuera un dardo y empuja suavemente el émbolo.

Otro siseo, más audible que el anterior; Bogus rueda y choca contra la pared del Hotel Fehls Zunder. Por un instante, la cocina de Great Boar's Head se ladea y cae de la cama. Al oír el estrépito y otro siseo, Trumper se despierta en el suelo, con una fugaz visión de Merrill bombeándose aire en el cuerpo.

Ahora Merrill flota próximo al techo de la extraña habitación de Trumper en el Hotel Fehls Zunder y en algún sitio, amortiguado por el siseo de las puertas del autocar abriéndose y cerrándose afuera, Bogus oye decir a su padre:

—Este no es un síntoma habitual de reacción insulínica...

—¡Mi nivel de azúcar en la orina es demasiado alto! —chilla Merrill, deslizándose como un globo de helio por el techo, hasta el dintel de la puerta, donde Bogus ve la cara infantil de una desconocida asomada a uno de los pequeños paneles de cristal del dintel. De hecho, el cristal está astillado en el suelo de la habitación de Trumper, y la avergonzada camarera, desde su escalera en el pasillo, le dice que lamenta haberlo molestado; estaba limpiando los cristales cuando se rompió un panel.

Bogus sonrío; no pesca al vuelo el alemán, de modo que la camarera no tiene más remedio que seguir adelante.

—Se cayó cuando lo estaba limpiando —explica y le informa que volverá enseguida con una escoba.

Trumper se cubre con la sábana; envuelto en ella, avanza receloso hasta la ventana, tratando de localizar el siseo auténtico. Ya sea porque el autocar Mercedes parece tan flamante, lustroso e invitador, o porque nota cuánto dinero lleva, se resuelve a derrochar y coger uno como ese hasta Múnich... viaja en el piso alto, para vistas turísticas, y atraviesa soñoliento Bavaria; sueña vagamente con una especie de ciclo en progresivo aumento del tratamiento negligente que da Overturf a su diabetes. Merrill inyecta insulina y ve caer a plomo su glucemia; Merrill sufre una reacción insulínica en un *Strassenbahn* vienés, y hace sonar las placas que rodean su cuello hasta que el cobrador —ya dispuesto a echar del tranvía a ese borracho tambaleante — lee los mensajes bilingües grabados en las placas:

Ich bin nicht betrunken!

¡No estoy borracho!

Ich habe Zuckerkrankheit!

¡Tengo diabetes!

Was Sie sehen ist ein Insulinreaktion!

¡Lo que está viendo es una reacción insulínica!

Füttern Sie mir Zucker, schnell!

¡Déme azúcar, rápido!

Merrill engulle azúcar, pastillas, caramelos de menta, zumo de naranja y chocolate, elevando su caído nivel de glucosa hasta salir de la reacción insulínica y

encaminarse en dirección opuesta, hacia la acidosis y el coma. Esto requiere más insulina, lo que hace recomenzar todo el ciclo. Incluso cuando sueña, Trumper es exagerado.

En las cercanías de Múnich, Bogus intenta ser objetivo; desentierra su magnetofón y en el autocar graba esta declaración: «Merrill Overturf y otra gente inestable es incompatible con estados que exigen rutinas cuidadosas. La diabetes, por ejemplo...». (Pensando: El matrimonio, por ejemplo...).

Pero sin darle tiempo a apagar el magnetofón, su vecino de asiento le pregunta en alemán qué está haciendo, quizá temeroso de que lo entreviste. Considerando que la cinta ya está estropeada y seguro de que el hombre solo entiende alemán, Trumper la deja en funcionamiento y responde en inglés:

—¿Qué es exactamente lo que tiene que ocultar, señor?

—Yo hablar inglés casi bastante muy bien —responde el aludido y entran en Múnich absolutamente mudos.

Para hacer las paces, en la terminal Bogus pregunta alegremente al ofendido pasajero quién es Fehls Zunder. Pero el hombre expresa cierto disgusto por la pregunta; se larga sin responder, dejando que Bogus soporte las miradas fijas de varios indiscretos a quienes no parece haber gustado que preguntara por Fehls Zunder.

Trumper se siente forastero y se pregunta, con considerable sorpresa, qué está haciendo allí. Va dando tumbos por una extraña calle múniquesa, sintiéndose de pronto incapaz de traducir los carteles de las tiendas en alemán y las voces que suenan en derredor, imaginando todos los horrores que en ese mismo instante pueden estar sucediendo en los Estados Unidos. Un tornado desbocado azota el Medio Oeste y echa pesadamente a Biggie de Iowa, para siempre. Colm ha sido enterrado por una ventisca en Vermont. Cuthbert Bennett, bebiendo en su cuarto oscuro, traga accidentalmente un vaso alto lleno de Microdol-X, se retira a los diecisiete cuartos de baño y se tira al mar por el inodoro. Entretanto Trumper, aislado de estos fatales acontecimientos, se echa al colete una cerveza en la Múnich Bahnhof, pues decide coger el tren a Viena. Sabe que ha estado esperando el punto de su viaje en que se sentiría súbitamente tonificado, encendido por la aventura del retorno.

Solo cuando llega a Viena, aún insensible, considera la posibilidad de que la aventura sea un momento y no un lugar.

Deambuló por la Mariahilferstrasse hasta que la incomodidad y el peso de la grabadora y los otros artículos que llevaba en la bolsa de lona hicieron que se decidiera a esperar un *Strassenbahn*.

Se apeó del tranvía en el parque Esterhazy, cerca del cual, recordaba, había una gran tienda de artículos usados; allí compró una máquina de escribir de segunda mano, con extraños símbolos alemanes y teclas con diéresis. Gracias a su compra, el

comerciante accedió a cambiarle sus marcos alemanes y dólares estadounidenses por moneda austríaca a una cotización generosa.

Trumper también compró un abrigo largo hasta los tobillos.

Las charreteras habían sido arrancadas y tenía un pequeño orificio de bala en la espalda, pero aparte de eso estaba en muy buen estado. Procedió a equiparse como una especie de espía de la posguerra; adquirió un traje que hacía bolsas y era ancho de hombros, varias camisas blanquiamarillas y una bufanda morada de un metro ochenta. La bufanda podía acomodarse de diversas maneras y volvía innecesaria la corbata. A continuación compró una maleta con más correas, hebillas y tiras que capacidad. Pero hacía juego con el resto de su atuendo. Parecía un espía viajero que había sido pasajero del Orient Express entre Estambul y Viena desde 1950. Por último compró un sombrero como el que usaba Orson Welles en *El tercer hombre*. Hasta mencionó la película al vendedor, quien le dijo que no la había visto.

Bogus vendió la bolsa de lona por dos dólares; luego metió su magnetofón, las camisas de repuesto y la nueva máquina de escribir en la maleta de espía, y cruzó el parque Esterhazy, donde se escondió detrás de un gran arbusto para mear. Su crujido entre los setos alarmó a una pareja que paseaba. La mujer parecía angustiada: ¡Están violando a una chica, o algo peor! La reacción del hombre fue una mueca obscena: Una pareja que no tiene otro sitio adonde ir. Trumper emergió del seto solo y con gran dignidad, acarreando la maleta en la que podía haber un cadáver descuartizado. ¿O era un paracaidista que se había cambiado rápidamente el uniforme, llevaba la bomba desmantelada en la maleta y ahora se encaminaba con aire indiferente hacia el Parlamento austríaco?

La pareja se alejó a toda prisa de su siniestra vestimenta, pero Bogus Trumper se sentía a sus anchas. Se sentía tal como debía sentirse para la cacería de Overturf en Viena.

Fue en otro *Strassenbahn* al casco antiguo, bordeando el Opern Ring y apeándose del tranvía en Kärntner Strasse, el paseo nocturno más amplio de la ciudad, en pleno centro. Si yo fuera Merrill Overturf, *si aún estuviese en Viena*, ¿dónde estaría un sábado de diciembre por la noche?

Trumper atraviesa al acecho, velozmente, las callejuelas que salen del Neuer Markt, buscando la Hawelka, la vieja *Kaffeehaus* bolchevique, todavía en boga entre una variedad de intelectuales, estudiantes y cajeros de la Opera. La cafetería le produce la misma frialdad que recuerda... los mismos hombres flacos y melencólicos, las mismas chicas sensuales, de huesos grandes.

Bogus saluda con una inclinación de cabeza a un presunto profeta que ocupa la mesa de al lado de la puerta y piensa: años atrás había uno como tú, todo vestido de negro, pero de barba pelirroja. Y Overturf lo conocía, me parece...

Trumper le pregunta:

—¿Merrill Overturf?

El barbudo da la impresión de congelarse; sus ojos se disparan como si su mente

intentara rescatar todos los códigos que alguna vez aprendió.

—¿Conoces a Merrill Overturf? —pregunta Bogus a la chica que está sentada más cerca del barbudo helado. Ella se encoge de hombros, como indicando que en caso de haberlo conocido, ahora no tenía la menor importancia.

Otra chica, desde otra mesa, dice:

—*Ja*, hace cine, creo.

¿*Merrill haciendo cine?*

—¿Cine? —inquire Bogus—. ¿*Aquí*, quieres decir? ¿Hace cine aquí?

—¿Acaso ves una cámara en funcionamiento? —pregunta el barbudo y un camarero que pasa entre ellos se agacha al oír la palabra, *Kamera*.

—No, aquí... en Viena, quiero decir —puntualiza Trumper.

—No sé —dice la chica—. Solo he oído decir que hace cine.

—Solía conducir un vetusto *Zorn-Witwer* —dice Trumper sin dirigirse a nadie en particular, tratando de recordar señas de identidad.

—*Ja?* ¡Un *Zorn-Witwer*! —exclama un hombre de gafas gruesas—. ¿Un cincuenta y tres? ¿Un cincuenta y cuatro?

—*Ja?* ¡Un cincuenta y cuatro! —grita Bogus y se vuelve hacia su interlocutor—. Tenía una palanca de cambios vieja que entraba y salía del salpicadero; tenía agujeros en las tablas del suelo... se veía el movimiento del camino. Tenía el tapizado apelmazado...

Se interrumpe al ver que unos cuantos parroquianos de la Hawelka notan su exaltación.

—Bien, ¿dónde está? —pregunta Trumper al entendido en *Zorn-Witwer*.

—Lo único que dije es que conocía el *coche* —responde el otro.

—Pero *tú* lo has visto realmente... —Bogus se vuelve hacia la chica.

—*Ja*, pero hace bastante —dice y el chico que está con ella mira furibundo a Bogus.

—¿Cuánto hace que lo has visto? —insiste Bogus.

—Oye —dice la chica, incómoda—. No sé nada más de él. Solo lo recuerdo, eso es todo... —su tono silencia a los que la rodean.

Trumper la mira fijamente, desilusionado; probablemente comienza a oscilar, o pone los ojos en blanco, porque una chica de pecho alto y melena tupida, con sombra de ojos verde neón lo coge del brazo y lo sienta a su mesa.

—¿Tienes problemas? —le pregunta. El intenta apartarse, pero ella lo mima—. No, en serio, ¿cuál es tu problema? —como él no responde, prueba en inglés, aunque Bogus ha hablado todo el tiempo en alemán—. Tienes problemas, ¿verdad? —la chica trina la palabra «problemas» de un modo que Bogus la ve flotar, como una palabra escrita: ppprrrobbblemmmas—. ¿Necesitas ayuda? —repite, volviendo al alemán.

Ahora hay cerca un camarero, nervioso. Trumper recuerda que los camareros de la Hawelka siempre daban la impresión de tener pánico a los ppprrrobbblemmmas.

—¿Estás enfermo? —pregunta el camarero; tironea a Trumper del brazo que la chica tiene sujeto y hace caer la maleta sobrecargada, que provoca un inverosímil ruido metálico. El camarero retrocede, a la espera de la explosión. Todos observan la maleta como si fuera robada, o letal, o ambas cosas.

—Por favor, háblame —dice la chica verde neón—. A mí puedes contármelo todo —afirma—. No pasa nada —pero Bogus recoge la maleta, apartando la vista de esa ardiente fémina que haría una estupenda Madre Rectora del Antro en un club erótico.

Todos contemplan a Trumper cuando baja la vista para ver si lleva la bragueta cerrada. Recuerda perfectamente haber quitado un condón...

Luego está afuera, aunque no se libra de la profecía del extraño barbudo de negro desde el otro lado de la puerta.

—Está a la vuelta de la esquina —dice el profeta con tal convicción que Bogus se estremece.

Sale a la Graben, cortando camino hacia la Stephansplatz. No era a la vuelta de esa esquina, se tranquiliza, pensando que el profeta debió de decirlo en sentido metafórico, que es la forma más prudente e ininteligible en que pueden hablar los profetas.

Tiene la intención de buscar a Merrill en la Keller Doce Apóstoles, pero se pierde y va a parar al Hohner Markt, cuyos puestos de madera con frutas y verduras están cubiertos con lonas alquitranadas durante la noche; Trumper imagina a los vendedores durmiendo bajo las lonas. Todo el recinto parece un depósito de cadáveres al aire libre. Siempre fue engorroso encontrar la Doce Apóstoles.

Pide a un hombre que lo oriente, pero evidentemente no es la persona más adecuada para hacerlo salir de dudas: lo mira tontamente.

—*Kribf?* —dice, o algo parecido. Trumper no entiende. Después el hombre hace unos movimientos extraños, como si registrara los bolsillos buscando relojes de contrabando, falsas pipas de espuma de mar, fotos porno o un arma.

Bogus vuelve corriendo a la Stephansplatz y sube la Graben. Por último se detiene bajo una farola para ver la hora; está seguro de que es más de medianoche, pero no recuerda cuántos usos horarios ha cruzado desde Iowa, ni si ha pensado en ello antes y ya ha puesto en hora su reloj, que marca las 2.15.

Una mujer bien vestida, de edad incierta, va hacia él por la acera. Trumper le pregunta si tiene hora.

—Por supuesto —dice ella y se detiene a su lado. Usa un abrigo de pieles suntuoso, lleva las manos metidas en un manguito a juego y taconeando con sus botas de cuero. Observa a Trumper desconcertada y enseguida le acerca el codo—. Es por aquí —indica, un tanto fastidiada porque él no la coge del brazo.

—¿La hora? —pregunta Trumper.

—¿Hora?

—Le pregunté si tenía hora.

Ella lo mira fijo, meneando la cabeza y luego sonrío.

—Ah, la *hora*. La hora que es. ¿El *tiempo*, quiere decir?

En ese momento él se da cuenta de que es una furcia. Está en la Graben, y las prostitutas del distrito primero cubren de noche las callejuelas que salen de la Graben y la Kärntner Strasse.

—Lo siento —dice Trumper—. No tengo dinero. Solo quería averiguar qué hora es.

—No tengo reloj —le dice la prostituta y mira a ambos lados de la calle; no quiere desalentar a un cliente en potencia dejándose ver con Trumper. Pero no hay nadie en las inmediaciones, excepto otra prostituta.

—¿Hay alguna pensión cerca? —pregunta Bogus—. No muy cara.

—Ven —dice y camina delante de él hasta la esquina de la Spiegelgasse—. Allí —señala una luz de neón azul— La Pensión Taschy —enseguida se aleja hacia la Graben, en dirección a la otra prostituta.

—Gracias —le grita Bogus y ella agita el manguito por encima del hombro, dejando un segundo al descubierto su mano elegante, de dedos largos, con sortijas centelleantes.

En el vestíbulo de la Pensión Taschy hay otras dos prostitutas que han entrado para protegerse del frío y hacen taconear sus botas y entrechocar sus pantorrillas rosadas. A la luz del vestíbulo, ven el bigote tan viajado y la maleta tan viajada de Trumper, y no se molestan en sonreír.

Desde la ventana de su habitación en la Taschy, Trumper ve un costado del techo de mosaico de la catedral de San Esteban, y también a las fulanas que trotan su calle para tomar un último bocado en el American Hamburger Spa, a una travesía Graben arriba desde Spiegelgasse.

A esa hora aparentemente avanzada, las prostitutas llevan pocos clientes a la Taschy, donde cuentan con una docena de habitaciones en la segunda planta. Pero Trumper las oye guiando hombres a través de los pasillos de abajo y las ve acompañando hombres por la acera de Spiegelgasse hasta el vestíbulo.

Uno a uno, los hombres parten solos, y Trumper oye correr agua en los bidés del segundo piso. Es este movimiento de cañerías a hora tan avanzada lo que le da la suficiente audacia para preguntarle a *Frau* Taschy si puede darse un baño. Ella se lo prepara a regañadientes y espera al otro lado de la puerta del cuarto de baño mientras él chapotea... *vigilante, para cerciorarse de que no agrego una sola gota.*

Bogus se avergonzó del color del agua y se apresuró a sacar el tapón, pero *Frau* Taschy oyó el primer borboteo y desde el pasillo gritó que ella se ocuparía de la limpieza. Ruborizado, dejó la franja mugrienta en la bañera, pero no pudo evitar ver cómo arrugaba ella ligeramente la nariz al notarla.

Frau Taschy había sido muy amable cuando se registró, pero al entrar en su habitación limpio y tiritando, Bogus notó que la mujer había hecho algo más que abrir su cama. Había abierto la maleta y ahora el contenido estaba pulcramente acomodado en el ancho asiento de la ventana, como si la *Frau* hubiese hecho un atento inventario de sus pertenencias, preparándose para un posible impago.

Aunque en la habitación no había calefacción, se sintió tentado a sentarse un momento ante su nueva máquina de escribir para probar esas diéresis tan divertidas. Escribió:

Mi habitación de la Taschy está en el tercer piso, a una travesía de la Spiegelgasse desde la Graben. Las putas del primer distrito usan esta pensión. Son de primera categoría. Yo solo me codeo con lo mejor.

Entonces *Frau* Taschy lo interrumpió recordándole lo avanzado de la hora y diciéndole que la máquina de escribir era ruidosa, pero antes de que él tuviera tiempo de preguntarle qué hora avanzada era, desapareció. La oyó detenerse en el rellano, y cuando bajó la escalera retomó la escritura:

Frau Taschy, veterana en calcular el sino de sus huéspedes, sabe leer el porvenir en las franjas de mugre que dejan en las bañeras.

Después mecanografió tres líneas de diptongos alemanes e intentó escribir una oración que incluyera todas las letras del alfabeto, aquella de «jovencito emponzoñado de *whisky*, qué figurota exhibes», utilizando únicamente vocales con diéresis. ¿O era emponzoñado de *güisqui*?

Atento a los movimientos de *Frau* Taschy, oyó que otro *bidé* descargaba agua y recordó a las putas. Escribió:

En Viena, la prostitución no solo es legal, sino que está protegida y controlada. Se expide a cada prostituta una especie de licencia para ejercer la profesión, solo renovable mediante chequeos médicos regulares. Si no estás registrada, legalmente no puedes ser una prostituta.

Merrill Overturf solía decir: «Nunca compres hasta ver sus adhesivos de seguridad».

Y también oficialmente, inciertos hoteles y pensiones de cada distrito están autorizados a manejar el negocio. Se supone que los precios son fijos tanto para pensiones como para putas, y el primer distrito cuenta las más jóvenes, bonitas y caras. A medida que te apartas del casco antiguo, las de los distritos exteriores son más viejas, feas y económicas. A Overturf le gustaba hacer notar que él vivía con un presupuesto del decimoquinto distrito.

Entonces Bogus se cansó de escribir; se acercó a la ventana y observó la acera. Abajo estaba la furcia del abrigo de pieles y el manguito a juego. Bogus golpeteó la ventana de cristales dobles y ella levantó la vista. El movió la cabeza de un lado a otro con la intención de que ella lo viera, tratando de recibir suficiente luz desde la mesilla de noche para que lo reconociese, pensando que desde abajo podía parecer un exhibicionista nervioso que no se atrevía a estarse quieto.

Pero ella lo reconoció y le sonrió. O sonrió por costumbre, reconociéndolo solo como a alguien del sexo masculino que le hacía señas para que entrara. Ella lo señaló agitando un dedo y él volvió a ver la brillante mano enjovada. Cuando ella se encaminó a la puerta, Trumper golpeó ferozmente el cristal: ¡No, no! No te estoy llamando. Solo quería decirte hola... Pero aparentemente ella había interpretado su delirante golpeteo como una muestra de excitación y dio un salto, levantando la cara hacia él. Desde esa distancia, Trumper no vio huellas de maquillaje; la furcia podría haber sido una coqueta animadora deportiva que aceptaba que la llevaran a casa en autostop después del partido.

Trumper se precipitó al pasillo, todavía con la toalla alrededor de la cintura, que se le subió por encima del ombligo cuando abrió las piernas en la caja de la escalera y sintió la corriente de aire antes de que se cerrara la puerta del vestíbulo. Reconoció la mano de la mujer en la barandilla, deslizándose hasta el primer rellano. El le gritó desde arriba, ella asomó la cabeza por el hueco de la escalera y se miró la falda desde el dobladillo hasta la cintura, soltando la risilla de una jovencita airosa.

—*Nein!* —gritó Trumper, pero ella subió hasta el otro rellano—. *Halt!* —otra vez ella asomó la cara por el hueco de la escalera y él apretó la toalla y las rodillas—. Lo siento —le dijo—. No quise decirte que subieras —a ella se le cayeron las comisuras de los labios, marcándole repentinas patas de gallo; ahora parecía treintañera, quizá cuarentona. Pero siguió subiendo.

Trumper estaba inmóvil como una estatua y ella se detuvo un peldaño más abajo, respirando en breves jadeos, con su ropa despidiendo todavía el aire frío de la intemperie y la cara bellamente arrebatada.

—Ya lo sé —dijo—. Solo querías preguntarme la hora.

—No —aclaró Trumper—. Te reconocí. Tamborileé con los dedos en la ventana para decirte hola.

—Hola —contestó ella. Ahora exageró la respiración sofocada, apoyada en la barandilla, cada vez más vieja delante de él, *solo para hacerme sentir particularmente mal.*

—Lo siento —repitió Bogus—. No tengo nada para darte.

Ella contempló su toalla y se tocó las comisuras de los labios. En realidad era encantadora. En el primer distrito suelen serlo. No muy putas, más elegantes que burlescas. Su abrigo era bonito, llevaba un peinado sencillo y parecía limpia; sus huesos daban gusto.

—De veras, me gustaría —dijo Bogus.

Ella volvió a fijar una mirada cruel en la toalla y dijo muy dulcemente, jugando a la madre regañona:

—Vístete sino quieres coger un resfriado.

Se marchó. El siguió con la mirada su mano fina apoyada en la barandilla hasta que llegó abajo, y volvió lentamente a su máquina de escribir; estaba en un tris de ordenar a sus teclas que se mostrasen poéticas, para hacer una desenfadada

declaración de autocompasión, cuando fue interrumpido por el agua de otro *bidé* y por *Frau* Taschy que rascaba su puerta desde fuera.

—Basta de mecanografiar, por favor —le dijo—. La gente está tratando de dormir.

La gente está tratando de joder, quería decir. La máquina de escribir perturbaba su ritmo o su conciencia. Pero no tocó sus divertidas teclas extranjeras: que prepararan solas sus versos en el curso de la noche. Bajó la vista hasta Spiegelgasse y observó a la que había confundido dos veces, del brazo de una colega, en dirección a una cafetería. Pensó en lo que debía de ser para ellas el paso de los años, circular jóvenes y resplandecientes por Kärntner Strasse y la Graben, para luego alejarse distrito a distrito, año a año, más allá del parque de atracciones del Prater y junto al sucio Danubio, manoseadas por obreros fabriles y estudiantes de escuelas técnicas, por la mitad de la tarifa que en otros tiempos cobraban. Pero eso era al menos tan justo como el mundo real, más justo quizá, porque el distrito en el que terminabas no siempre era una caída predecible, y en la vida real no siempre estabas en condiciones de elegir un comienzo resplandeciente.

Por la ventana, Bogus observó a la mujer ensortijada con su manguito... una vez más la mano cuidada animaba su charla con otra prostituta; su mano serpenteó en el aire frío, quitó algo de la mejilla de la otra. ¿Una mota de hollín? ¿Una lágrima convertida en hielo? ¿Una mancha dejada por la boca de su último hombre?

Trumper contempló envidioso ese gesto de afecto sin artificios y real.

Se acostó y permaneció rígido hasta que calentó un fragmento de la cama. Oyó correr agua en un *bidé* y decidió que nunca conciliaría el sueño con esa música solitaria. Bailó desnudo por la habitación, sacó su magnetofón del asiento de la ventana y volvió a acostarse. Buscó a tientas en una caja de cintas hasta encontrar su transformador de 110-220, enchufó los auriculares y los apretó contra el pecho para calentarlos.

—Ven, Biggie —susurró.

REWIND.

PLAY...

Como una alusión personal

(Fundido: Un plano medio del cobertizo de los Pillsbury, exterior, y la rampa que lleva al mar. Cuthbert Bennett está fregando un viejo bote de remos semejante al que usaban los pescadores de ballenas, y Colm lo ayuda. Conversan muy animados... probablemente Couth le está explicando el mundo de algas, quelpos, percebes y crustáceos pegado en el casco del bote, pero no hay sonido sincronizado. Las voces son de Ralph Packer y de Couth).

RALPH: Lo preguntaré de otra manera: quiero decir que tú estás viviendo con su mujer y su hijo. ¿Esto ha creado tirantez en tu amistad con él?

COUTH: Supongo que tiene que ser duro para él... pero solo en virtud de lo que siente por ella. Ahora le resulta difícil estar cerca de ella y del niño. Esto no tiene nada que ver conmigo; estoy seguro de que me sigue queriendo.

CORTE.

(En el estudio de Packer, Bogus habla [sonido sinc] hacia la cámara).

BOGUS: No podría gustarme más el hombre con quien convive. Couth es una persona absolutamente maravillosa...

CORTE.

(Otra vez el cobertizo, con Couth y Colm, voces superpuestas).

COUTH: Sé que yo lo quiero mucho...

RALPH: ¿Por qué no funcionó el matrimonio?

COUTH: Bien, mira, en realidad tendrías que preguntárselo a ella.

RALPH: Solo quise decir que tienes que tener una opinión...

COUTH: Pregúntaselo a ella. O a él...

CORTE ATRÁS.

(En el estudio, Bogus habla [sonido sinc] hacia la cámara).

BOGUS: Mierda... ¡pregúntaselo a ella!

CORTE.

(En el muelle de Maine, Biggie lee un libro de cuentos a Colm. No hay sonido sinc; las voces superpuestas son de Biggie y Ralph).

BIGGIE: ¿Se lo preguntaste?

RALPH: Dijo que te lo preguntara a ti.

BIGGIE: Bien, estoy segura de que no lo sé. Pero también sé que aunque lo supiera eso no cambiaría las cosas en nada, o sea que no tiene importancia.

RALPH: ¿Quién dejó a quién?

BIGGIE: ¿Eso qué importa?

RALPH: Mierda. Biggie...

BIGGIE: Me dejó él.

CORTE ATRÁS.

(Bogus en el estudio).

BOGUS: Bien, ella me pidió que me largara. No, en realidad, me dijo que...

CORTE.

(Biggie está sentada con Colm y Couth ante una mesa al aire libre, bajo un gran parasol instalado en el muelle de los Pillsbury. Es una escena deliberadamente formal, envarada, y los tres miran con desconfianza a la cámara. Hay sonido sinc; Ralph [fuera de escena] los está entrevistando).

BIGGIE: No se me ocurrió que se ausentaría... durante *tanto tiempo*, quiero decir...

COUTH: Ella ni siquiera tenía idea de dónde estaba.

BIGGIE (*Mira con dureza a la cámara y le habla indignada a Ralph*): Tú sabías más que nadie, cabrón. Sabías adonde iba... ¡Hasta lo ayudaste! No creas que no me acuerdo...

CORTE.

(Ralph Packer en la sala de montaje de su estudio, pasando tiras de película por una máquina. A su alrededor cuelgan otras tiras sujetas a varillas. No hay sonido sinc)

RALPH (*voz superpuesta*): Es verdad... sabía adonde iba, de acuerdo, y lo ayudé a marcharse. ¡Pero él *necesitaba* irse!

(Baja enfáticamente la pesada palanca de empalme de la máquina).

CORTE.

(La primera de una serie de fotos fijas. Bogus y Biggie en una aldea alpina, apoyados en un estrambótico coche viejo y sonriendo al fotógrafo. Biggie se ve muy sexy con su ropa elástica de esquí).

RALPH: (V. S.). Volvió a Europa. Tal vez sentía nostalgia...

(Otra fija: Biggie y Bogus con cara de monigotes en una gran cama bastante chafada, con las mantas hasta el mentón).

RALPH: (V. S.). En ningún momento aclaró por qué iba a Europa, pero mencionó a ese amigo suyo... un tal Merrill Overturf.

(Otra fija: un tipo de aspecto strafalario, con un sombrero extravagante, sentado en un viejo Zorn-Witwer 54, sonrío a la cámara por la ventanilla).

BIGGIE: (V. S.). Es él. Ese es Merrill Overturf.

CORTE ATRÁS.

(La mesa y el parasol en el muelle. Con sonido sinc, Biggie habla hacia la cámara).

BIGGIE: Merrill Overturf estaba como una cabra, loco de remate.

CORTE ATRÁS.

(Bogus en el estudio [sonido sinc])

BOGUS: ¡No! No lo estaba; no estaba nada loco. Ella no lo trató tanto como yo. Probablemente nunca conocí a un ser humano más cuerdo que Merrill...

CORTE ATRÁS.

(En la sala de montaje, Ralph levanta la palanca de empalme y revisa más tiras).

RALPH: (V. S.). Es muy difícil sacarle algo concreto. Se lo toma todo como una

alusión personal. A veces se empeña en no cooperar...

(Baja otra vez la palanca de empalme).

CORTE. *(Sonido sinc).*

(Una deslumbrante serie de focos dispuestos junto a la puerta cerrada del baño, en el apartamento de Tulpen. Se oye tirar de la cadena. Kent entra en cuadro, esperando emboscado ante la puerta del lavabo, con un gran micrófono en la mano. Bogus abre la puerta, se sube la cremallera de la bragueta y levanta la vista sorprendido al ver la cámara. Furioso, empuja a Kent a un costado y mira a la cámara echando fuego por los ojos).

BOGUS *(chilla, con la cara distorsionada)*: ¡Vete a la mismísima mierda, Ralph! ¿Hasta dónde puedes llegar con una flecha clavada en la teta?

Se alegró al ver que Overturf todavía figuraba en el listín, con el mismo domicilio y el mismo número de teléfono. Intentó llamarlo desde el vestíbulo de la Taschy, pero solo oyó un extraño pitido, una especie de señal. Le preguntó a *Frau* Taschy, quien le informó que ese ruido significaba que el número estaba fuera de servicio. Entonces se dio cuenta de que el listín tenía más de cinco años y que también figuraba su propio nombre... con el mismo domicilio y el mismo número de teléfono.

Trumper fue andando hasta Schwindgasse 15, apartamento 2. En la placa de latón de la puerta leyó: A. PLOT.

Muy propio de Merrill, pensó Bogus. Llamó a la puerta con los nudillos, oyó pisadas arrastradas, y algo semejante a un gruñido. Empujó y la puerta se abrió, pero solo hasta donde se lo permitió la cadena de seguridad. Y fue una suerte que no se abriera más, porque el gran pastor alemán del apartamento logró asomar únicamente la punta de su morro gruñón por la ranura. Trumper dio un salto atrás, salvándose del mordisco. Una mujer —rubia, con rulos, los ojos rabiosos o asustados, o ambas cosas— le preguntó qué cuernos hacía tratando de introducirse furtivamente en su apartamento.

—Merrill Overturf —dijo Trumper desde el rellano, donde se había refugiado por si a la mujer se le ocurría soltar al perrazo.

—Usted no es Merrill Overturf —dijo ella.

—No, claro que no —respondió, pero la mujer cerró la puerta—. ¡Espere! —gritó—. Solo quería saber dónde está... —la oyó hablar en voz baja, probablemente por teléfono, y se largó deprisa.

En la Schwindgasse, levantó la vista a la otrora famosa jardinera de Overturf, donde este cultivaba marihuana. Ahora la jardinera solo contenía unas plantas marchitas de color violeta, que asomaban a través de una capa de nieve.

Una niña llegó en su triciclo hasta la puerta del vestíbulo y se bajó para abrirla. Bogus la ayudó.

—¿Merrill Overturf vive en este edificio? —le preguntó.

La niña notó que tenía acento o le habían advertido que no debía hablar con desconocidos, porque lo miró como si no tuviera la menor intención de contestar.

—¿Adónde piensas que fue *Herr Overturf*? —insistió amablemente, mientras la ayudaba a entrar el triciclo. Pero la chiquilla se limitó a mirarlo—. *Herr Overturf* —dijo lentamente—. ¿Lo recuerdas? Tenía un coche raro, usaba sombreros raros... — aparentemente la niña no sabía nada. Arriba, el perro ladraba—. ¿Qué le pasó a *Herr Overturf*? —probó Bogus una vez más.

La cría apartó de él su triciclo.

—¿Muerto? —dijo la niña (solo una adivinanza, para ella solo es una adivinanza, pensó Trumper) y salió corriendo hacia la escalera, dejándolo con un estremecimiento solo equiparable al que le recorrió cuando oyó abrirse una puerta arriba, a la mujer con rulos gritando a la niña y el rasgido de las que debían de ser las uñas del perrazo bajando la escalera.

Trumper huyó. De todos modos, era evidente que esa niña no sabía nada. Más bien perplejo, comprendió que el padre de la niña debía de llamarse A. Plot.

Con una bolsa de castañas asadas en plena acera, Bogus arrastra los pies aproximadamente en dirección a la Michaelerplatz, recordando que allí hay una estatua grotesca. Un hombre gigantesco semejante a Zeus, o un dios, lucha encarnizadamente con monstruos marinos, serpientes, aves de rapiña, leones y ninfas adolescentes; todos tiran de él hacia abajo, hasta el grifo principal de una fuente que salpica su pecho; él abre y retuerce la boca por el esfuerzo... o tal vez tiene sed. Toda la obra es tan recargada que resulta difícil saber si Zeus tiene todo bajo control, y si las criaturas que lo rodean intentan derribarlo o levantarlo.

Bogus recuerda una noche que él y Biggie deambularon borrachos por la Michaelerplatz. Acababan de robar de un carro unos grandes rábanos blancos. Al pasar junto a la aberrante batalla eterna en la fuente, Bogus alzó a Biggie y ella metió un rábano en la boca abierta del dios. Para que recupere las energías, dijo.

Y pensando en darle una castaña asada al luchador, Trumper se sorprende al ver que la fuente no está conectada. O se ha congelado el grifo, que derrama un falo grueso, espeso y despuntado, como una vela rígida salpicada de cera, y el pecho de la figura de Zeus está cubierto de hielo. De alguna manera, aunque la pose es la misma, la contienda parece haber concluido. Está muerto, piensa Bogus, y no tiene sentido dar de comer castañas a los muertos. Se conduele de la defunción del dios, finalmente vencido por serpientes y monstruos marinos, leones y ninfas. Trumper sabe que en última instancia quienes se lo cargaron fueron las ninfas.

Indudablemente Biggie se sentiría desdichada si lo supiera. Indudablemente Biggie es desdichada.

Biggie, quizá te resulte difícil creerlo, pero cuando se sale a cazar patos, uno se pone un condón. Es una argucia de viejos deportistas para protegerse del frío. He de

decirte que todos los cazadores de patos se ponen un condón antes de ir a cobrar las presas caídas en aguas heladas... cuando no se tienen perros, y nosotros no los teníamos. Ese artilugio funciona en base al mismo principio que un traje de goma...

O —deambulando ahora por el patio de los Habsburgo, la Plaza de los Héroes— yo usaba esa innombrable goma, que olvidé quitarme, por exigencias de mi nuevo trabajo por horas como modelo para la clase de primero de Educación Sexual del Servicio Sanitario Estudiantil. Me habría perturbado mencionártelo. No me habían dicho que habría una sesión dedicada a la contracepción. Naturalmente, toda la clase se quedó pasmada.

Pero Bogus siente los ojos fríos de los cupidos de piedra; pasa bajo esos querubines barrocos y las palomas posadas en los mastodónticos edificios del palacio, pensando que Biggie no se chupa el dedo. *Ya está más que familiarizada con mis inverosimilitudes.*

Ve pasar los *Strassenbahnen* inclinados por la avenida de circunvalación, oye sonar sus campanillas como gongs en los cruces. Los pasajeros del tranvía exhalan vapor con el aliento y empañan las ventanillas; los hombres parecen abrigo colgados de un perchero, con gente dentro. Se balancean con cada traqueteo del tranvía; sus manos en las correas están más arriba de las ventanillas y Bogus solo ve que tienen los brazos levantados, como niños en la escuela, como soldados que se repliegan.

Trumper necesita matar la tarde y va leyendo alrededor de un quiosco de mala muerte. Piensa que la tarde moriría menos, dolorosamente en una sesión dominical para niños, y milagrosamente encuentra una subiendo Stadiongasse, detrás del Parlamento.

Pasan muchos cortos y un *western* norteamericano. Trumper viaja a Irlanda, ve a los campesinos felices. En Java, el guía informa a los viajeros sobre un pasatiempo nacional: boxeo con los pies. Pero Bogus y los niños están inquietos: quieren la película del Oeste. ¡Y por fin llega! Jimmy Stewart habla casi en sincronía con la voz que lo dobla en alemán. Los indios no querían el ferrocarril. Ese era el argumento.

Vio a Jimmy Stewart disparar una carabina desde la cadera y a alguien que podía ser Shelley Winters antes de los estragos, con una flecha clavada en su vasto pecho. Fuera quien fuese, cayó rodando del furgón de cola hondonada abajo, hasta un riachuelo donde fue pisoteada por caballos salvajes —que casualmente pasaban por ahí— y lascivamente manoseada por un indio que era demasiado gallina para atacar el tren. La muchacha no tiene más remedio que soportar estas peripecias hasta que localiza la pistola de gran calibre encajada en su sangrante entrepecho, con la que practica un enorme orificio en la garganta del indio. Solo entonces se incorpora empapada, pegada al cuerpo toda la ropa remojada en agua del riachuelo y su propia sangre, y grita: «*Hilfe!*»... tratando todo el tiempo de arrancarse la flecha hundida en su teta palpitante.

Trumper se sienta en el Augustiner Keller para tomar una salchicha grasienta y un vaso de vino peleón; allí escucha a un anticuado cuarteto de cuerdas y se le ocurre que sería muy interesante conocer a las dobles de Hollywood, aunque al mismo tiempo abriga la esperanza de que no todas tengan vello en la hendidura entre los pechos.

Mientras vuelve andando a la Taschy se encienden las farolas, pero espasmódicamente: suben y bajan poco a poco, sin rastro de la precisión del mecanismo de relojería de Iowa City; como si la electricidad vienesa fuese un progreso reciente y vacilante con respecto al gas.

En la puerta de una *Kaffeehaus* de Plankengasse, un hombre se dirigió a él.

—*Grajak ok bretzet* —pareció decir, y Trumper hizo una pausa, tratando de localizar esa lengua extraña—. *Bretzet, jak?* —dijo el hombre y Trumper pensó: ¿Checo? ¿Húngaro? ¿Servocroata?—. *Gra! Nucemo paz!* —gritó. Estaba furioso por algo y agitó el puño en las narices de Trumper.

—*Ut boethra rast, kelk?* —preguntó Bogus: el antiguo nórdico bajo nunca le hizo mal a nadie.

—*Gra?* —dijo el hombre, con tono suspicaz—. *Grajak, ok* —agregó más confiado. Y enseguida gritó, muy entusiasmado—: *Nucemo paz tzet!*

Bogus lamentó no entenderlo y comenzó a decir en antiguo nórdico bajo:

—*Ijs kik...*

—*Kik?* —lo interrumpió el otro, y le sonrió—. *Gra, gra, gra! Kik!* —vociferó, tratando de darle la mano.

—*Gra, gra, gra!* —replicó Bogus y se la estrechó.

El hombre se tambaleó y musitó reiteradamente «*Gra, gra*», asintiendo con mayor convicción antes de alejarse a trompicones y de tropezar en el bordillo. Cruzó la calle en diagonal, encorvado; como un ciego que busca a tientas la acera de enfrente, apuntó los pies y se protegió la entrepierna con las manos.

Bogus pensó que había sido como conversar con Mr. Fitch. Luego notó, contrariado, que había un trozo de periódico arrugado en la acera; era ilegible y estaba impreso en algo que parecía alfabeto cirílico; las letras eran más semejantes a una partitura que a palabras. Paseó la mirada a su alrededor en busca de su interlocutor, pero este había desaparecido. El artículo, arrancado de algún periódico en esa lengua extraña, parecía importante —había frases subrayadas con bolígrafo, comentarios garabateados en los márgenes con la misma escritura—, de modo que se guardó el recorte.

Trumper sintió que divagaba. De vuelta en la Taschy, intentó concentrarse en algo lo bastante conocido como para que su mente dejara de irse por las ramas. Intentó escribir una crítica del *western*, pero las teclas con diéresis de su máquina de escribir lo distrajeron, y se dio cuenta de que había olvidado el título de la película. ¿*Hasta dónde puedes llegar con una flecha clavada en la teta?* Y en ese preciso instante, como si lo hicieran por asociación, los bidés de abajo iniciaron su descarga nocturna.

Bogus vio su propio reflejo en la puertaventana ornamentada que llegaba casi hasta el techo; él y su máquina de escribir solo ocupaban el cristal del extremo inferior. En un esfuerzo por rescatar su almita alicaída, arrancó la crítica de la máquina y, evitando las diéresis, trató de escribirle a su mujer.

Pensión Taschy
Spiegelgasse 29
Viena 1, Austria

Querida Biggie:

Pensando en ti, Colm, y también en ti, Biggie... la noche que se te dilató el ombligo en East Gunnery, Vermont. Estabas en el octavo mes, Big, cuando el botoncito de tu tripa salió hacia fuera.

Viajamos tres horas desde Great Boar's Head en el viejo y ventilado Volkswagen de Couth, al que le faltaba la capota. En Portsmouth estaba nublado; y en Manchester, Peterborough y Keene, también estaba nublado. Y en cada uno de esos lugares, Couth dijo: «Espero que no llueva».

Tres veces cambié de asiento contigo, Big. No estabas cómoda. Tres veces dijiste: «¡Dios mío, estoy tan *grande!*».

«Como una luna llena», te dijo Couth. «Estás encantadora».

Pero tú te quejabas, Biggie... todavía dolida, naturalmente, por la grosera manera en que mi padre se refirió a nuestro lascivo e irresponsable apareamiento.

«Piénsalo de otra manera», te dijo Couth. «Piensa en lo dichoso que será el bebé teniendo unos padres con tan poca diferencia de edad».

«Y piensa en los *genes*, Big», te dije. «¡Qué genes tan magistrales!».

Pero tú dijiste: «Estoy harta de pensar en este bebé».

«Bien, de esta manera los dos estaréis juntos», dijo Couth. «Piensa en todas las decisiones que ahora no tendréis que tomar».

«No habría habido que tomar *ninguna* decisión», le dijiste al pobre Couth, que solo estaba tratando de animarte. «Bogus no se habría casado conmigo si yo no fuese a tener este bebé».

Pero yo solo dije: «Bien, ya estamos en Vermont». A través del boquete del techo miré las vigas oxidadas del puente sobre el Connecticut.

Pero seguiste en la brecha, Biggie, aunque ya habíamos sostenido varias veces esta conversación, y yo no quería dejarme arrastrar a más de lo mismo.

Me dijiste: «Bogus, nunca te habrías casado conmigo. Lo sé».

Y Couth, bendito sea, dijo: «En ese caso *yo* me habría casado contigo, Biggie... con luna llena, media luna o sin luna. Me habría casado contigo, y me casaría contigo si no estuviera a punto de hacerlo Bogus. Y ahora te pido que pienses en lo que habría sido eso...». Entonces, inclinado sobre el volante, se volvió y te dedicó su famosa sonrisa... mostrándote cómo sabía manipular con la lengua sus cuatro dientes

postizos.

Lo que al menos te permitió esbozar una leve sonrisa, Biggie. No estabas tan pálida cuando llegamos a East Gunnery.

Pero en la Pensión Taschy, Bogus se distrajo cuando pensó en East Gunnery. Releyó lo que había escrito y decidió que no le gustaba. El tono le sonaba desacertado y probó de nuevo, comenzando después de «... cuando el botoncito de tu tripa salió hacia fuera».

Escondimos a Couth y su Volkswagen en el campo de abajo y subimos andando el largo camino de entrada a la granja de tu padre. ¡Aquí llega la joven novia con un bulto en la panza! Y sospecho que te acusé de cobardía por no haberles escrito una sola palabra de esto a tus padres.

«Les escribí sobre ti, Bogus», me dijiste, «que es mucho más de lo que tú les advertiste a tus padres».

«Pero no sobre tu estado, Big», recalqué. «No les dijiste nada de eso».

«No, no les hablé de eso», dijiste y tironeaste de tu ceñida gabardina, apartándola de tu cuerpo, tratando de crear la ilusión de que solo estaba hinchada porque tenías las manos en los bolsillos.

Me volví para mirar a Couth, que agitó la mano con cierto temor, surgiendo de su inexistente capota, como un periscopio humano melenudo.

«Couth también puede subir a la casa», dijiste. «No tiene por qué ocultarse en el campo». Pero te dije que Couth era tímido y se sentiría mejor escondido en el terreno de abajo. No mencioné que a mi juicio podíamos parecer más perdonables si llegábamos solos, ni que era bueno saber que Couth y su coche estaban a buen resguardo entre los pastos, por si tenía que largarme.

Creo que el momento más angustioso fue cuando al pasar junto al *jeep* de tu padre, dijiste: «Oh, mi padre también está en casa. Dios, Padre, Madre, ¡*Todo el mundo!*».

Entonces te recordé que era domingo.

«O sea que la tía Blackstone también está aquí», dijiste. «Es sorda como una tapia».

Estaban comiendo y dejaste las manos en los bolsillos de la gabardina, torciendo tu figura de botella de Coca-cola alrededor de la mesa del comedor, mientras decías: «Este es Bogus. Ya sabéis, ¡os lo *he dicho!* ¡Os lo *he escrito!*». Hasta que tu madre comenzó a deslizar su mirada por tu parte delantera, Biggie, y tu sorda tía Blackstone le preguntó: «¿Sue no ha recuperado peso?». Tu madre puso cara de piedra. Y tú dijiste: «Estoy embarazada». Y agregaste: «¡Pero todo va bien!».

«¡Sí! ¡Todo va bien!», grité tontamente, con la vista fija en el tenedor inmóvil de

tu padre, pringoso de carne asada y cebolla, detenido a pocos centímetros de su boca abierta.

«Todo va bien», dijiste otra vez, sonriéndoles.

«Claro que sí», dijo la tía Blackstone, que en realidad no había oído una sola palabra.

«Sí, sí», murmuré al tiempo que movía la cabeza afirmativamente.

Y tu sorda tía Blackstone me miró, asintiendo también con la cabeza, y dijo: «¡Claro que sí! Con esa grasienta comida alemana, ha recuperado peso. Además, la chica no ha esquiado en todo el verano». Y mirando a tu enmudecida madre, la tía Blackstone dijo con su voz diáfana y estremecida: «*Válgame Dios*, Hilda, ¿esa es forma de recibir a tu hija? Recuerdo muy bien que *tú* siempre engordabas y adelgazabas cuando te venía en gana...».

En la Taschy, dos bidés se descargaron simultáneamente y Bogus Trumper perdió la parte memorística de su mente. Y quizá también otras partes de su mente íntimamente relacionadas.

Mentalizándose para Ralph

En la turbia lóbreguez de luz mortecina para peces y tortugas del apartamento de Tulpen, Trumper se sentó en la cama, cabreado y rígido como un hindú en plena meditación trascendental. Últimamente se había habituado a encolerizarse por todo. Se concentraba rabiosamente en no moverse, en mimetizarse en la estatua del pensador. Era una especie de contracción isométrica que finalmente lo agotaba. Otra vez tenía problemas para dormir.

—Venga, Trumper —le susurró Tulpen y le tocó el muslo de palo.

Trumper se concentró en los peces. Había uno nuevo que lo irritaba especialmente, una especie de lucio beis en miniatura que tenía la insolente costumbre de frotar sus labios translúcidos en la pared del acuario y eructar pequeñas burbujas contra el vidrio. Imposibilitado de escapar, el gas volvía al interior del pez, que entonces se hinchaba. A medida que se agrandaba, sus ojos se achicaban y de pronto la presión del aire en el interior de su cuerpo lo apartaba del cristal, como un globo que alguien hubiese inflado y luego soltado. Marcha atrás, el repugnante pececillo carenaba por el acuario como un motor giratorio que anda suelto. Los otros peces le tenían miedo. Trumper tenía ganas de darle un alfilerazo en el pináculo de la hinchazón. El pez siempre daba la impresión de mirarlo cuando empezaba a abotargarse. Era una estúpida forma de contrariar al enemigo: tendría que haber sabido que eso no le convenía.

En realidad, a Trumper le asqueaban *todos* los peces, y su irritación de ese momento fue suficiente para que imaginara la forma de quitárselos de encima. Por ejemplo, salir a comprar un aterrador pez comedor de peces, un omnívoro que limpiara el acuario de todo lo que nadaba, se arrastraba o se deslizaba... y luego se comiera todas las conchas, piedras, algas, e incluso el tubo de aire. Y luego royera el cristal para atravesarlo, dejara escapar el agua y muriera por falta de oxígeno. Mejor aún: dando aletazos en el suelo seco del acuario, tendría el buen gusto de comerse a sí mismo. ¡Qué omnívoro tan admirable! Inmediatamente quiso tener uno.

Volvió a sonar el teléfono. Trumper no se movió y la mirada de soslayo que lanzó en dirección a Tulpen convenció a esta de que mejor sería que tampoco ella atendiera. Unos minutos antes Trumper había respondido y esa llamada desencadenó, en parte, sus impulsos destructivos hacia los indefensos pececillos y la suspensión de toda actividad corporal.

El autor de la llamada había sido Ralph Packer. Aunque Bogus y Tulpen acababan de acostarse, Ralph insistió en presentarse con Kent y el equipo cinematográfico de varios miles de dólares. Quería algún metraje de Tulpen y Bogus yéndose a la cama.

—Por Dios, Ralph —dijo Trumper.

—¡No, no! —exclamó Ralph—. Solo cuando os vais a acostar, Thump-Thump. Ya sabes, los pequeños detalles domésticos: ir al lavabo, cepillarse los dientes, desvestirse, pequeños gestos tiernos, toda esa mierda...

—Buenas noches, Ralph.

—¡No llevará ni media hora, Thump-Thump!

Trumper colgó y se volvió hacia Tulpen.

—No logro entender cómo alguna vez te acostaste con él —gritó.

Eso disparó otras cosas.

—Era interesante —dijo Tulpen—. Me interesaba lo que hacía.

—¿En la cama?

—Basta, Trumper.

—¡En serio! —chilló él—. ¡Quiero saber! ¿Te gustaba acostarte con Ralph?

—Me gusta mucho más acostarme contigo. Con Ralph los tiros no iban por ahí.

La voz de ella contenía cierta gelidez, pero aparentemente a Trumper no le importó.

—Comprendiste que había sido un error —la aguijoneó.

—No —dijo Tulpen—. No estaba interesada en seguir haciéndolo, sencillamente. No fue ningún error. Entonces no conocía a nadie más...

—¿Y me conociste a mí?

—Dejé de acostarme con Ralph antes de conocerte a ti.

—¿Por qué dejaste de hacerlo? —le preguntó.

Tulpen rodó en la cama para quedar de espaldas a él.

—Se me cayó el chocho —dijo Tulpen a las peceras.

Trumper no dijo una sola palabra más e inició su trance.

—Oye, ¿qué pasa? —preguntó Tulpen minutos después—. No sentía una gran inclinación por Ralph en ese sentido. Pero me gustaba y todavía me gusta, Trumper. Solo que no en ese sentido...

—¿Alguna vez piensas en volver a acostarte con él?

—No.

—Bien, él piensa en volver a acostarse contigo.

—¿Cómo lo sabes?

—¿He despertado tu interés? —preguntó Trumper. Ella maldijo entre dientes y se alejó más aún. El sintió que se iba convirtiendo en piedra.

—Trumper —dijo ella más tarde; él llevaba un buen rato inmóvil—. ¿Por qué no te gusta Ralph? ¿Es por la película?

Pero no era eso, en realidad. Al fin y al cabo, podía haberse negado, podía haber dicho que le afectaba demasiado profundamente. Pero no era así y tenía que reconocer que la película le interesaba. Tampoco se trataba de un interés terapéutico; Trumper sabía que era básicamente un comicastro y le gustaba verse en la pantalla.

—No se trata exactamente de que no me guste Ralph —respondió. Tulpen rodó, le tocó el muslo de palo y dijo algo que él no oyó. Después... Trumper pensó en la aniquilación de los peces y cuando volvió a sonar el teléfono habría matado a cualquiera que lo cogiera.

Tuvo un calambre en la espalda por estar sentado derecho tanto tiempo y Tulpen

lo dejó en paz un rato, antes de retomar.

—Trumper, he de decirte que no me haces el amor con bastante frecuencia. Ni mucho menos.

Meditó en la cuestión. Luego pensó en la operación aún por resolver, en el Dr. Vignerón y en el método del agua.

—La culpa es de mi trasto —dijo finalmente—. Me lo haré acondicionar para que quede como nuevo.

Pero le gustaba mucho hacer el amor con Tulpen y sus palabras lo dejaron preocupado. Pensó en hacérselo en ese mismo instante, pero antes tenía que levantarse a mear.

Una vez en el lavabo, se estudió en el espejo y vio el miedo en su semblante cuando tuvo que pellizcarse y abrirla para mear. Las cosas empeoraban. Una vez más Vignerón había acertado: en ocasiones *había* que esperar unas semanas para someterse a una operación menor.

Le parecía esencial hacerle el amor a Tulpen enseguida, pero entonces —tal vez porque reconoció algo en su propia expresión ante el espejo— se acordó de Merrill Overturf y meó tan dolorosamente que se le llenaron los ojos de lágrimas.

Estuvo mucho tiempo en el baño, hasta que Tulpen lo llamó desde la cama, aletargada.

—¿Qué estás haciendo allí? —le preguntó.

—Nada, Big —dijo e intentó en vano tragarse las palabras.

Cuando volvió a la cama, ella estaba sentada, cubierta con las mantas, llorando. Lo había oído, sí.

—Tulpen —dijo y la rodeó con un brazo.

—No, «Biggie» —susurró ella.

—Tulpen —repitió él y trató de besarla.

Tulpen lo apartó de un empujón.

—Te diré una cosa —dijo—. Algo que el viejo Ralph Packer nunca hizo fue llamarme con el nombre de otra.

Trumper dio la vuelta y se sentó al pie de la cama.

—¿Y quieres saber algo más? —vociferó Tulpen—. ¡Creo que es un cuento eso de que no me haces el amor a menudo a causa de tu viejo trasto!

Entonces el lucio beis se acercó otra vez al cristal, fijó la vista en Trumper y se dedicó a sus groserías.

Tulpen había dicho la pura verdad y Trumper lo sabía. Lo que más le dolía era que esa conversación no fuese ninguna novedad. Ya la había mantenido —muchas veces— con Biggie. De modo que se sentó al pie de la cama, ansió el estado catatónico y lo logró. Cuando sonó el teléfono por tercera vez, le daba igual que fuese Ralph o no. De haber podido moverse, habría atendido.

Y es muy probable que Tulpen se sintiera igualmente desolada, porque contestó.

—Por supuesto —la oyó decir Bogus con tono de hastío—. Por supuesto, puedes

venir a hacer tu jodida película.

Pero Trumper seguía allí como una piedra, preocupado por la siguiente transición. Participar en el film de Ralph exigía que saliera de la película en que estaba actuando ahora, ¿verdad?

Entonces Tulpen apoyó la cabeza en sus piernas y lo miró. Era un gesto —ella se expresaba mucho por medio de gestos— que quería decir: bien, al menos ahora se ha definido un puente en nuestro complejo paisaje, aunque todavía no ha sido cruzado. Quizá podamos hacerlo.

Permanecieron largo rato en esa posición, como si esa fuera una forma tan buena como cualquier otra para esperar a Ralph.

—Trumper —susurró Tulpen por último—, cuando *me haces* el amor, me gusta mucho.

—A mí también —dijo él.

«Gra! Gra!»

Ignoraba durante cuánto tiempo había perdido la cabeza y hasta qué punto la había recuperado, cuando se dio cuenta de que había algo más escrito en la página puesta en la máquina, ante sus ojos. Lo leyó, preguntándose quién lo habría escrito, después de estudiarlo con detenimiento, como una carta que hubiera recibido, o incluso como una carta de otro dirigida a otro. Entonces vio a la figura agachada en el extremo inferior de la puertaventana y se sobresaltó al sentarse de pronto derecho y gimiendo mientras en el cristal, simultáneamente, una aterradora réplica gnomoide de sí mismo se erguía y difuminaba como un espécimen microscópico.

Cuando reconoció el gemido como propio, también oyó una conmoción creciente abajo, en el vestíbulo de la Taschy, o tal vez más cerca, en el segundo piso. Como no recordaba dónde estaba, abrió la puerta y les gritó en un histérico galimatías a los rostros que espiaban desde las puertas también abiertas, pasillo arriba y pasillo abajo. Pagando con terror a su terror, tres caras le gritaron; Trumper se esforzó por identificar el otro ruido, que subía como un reguero de pólvora desde el segundo piso.

¿Qué cinta es esta? ¿Cuándo estuve en un manicomio?

Con gran cautela se arrastró hacia el hueco de la escalera; en todo el pasillo nadie se aventuraba a separarse de la puerta... por miedo, quizás, a que él volviera a gritar.

Por el hueco de la escalera llegó a sus oídos la voz de *Frau* Taschy.

—¿Está muerto? —preguntó la mujer.

Trumper se oyó responder en un susurro:

—No, no estoy muerto.

Pero estaban hablando de otro. Bajó hasta el descansillo y vio que un tumulto se reunía en el pasillo de abajo. Una de las putas estaba diciendo:

—Estoy segura de que ha muerto. Nadie se me fue así... nunca.

—No tendrías que haberlo movido —dijo alguien.

—Tenía que sacármelo de encima, ¿no? —dijo la puta.

Frau Taschy miró desdeñosamente pasillo abajo a un hombre que salió de una habitación abrochándose la bragueta y con los zapatos bajo un brazo. La puta que salió detrás de él preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Algo anda mal?

—Alguien pasó a mejor vida con Jolanta —dijo alguien, y todos rieron.

—Eras demasiado para él —dijo otra dama.

Jolanta, que solo llevaba puestas la faja y las medias, dijo:

—Seguro que había bebido de más.

A lo largo del pasillo, unos hombres furtivos salieron disparados de las habitaciones con la cabeza gacha y la ropa en la mano, como pájaros asustados.

—Es demasiado joven para haberse muerto —afirmó *Frau* Taschy, lo que pareció asustar aún más a los escurridizos que pasaban a su lado. Era como si nunca se les hubiera ocurrido antes:

Joder puede ser peligroso. ¡Puede matar incluso a los jóvenes!

Semejante idea no era ninguna sorpresa para Trumper, que se trasladó confiado desde el descansillo hasta el pasillo impregnado de sexo, como si su mente acabara de adaptarse y de aceptar a la criatura de la ventana como su propio reflejo, o como si estuviera dormido. De hecho, no estaba muy seguro de estar despierto.

La puta dijo:

—Se puso todo frío. Quiero decir *frío*.

Pero desde la puerta de la habitación del follador afectado, *Frau Taschy* exclamó:

—¡Se ha movido! ¡Juro que se ha movido!

Los aglomerados en el pasillo se dividieron casi por partes iguales entre quienes se alejaron de esa puerta y quienes se acercaron más, para ver mejor.

—¡Ha vuelto a moverse! —informó *Frau Taschy*.

—¡Tócalo! —dijo la puta implicada—. Fíjate qué frío está.

—Puedes poner las manos en el fuego que no lo tocaré —replicó la *Frau*—. Pero *míralo* tú y dime si no se está moviendo.

Trumper se aproximó; por encima de un hombro cálido y perfumado, a través del vano de la puerta, vislumbró cómo temblaba una blanca nalga desnuda sobre la cama deshecha; pero entonces los demás se agruparon y le obstaculizaron la visión.

—*Polizei!* —gritó alguien y un hombre que llevaba toda su ropa arrugada en la mano se precipitó desnudo pasillo abajo, miró a la muchedumbre y volvió cojeando a su cuarto.

—*Polizei!* —repitió otro.

Tres policías bajaban de frente por el pasillo, marcando el paso... el más robusto marchaba en medio y los otros dos lo flanqueaban e iban abriendo todas las puertas que encontraban cerradas. El del medio, con la vista al frente, gritó roncamente:

—Que nadie intente largarse.

—Mire, está sentado —dijo *Frau Taschy* desde la puerta.

—¿Dónde ha ocurrido el problema? —preguntó el del medio.

—Se desmayó —explicó Jolanta—. Se puso todo frío, precisamente encima de mí —pero cuando se acercó al policía del medio, uno de los flancos le cortó el camino.

—Retrocede —le dijo—. Que todos retrocedan.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó el del medio. Los largos guantes que le llegaban más allá de las muñecas estaban arrugados donde estas rozaban sus caderas.

—Jesús, si me dejáis a mí —dijo la puta que había sido apartada a empujones—, os lo contaré todo.

El mismo poli que no la había dejado pasar, le espetó:

—¿Qué esperas, entonces?

En ese momento *Frau Taschy* gritó:

—¡Se está levantando! ¡No está muerto! ¡En ningún momento estuvo muerto! —pero por el estruendo inmediato y un gruñido, Bogus supo que la reanimación había sido momentánea—. Oh, querido mío —musitó la *Frau*.

Entonces llegó una voz desde el suelo de la habitación, una voz que apenas comenzaba a cobrar confianza, lenta y débil a través de unos dientes castañeteantes.

—*Ich bin nicht betrunken* —[«¡No estoy borracho!»], dijo la voz—. *Ich habe Zuckerkrankheit* —[«Tengo diabetes»].

El poli del medio apartó a la multitud de la puerta y entró contoneándose torpemente en la habitación; pisó la mano extendida del pálido ser acurrucado en el umbral; la otra mano retorció débilmente un puñado de placas de identificación enredadas, que colgaban de su cuello.

—*Was Sie sehen ist ein inmlinreaktion* —[«Lo que está viendo es una reacción insulínica»], murmuró el caído. Parecía una voz grabada, un contestador automático.

—*Füttern Sie mir Zucker, schnell!* —[«¡Déme azúcar, rápido!»], gritó la voz.

—Naturalmente —dijo el policía—. Azúcar. Claro que sí —y se agachó para levantar del suelo a Merrill Overturf, blando como un albornoz vacío—. Dice que quiere azúcar —repitió con sarcasmo el poli—. ¡Quiere azúcar!

—Es diabético —dijo Trumper a una puta que estaba cerca y alargó la mano para tocar la mano aplastada de su amigo—. Hola, viejo Merrill —lo saludó Bogus, antes de que uno de los de los flancos, que evidentemente interpretó mal el ademán hacia Overturf, encajara a Trumper un codazo en el plexo solar y lo enviara girando hasta una blanda damisela con olor a almizcle, que mordió ferozmente en el cuello al atacante sorpresivo. Sin aliento, Bogus comenzó a desplomarse, tratando de expresarse con las manos, pero los dos polis lo sujetaron contra la barandilla e inclinaron su cabeza hacia atrás, dejándola colgada en el hueco de la escalera.

Del revés, Bogus vio que bajaban a Merrill por la escalera hasta el vestíbulo. En competencia con el chirrido de la puerta al abrirse, Merrill desafinó, con su voz frágil y quebradiza:

—*Ich bin nicht betrunken!* —entonces la puerta del vestíbulo se cerró con su alto y sostenido quejido.

Trumper luchó por recuperar la respiración para explicarse. Pero solo logró farfullar:

—No está borracho. Déjenme ir con él...

Sin darle tiempo a terminar la oración, uno de los policías le apretó los labios y comenzó a amasarlos como si quisiera hacer pan. Bogus cerró los ojos y oyó decir a una puta:

—Es diabético.

Al unísono, uno de los policías le gritó en el oído:

—¿Así que quieres ir con él? ¿Para qué quieres ponerle las manos encima?

Cuando Trumper trató de sacudir la cabeza y explicar a través de sus labios hechos puré que solo había alargado la mano para tocar a Merrill porque era su amigo, la puta repitió:

—Es diabético. Me lo dijo. Soltadlo.

—¿Es diabético? —dijo un policía. Bogus sintió que le palpitaba el pulso detrás

de los ojos—. Diabético, ¿eh? —reiteró el policía. Enderezó violentamente a Bogus y le apartó las manos de la boca.

—¿Eres diabético? —le preguntó el otro; los dos permanecieron alertas, sin tocarlo, pero dispuestos a hacerlo.

—No —dijo Bogus, con la boca ardiente y repitió «no», seguro de que no lo habían oído porque tenía la boca llena de erizos—. No, no soy diabético —dijo con toda claridad.

Volvieron a cogerlo.

—En ningún momento creí que lo fuese —dijo un poli al otro.

Mientras lo empujaban por el pasillo y lo sacaban a la helada intemperie, Bogus oyó la débil voz fatigada de la puta, que gritaba detrás:

—No, no... Jesús. *El* no es el diabético. ¡Cristo! Lo que quise decir es que me dijo que *el otro* era... —se cerró la puerta del vestíbulo, dejando a la puta dentro y a Bogus en movimiento en la acera, flanqueado por los dos policías que le metían prisas.

—¿Adónde vamos? —les preguntó Bogus—. Mi pasaporte está en la habitación. ¡En nombre de Dios, no tengo por qué ser tratado así! No pensaba atacar a ese tipo... ¡es mi jodido amigo! Y tiene diabetes. Llevadme con él... —pero lo metieron en un Volkswagen verde de la *Polizei*, golpeándole las espinillas en el dispositivo para el cinturón de seguridad, y lo doblaron en dos para encajarlo tal como querían en el asiento trasero. Lo esposaron a una ingeniosa presilla metálica del suelo, de manera que no tenía más remedio que ir con la cabeza entre las piernas—. Tenéis que haber perdido la chaveta —les dijo—. No os importa nada de lo que digo —volvió la cabeza; a través de la pequeña brecha entre la pantorrilla y la rodilla doblada, divisó al poli que iba atrás con él—. Eres un ano —le dijo Trumper—. Y el otro también —agitó la cabeza para que chocara contra el asiento del conductor, que soltó un taco.

—Tranquilo, ¿vale? —dijo el poli del asiento de atrás.

—¡Calla, poro anal abierto! —le gritó Trumper, pero el poli se inclinó, casi amablemente curioso, como si no lo hubiera oído bien—. Tu mollera es sifilítica —pregonó y el poli se encogió de hombros.

El del asiento de adelante preguntó:

—¿No sabe nada de alemán? Sé que lo habla un poco; lo oí, me parece. Dile que hable en alemán.

Bogus sintió un estremecimiento que ascendió por su espina dorsal e hizo tamborilear las esposas. ¡Habría jurado que estaba hablando en alemán! Entonces se puso a dar voces en alemán.

—¡Cretino! —vociferó y demasiado tarde para mover la cabeza, vio la negra porra de goma dura en la mano del poli.

Entonces oyó la radio. Una voz dijo:

—Un borracho...

Y oyó el murmullo de su propia voz:

—*Ich bin nicht betrunken...* —y lamentó haber abierto la boca al ver saltar la porra y oír *crac* contra las costillas, aunque en realidad no lo sintió hasta que volvió a respirar.

—Un borracho —informó la radio. Se esforzó por no volver a respirar.

—Respire, por favor... —aconsejó la voz de la radio. Respiró y se quedó todo frío.

—Se quedó todo frío —dijo una puta grabada.

—Tu madre —murmuró Trumper—. Tú, puta grabada... —y la porra le dio en las costillas, en las muñecas, en los riñones y en la mente.

Le llevó largo rato nadar hasta el lugar exacto del Danubio desde el que se veía el tanque sumergido. Pedaleando en el agua y sin perder de vista la luz en el muelle de la Gelhafts Keller, vio elevarse el cañón del tanque hasta donde creyó que casi podía tocarlo, o que estaba perfectamente apuntado para hacerlo saltar por los aires. Luego la escotilla superior del tanque se abrió, o dio la impresión de abrirse, o al menos onduló en el agua. ¿Quiénes están debajo de la escotilla del tanque? ¿No hay nadie interesado en saber que están allí? Pero entonces pensó que estaba en un Volkswagen... y si hay un boquete en el techo, estoy a salvo con Couth.

En ese momento los bidés descargaron aguas y le aclararon la mente.

Ignoraba durante cuánto tiempo había perdido la cabeza y hasta qué punto la había recuperado, cuando se dio cuenta de que había algo más escrito en la página puesta en la máquina, ante sus ojos. Lo leyó, preguntándose quién lo habría escrito, después de estudiarlo con detenimiento, como una carta que hubiera recibido, o incluso como una carta de otro dirigida a otro. Entonces vio a la figura agachada en el extremo inferior de la puertaventana y se sobresaltó al sentarse de pronto derecho y gimiendo mientras en el cristal, simultáneamente, una aterradora réplica gnomoide de sí mismo se erguía y difuminaba como un espécimen microscópico.

Cuando abrió la puerta que daba al pasillo, encontró muchas caras: putas con sus clientes, *Frau Taschy* y un poli.

—¿Qué pasa? —preguntaron varios.

—¿Cómo?

—¿Cuál es el problema? —preguntó el poli.

—¿Por qué gritaba? —preguntó *Frau Taschy*.

—Borracho —susurró una puta.

Como una grabación, Trumper dijo:

—*Ich bin nicht betrunken.*

—Sin embargo estaba gritando —declaró *Frau Taschy*. El poli dio unos pasos y espío el interior de la habitación, más allá de Bogus.

—Ha estado escribiendo, ¿eh? —fue lo único que dijo, pero Trumper lo miró de arriba abajo en busca de la porra—. ¿Qué mira? —le preguntó: no llevaba porra.

Bogus retrocedió lentamente y cerró la puerta de la habitación. Se metió un dedo en un ojo: le dolió. Se palpó el cuello donde la puta lo había mordido: no sintió dolor.

Las muñecas y las costillas golpeadas por la porra no estaban doloridas.

Prestó atención al murmullo del pasillo y decidió hacer la maleta. *Están levantando la puerta para separarla de sus bisagras*. Pero no era así: solo estaban allí, de pie, cuando salió. Pensó que si no se hacía cargo de la situación, ellos se harían cargo de él. De modo que dijo, con gran dignidad:

—Me marcho. Es imposible trabajar aquí con tanto ruido.

A *Frau* Taschy le entregó un dinero que le pareció más que suficiente, pero ella soltó una delirante historia acerca de que llevaba allí un par de meses. Bogus se sintió muy confundido pero con el poli presente pensó que más le valía pagar a *Frau* Taschy lo que pedía. Su pasaporte asomaba por el bolsillo del traje de espía y cuando el poli se lo pidió, Bogus señaló con la cabeza el bolsillo. El poli lo cogió cautelosamente. Entonces Bogus hizo una última comprobación, solo para cerciorarse.

—¿Merrill Overturf? —dijo—. ¿Es diabético?

Pero nadie respondió; más aún, algunos curiosos apartaron la mirada y fingieron no oírlo, como si el azoramiento por su presencia fuera tan intenso como para temer que en cualquier momento se desnudara.

Una vez afuera, el poli lo siguió una o dos manzanas... sin duda esperando verlo saltar delante de un coche o tirarse de cabeza en un escaparate. Pero Bogus adquirió un ritmo enérgico, andando como si supiera adonde iba; el poli se rezagó y por último desapareció. Trumper estaba solo, rodeando la Graben por seguras callejuelas laterales; le llevó cierto tiempo localizar la *Kaffeehaus* Leopold Hawelka, y vaciló antes de entrar, como si conociera a toda la concurrencia, incluso como si la búsqueda de Merrill nunca hubiera progresado después de sus primeras averiguaciones allí.

Dentro vio al camarero nervioso y le sonrió. Vio también a la chica que había conocido a Merrill de alguna manera y en otra época. Vio a la chica voluminosa con la sombra de párpados verde neón, la Madre Rectora del Antro, que discurseaba a una mesa rodeada de discípulos. Pero no estaba del todo preparado para ver al profeta barbudo sentado casi oculto detrás de la puerta... como los duros que controlan documentos de identidad en Estados Unidos, o los listillos que venden entradas en los cines porno. Cuando el profeta habló, rugió, y Bogus giró repentinamente sobre sus talones para ver quién gritaba.

—¿Merrill Overturf! —atronó el profeta—. Bien, ¿lo encontraste?

Ya fuese por el volumen de la voz o porque dejó a Trumper inmóvil, congelado en una molesta postura de pivote, casi todos los parroquianos de la Hawelka dieron la impresión de pensar que la pregunta iba dirigida a ellos; también se quedaron helados, atascados en sus cafés, empantanados en su té con ron, cervezas y *brandies*, pegados, sin morder, a lo que estaban masticando.

—¿Bueno, lo encontraste o no? —se impacientó el profeta—. Dijiste Merrill Overturf, ¿no? ¿No lo estabas buscando? ¿Diste con él?

Toda la Hawelka esperó la respuesta. Bogus se sintió perdido; creyó ser una tira

de película a la que rebobinan antes de terminar.

—¿Y? —preguntó en voz muy baja la chica verdeneón—. ¿Lo encontraste?

—No sé —confesó Trumper.

—¿No lo sabes? —bramó el profeta.

Con vomitiva compasión en la voz, la chica verdeneón le rogó:

—Eh, ven y siéntate, tú. Tienes que quitártelo de la cabeza, me parece. Sé muy bien...

Pero él volvió a girar hacia la puerta con su abultada maleta; sin querer golpeó al camarero en la ingle con ella, haciendo que ese hombre tan elegante y ágil se doblara... y mantuviera, por un instante, una proeza equilibrista con los cafés y cervezas que se deslizaban por su bandeja.

El profeta intentó agarrarlo en la puerta, pero Bogus lo esquivó.

—Tiene que haberse dado con algo —lo oyó anunciar justo antes de que se cerrara la puerta—. Descuélgate. Te estrellarás...

Afuera, alguien que estaba entre las sombras le tocó la mano con algo parecido al afecto.

—¿Merrill? —gimoteó Bogus.

—*Gra! Gra!* —dijo el hombre, volviéndose como un defensa y arrojándole un paquete *pañ* en el vientre. Cuando Trumper se enderezó, había desaparecido.

Apretó el paso hasta el bordillo y acercó el bulto a la luz; era un paquete duro, envuelto en papel blanco y atado con cordel blanco de carnicería. Lo deshizo. Bajo esa tenebrosa luz de neón parecía chocolate y era extrañamente pegajoso al tacto; despedía un ligero olor a menta. ¿Un trozo mentolado de dulce de azúcar? Un regalo extraño. Luego se inclinó, olió a fondo y lo tocó con la lengua. Era *hashish* puro, un rectángulo perfecto, algo más grande que un ladrillo.

Un clamor sonó en su cabeza cuando intentó imaginar cuánto valía.

En la ventana empañada de la Hawelka, vio que una mano limpiaba un fragmento para espiar hacia la calle. Adentro, una voz anunció:

—Sigue allí.

Por consiguiente, enseguida dejó de seguir allí. No tenía intención de volver a salir a la amplia Graben, pero la dirección por la que casualmente fue al trote lo llevó a la brillante calle de putas. Metió el ladrillo de *hashish* en la maleta.

Tampoco tenía la intención de hablar con nadie; sin embargo, vio a la damisela del abrigo de piel con el manguito a juego y notó que se había cambiado. Ya no llevaba el abrigo de piel ni el manguito; se había puesto un traje primaveral, como si tuviera calor.

Le preguntó la hora.

¿Cómo se relaciona una cosa con cualquier otra cosa?

Ralph intentaba explicar la estructura de su película comparándola con una novela contemporánea, *Telegramas vitales*, de Helmbart.

—La estructura es todo —dijo. Luego citó en voz alta un párrafo de la sobrecubierta en el que se decía que Helmbart había alcanzado algún tipo de ruptura—. «Las transiciones... de hecho todas las asociaciones son sintácticas, retóricas, *estructurales*; es casi una historia de la estructura de la oración más que una historia de los personajes; más que hilvanar una trama, Helmbart complica variaciones sobre formas de oraciones» —leyó.

Kent asintió enfáticamente, pero a Ralph le interesaba más que lo entendieran Trumper y Tulpen. Pretendía que la comparación con la obra de Helmbart arrojaría la luz necesaria en el montaje de Tulpen y en la banda sonora de Trumper.

—¿Entiendes? —preguntó Ralph a Tulpen.

—Ralph, ¿te gustó ese libro? —quiso saber Tulpen.

—¡Eso no viene al caso, no viene al caso, no viene al jodido caso! —exclamó Ralph—. Solo me interesa como ejemplo. No me gustó, por supuesto.

—A mí me pareció horroroso —dijo Tulpen.

—Casi ilegible —terció Trumper mientras se iba al lavabo con el libro bajo el brazo. En realidad, ni siquiera lo había hojeado.

Se instaló en el baño rodeado de mensajes, dado que allí estaba el teléfono. Ralph lo había trasladado al lavabo cuando comenzó a sospechar de la cantidad de llamadas a larga distancia que ninguno de ellos reconoció como propias. Estaba seguro de que alguna gente se dejaba caer por Christopher Street para poner conferencias. Entraban a hurtadillas —según su teoría— cuando él, Bogus, Tulpen y Kent estaban ocupados en otros ambientes del estudio. Pero alguien que entraba así no soñaría con buscar el teléfono en el cuarto de baño.

—¿Y si entran para usar el lavabo? —había preguntado Trumper en su momento.

Sea como fuere, allí lo instalaron. Las paredes, la tapa del inodoro, el espejo y los estantes estaban salpicados de recordatorios, números, pedidos urgentes y traducciones jeroglíficas de mensajes, manuscritas por Kent.

Trumper descolgó el teléfono y abrió *Telegramas vitales*. Ralph les había hecho notar que el éxito de la estructura consistía en que posibilitaba abrir el libro al azar y comprender todo inmediatamente, empezaras por donde empezaras. Trumper lo abrió por la mitad y leyó el capítulo 77 de cabo a rabo.

Capítulo 77

En cuanto la vio, lo supo. Sin embargo, persistió.

De inmediato sentimos que todo el sistema de articulación a rótula era erróneo para el robador. ¿Por qué, entonces, lo forzamos?

En cuanto la cabra fue asesinada, supimos que íbamos a por ello. Fingir otra cosa era absurdo. Sin embargo, Mary Beth mintió.

No tenía ningún sentido destinar a ese uso la llave de cubo. Pero podría haber funcionado.

No tuvo ninguna gracia el abominable destripamiento de Charles. Extraño que no nos impresionáramos cuando Holly rio.

Con sus pies tal como estaban, Eddy no podía haber tenido muchas esperanzas. De haberlo visto, no obstante, habrías creído que aún tenía los dedos de los pies.

—¡No te acerques a mí! —gritó Estella, ofreciéndole los brazos.

Sabíamos que la idea de garbanzos con rosquillas glaseadas desafiaba el concepto de despliegue. Aunque ambas cosas fueran pardas.

No había ninguna lógica, por supuesto, en el miedo al gato más bien grande de Harold por el enano. Pero si alguna vez has pasado un rato de rodillas, sabes lo diferentes que se ven las cosas desde allá abajo.

Ese era el capítulo 77. Con curiosidad por el abominable destripamiento de Charles, Trumper volvió a leerlo. Le gustó lo de los garbanzos y las rosquillas glaseadas. Leyó por tercera vez el capítulo y le irritó no saber qué pasaba con los pies de Eddy. ¿Y quién era Estella?

Ralph llamó a la puerta; quería hablar por teléfono.

—Entiendo muy bien el miedo al gato más bien grande de Harold por el enano —contestó Trumper a través de la puerta cerrada. Ralph se alejó, maldiciendo.

Lo que a Trumper le costaba comprender era la relación entre la obra de Helmbart y la película de Ralph. Luego se le ocurrió una: probablemente ninguna de las dos significaba nada. De alguna manera, eso lo hizo sentir mejor con respecto a la película. Relajado, se acercó al inodoro. Pero estaba demasiado relajado: olvidó pellizcarse para abrirla. Resulta difícil apuntar una manguera con la boquilla obstruida. Se meó el zapato, dio un salto atrás y de un codazo tiró el teléfono en el lavamanos. Haciendo muecas de dolor, meó torpemente todo el recorrido de regreso al inodoro. En su estado, aunque era doloroso mear, peor era interrumpir.

Vaya relajación, pensó. Se acordó de una de las muchas lecciones didácticas de *Akthelt* y *Gunnel*, la impresionante historia de *Sprog*.

Sprog era guardia de corps de Akthelt, su escudero, valet, afilador de cuchillos, cazador de cabezas, jefe de exploradores, entrenador predilecto de boxeo y fiable buscador de putas. Cuando visitaban ciudades tomadas, *Sprog* probaba todo lo que servían a Akthelt antes de que este comiera.

Viejo Thak le había regalado *Sprog* a Akthelt el día que este cumplió veintiún años. Akthelt estaba más contento con *Sprog* que con cualquiera de sus héroes, perros o demás sirvientes. Para el cumpleaños de *Sprog*, Akthelt le regaló, a su vez, una *gretha* capturada muy apetitosa, llamada Fluvia. El propio Akthelt estaba bastante prendado de Fluvia, de lo que se desprende cuánto apreciaba a *Sprog*.

Sprog no era *gretho*. No había un solo hombre capturado entre los *grethos*; solo se

llevaban a las mujeres. Los *grethos* del sexo masculino eran obligados a cavar un vasto hoyo, luego se los atontaba a pedradas, se los arrojaba dentro y se les quemaba.

Un día Viejo Thak regresaba de una guerra por la costa de Schwud, cuando uno de sus exploradores —que se había adelantado a estudiar el terreno— se acercó y le informó que la playa siguiente estaba bloqueada por un largo bote de remos, delante del cual había un hombre que empuñaba una enorme madera de deriva como si fuera un mazo ligero de peso. Viejo Thak cabalgó con sus exploradores para ver al fenómeno. El hombre apenas pasaba del metro y medio de altura y tenía pelo rubio ensortijado, pero el contorno de su pecho también parecía de metro y medio. No tenía cuello, ni muñecas, ni tobillos; era simplemente un gran pecho con miembros casi desarticulados y una cara con tan pocos rasgos distintivos como un yunque con una peluca rubia ensortijada. La madera de sesenta centímetros de grosor reposaba sobre su hombro.

«Pásale por encima», dijo Viejo Thak a uno de sus exploradores. El hombre cargó contra la extraordinaria aparición achaparrada que había bloqueado la playa con un bote de remos. El enano gigante balanceó el leño como si fuera un bate contra el pecho del caballo, matándolo instantáneamente; a continuación arrancó al explorador de los estribos enredados y lo dobló en dos, partiéndole la espalda sin el menor esfuerzo. Luego recogió su raqueta de madera flotante y volvió a plantarse delante del bote, con la vista fija playa abajo, donde Viejo Thak observaba con el otro explorador.

Trumper recordó haber pensado que en ese momento el otro explorador debió de cagarse en los pantalones.

Pero Viejo Thak no era tan manirroto como para sacrificar a otro explorador. Reconoció el gran potencial de guardaespaldas en cuanto vio al coloso y ordenó al explorador que lo siguiera hasta la legión. Thak lo quería vivo.

Unos veinte hombres con redes y largos garfios apresaron finalmente al supergnomo que bloqueaba la costa de Schwud. Fue un teniente de ese grupo de hombres quien por primera vez lo llamó *Sprog*. *Da Sprog...* cuya traducción libre sería Sapo del Diablo; formaba parte de la religión de esa gente una especie de supersapo que encarnaba al diablo, o a través del cual el diablo brincaba por la tierra.

Pero esas eran pamplinas. Resultó tan fácil entrenar a *Sprog* como a un halcón y llegó a ser tan leal a Viejo Thak como su mejor perro, *Rotz*. De modo que fue una demostración de afecto paterno que Viejo Thak se privara de *Sprog* para regalárselo a su hijo Akthelt.

Trumper interrumpió las remembranzas del relato para preguntarse si había sido en ese momento de su vida cuando *Sprog* comenzó a relajarse y pensar que se había asentado. Probablemente no, reflexionó Trumper, porque *Sprog* padeció una especie de complejo de inadaptación durante los primeros años que pasó con Akthelt. Viejo Thak había sido menos exigente y con él a *Sprog* le resultaba cómodo el papel de perro mayor. Pero Akthelt era de su misma edad y tenía tendencia a coger más

confianza con la servidumbre; de hecho, a Akthelt le gustaba emborracharse con *Sprog* y este ya no sabía cuál era su lugar. Era devotamente leal a Akthelt, desde luego, y habría hecho cualquier cosa por él, pero recibía de su amo un trato lo bastante amistoso como para confundirse. La igualdad es un tema poco frecuente y aleatorio en *Akthelt y Gunnel*, aunque aquí aparece en su aspecto característicamente perjudicial.

Una noche, Akthelt y *Sprog* salieron de copas en la pequeña aldea de Thith. Volvieron a casa, al castillo, tambaleándose a través de un huerto, compitiendo a ver quién era capaz de arrancar de cuajo el árbol más grande. Ganó *Sprog*, naturalmente, y tal vez ello irritó a Akthelt. Fuera cual fuese la razón, estaban cruzando el foso cogidos del brazo, cuando Akthelt le preguntó a *Sprog* si le ofendería que se acostara con su reciente esposa Fluvia. Al fin y al cabo eran amigos...

Tal vez con esta propuesta se disipó súbitamente la confusión de la vida de *Sprog*. Debió de comprender que Akthelt podría haberse limitado a tomar a Fluvia cada vez que le viniera en gana, y tal vez pensó que pidiéndole permiso le estaba concediendo la igualdad.

Algo para lo que aparentemente *Sprog* no estaba preparado, pues no solo dijo alegremente a Akthelt que disfrutara a su placer con Fluvia, sino que además él mismo fue corriendo a las alcobas reales para disfrutar a su placer con la Gunnel de Akthelt. Este no había dicho una sola palabra al respecto. Obviamente, *Sprog* había interpretado mal la situación.

Trumper imaginó al pobre *Sprog* volando por los laberínticos pasillos que llevaban a los reales alojamientos, como una bola de bolos de metro y medio. *Entonces* fue cuando *Sprog* se relajó.

Ralph volvió a golpear la puerta del baño y Trumper se preguntó en qué estaba pensando. Miró el libro que tenía entre las manos, esperando de alguna manera que fuese *Akthelt y Gunnel*, y se decepcionó al ver que solo era *Telegramas vitales*, de Helmbart. Ralph abrió la puerta y siguió el cordón del teléfono hasta el lavamanos. Aparentemente no le sorprendió encontrarlo allí; marcó en el lavamanos, oyó la señal de ocupado en el lavamanos y colgó en el lavamanos.

Jesús, tendría que llevar un diario, pensó Trumper.

Esa noche lo intentó. Después de hacer el amor con Tulpen, se le ocurrieron algunas cuestiones. Ciertas analogías ocuparon su mente. Pensó en Akthelt cayendo a trompicones sobre la morena Fluvia, que esperaba a su grueso *Sprog*. Al principio Fluvia se asustó porque creyó que *era Sprog*. Fluvia y *Sprog* habían acordado que nunca harían el amor cuando él hubiera bebido en exceso pues Fluvia temía que le partiera la columna vertebral. También había un término intraducible que tenía que ver con el olor de *Sprog* cuando se embriagaba.

Pero Fluvia adivinó enseguida quién le estaba haciendo el amor, quizá porque no se le partió la columna, quizá por su regio aroma. «Oh, milord Akthelt», susurró.

Una vez más Trumper pensó en el pobre y despistado *Sprog* rodando hacia las

alcobas reales, caliente solo de pensar en Gunnel. Luego pensó en los bebés, en los artilugios anticonceptivos y en hacer el amor con Biggie en comparación con hacer el amor con Tulpen. Su diario estaba en blanco.

Recordó que Biggie siempre se olvidaba de tomar la píldora. Bogus colgaba el pequeño distribuidor de plástico del cordón de la luz del baño para que pensara en la anticoncepción cada vez que encendía y apagaba la luz, pero a ella no le gustó nada la idea de que las píldoras se exhibieran en público. Cada vez que Ralph aparecía por la casa, ella se enfurecía más de lo acostumbrado. «¿Hoy has tomado la píldora, Biggie?», le preguntaba Ralph al salir del baño.

Por su lado, Tulpen tenía un dispositivo intrauterino. Biggie *había tenido* un malogrado DIU en Europa, pero lo dejó allí. Trumper tenía que reconocer que el DIU añadía algo a la relación. Lo sentías allí como una parte extra, una mano o un diminuto dedo de repuesto. Una que otra vez le hacía cosquillas. Le gustaba. Además, se movía. Con Tulpen, nunca sabía dónde entraría en contacto con el hilito que lo rozaba como un dedo. De hecho, esa noche concreta no había entrado en contacto con el hilito en ningún momento. Preocupado, recordando que Biggie había perdido o disuelto el suyo, habló con Tulpen.

—Tu dispositivo —susurró.

—¿Qué dispositivo?

—El del hilito.

—¿Qué tal *estuvo* mi hilito esta noche?

—En ningún momento lo sentí.

—Sutil, ¿eh?

—No, en serio, ¿estás segura de que va bien? —este tema lo preocupaba a menudo.

Tulpen se quedó un rato callada bajo su cuerpo y luego dijo:

—Todo va bien, Trumper.

—Pero no sentí el hilito —insistió él—. Casi siempre lo siento —dijo, lo que no era del todo cierto.

—Todo va bien —repitió Tulpen y se acurrucó contra él.

Esperó a que se quedara dormida para levantarse y probar suerte con el diario. Pero ni siquiera sabía qué día era; no habría acertado la fecha ni con un margen de error de una semana. Y su cabeza parecía abarrotada de *cosas*. En su mente había un millón de imágenes de la película, tanto reales como imaginarias. Luego volvió a acosarlo el desconcertante párrafo de Helmbart sobre los pies de Eddy. Y había que tener en cuenta *Akthelt y Gunnel*; era evidente que no lograba pasar de la imagen de *Sprog* haciendo esos a través del castillo, con sus expectativas erectas.

Consiguió dar forma a una oración. Aunque no parecía propia de un diario; de hecho, era más bien un recurso de partida. Pero la escribió a pesar de sí mismo:

«Me lo recomendó su ginecólogo».

¡Vaya forma de empezar un diario! Entonces se preguntó: ¿cómo se relaciona una

cosa con cualquier otra cosa? Pero por algo había que empezar.

Por ejemplo... *Sprog*.

Vio que Tulpen se hacía un ovillo en la cama, tironeaba de la almohada, le hacía una tijera de piernas y seguía durmiendo tranquilamente.

Las cosas una a una. ¿Qué pasó con Sprog?

¿Qué pasó con el *hashish*?

En East Gunnery, Biggie, tu madre nos dio habitaciones separadas, aunque eso la obligó a dormir con la tía Blackstone y a poner a tu padre en el sofá de la sala. Y nos olvidamos del pobre Couth, que esperaba noticias nuestras en el terreno de abajo. Pasó la noche en su ventilado Volkswagen y por la mañana despertó rígido como un muerto.

Pero no hubo demasiados disgustos en la mesa después del anuncio... con excepción de las dificultades para hacer que tu sorda tía Blackstone entendiera.

—*Embarazada* —dijiste—. Tía Blackstone, estoy embarazada.

—¿*Alquilada*? —preguntó tu tía—. ¿Qué casa está alquilada? ¿Quién la alquila? ¿Quién alquila qué?

De modo que fue necesario gritar la novedad incriminatoria y cuando finalmente la tía Blackstone la pescó, no entendió el porqué de tanto jaleo.

—Ah, *embarazada* —dijo—. Qué bonito. ¡Eso ya es algo! —y te clavó la mirada, Biggie, maravillada por tu prodigio metabólico, contenta al saber que los jóvenes seguían siendo fértiles; en los jóvenes había por lo menos algo que no había cambiado.

Todos fuimos bastante comprensivos con tu madre, tolerando que diera por sentado que dormíamos en habitaciones separadas; solo tu padre tuvo la osadía de insinuar que debíamos de haber dormido juntos antes como mínimo una vez, de modo que no había nada que salvar. Pero lo dejó pasar al ver, lo mismo que nosotros, que tu madre necesitaba sustentarse en alguna formalidad. Tal vez consideraba que aunque la hija hubiera sido violada y mancillada pasada la infancia, no había ningún motivo para que su habitación no permaneciera pura. ¿Para qué ensuciar los ositos de peluche de la cabecera de la cama, y los duendecillos en esquíes, alineados con tanta inocencia encima de la cómoda? Era necesario que algo quedara intacto. Todos lo entendimos, Biggie.

Y a la mañana siguiente nos encontramos en el cuarto de baño. Tiré la dentadura de la tía Blackstone en el lavamanos; los dientes castañetearon ruidosamente en el cuenco: era una boca errante. Esto te hizo reír mientras te cortabas las uñas en el borde de la bañera... mi primera experiencia con la domesticidad.

Al otro lado de la puerta, tu madre estaba nerviosa.

—Hay otro lavabo arriba —dijo dos veces, como si temiera que volvieras a quedar embarazada, tuvieras mellizos, o algo peor.

Y me hablaste en un susurro, Biggie, mientras me salpicaba agua en las axilas.

—¿Te acuerdas, Bogus, cuando intentaste lavarte en el *bidé* de Kaprun? —y mi miembro se encogió con ese helado recuerdo.

Por la mañana, Trumper habló en sueños a la suave cabellera que hacía nido en su almohada.

—¿Te acuerdas...? —empezó a decir, pero no reconoció el perfume y se apartó

de la figura que estaba a su lado en la cama.

—Te acue... —dijo la puta, somnolienta: no entendía inglés.

Cuando se fue, lo único que recordaba de la puta eran sus anillos y el empleo que les daba. Era un juego que ella había inventado: reflejar pequeñas facetas de luz, atrapadas en las multifacéticas piedras, por todo su cuerpo y el de él. «Besa esta», decía, señalando un punto de luz parpadeante. Cuando movía las manos, los bordes espejados de luz se movían con ellas, trazando brillantes cuadrados y triángulos sobre su hondo ombligo y en su muslo tenso.

Tenía manos largas, encantadoras, y las muñecas más rápidas que él hubiese visto. También practicaba esgrima con sus sortijas. «Intenta detenerme», había dicho, en cuclillas frente a él, sobre la oscilante cama de la pensión, mientras hacía fintas, quites, y le tendía sus manos danzarinas, arañándolo cada tanto con el borde filoso de un anillo, aunque nunca tan fuerte como para rasgar la piel.

Cuando la cubrió, ella le pasó los anillos por la espalda. En un momento dado Trumper vislumbró sus ojos: la puta observaba cómo se perseguían los prismas de sus anillos en el techo mientras se movía bajo su cuerpo con encogimientos leves y descuidados.

En la Josefsplatz dejó de andar alrededor de la fuente y se preguntó cómo había llegado allí. Trató de recordar cuánto le había pagado a la puta, o al menos cuándo lo había hecho. No recordaba nada de la transacción y revisó su billetero vacío en busca de alguna pista.

Desde la maleta, lo embotó el fino aroma a chocolate mentolado entreverado con calaminta, y recordó el ladrillo de *hashish*. Se imaginó pagando el almuerzo con una rodaja. Cogería un cuchillo de cocina, cortaría un trozo delgado como un papel y le preguntaría al camarero si era suficiente.

En la oficina de American Express se encontró preguntando por Merrill Overturf en el mostrador de informaciones. Al otro lado, un hombre inclinó su desconcertada cabeza, consultó un mapa que tenía delante y luego otro más grande que había detrás.

—¿Overturf? —preguntó—. ¿Dónde está? ¿Conoce la ciudad más cercana?

En cuanto se aclararon las cosas, el hombre señaló a Trumper la ventanilla de correspondencia. Allí una chica sacudió firmemente la cabeza; American Express no tenía un buzón permanente a nombre de Merrill Overturf.

De cualquier manera, Bogus insistió en dejarle una nota.

—Bien, podemos retenerla en el escritorio —dijo la chica—. Pero solo una semana. Después será una carta muerta.

¿Una carta muerta? Aparentemente hasta las propias palabras pueden morir.

En el tablón de anuncios del vestíbulo había unos cuantos mensajes breves sobre todo tipo de asuntos:

¡ANNA, POR DIOS, VUELVE A CASA!

REPETICIÓN ESPECIAL TELETIPO JUEGO DE LA SEMANA
NFL/PROYECCIÓN TIT. DOM. TAR. 2 & 4/COMP. ENERGÍA ATÓMICA,

KÄRNTNER RING 23, VIENA I/PASAPORTE USA INDISPENSABLE.

KARL, HE VUELTO A LA VIEJA CASA.

PETCHA, LLAMA KLAGENFURT 09-03-79 ANTES MIERC.,

O VE CON GERIG A GRA, ENCUENTRA HOFSTEINER DESPUÉS II JUEV.
TAR/ERNST

A los que Trumper agregó:

MERRILL, DÉJAME ALGO DICHO/BOGGLE

Estaba en la acera de la Kärntner, sintiendo el clima cálido y primaveral, y preguntándose por qué hacía esa temperatura en diciembre, cuando el hombre de mejillas de manzana y corbata de lazo se dirigió a él. Sus labios eran tan carnosos y redondos que el acicalado bigote tenía forma casi circular. A Trumper no le sorprendió que hablara en inglés; era idéntico al encargado de una gasolinera que había conocido en Iowa.

—Vaya, ¿también norteamericano? —le preguntó a Bogus y alargó la mano para estrechar la suya—. Me llamo Arnold Mulcahy —le dio un firme apretón, un rápido bombeo. Bogus estaba tratando de pensar algo amable para responderle, cuando Arnold Mulcahy separó sus pies del suelo con una presa de brazo con volteo, perfectamente ejecutada. Para ser tan rollizo, se movía muy rápido; estuvo detrás de Bogus sin darle tiempo a modificar su postura gatuna y ya le había arrancado la maleta de la mano. Luego un doble de ala impecable, y lo dejó tendido en la acera.

Trumper estaba algo mareado como resultado del encuentro de la acera con su frente, pero logró preguntarse si Arnold Mulcahy no sería un antiguo entrenador de lucha libre al que conocía. Intentaba localizar su nombre cuando vio que el coche frenaba junto al bordillo y que dos hombres se apeaban a toda velocidad. Alguien metió la cabeza en la maleta de Trumper y aspiró a fondo.

—Aquí está, sí —dijo.

Todas las puertas del coche estaban abiertas. Otra vez estoy teniendo este sueño, pensó Trumper, pero percibió que los hombros se le desarticulaban realmente y que los dos hombres que ayudaron a Arnold Mulcahy a arrojarlo en la parte de atrás eran muy reales.

En el asiento trasero, lo cachearon tan rápido y concienzudamente que podrían haberle dicho cuántas púas tenía el peine que llevaba en el bolsillo. Arnold Mulcahy iba sentado adelante y leía el pasaporte de Trumper. Después desenvolvió el ladrillo de *hashish*, lo olisqueó, tocó su resina pegajosa y lo lamió con su lengua de sapo.

—Mercancía purísima, Arnie —dijo uno de los que iban en el asiento trasero con Bogus. Su acento era Alabama purísimo.

—Sí —ratificó Arnold Mulcahy, que volvió a envolver el ladrillo, lo guardó en la maleta de Trumper, se ladeó en el asiento delantero y le sonrió.

Arnold Mulcahy rondaba los cuarenta, era risueño y mofletudo; entre otras cuestiones, Trumper estaba pensando que Mulcahy acababa de ejecutar la mejor presa de brazos con volteo y el mejor doble de ala que hubiese tenido la desgracia de

encontrar en toda su carrera de luchador. También estaba pensando que los tres que iban en el coche eran cuarentones y probablemente norteamericanos. Sin embargo, no todos eran risueños y mofletudos.

—No se preocupe, mi buen muchacho —le dijo Arnold Mulcahy, aún sonriente. Su voz era una mala imitación nasal de W. C. Fields—. Todo el mundo sabe que es bastante inocente. O sea casi inocente. Lo que queremos decir es que no hemos notado que intentara pasar la mercancía.

Mulcahy hizo un guiño a los que flanqueaban a Bogus. Entonces le soltaron los brazos y le dejaron frotarse los hombros doloridos.

—Solo una pregunta, hijo —Mulcahy levantó un trocito de papel; era la nota que Bogus había dejado para Merrill en el tablón de anuncios de American Express—. ¿Quién es Merrill? —preguntó, y como Trumper se limitó a mirarlo fijo, prosiguió—: ¿Será este Merrill un comprador en perspectiva, hijo? —pero Trumper tenía miedo de hablar. Pensaba que fueran quienes fuesen, sabían más que él, y prefirió esperar a ver adonde iba el coche—. Mi buen muchacho, sabemos que no tenía la intención de quedarse con la droga, pero solo podemos adivinar qué pensaba hacer con ella — Trumper no dijo una palabra. El coche rodeó la *Schwartzenburgplatz*, dando vueltas detrás del sitio en que lo habían secuestrado. Trumper se dio cuenta de que había visto demasiadas películas; existía una asombrosa similitud entre los polis y los maleantes, y no sabía con certeza a qué grupo pertenecían estos.

Arnold Mulcahy suspiró.

—Personalmente, opino que podemos haberle salvado de cometer un delito. Hasta ahora su único delito es de omisión, pero si ese personaje Merrill es alguien a quien pensaba venderle la mercancía, es otro tipo de delito —guiñó un ojo a Bogus y esperó para ver si respondía. Bogus contuvo la respiración—. Venga, ¿quién es Merrill?

—¿Quién es *usted*? —preguntó Bogus.

—Arnold Mulcahy —dijo Arnold Mulcahy, le tendió la mano y volvió a guiñarle un ojo. Quería estrecharle la mano otra vez, pero Bogus aún no había olvidado la presa de brazo con volteo ni el doble de ala, y vaciló antes de aceptar el firme apretón.

—Solo queda una pregunta para usted, Mr. Fred Trumper —anunció Arnold Mulcahy. Le soltó la mano y repentinamente se puso tan serio como puede ponerse un hombre risueño y mofletudo—. ¿Por qué abandonó a su esposa?

Lo que pasó con *Sprog*

Lo descojonaron con un hacha de combate. Después lo exiliaron a la costa de su Schwud natal. Para recordarle su castración, exiliaron con él a su lasciva esposa Fluvia. Todo ello era el castigo acostumbrado por atacar sexualmente a un miembro de la familia real.

Cuando le pregunto por qué su ginecólogo le recomendó que se quitara el dispositivo intrauterino, hace con su teta esa cosa que es para volverse loco... levanta de un manotazo su amplio pecho, como diciéndome que el artilugio contraceptivo o su ausencia es asunto de ella.

—¿Cuándo te lo sacó? —le pregunto y se encoge de hombros, como si no quisiera molestarse en recordarlo. Pero yo recuerdo muy bien que van varias veces que no siento el roce del hilito.

—¿Por qué no me lo dijiste? Podría haberme puesto un condón.

Murmura indiferente que su ginecólogo tampoco habría aconsejado un condón.

—¿Qué? —chillo—. En primer lugar, ¿por qué te recomendó que te lo sacaras?

—Es lo primero que se recomienda para lo que yo quiero —dice, escapando por la tangente.

Sigo sin entender; sospecho que la pobre chica no tiene idea de lo que es la reproducción. Entonces me doy cuenta de que yo no entiendo a la pobre chica.

—Tulpen, ¿qué es lo que querías para lo cual lo primero que se recomienda es quitar el DIU? —le pregunto lentamente. Y no necesita responder, naturalmente; hacerme expresar la pregunta ha sido suficiente. Me sonrío y se ruboriza—. ¿Un bebé? —digo—. ¿Quieres tener un bebé? —asiente, sin dejar de sonreír—. Podrías habérmelo dicho, o incluso haberme preguntado mi opinión.

—Eso ya lo intenté —dice con aire suficiente, a punto de volver a levantar la teta, estoy seguro.

—Bien, yo también tengo algo que decir al respecto, maldición.

—El bebé será mío, Trumper.

—¡También mío! —grito.

—No necesariamente, Trumper —dice, revoloteando por la habitación como uno de sus prepotentes peces.

—¿Con quién más te has acostado? —le pregunto, como un estúpido.

—Con nadie —replica—. Pero no tienes por qué tener que ver con el bebé más de lo que quieras tener que ver —al notar que la miro con escepticismo, añade—: Tampoco tendrás que ver con el bebé más de lo que yo te permita, cabrón.

Entonces va al baño dando pasos de vals, con un periódico y cuatro revistas, esperando que yo... ¡¿que yo qué?! ¿Que me quede dormido? ¿Que la deje en paz? ¿Que ruegue al cielo que sean trillizos?

—Tulpen —digo a la puerta del baño—, ya podrías estar embarazada.

—Vete si quieres —dice.

—¡En nombre de Dios, Tulpen!

—No es necesario que te sientas atrapado, Trumper. Los bebés no son para eso.

Se queda una hora en el baño y me veo obligado a mear en la pila de la cocina. Pensando: solo faltan dos días para que me operen, tal vez convendría que de paso me esterilizaran todo el aparato.

Pero cuando ella salió del baño parecía menos dura y más vulnerable, y casi instantáneamente Trumper se descubrió deseando ser lo que ella quería que fuese. Sin embargo, la pregunta de Tulpen lo cogió desprevenido.

—Si tuvieras mucho que ver con el bebé —le dijo tímida y dulcemente—, si lo desearas, quiero decir, ¿preferirías niño o niña?

Maldición; Trumper se odió por recordar en ese preciso momento un chiste de pésimo gusto que le había contado Ralph. Una chica acaba de darse un revolcón con su novio y le pregunta: «¿Prefieres niña o niño, George?». George medita un minuto y responde: «Prefiero que nazca muerto».

—¿Y, Trumper? —insistió Tulpen—. ¿Niño o niña? ¿O te da igual?

—Niña —contestó.

Ella estaba exaltada, juguetona, secándose el pelo con una toalla grande y retozando alrededor de la cama.

—¿Por qué una niña? —le preguntó: no quería abandonar el tema, le gustaba esa conversación.

—No sé —musitó él. Podría mentir, pero no era fácil elaborar un embuste. Tulpen le cogió las manos, se sentó en la cama delante de él y dejó caer la toalla.

—Venga, dilo. ¿Porque ya tienes un niño? ¿Es por eso? ¿O te gustan más las niñas?

—No sé —repitió Trumper, irritado.

Ella le soltó las manos.

—Quieres decir que te da igual —afirmó—. En realidad no te importa, ¿verdad? Eso lo dejó sin salida.

—No quiero tener ningún bebé, Tulpen.

Ella se palpó el pelo con la toalla, por lo que resultaba difícil verle la cara.

—Bien, Trumper, yo sí —soltó la toalla y lo miró a los ojos con más dureza de la que nadie, salvo Biggie, lo había mirado—. Y lo tendré, Trumper, tanto si te interesa como si no. Y no costará nada —concluyó, amargada—. Bastará con que me hagas el amor.

Y en ese mismo instante Trumper tuvo muchas ganas de hacerle el amor; en realidad sabía que *lo mejor* sería que le hiciera el amor, enseguida. Pero su mente era un lío. Tenía un cerebro bien ejercitado para las evasivas: estaba pensando en

Sprog...

Aquel matador de caballos, desarraigador de árboles, atravesando a toda marcha la residencia real, derribando al guardián de la alcoba. Luego ve el lujoso y lujurioso lecho. Allí yacía una velada y perfumada Gunnel a la espera de su Lord Akthelt. Entra el sapo de metro y medio. ¿Saltó sobre ella?

Hiciera lo que hiciese, no lo hizo con suficiente velocidad. El texto informa que Gunnel fue «casi humillada por él». Casi.

Parece que Akthelt oyó el grito de Gunnel desde los alojamientos de la servidumbre, donde estaba inmerso en lo más profundo del voluptuoso achuchón de Fluvia. Ni se le pasó por la imaginación que *Sprog* estuviese atacando a su señora; reconoció el grito de ella, sencillamente. Se separó de Fluvia, sacudió su capullo y voló impetuosamente hasta los aposentos reales. Allí, entre él y siete guardianes del castillo cazaron con red a *Sprog* y lo separaron de la desfalleciente Lady Gunnel haciendo palanca con ayuda de varias herramientas de la chimenea.

Según la costumbre, las castraciones tenían lugar de noche, y a la siguiente las bolas del pobre *Sprog* fueron cercenadas con un hacha de combate. Akthelt no asistió al acontecimiento; tampoco lo presencié Viejo Thak.

Akthelt lloró a su amigo. Solo al cabo de varios días le preguntó a Gunnel si *Sprog* realmente... bien, la había tomado, si es que sabía lo que eso significaba. Gunnel lo sabía: no. De alguna manera esto hizo que Akthelt se sintiera peor aún, lo que enfadó a Gunnel. De hecho, Akthelt y Viejo Thak tuvieron que disuadirla de exigir públicamente que arrojaran a Fluvia a los jabalíes.

Los jabalíes estaban en el foso, por algún motivo que Trumper nunca logró traducir; no tenía ningún sentido. Se suponía que los fosos debían estar llenos de agua, pero tal vez aquel tenía una pérdida que no pudieron reparar, y por eso echaron allí a los jabalíes. Este solo es un ejemplo más de lo confusa y remota que era la oda *Akthelt y Gunnel*. El antiguo nórdico bajo no se hizo famoso por lo riguroso de su estilo épico.

Por ejemplo, la cuestión de la leyenda de *Sprog* no se plantea hasta muchísimas páginas después de que *Sprog* y Fluvia son exiliados a la costa de Schwud. La leyenda cuenta que un día un viajero fatigado y devastado pasa por el reino de Thak y ruega que le permitan descansar una noche en el castillo. Akthelt pregunta al forastero qué aventuras ha corrido —a Akthelt le encantan los buenos relatos— y el forastero le narra su espantosa historia.

Cabalgaba por las finas arenas blancas de las playas de Schwud con su apuesto hermano menor, cuando tropezaron con una moza morena y lasciva a la que tomaron por una pescadora disoluta, abandonada por su tribu y ávida de un hombre. Por tanto, el hermano menor del forastero se le echó encima allí mismo, en la playa, tal como ella le indicaba, y procedió a satisfacerse. Pero solo aplacó parcialmente la sed de la moza, por lo que el propio forastero estaba a punto de montar a la salvaje cuando vio que un hombre bestial, redondo y rubio, «cuyo tórax podía contener entera la mar»,

agarraba brutalmente a su hermano menor. Ante los despavoridos ojos del forastero, su hermano fue doblado, roto, partido, triturado, plegado y despedazado por ese terrible dios rubio «con un centro de gravedad como el de una bola».

La bola playera era *Sprog*, por supuesto, y la mujer que había reído, gemido e implorado al forastero que la tomara cuanto antes, era Fluvia.

Una forma de enfocar la cuestión es que era agradable saber que seguían juntos, formando un equipo, después de tanto tiempo. Pero el forastero no lo consideró así. Corrió hasta donde él y su hermano habían atado los caballos.

Los dos animales estaban muertos, con el pecho destrozado. Daban la impresión de haber sido aporreados con un ariete descomunal, y junto a ellos había un madero que ningún hombre sería capaz de levantar. De modo que el forastero tuvo que seguir corriendo, porque vio que *Sprog* lo perseguía. Afortunadamente, en otros tiempos el forastero había desempeñado la profesión de mensajero y sabía correr a gran velocidad durante largo tiempo. Corrió a grandes zancadas, pero cada vez que volvía la vista encontraba a *Sprog*, tan bajo que sus pasos eran como los de una marmota que adelantaba velozmente sus patitas canijas. Pero mantenía el ritmo.

El forastero corría unos cuantos kilómetros, volvía la cabeza y allí estaba *Sprog*, que no tenía estilo, pero sí los pulmones de una ballena.

El forastero corrió toda la noche, tropezando en las piedras, cayendo, levantándose, extraviándose porque no veía nada. Pero si se detenía, oía —no muy lejos y cada vez más cerca— el sonido de *Sprog* avanzando como un elefante de metro y medio, respirando como un oso sin resuello.

A la mañana siguiente, el forastero cruzó la frontera de Schwud y entró tambaleante en la ciudad de Lesk, del reino de Thak. Se detuvo jadeante en la plaza, con la cabeza gacha y de espaldas a lo que, estaba seguro, llegaría a su lado de un momento a otro. Permaneció así muchas horas, hasta que los amables pobladores de Lesk lo recogieron, le sirvieron el desayuno y le contaron que por esa misma razón ningún joven de Lesk iba ya a nadar a las playas de Schwud.

—*Da Sprog* —dijo una joven viuda, al tiempo que se hacía la señal del sapo en el pecho.

—*Da kvinna des Sprog* —[«La mujer de *Sprog*»], dijo poniendo los ojos en blanco un joven al que le faltaba un brazo y que había logrado escapar con vida.

Eso fue lo que pasó con *Sprog*.

¿Y con Bogus Trumper? ¿Qué había sucedido con él? Se había dormido sentado, con el mentón apoyado en el estante del acuario de las tortugas, el cerebro finalmente atontado con el arrullo del borboteo de la manguera de aire.

Tulpen permaneció acurrucada a su lado una hora, esperando que despertara y le hiciera el amor. Pero él no se despertó y ella dejó de esperarlo. Ya había aguardado lo suficiente, pensó, de modo que se estiró en la cama y lo observó dormir. Tulpen fumó un cigarrillo, aunque nunca fumaba. Después fue al lavabo y vomitó. Luego tomó yogur. Estaba considerablemente perturbada.

Cuando volvió a la cama, Trumper seguía allí, dormido junto a las tortugas. Antes de conciliar el sueño, a Tulpen se le ocurrió que si encontraba dos de esas enormes bocinas de aire que llevan los camiones diesel, soplaría una en cada una de las orejas de Trumper y le revolvería por completo los sesos para borrarle la memoria. Pensó que eso ayudaría.

Probablemente no estaba del todo equivocada. Para cualquiera sería difícil dormir con el mentón en un estante, pero Bogus estaba soñando con Merrill Overturf.

¿Qué pasó con Merrill Overturf?

Una vez Trumper había leído, en una revista, un artículo sobre espionaje. Recordaba que el Departamento de Hacienda de los Estados Unidos controla al Departamento Federal de Estupefacientes y al Servicio Secreto, y que la CIA coordina todas las actividades gubernamentales de inteligencia. Esto le parecía plausible; de alguna manera, ya no estaba preocupado.

Se encontraba en un despacho trasero del Consulado de los Estados Unidos en Viena, por lo que suponía que no sería asesinado y arrojado al Danubio... al menos de momento. Si aún le quedaban dudas sobre dónde estaba, estas se desvanecieron cuando el vicecónsul los interrumpió, nervioso.

—Soy el vicecónsul —se disculpó ante Arnold Mulcahy, que evidentemente era más importante que un vicecónsul—. Quiero informarle sobre el hombre que ha dejado ahí fuera, por favor... —Arnold Mulcahy salió para ver cuál era el problema.

Según el vicecónsul, uno de los acólitos de Mulcahy, un tipo grandote con una lívida cicatriz de quemadura en la cara, ahuyentaba a los que se presentaban para el examen de inmigración a los Estados Unidos. Mulcahy volvió en dos minutos; el hombre de la cicatriz había ido a *examinarse*, le dijo al vicecónsul con cierta aspereza.

—Acéptelo —le aconsejó—. Un hombre con semejante aspecto tiene que servir para algo.

Entonces se instaló para dedicarse de lleno a Trumper. Tenían para él buenas noticias, y también malas. ¿Sabía que en Estados Unidos lo consideraban «desaparecido»? ¿Sabía que su mujer se preguntaba dónde estaba?

—No llevo tanto tiempo fuera —replicó Trumper.

Mulcahy sugirió que a juicio de su mujer llevaba fuera más que suficiente. Trumper le dijo quién era Merrill Overturf. Agregó que no tenía ningún plan con respecto al *hashish*, aunque probablemente lo habría vendido si se hubiese presentado alguien con ganas de comprarlo. Le contó que una puta le había quitado todo su dinero y que en un sentido general no estaba seguro de nada.

Mulcahy asintió; ya sabía todo eso.

Entonces Bogus le pidió que lo ayudara a buscar a Merrill Overturf y en ese momento Mulcahy cerró el trato. Encontraría a Merrill Overturf, pero antes Bogus tendría que hacer algo por Arnold Mulcahy, por el gobierno de los Estados Unidos y por la gente inocente del mundo entero.

—Creo que no me parece mal —respondió Bogus, realmente ansioso por encontrar a Merrill.

—No *tendría* que parecerle mal —dijo Mulcahy—. Además, necesita dinero para el billete de vuelta.

—No sé si regresaré.

—Yo sí lo sé —afirmó Mulcahy.

—Merrill Overturf está en Viena, me parece —dijo Trumper—. No pienso moverme de aquí hasta encontrarlo.

Mulcahy llamó al vicecónsul.

—Localice a ese personaje Overturf —le ordenó—. Entonces seguiremos adelante con eso.

«Eso» le fue explicada a Bogus Trumper. Era bastante sencillo. Le darían unos cuantos miles de dólares en billetes de cien. Trumper debía holgazanear en la *Kaffeehaus* Leopold Hawelka, a la espera del hombre que había dicho «*Gra! Gra!*» y que le había dado el paquete de *hashish*, para entregarle el dinero cuando apareciera. Luego llevarían a Trumper al aeropuerto de Schwecat, donde lo meterían en un avión rumbo a Nueva York. Llevaría consigo el ladrillo; en la aduana del aeropuerto Kennedy registrarían su equipaje, descubrirían el *hashish*, lo detendrían allí mismo y se lo llevarían en una limusina. Este coche lo dejaría donde él quisiera, dentro de la ciudad de Nueva York, y a partir de ese momento sería libre.

Todo parecía bastante sencillo. A Trumper se le escapaban las razones, pero era evidente que nadie le daría explicaciones.

Luego le presentaron a un tal *Herr Doktor Inspektor* Wolfgang Denzel, que aparentemente era un agente austríaco. El *Inspektor* Denzel le pidió a Trumper una descripción lo más precisa posible del hombre que había dicho «*Gra! Gra!*». Trumper había visto con anterioridad a *Herr Doktor Inspektor* Denzel: era el elegante y ágil camarero cuya bandeja llena de cafés y cervezas había volcado.

Lo único que le disgustaba del pacto era que lo despacharan a Nueva York en cuanto hubiera entregado el dinero.

—No se olvide de Merrill Overturf —le recordó a Mulcahy.

—Mi buen muchacho —dijo Arnold Mulcahy—, iré con usted en el taxi al aeropuerto y ese personaje Overturf estará allí con nosotros.

Si bien Mulcahy no era el tipo de hombre en el que se pudiera confiar realmente, al menos era el tipo de hombre en cuya eficacia se podía confiar.

Bogus fue a la Hawelka y haraganeó con sus miles de dólares tres noches seguidas, pero el hombre del «*Gra! Gra!*» no apareció.

—Aparecerá —le aseguró Arnold Mulcahy. Su abrumadora seguridad era escalofriante.

El hombre se presentó en la Hawelka la quinta noche. Sin embargo, no le prestó la menor atención a Bogus; se sentó lejos y no lo miró una sola vez. Cuando pagó al camarero —que por supuesto era en realidad *Herr Doktor Inspektor* Denzel—, se puso el abrigo y se encaminó a la puerta, Bogus pensó que debía hacer un movimiento. Se acercó directamente a él como si de repente hubiese reconocido a un viejo amigo, gritó «*Gra! Gra!*», le cogió la mano y se la estrechó. Pero el tipo se quedó petrificado; intentó librarse de Bogus con tanta fuerza que ni siquiera murmuró un breve «*Gra!*».

Bogus cruzó la puerta tras él y lo siguió por la acera, donde el hombre trató de

empujarlo para quitárselo de encima. «*Gra!*», le gritó Bogus otra vez; lo hizo girar hasta que quedaron cara a cara, cogió el sobre con el dinero y se lo metió por la fuerza en su temblorosa mano. Pero el hombre arrojó lejos el sobre y huyó a toda la velocidad que le permitían sus piernas.

Herr Doktor Inspektor Denzel salió de la Hawelka y recogió el sobre.

—Tendría que haber dejado que él se acercara *a usted* —le dijo a Trumper—. Sospecho que lo ahuyentó —*Herr Doktor Inspektor* Denzel era un as para desvalorizar mucho en pocas palabras.

En el taxi que los llevaba al aeropuerto de Schwecat, Arnold Mulcahy dijo:

—¡Jodida mierda! ¡Muchacho, lo estropeó todo!

Merrill Overturf no estaba en el taxi.

—Yo no tengo la culpa —dijo Bogus—. En ningún momento me dijo cómo debía darle el dinero.

—Bien, no se me ocurrió que intentaría encajárselo por narices.

—¿Dónde está Merrill Overturf? —preguntó Trumper—. Me dijo que estaría aquí.

—Ya no está en Viena —le informó Mulcahy.

—¿Dónde está? —quiso saber Trumper, pero Mulcahy no se lo dijo.

—Se lo diré en Nueva York.

Llegaron tarde para el vuelo previsto a Nueva York; el avión de Lufthansa se había demorado. La pista de aterrizaje de Francfort —su primera escala— estaba colapsada, por lo que perdieron la primera conexión con Nueva York, un vuelo de TWA, y terminaron en un gran 747 de Pan Am. Pero su equipaje había salido antes en el vuelo de TWA. Nadie supo explicar cómo había ocurrido y Mulcahy estaba nervioso.

—¿Dónde puso la mercancía? —le preguntó a Trumper.

—En mi maleta, con todo lo demás.

—Cuando lo descubran en Nueva York —dijo Mulcahy—, no estaría mal que fingiera huir... No muy lejos, por supuesto, deje que lo cojan. No le harán daño ni nada parecido —agregó.

Kennedy también estaba colapsado, de modo que durante una hora sobrevolaron Nueva York. Cuando aterrizaron era bien entrada la tarde y les llevó una hora localizar sus bultos. Mulcahy se separó de Bogus antes de pasar la aduana.

—¿Algo que declarar? —preguntó a Bogus el aduanero y le guiñó un ojo. Era un negro robusto y de expresión cordial, con unas manazas que parecían las patas de un oso negro, y comenzó a dar zarpazos a la maleta de Bogus.

En la cola, detrás de Trumper había una chica muy bonita. El se volvió y le sonrió. *Vaya sorpresa que se llevará cuando me arresten.*

El aduanero había sacado la máquina de escribir, el magnetofón, todas las cintas y la mitad de la ropa de Trumper, pero aún no había encontrado el *hashish*.

Bogus paseó una mirada nerviosa a su alrededor, tal como suponía que haría un

contrabandista. Ahora el aduanero había vaciado todo el contenido de la maleta en el mostrador y estaba revolviéndolo todo. Miró a Bogus, preocupado, y le susurró:

—¿Dónde está?

Entonces Bogus lo ayudó a revolver; revisaron todo dos veces más; la cola crecía y gruñía, pero no lograban encontrar el ladrillo.

—Muy bien —le dijo el aduanero—. ¿Qué hiciste con el *hashish*?

—Nada —contestó Bogus—. Lo metí en la maleta, sé que lo hice, en serio.

—¡No lo dejéis escapar! —vociferó de pronto el aduanero, seguramente convencido de que lo mejor sería seguir adelante con el plan trazado. Bogus hizo lo que le había sugerido Mulcahy: echó a correr. Atravesó como una bala la puerta, con el aduanero gritando a sus espaldas, señalándolo y haciendo sonar una bocina chirriante.

Trumper consiguió cruzar la rampa de salida y llegar a la parada de taxis, antes de darse cuenta de que probablemente había escapado, por lo que dio media vuelta y echó a correr otra vez por donde había salido. Cuando se aproximaba a la puerta de aduanas, un policía le dio alcance.

—¡Cristo, por fin! —dijo Trumper al poli, que lo miró desconcertado y le dio el sobre con los miles de dólares. Trumper no se lo había devuelto a Mulcahy, quien tampoco se lo había pedido. Probablemente se le había caído del bolsillo cuando corría por la terminal—. Gracias —dijo Bogus.

Luego volvió a bajar corriendo la rampa de salida, donde finalmente lo apresó el aduanero negro que no había encontrado el *hashish*.

—¡Ahora te tengo! —chilló, sujetándolo suavemente por la cintura.

En una rara habitación cubierta de formica, Arnold Mulcahy y otros cinco se subían por las paredes.

—¡Jodida mierda! —gritó Mulcahy—. Alguien tiene que haberlo birlado en Francfort.

—La maleta estuvo en Nueva York seis horas antes de que llegaran ustedes —dijo uno de los hombres—. Alguien podría haberlo birlado aquí.

—Trumper —dijo Mulcahy—, ¿realmente puso el paquete en la maleta, muchacho?

—Sí señor.

Fue trasladado a otro cuarto, donde un tipo con pinta de enfermero lo registró de arriba abajo y después lo dejó en paz. Mucho más tarde le llevaron unos huevos revueltos, tostadas y café, y tras otra larga espera reapareció Mulcahy.

—Le está esperando una limusina —le dijo— que lo llevará a donde quiera ir.

—Lo siento, señor —dijo Trumper.

Mulcahy se limitó a menear la cabeza.

—Jodida mierda... —suspiró.

Camino del coche, Trumper le espetó:

—Lamento tener que preguntárselo, pero... ¿qué hay de Merrill Overturf?

Mulcahy simuló no haberle oído. Al llegar donde estaba la limusina, le abrió la puerta a Trumper y lo empujó rápidamente al interior.

—Llévelo a donde quiera —ordenó al conductor.

Bogus bajó de prisa la ventanilla y cogió de la manga a Mulcahy, que intentaba apartarse del coche.

—Eh, ¿qué hay de Merrill Overturf? —insistió.

Mulcahy suspiró. Abrió la cartera que llevaba y sacó la fotocopia de un documento de apariencia oficial, con el sello del Consulado de los Estados Unidos.

—Lo siento —dijo Mulcahy al tiempo que se lo entregaba—. Merrill Overturf ha muerto —golpeó el techo del coche y gritó al conductor—: ¡Llévelo a donde quiera ir!

El coche arrancó.

—¿Adónde? —preguntó el chofer a Trumper, que iba sentado en el asiento trasero como un apoyabrazos o cualquier otro accesorio fijo del coche. Estaba tratando de leer el documento, que en lenguaje burocrático parecía denominarse Defunción Incontestada, y concernía a un tal Overturf, Merrill, nacido en Boston, Mass., 8 de sept., 1941. Padre, Randolph W.; madre, Ellen Keefe.

Merrill había muerto casi dos años antes de que Bogus volviera a Viena para buscarlo. Según el documento, había apostado a una chica norteamericana, Polly Crenner —con la que había ligado en American Express—, que era capaz de encontrar un tanque en el fondo del Danubio. La había llevado a la Gelhafts Keller, sobre el Danubio. Polly se quedó en el muelle y vio sumergirse a Merrill en el Danubio, con una linterna sujeta a la cabeza. La llamaría cuando localizara el tanque; ella le había advertido que no se metería en el agua hasta que él lo encontrara.

Miss Crenner esperó en el muelle unos cinco minutos después que dejó de ver la luz; pensó que Merrill estaba bromeando. Luego corrió hasta la Gelhafts Keller e intentó pedir socorro, pero como no hablaba alemán le llevó cierto tiempo hacerse entender.

Overturf podía estar borracho, dijo Polly Crenner más adelante. Evidentemente no sabía que era diabético, y sin duda también lo ignoraba el consulado, pues no se mencionaba para nada esta circunstancia. Sea como fuere, consignaron que Merrill Overturf había perecido ahogado. La identificación del cuerpo no estaba plenamente confirmada. Tres días después encontraron un cadáver enganchado en una barcaza petrolera con destino a Budapest, pero como había atravesado las hélices varias veces, nadie estaba seguro.

La historia del tanque nunca se confirmó. Polly Crenner dijo que más o menos un minuto antes de perder de vista la luz de la linterna, Merrill empezó a gritar que lo había encontrado, pero ella no le creyó.

—Yo te habría creído, Merrill —dijo Bogus Trumper en voz alta.

—¿Señor? —preguntó el chofer.

—¿Qué?

—¿Adónde, señor?

Estaban pasando por el Shea Stadium a velocidad de crucero. Era una noche cálida y balsámica, aunque con tráfico muy denso.

—Esta parte es lenta —le informó innecesariamente el chófer—. Juegan los Mets y los Pirates.

Trumper permaneció desconcertado largo rato. Corría diciembre cuando se fue y no podía haber pasado más de una semana.

¿*Ya están jugando al béisbol?* Se inclinó y se miró en el espejo retrovisor de la limusina. Tenía un encantador bigote largo y una barba bien crecida. Su ventanilla seguía baja y percibió la pegajosa atmósfera del verano neoyorquino.

—Caray —susurró: estaba asustado.

—¿Adónde, señor? —repitió el chófer. Evidentemente se estaba poniendo algo nervioso con ese pasajero.

Pero Trumper se preguntaba si Biggie seguiría en Iowa... en caso de que ya fuera *verano*. ¡Santo cielo! No podía creer que hubiese estado fuera tanto tiempo. Buscó con la mirada un periódico o algo que tuviera una fecha.

Lo que encontró fue el sobre con unos cuantos miles de dólares. Arnold Mulcahy era un hombre más generoso de lo que al principio parecía.

—¿Adónde? —insistió el chófer.

—Maine —dijo Trumper. Tenía que ver a Couth, necesitaba despejar su mente.

—¿Maine? —el chófer se puso duro—. Oiga, compañero, no pienso llevarlo a Maine. Este coche no sale de Manhattan.

Trumper abrió el sobre y le dio un billete de cien.

—Maine —reiteró.

—Sí señor —dijo el chófer.

Trumper se reclinó en el asiento, olió el aire enrarecido y se dejó invadir por la sensación de calor. Todavía no sabía —o no podía convencerse— que había estado fuera casi seis meses.

Una película con Pentotal

(159: *Plano medio de Trumper dejando en el suelo un maletín delante de la recepción de un hospital. Mira ansioso a su alrededor; Tulpen, sonriente a su lado, lo coge del brazo. Trumper pregunta algo a la enfermera del escritorio y ella le da unos formularios para rellenar. Tulpen se muestra cariñosamente atenta con él mientras lucha con los papeles*).

DR. VIGNERON (voz superpuesta): Es una operación muy sencilla, en realidad, aunque asusta muchísimo a los pacientes. Cirugía menor, cinco puntos de sutura como máximo...

(160: *Primer plano de un esquema médico del pene. Una mano, probablemente de Vignerón, dibuja sobre el pene con lápiz negro*).

VIGNERON (V. S.): La incisión se hace en la abertura, aquí, para ensanchar el pasaje, sencillamente. Después los puntos lo mantienen abierto, aquí, para que no retome la forma anterior. Cosa que intentará, dicho sea de paso...

(161: *Plano largo de una enfermera que conduce a Trumper y a Tulpen por un pasillo del hospital. Trumper espía nervioso todas las habitaciones, golpeándose las rodillas con el maletín al andar*).

VIGNERON (V. S.): Solo una noche en el hospital, con los preparativos para operar por la mañana. Luego todo el día siguiente y quizás esa noche también, si todavía está... incómodo.

(162: *Plano medio de Trumper poniéndose torpemente una bata hospitalaria; Tulpen lo ayuda a atar las cintas en la espalda. Trumper contempla al paciente con quien comparte la habitación, un viejo lleno de tubos que entran y salen de su cuerpo y que yace inmóvil en la cama contigua. Entra una enfermera y corre hábilmente las cortinas alrededor de la cama, aislando esta visión*).

VIGNERON (V. S.): ... en otras palabras, son cuarenta y ocho horas de dolor. Eso no es mucho dolor, ¿verdad?

(163: *sonido sinc. Plano medio de Ralph Packer entrevistando al Dr. Vignerón en su consultorio*).

PACKER: Existe cierto dolor psicológico, imagino... ya me entiende, una especie de miedo del pene.

VIGNERON: Bien, supongo que algunos pacientes sienten... ¿Se refiere a un complejo de castración?

(164: *Un enfermero afeitado a Trumper, que está rígido en su cama del hospital, observando cómo pasa zumbando la navaja por su vello púbico*).

PACKER (V. S.): Sí, castración... Oh, usted ya sabe, miedo a que le corten todo. ¡Por error, naturalmente! (Ríe).

(165: *Igual que 163, en el consultorio de Vignerón*).

VIGNERON (riendo): ¡Le aseguro que nunca he cometido un desliz en esa zona!

PACKER (riendo histéricamente): Bien, claro que no... No, pero me refiero a un

tipo de paciente que sea totalmente paranoide con su picha...

(166: *Sonido sinc. Plano medio de Trumper levantando la sábana, espiándose, dejando que Tulpen también se asome*).

TRUMPER: ¿Ves? ¡Como un bebé!

TULPEN (*con mirada penetrante*): Es como si tu fueras a tener un bebé...
(*Se miran, desvían la mirada*).

(167: *Sonido sinc. Igual que 163 & 165. En el consultorio, Packer y el Dr. Vignerón ríen estrepitosa e incontroladamente*).

(168: *Trumper, sentado en la cama, se despide con la mano de Ralph y Tulpen, quien le devuelve el saludo desde los pies de la cama*).

VIGNERON (V. S., *como si diera instrucciones a una enfermera*): Nada sólido esta noche y nada de beber después de las diez. Póngale las primeras inyecciones mañana a las ocho; tiene que estar en el quirófano a las ocho y media...

(*Tulpen y Ralph salen de cuadro juntos, acompañados por una enfermera. Trumper los sigue con la mirada, ceñudo y sombrío*).

FUNDIDO

Después de lo cual, puedes apostar lo que quieras, no me fundí. Me palpé las partes suavemente afeitadas: ¡el cogote del cordero esquilado para la matanza! También presté atención a mi vecino borboteante, al que alimentaban como a un carburador; sus tubos de entrada y salida, su sencillo funcionamiento, parecían depender de un sentido mecánico de la sincronización.

No estaba preocupado por mi operación, en realidad; la había anticipado antes de la muerte. Lo que me inquietaba era la medida en que me había vuelto previsible incluso para mí mismo, como si el alcance de mis reacciones hubiese sido analizado, discutido y criticado hasta el punto en que se me podía interpretar como a una gráfica. Ojalá hubiese podido sorprender a todos esos cretinos.

Era casi media noche cuando convencí a la enfermera de que tenía que llamar a Tulpen, sencillamente tenía que llamarla. El teléfono sonó muchas veces. Cuando atendió Ralph Packer, colgué.

(169: *Sonido sinc. Primer plano a partir del fundido. En el espejo de su cuarto de baño, Tulpen se cepilla los dientes; tiene los hombros desnudos; probablemente también el resto de su cuerpo*).

PACKER (*fuera de escena*): ¿Piensas que la operación lo cambiará? No me refiero solo físicamente...

TULPEN (*escupe, se mira en el espejo, habla por encima del hombro*): ¿Cambiarlo cómo, entonces?

RALPH (V. S.): Quiero decir psicológicamente...

TULPEN (*se enjuaga la boca, hace gárgaras, escupe*): El no cree en la psicología.

RALPH (V. S.): ¿Y tú?

TULPEN: Para él no...

(170: *Sonido sinc. Plano medio de Tulpen en la bañera, enjabonándose los pechos y las axilas*).

TULPEN (*con miradas ocasionales a la cámara*): Me parece muy simplista tratar de englobar a toda la gente y las cosas muy profundas y complejas con generalizaciones fáciles, superficialidades... ya sabes. Pero considero igualmente simplista suponer que todo el mundo es complejo y profundo. Quiero decir que creo que Trumper opera realmente en la superficie... Tal vez sea una superficie, solo una superficie...

(*Se interrumpe, mira con recelo la cámara, luego sus pechos enjabonados, y tímidamente se hunde hasta el cuello en el agua*).

TULPEN (*mirando a la cámara, como si Ralph fuese la cámara*): Venga, demos por terminada la noche.

(*Suena el teléfono fuera de escena y Tulpen hace amago de salir de la bañera*).

RALPH (V. S.): ¡Mierda! El teléfono... lo cogeré yo.

TULPEN (*mira fuera de escena, hacia él*): No, déjame a mí... podría ser Trumper.

RALPH (*fuera de escena atendiendo el teléfono; Tulpen está atenta, se queda helada*): Sí, hola. Diga. Hola. Maldición...

(*La cámara traquetea; trata de retroceder torpemente mientras Tulpen sale de la bañera. Desmañadamente incómoda, se envuelve en una toalla mientras Ralph entra en cuadro con ella. Lleva un fotómetro alrededor del cuello, señala a Tulpen y luego a la bañera*).

RALPH (*irritado, la coge del brazo e intenta meterla otra vez en la bañera*): No, ven. Tendremos que rodar todo esto de nuevo... ¡Jodido teléfono!

TULPEN (*apartándose de él*): ¿Era Trumper? ¿Quién llamaba?

RALPH: No sé. Colgaron. Venga, no nos llevará ni un minuto...

(*Pero ella se ciñe más la toalla alrededor del cuerpo y se aleja de la bañera*).

TULPEN (*furiosa*): Es tarde. Quiero levantarme temprano. Quiero estar allí cuando salga de la anestesia. Podemos hacer esto mañana.

(*Levanta la vista a la cámara, exasperada. De pronto el propio Ralph mira enfadado a la cámara, como si acabara de darse cuenta de que seguía funcionando*).

RALPH (*Gritando a la cámara*): ¡Corta! ¡Corta! ¡Corta! ¡Cuernos, Kent! ¡Deja de desperdiciar celuloide, tarado!

APAGÓN

A primera hora de la mañana vaciaron orinales, mangueras y receptáculos de todo tipo pertenecientes al viejo de al lado. Pero a mí no me atendieron, ni siquiera me dieron el desayuno.

A las ocho en punto una enfermera me tomó la temperatura y me puso una inyección en cada pierna, en la parte más alta del muslo, para atontarme. Cuando

llegaron para bajarme en una camilla a la sala de operaciones, me di cuenta de que no caminaba muy bien. Dos enfermeras me sujetaron para llevarme a echar una meada, pero yo todavía tenía *sensibilidad* allí abajo, y me preocupó que las inyecciones no hubiesen funcionado tal como se suponía. Se lo hice notar a la enfermera, pero aparentemente no me entendió; de hecho, hasta a mí me sonó extraña mi voz, y tampoco logré entender lo que había dicho. Rogué al cielo que me permitiera estar lúcido a tiempo para impedir que cortaran.

En el quirófano había una imponente mujer de pecho generoso, con uniforme verde, igual a los que usan todas las enfermeras de cirugía; se empeñó en pellizcarme los muslos y sonreírme. Fue ella quien introdujo en mi vena la aguja que llevaba a la botella de dextrosa; después me dobló el brazo de una manera especial, le pegó la aguja con cinta adhesiva y luego pegó mi brazo a la mesa de operaciones. La dextrosa que bajaba por el tubo amarillento entraba en mi cuerpo haciendo *gluglú*; seguí con la vista su recorrido hasta el brazo.

Pensé en Merrill Overturf: si alguna vez lo hubiesen operado, no podrían haber usado dextrosa, que es principalmente azúcar, ¿no? ¿Qué habrían usado?

Alargué la mano libre, la derecha, y me pellizqué el pene. Todavía estaba sensible y me entró el pánico. ¿Qué sentido tenía anestesiarme los muslos?

Entonces oí la voz de Vigneron, aunque no lo vi; pero sí divisé a un vejete bajo, simpático y con gafas que, supuse, era el anestesista. Se acercó y golpeteó con la punta del dedo la aguja de la dextrosa, deslizó una botella de pentotal junto a la de dextrosa y pasó el tubo de la primera junto a la manguera de la dextrosa. En lugar de clavarme a mí la aguja del pentotal, la clavó en el tubo de la dextrosa, lo que me pareció inteligentísimo.

El tubo flexible del pentotal tenía una grapa y comprendí que todavía no me lo estaban aplicando. Lo observé atentamente, no te quepa la menor duda, y cuando el anestesista me preguntó cómo me sentía, respondí a grito pelado que aún tenía muy sensible la picha y que esperaba que todos se enteraran.

Pero se limitaron a sonreír como si no me hubiesen oído: el anestesista, la enfermera verde y Vigneron propiamente dicho, que ahora se cernían sobre mí.

—Cuenta hasta doce —me dijo el anestesista. Entonces dejó correr el pentotal desgrapando la manguera, y vi cómo goteaba hasta mezclarse con la dextrosa de la goma principal que iba a la vena.

—Uno dos tres cuatro cinco seis siete —dije a toda prisa, aunque me llevó una eternidad. El pentotal cambió el color de la dextrosa que bajaba hacia mi brazo. La observé hasta que llegó al ojo de la aguja, y cuando me penetró en el brazo grité—: ¡Ocho!

Transcurrió un segundo que empleó dos horas en transcurrir, y desperté en la sala de recuperación, cuyo techo se parecía tanto al del quirófano que creí que seguía allí. Y me acechaba la misma enfermera verde y despampanante, sonriente.

—Nueve —le dije—, diez, once, doce...

—Ahora nos gustaría que tratara de orinar —me dijo.

—Acabo de hacerlo —le aseguré, pero me movió de costado y colocó un orinal verde.

—Por favor, inténtelo —dijo, mimosa. Era inconmensurablemente bonita.

Entonces empecé a mear, aunque estaba seguro que no tenía nada de pis. Cuando llegó el dolor, fue como la certeza del dolor de otro en otra habitación... o más distante aún, en otro hospital. Fue una montaña de dolor y sentí pena por la persona que lo estaba soportando; había terminado de mear cuando me di cuenta de que era *mi* dolor, cuando comprendí que la operación había terminado.

—Muy bien, muy bien, muy bien, muy bien —dijo la enfermera, acariciándome el pelo hacia atrás y secándome las repentinas lágrimas de sorpresa que me corrían por las mejillas.

Naturalmente, lo que me habían ahorrado era el doble dolor de anticipar lo que sería mear la primera vez. Pero yo no lo interpreté así. Era una traición, me habían engañado.

Volví a echar un sueñecito, y cuando recuperé el conocimiento estaba en mi habitación del hospital, con Tulpen sentada al lado de la cama, sujetándome la mano. Al abrir los ojos vi que me sonreía.

Pero fingí que seguía dopado. Fijé la mirada a través de ella. Hay más de uno capaz de hacer trampas y dar sorpresas, puedes jugarte lo que quieras...

Otro Dante, un infierno distinto

El chófer llevaba unos tres años trabajando para el servicio de limusinas. Antes conducía un taxi. Le gustaba más el servicio de limusinas; nadie intentaba atracarlo ni maltratarlo, resultaba más descansado, y los coches eran elegantes. Durante el último año había llevado el Mercedes y le encantaba conducirlo. En ocasiones había salido de la ciudad —incluso una vez se había alejado hasta New Haven— y le emocionaba la sensación del coche en carretera. Ese era el concepto que él tenía de *carretera*: conducir hasta New Haven. Nunca se había alejado tanto de la ciudad de Nueva York. Tenía mujer y tres hijos; todos los veranos hablaba con ella de aprovechar las vacaciones para llevar a la familia al Oeste, conduciendo él ininterrumpidamente. Pero no tenía coche; estaba esperando a poder permitirse el lujo de comprar un Mercedes, o hasta que el servicio de limusinas le dejara a buen precio uno usado.

De modo que cuando aceptó llevar a Bogus a Maine, emprendió el viaje como si alguien le hubiera dicho que condujera hasta San Francisco. *¡Maine!* Pensó en los hombres que cazaban ballenas, desayunaban con langosta y usaban botas de goma todo el año.

Habló durante dos horas antes de darse cuenta que su pasajero estaba dormido o en trance; entonces se calló. Se llamaba Dante Calicchio y se dio cuenta de que era la primera vez, desde que dejara el taxi, que le daba miedo un pasajero. Pensó que Bogus estaba loco y guardó el billete de cien dólares en la bolsita del calzoncillo. Quizá me dé otro, pensó. O intente recuperar este.

Dante Calicchio era bajo y rechoncho, con una mata de pelo negro y una nariz tantas veces rota que daba la impresión de aletear. Había sido boxeador; de su estilo decía que siempre había ido con la nariz por delante. También había sido luchador y a causa de ello tenía orejas de coliflor. Un conjunto encantador de orejas dobladas, abombadas y grumosas, como dos bolas desiguales de masa adosadas a tortazos en los costados de su cara. Mascaba chicle audiblemente, costumbre que había adquirido años atrás, cuando dejó el tabaco.

Dante Calicchio era un hombre honrado, que sentía una acuciante curiosidad por la forma en que vivían los demás, por los estilos de vida en otros lugares, y por eso no consideró una desgracia llevar a ese chalado a Maine. Solo que cuando llegaron al norte de Boston, y ya había oscurecido, y el tráfico fue raleando hasta casi desaparecer, se asustó un poco al entrar en ese desierto con un hombre que no había dicho esta boca es mía desde que dejaron atrás el Shea Stadium.

El empleado de la cabina de peaje de la autopista de New Hampshire miró el uniforme de Dante, vio a Bogus en trance en el lujoso asiento trasero y luego, como no había más coches a la vista, preguntó a Dante adonde iba.

—Maine —susurró Dante, como si fuera una palabra sagrada.

—¿A qué lugar de Maine? —inquirió el empleado. Maine, en un sentido general, solo quedaba a veinte minutos de distancia de su vida cotidiana.

—No lo sé —contestó Dante, mientras el empleado le devolvía el cambio y le hacía señas de que pasara—. Eh, señor —dijo, volviéndose hacia Bogus—. ¿A qué lugar de Maine?

Georgetown es una isla, pero en la mente de Trumper era más isla que en la realidad. Se trata del tipo de isla que también puede ser una península, porque está comunicada con tierra firme por medio de un puente; no tiene ninguno de los inconvenientes de una verdadera isla. Pero Trumper estaba pensando en el encantador aislamiento que Couth aportaba al lugar. Claro que Couth es capaz de procurarte una sensación de aislamiento en el aeropuerto Kennedy.

Bogus se preguntaba cuál sería la mejor manera de abordar a Biggie, comprendiendo solo ahora cuánto la echaba de menos. Ella nunca se quedaba en Iowa durante el verano. Con toda probabilidad en ese momento estaba en East Gunnery, ayudando a su padre y dejando que su madre la ayudara con Colm. Hasta era concebible que el hecho de verla abandonada hubiese inspirado en sus padres una invitación negativa del tipo ya-te-lo-había-dicho, pero sin duda Biggie había rechazado esa colaboración.

En cualquier caso, seguramente había escrito a Couth para preguntarle si sabía dónde estaba su amigo Bogus, y Couth sabría dónde estaba *ella* y cuáles eran sus sentimientos respecto al fugitivo de su marido. Hasta era posible que Couth los hubiera visto y pudiera decirle cuánto había cambiado Colm.

—Eh, señor —le estaba preguntando alguien. Era el hombre que iba al volante, con uniforme de portero—. Eh, ¿a qué lugar de Maine?

Trumper miró por la ventanilla; estaban atravesando la desierta plaza circular del puerto de Portsmouth, cruzando el puente en dirección a Maine.

—Georgetown —le dijo al conductor—. Es una isla. Será mejor que pare y saque un mapa.

Y Dante Calicchio pensó: *¡Una isla!* Carajo, ¿cómo voy a *conducir* hasta una isla, chiflado espantajo cabrón...?

Pero Dante sacó un mapa y vio que había un puente desde tierra firme, en Bath, que cruzaba una ensenada de marea del río Kennebec, hasta Georgetown Island. Al atravesar el puente algo después de medianoche, Bogus bajó las ventanillas traseras y preguntó a su chófer si olía el mar.

Lo que Dante olía era algo demasiado puro para ser el mar. El mar que Dante conocía olía a los muelles de Nueva York y Newark. En cambio aquí las marismas saladas olían a limpio picante, por lo que también bajó su ventanilla. Pero ya no le gustó seguir conduciendo. El camino de la isla tenía un pavimento poco firme y arenoso, era estrecho y sinuoso, y para colmo no tenía raya en el centro. Además no había ninguna casa; solo se veían pinares oscuros y franjas de altas hierbas salinas.

Y la noche estaba plagada de sonidos. No de cláxones y mecanismos, ni de neumáticos chirriantes, o voces humanas no identificadas, o sirenas, sino de cosas: ranas y grillos y aves marinas y sirenas de niebla mar adentro.

La soledad del camino y esos terribles sonidos asustaron a Dante Calicchio, que en ningún momento dejó de calibrar a Bogus por el espejo retrovisor, pensando: Si este loco intenta algo, le puedo partir la espalda en dos antes de que sus amigos se me echen encima...

Trumper estaba calculando cuánto se quedaría con Couth y si telefonaría a Biggie o iría directamente a verla en el momento oportuno.

Cuando imprevistamente la carretera se hizo camino de tierra, Dante clavó los frenos, echó el seguro a las dos puertas delanteras y después a las traseras, sin apartar la vista de Bogus un solo instante.

—¿Qué demonios está haciendo? —preguntó Trumper, pero Dante Calicchio no se movió del asiento delantero, con un ojo en Trumper por el retrovisor y el otro en el mapa.

—Tenemos que estar perdidos, ¿no? —dijo Dante.

—No —respondió Trumper—. Aún nos faltan ocho kilómetros.

—¿Dónde está la carretera? —preguntó Dante.

—Está usted *en* ella —dijo Trumper—. Siga adelante.

Dante estudió el mapa, comprobó que en efecto esa era una carretera y siguió adelante, inquieto; hizo avanzar el coche poco a poco a medida que la isla se estrechaba a su alrededor. Surgieron unas pocas casas sin iluminación, solemnes como barcos anclados, y vio el horizonte abierto a ambos lados; allí estaba el mar, el aire era más frío, tenía gusto a sal en la boca.

Entonces un cartel le informó que se encontraba en un camino privado.

—Siga —le dijo Trumper. Dante lamentó no tener en el asiento las cadenas del coche, pero siguió.

Unos cientos de metros más allá, Dante leyó PILLSBURY en un cartel, y el camino bajaba tan cerca del agua que pensó que las olas romperían encima del coche. Luego vio la magnífica casona vieja con sus tablillas rojas, una casa con tejado alto a dos aguas, comunicada con un garaje, un cobertizo para botes y una pulcra cala para ella sola.

Pillsbury... Dante pensó que probablemente llevaba a uno de ellos en el asiento trasero. El único Pillsbury que conocía era el del concurso de Betty Crocker. Espió por el retrovisor, preguntándose si le estaría haciendo de chófer al joven y alocado heredero de una fortuna en mezclas para pasteles.

—¿En qué mes estamos? —preguntó Trumper. Quería saber si Couth seguía solo en la Casa Grande o si ya habían llegado los Pillsbury para pasar el verano. Nunca aparecían antes del Cuatro de Julio.

—Hoy es primero de junio, señor —dijo Dante Calicchio. Paró el coche al final de la calzada de acceso y prestó atención a los chillidos nocturnos... que él imaginaba correspondían a silbidos de peces y enormes aves de rapiña, a osos merodeando entre los pinos y a un universo insectívoro de ferocidad selvática.

Cuando Trumper subió deprisa el sendero de baldosas con la vista fija en la única

habitación iluminada de la casa, el dormitorio principal de arriba, Dante lo siguió sin ser invitado. Se había criado en un barrio duro y nunca le había molestado salir a altas horas de la noche a buscar unos botellines, cuando nadie se aventuraba a salir de su casa a no ser en pandilla, pero el silencio de la isla se le imponía y no tenía la menor intención de enfrentar solo a las bestias que pululaban zumbando y arrastrándose entre matorrales y arbustos.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Trumper.

—Dante.

—¿Dante? —se asombró Trumper.

Un rayo luminoso parpadeó en un pasillo de la casa; un haz se estiró escaleras abajo; se encendió una luz en el porche.

—¡Couth! —gritó Trumper—. ¡Ay!

Si solo son dos, pensó Dante, los puedo machacar. Para tranquilizarse palpó el billete de cien que llevaba en la entrepierna.

Reconocí al viejo Couth al otro lado de la puerta del porche, que salía para hacernos pasar: el albornoz mullido hecho con un edredón de parches, la forma en que entornó los ojos para vernos a través de la tela metálica. Debió de impresionarle ver al bruto peludo del chófer con uniforme de portero golpeando a los mosquitos como si fueran pájaros carnívoros, pero con toda probabilidad debió de impresionarlo más *verme a mí*.

En cuanto cruzamos el umbral, Couth, adiviné que estabas entretenido con una dama cuando te interrumpimos. Ibas envuelto en sus muchos perfumes como en un albornoz bajo el albornoz que llevabas puesto; y por la forma en que retrocediste del frío de la puerta abierta, supe que acababas de salir de algún cálido sitio.

¿Pero qué importa eso entre amigos, Couth? ¡Te abracé, te alcé, bicharraco flacucho! Y vaya si olías bien, Couth.

Trumper acarreó a Couth a la cocina, valseando con él hasta chocar con un pequeño salvavidas de vinilo para niños, amarrado junto al fregadero. Bogue no recordaba que los Pillsbury tuvieran niños pequeños. Sentó a Couth en la encimera de cortar carne, le dio un beso en la frente y lo dejó boquiabierto mientras atronaba cariñosamente:

—Couth, no sé decirte cuánto me alegro de verte... Una vez más me estás salvando la vida... eres la única estrella fija del firmamento, Couth. Mira... mi barba es casi tan larga como la tuya, Couth... ¿Pero cómo estás *tú*? Yo las pasé moradas, Couth, probablemente sabes...

Y Couth no le quitaba la vista de encima, y después la fijó en Dante Calicchio, un monstruo achaparrado y de uniforme que discretamente trataba de mantenerse al

margen, en un rincón de la cocina, con su gorra de chófer entre las manos de abultados nudillos. Entretanto Trumper se deslizó por la cocina, abrió la puerta de la nevera, espió en el comedor y se asomó al lavadero, donde para su escabroso deleite vio un tendedero de madera en el que estaban puestos a secar los sedosos sostenes y las bragas de alguna señora.

Arrancó el sostén más cercano y lo blandió ante Couth con mirada impúdica.

—¿Quién es ella, bicharraco sigiloso? —bromeó, sin resistirse a entrelazar juguetonamente sus dedos en la larga barba de Couth.

Pero Couth solo dijo:

—¿Dónde *has estado*, Bogus? ¿Dónde diablos te habías metido?

Trumper fue rápido en pescar el tono acusador y supo que Couth tenía noticias de Biggie.

—La has visto, ¿eh? ¿Cómo está, Couth? —pero Couth apartó la mirada, como si estuviera a punto de echarse a llorar, y Trumper se apresuró a agregar, asustado—: Couth, me he portado bastante mal, lo sé...

Estaba retorciendo el sostén que tenía en la mano y Couth se lo quitó. Entonces, cuando lo vio en la mano de Couth, repentinamente pensó: *Es un sostén malva*. Se acordó de que había comprado un sostén así de malva... un sostén así de grande. Enmudeció; vio que Couth bajaba de la encimera como un trozo de carne a la que acababan de deshuesar, a cámara lenta; Couth entró en el lavadero y dejó el sostén de Biggie sobre el tendedero.

—Estuviste fuera mucho tiempo, Bogus —dijo Couth.

—Pero ahora he vuelto, Couth —señaló Bogus, lo que sonó como una estupidez—. Couth. Lo siento, pero *he vuelto*, Couth...

Unos pies descalzos golpetearon escaleras abajo y una voz dijo:

—Por favor, no hagas tanto ruido que vas a despertar a Colm.

Los pies se encaminaron a la cocina. Apretado en el rincón junto al anaquel de las especias, Dante Calicchio procuraba hacerse pequeño y no llamar la atención.

—Bogus, lo siento —dijo Couth suavemente y le tocó el brazo.

Entonces entró Biggie, que pasó la vista por encima de Dante como si este perteneciera a las tropas de asalto de un submarino alemán, y dirigió a Bogus una mirada impávida y nada sorprendida.

—Es Bogus —le susurró Couth, como si ella hubiera podido no reconocerlo con barba—. Es Bogus —repitió en tono más alto—. Ha vuelto de la guerra al hogar...

—Yo no diría *al hogar* —puntualizó Biggie—. Ni remotamente diría eso.

Y me esforcé en detectar el humor en tu voz, Big, presté mucha atención para oírlo. Pero no lo encontré, Big. Estaba ausente. Y lo único que se me ocurrió —por la forma en que tú y Couth parecíais nerviosos por la presencia del italiano rechoncho y uniformado encogido bajo las especias—, lo único que pude hacer, Big, fue

presentaros a mi chófer. No pude hacer otra cosa.

—Ejem —dijo Trumper, como si retrocediera después de recibir un puñetazo—. Este es Dante. Mi chófer.

Ni Biggie ni Couth estaban en condiciones de mirar a Dante; siguieron con la vista fija alternativamente en Bogus y en el suelo.

Y lo único que notó Bogus fue la bata nueva de Biggie... naranja, su color favorito; de terciopelo, su tela favorita. El pelo le había crecido y llevaba pendientes, que nunca había usado antes; se veía algo desgredada y desaliñada, aspecto que, recordó Bogus, llevaba con garbo. Cuando la veías así, te entraban ganas de ponerte tan desgalichado como ella.

Entonces Dante Calicchio, bajo la tirantez de la presentación, intentó salir del rincón donde se había metido y golpeó con el codo el anaquel de las especias, al que impulsó consigo hasta el centro de la cocina, donde hizo un vano esfuerzo por sujetarlo; Biggie, Couth y Bogus se precipitaron hacia él y lo único que lograron fue empeorar las cosas. Pequeños tarros de especias se hicieron añicos en el suelo, y el último bandazo de Dante en pos del anaquel vacío hizo que se astillara contra la inquebrantable nevera.

—Dios mío, cuánto lo siento —se disculpó Dante.

Biggie dio una patada a un tarrito y miró a Bogus a los ojos.

—Mucha gente siente muchas cosas —dijo.

Bogus oyó que Colm llamaba desde arriba.

—Perdón —dijo Biggie y salió de la cocina. Trumper la siguió.

—Colm —dijo—. Es Colm, ¿verdad? —estaba exactamente tras ella en la escalera cuando Biggie se detuvo, se volvió y le dirigió una mirada que nunca le había dirigido antes... como si fuera una desconocida a la que acababa de molestar grosera y sorpresivamente.

—Volveré en un minuto —dijo Biggie gélidamente. Antes de encaminarse a la cocina, Trumper se rezagó y la oyó tranquilizar en voz baja a Colm por el estrépito del especiero; en la cocina oyó el mismo tono tranquilizador, empleado por Couth con Dante Calicchio. No todos los tarritos se han roto, le aseguraba Couth, y además construiría otro anaquel en un santiamén.

Dante Calicchio hizo una observación en italiano, que a Trumper le sonó como un rezo.

Después se planteó la cuestión del billar. Couth se compadeció de Dante, que se sentía desdichadamente torpe dentro de la casa, temía salir al peligro que acechaba al raso, no sabía si debía llamar a su mujer, ni si debía informar al servicio de limusinas sobre la demora o volver cuanto antes a Nueva York.

—Señor, ¿no debería irme? —le preguntó a Trumper, que estaba esperando a que bajara Biggie.

Pero Trumper no sabía nada de nada.

—No sé, Dante —reconoció—. ¿Debería?

Entonces bajó Biggie y dedicó una especie de sonrisa valiente a Couth y un duro movimiento de cabeza a Trumper, que la siguió afuera, donde todo estaba oscuro como la boca de un lobo.

En ese momento Couth le preguntó a Dante si jugaba al billar. Eso sacó a Dante de su trauma por un buen rato; en realidad, jugaba como un profesional. Ganó ocho partidas consecutivas a Couth y luego, después de idear en secreto un sistema de hándicap, ganó tres de las cuatro siguientes. Pero no jugaban por dinero. Y por la forma en que actuaban todos en esa casa, Dante ni siquiera podía pensar en el dinero. Sin embargo, cada vez que se inclinaba para impulsar la bola blanca, sentía el billete de cien en el calzoncillo.

—Ese Mr. Pillsbury —le dijo a Couth, todavía convencido de que Bogus era un Pillsbury—. ¿Qué hace para tener tanto dinero?

—Abre su correspondencia una vez por mes —replicó Couth, creyendo que Dante se refería al auténtico Mr. Pillsbury. Dante silbó, dijo una palabrota entre dientes y metió la quinta bola en la tronera lateral, mientras la blanca se deslizaba justo hasta donde él quería. Couth, que se estaba preguntando cómo Bogus podía permitirse el lujo de tener chófer, agregó—: Ese Mr. Trumper, Dante... ¿qué hace él para tener tanto dinero?

—La doce en la esquina derecha —dijo Dante: nunca oía nada cuando planificaba una jugada.

Couth estaba confundido; se le ocurrió que Dante se mostraba evasivo. A través del ventanal vio a Biggie en el extremo del muelle, de cara al mar; por el movimiento de sus manos supo que estaba hablando. A tres metros de distancia, contra el poste de amarre, Bogus permanecía quieto e inmóvil como un percebe... madurando allí, arraigando.

Dante envió la bola blanca silbando a todo lo largo de la mesa y metió la doce en la tronera, pero Couth no se volvió. Dante observó cómo la bola blanca separaba la décima de la octava y luego rodaba cómodamente detrás de la catorce, dejándole un tiro perfecto hacia el rincón opuesto. Estaba a punto de anunciar la jugada cuando Couth le habló a la ventana.

—Dile que no —dijo Couth, casi en un susurro.

Dante contempló a Couth. Cristo, pensó, abre su jodida correspondencia una vez por mes y aquí son todos lunáticos; los dos están locos perdidos por esa fulana. No pegaré ojo esta noche, nena, y tampoco soltaré este jodido taco de billar... Pero solo dijo:

—Su turno.

—¿Qué?

—Le toca a usted —dijo Dante—. Yo he fallado.

Mentir era el sistema de hándicap que Dante Calicchio había maquinado.

Tiré un caracol del muelle. Cayó, ¡chas!, en el agua y pensé cuánto tiempo tardaría el bicho en volver a terreno seco.

Y tú seguías sin parar, Biggie.

Entre otras cosas dijiste:

—Claro que no puedo dejar de interesarme por ti. Me preocupas, Bogus. Pero Couth se interesa realmente por mí.

Arrojé otros tres caracoles de tiro rápido: ¡Chas! ¡Chas! ¡Chas!

Seguiste, Big. Dijiste:

—¡Estuviste tanto tiempo sin dar señales de vida! Pero después lo que me afectó no fue el tiempo que estuviste fuera, Bogus; el tiempo que estuviste *conmigo*, tal como lo recordaba, fue lo que no me gustó nada...

Encontré un puñado de percebes con la base del pulgar y los oprimí, aplastándolos como si fueran un trozo de queso.

—Te daré tiempo, Big —dije—. Todo el tiempo que quieras. Si quieres quedarte un tiempo aquí...

—Me quedo aquí para siempre —dijiste, Big.

Y yo ¡chas! Otro caracol. A continuación un pez azotó, una golondrina marina gritó, un búho habló y, transmitido en ese aire resonante, desde el otro lado de la bahía ladró un perro.

—Has dicho que Couth se preocupa por ti y también por Colm —dije—. ¿Pero qué sientes por Couth, Big?

—No es fácil decirlo —te volviste de cara a la bahía. Pensé que querías decir que resultaba difícil porque no era mucho lo que sentías por él, pero agregaste—: Me importa muchísimo.

—¿Sexo? —pregunté.

—Muchísimo —dijiste—. También en ese sentido.

¡Chas! ¡Chas!

—No me obligues a decirte cuánto lo amo, Bogus —dijiste—. No quiero herirte. Ha pasado mucho tiempo y ahora no estoy tan ofuscada.

—Merrill ha muerto, Big —dije... no sé por qué. Y te acercaste y me abrazaste por la espalda, apretándome tanto que no pude girar y estrecharte. De hecho, cuando contorsionándome quedé lo bastante libre para rodearte con mis brazos, me empujaste.

—Te he abrazado por Merrill, Bogus —dijiste—. No trates de abrazarme, por favor.

Entonces dejé que me abrazaras a tu manera. Si querías pensar que estabas abrazando a Merrill, yo no te lo impediría.

—¿Qué hay de Colm, Big?

—Couth lo adora —dijiste—. Y él adora a Couth.

—*Todo el mundo* adora a Couth —dije, y ¡chas!, ¡chas!, ¡chas!

—Couth te quiere mucho, Bogus —dijiste—. Y podrás ver a Colm cuando quieras. Por supuesto aquí eres bienvenido...

—Gracias, Big.

Entonces tú empujaste tu propio caracol, *chas*, del muelle.

—Bogus, ¿qué harás? —preguntaste.

Pensé ¡*chas!* Produje un puñado: ¡*Chas!* ¡*Chas!* ¡*Chas!* ¡*Chas-chas-chas!* Te vi apartarte de mí y observé los dos perfiles recortados en el ventanal de la sala de billar; estaban juntos, con los tacos de billar sobre los hombros, como fusiles en un desfile. Pero no marchaban; tenían la vista fija en el muelle y ninguno de los dos se movió hasta que comenzaste a subir el sendero que lleva a la casa. Luego la figura más alta y delgada dejó la ventana y se fundió en la casa para salir a tu encuentro; la más baja cimbreado su taco de billar como si fuera un florete y también se apartó.

¡*Chas!* Fue lo que pensé cuando oí el portazo de la tela metálica.

Desde tierra adentro, más allá de las marismas donde una vez Couth y yo empantanamos un bote entre los pinos atrofiados por la sal, un somormujo emitió su opinión.

Dante le ganó tres partidas seguidas a Biggie, hasta que empezó a fallar tiros adrede para verla arquear su cuerpo sobre la mesa, con todas las curvas y formas de cantos rodados duros bajo su suave bata ceñida. Se apretaba el labio inferior con los dientes cuando golpeaba la bola.

En el muelle, sus dos amantes —conjeturaba Dante— estaban sentados muy juntos, con las piernas colgadas, cerrando un trato con un puñado de caracoles.

Caray, pensó Dante, lo que me gustaría saber es quién es quién aquí.

Siempre has sido un buen tipo, Couth, lo que se adapta perfectamente a tu aspecto. Tan claro como yo oscuro, eres blanco con pecas, mientras que yo soy aceite de linaza frotado en madera basta. Tu estatura disimula el hecho de que tus caderas son más anchas que tus hombros, aunque no pareces ancho; esas largas piernas flacas, tus dedos de pianista, tu noble nariz intacta te hacen parecer esbelto. Eres el único pelirrojo que alguna vez me ha gustado. Sé que te dejaste crecer la barba para ocultar las pecas, pero nunca se lo he dicho a nadie.

Nuestros cuerpos son tan diferentes como los de una foca y una jirafa. Debes de medir una buena cabeza más que yo, Couth, y no puedo dejar de recordar lo que Biggie solía decir de la gente más grande que ella. Aunque bien pensado, debe de pesar más que tú.

Quiero decir que tu pecho cabe en el espacio entre sus clavículas, Couth.

A Biggie le gustaba la idea de que no podía rodearme el pecho con los brazos y mantener las manos entrelazadas si yo llenaba de aire mis pulmones. Pues bien,

podría colapsar los tuyos. Y cuando te rodee la cintura con sus piernas, ¡cuidado con tu espalda! En realidad, es un prodigio que todavía no te haya matado. No obstante, es obvio que has sobrevivido. Pero solo dije:

—Se te ve bien, Couth.

—Gracias, Bogus.

—Bien, ya lo sabes, ella quiere quedarse contigo.

—Lo sé.

Arrojé un caracol lo más lejos posible, y tú arrojaste otro. Aunque el tuyo no llegó ni remotamente tan lejos como el mío... con ese extraño estilo brusco que tienes de tirar las cosas. Tienes un pésimo brazo, Couth, y pese al tiempo que has pasado en botes, remas como un pájaro con un ala rota. Y parece mentira que le enseñes a nadar a Colm. Pero solo dije:

—Tendrás que vigilar a Colm cuando se acerque al agua este verano. Empieza a tener una edad peligrosa.

—No te preocupes por Colm, Bogus —dijiste—. No le pasará nada y espero que vengas a verlo siempre que quieras. También a nosotros... ven a vernos.

—Sí. Biggie me lo ha dicho.

¡Chas!

Pero arrojaste tu caracol tan chapucestamente que ni siquiera llegó al agua; cayó, ¡plop!, en las marismas.

—Te agradecería que me enviaras muchas fotos, Couth —dije—. Cuando le saques... a Colm, ya sabes, saca una copia para mí.

—Te puedo dar algunas ahora —dijiste.

¡Chas!

—Joder, Bogus, lo siento —dijiste—. ¿Quién podía saber que las cosas saldrían así?

—Yo. Yo podría haberlo sabido, Couth...

—Ella ya te había abandonado cuando vino aquí, Bogus. Ya había tomado la decisión, quiero decir...

¡Chas!

¡Plop!

—¿Y los Pillsbury? —pregunté—. ¿Qué van a pensar de que vivas aquí con una mujer y un niño?

—Por eso nos casamos —dijiste, y pensé que debía de haberme convertido en un caracol... que debía de haberme arrojado a mí mismo y haber tragado mucha agua si estaba oyéndote correctamente, Couth.

—¿Quieres decir que *queréis* casaros, Couth?

—No, quiero decir que *nos hemos* casado... o algo así.

Reflexioné en ello durante cuatro *chas*. ¿Cómo era posible? Y como no me lo parecía, pregunté:

—¿Cómo es posible, Couth? Creía que yo estaba casado con ella.

—Bien, lo *estabas*, por supuesto, y esta... cuestión aún no ha sido legalmente aprobada —dijiste—, pero dado que tú... la abandonaste, fue posible conseguir una especie de proceso. Yo mismo no lo entiendo muy bien, pero un abogado de los Pillsbury ya tiene algunas cosas redactadas...

Bien, pensé, no te has quedado cruzado de brazos, ¿eh, Couth?

—No teníamos forma de saber cuándo volverías, si es que volvías, Bogus —dijiste. Luego proseguiste diciendo que era casi legalmente necesario pasar por todo eso, a causa de la estructura impositiva y de la forma en que la ley consideraba a las personas a tu cargo. *Gracias*, pensé, cuando explicaste que de esa forma se eliminaba la pensión alimenticia.

—¿Cuánto te debo? —pregunté.

—Eso me importa un comino, Bogus —dijiste, pero yo ya había sacado el sobre y estaba apretando novecientos dólares en tu mano fina y delgada.

—Cielos, Bogus. ¿De dónde has sacado esto?

—Me he hecho rico, Couth —te dije, y traté de volver a guardarme el sobre en el bolsillo como si fuera un gesto indiferente... como si hubiese otros sobres metidos en todos mis bolsillos y no supiera con certeza a cuál pertenecía ese. Luego, porque pensé que lo rechazarías, me puse a balbucir, empezando por cualquier parte.

—Si yo no puedo vivir con ellos, Couth, me alegro de que seas tú. Los cuidarás mejor de lo que yo lo he hecho, sin duda, y nunca me preocuparé por ellos si están contigo. Además, esta parte del país es espléndida para criarse, y puedes enseñarle fotografía a Colm.

—Biggie ayudará este verano —dijiste—. Ya sabes, cuando los Pillsbury estén aquí... hará la compra, cocinará algo, se hará cargo de la casa. Eso me dejará más tiempo libre para tomar fotos y trabajar en el cuarto oscuro... Durante el otoño conseguí un trabajo de media jornada en Bowdoin. Está apenas a cuarenta y cinco minutos de distancia. Solo una clase... una especie de taller de fotografía. Esta primavera me hicieron una exposición y los estudiantes incluso compraron algunas copias.

El peso de esta cháchara nos estaba aplastando.

—Fabuloso, Couth.

—Bogus, ¿qué cuernos harás ahora? —me preguntaste después de un largo silencio.

—Tengo que volver a Nueva York —mentí—. Pero volveré... cuando me haya instalado.

—Ya está clareando —dijiste. Observamos cómo surgía del mar un temprano sol anaranjado; su débil destello acariciaba la playa—. Colm se levanta temprano. Puede mostrarte sus animales. Le construí una especie de zoo en el cobertizo, con cosas que cogí.

Pero yo no quería quedarme para ver cuánto había crecido Colm ni si le seguía gustando. Dejemos que pase un poco de agua bajo el puente, es lo que siempre digo.

Pero solo dije:

—Ahora tengo que hablar con mi chófer, Couth.

Cuando intenté incorporarme, me cogiste del cinturón y dijiste:

—Tu chófer ni siquiera sabe quién eres, Bogus. ¿Qué pasa contigo?

—Estoy muy bien, Couth. No me pasará nada.

Te levantaste conmigo, frágil ángel cabrón, y me cogiste la barba, y me sacudiste cariñosamente la cabeza, diciendo:

—Mierda, mierda, si los dos pudiéramos vivir con ella, Bogus, a *mí* no me molestaría... lo sabes, ¿no? Hasta se lo pregunté una vez, Bogus.

—¿Sí? —te tenía aferrada la barba; casi tuve ganas de besarte, pero también de dejarte lampiño—. ¿Y qué respondió?

—Que no, por supuesto —dijiste—. Pero a mí no me habría molestado, Bogus... creo.

—A mí tampoco, Couth —dije, lo que probablemente estaba muy lejos de ser cierto.

Ahora se veía todo el sol, como una boya en el agua, balanceándose en la superficie, y de pronto hubo demasiada luz para verte, Couth, por lo que dije:

—Dame esas fotos, ¿quieres? Ahora tengo que irme...

Fuimos juntos a la casa, subiendo de dos en dos los escalones de baldosas del cobertizo de botes. Noté que me deslizabas el dinero que te había dado en el bolsillo trasero. Y recordé tu trasero desnudo bajo la luz de la luna en esas baldosas, donde cantabas boca abajo, Couth, con una trompa de órdago que te impidió levantarte. Tu chica —una de las dos que habíamos ligado en el aparcamiento para caravanas de West Bath— se estaba poniendo el bañador, harta de esforzarse por llevarte a la casa y al dormitorio principal. Yo estaba muy cómodo con mi mitad de las dos en el desván del cobertizo.

Te vi golpear la hierba, Couth, y recuerdo haber pensado para mis adentros, con aire satisfecho, no tan borracho como para no follar: el pobre Couth nunca se comerá una rosca.

Bien, Couth, me equivoqué.

Cuando entraron en la cocina, Biggie acababa de prepararle un *sandwich* a Dante Calicchio. Un enorme *sandwich* que Dante roía directamente de la fuente en forma de pesebre; Biggie también le había servido una cerveza, que bebía de una jarra del tamaño de un florero.

Dante se preguntaba quién saldría ahora y con quién. Si viene la escena en que me llevo a la rubia grandota al muelle, no me molestaría, pensó.

—¿Quieres comer algo, Bogus? —preguntó Biggie.

Pero Couth dijo:

—Quiere irse antes de que se levante Colm.

¿Quién?, pensó Dante Calicchio. ¿Quién demonios puede estar *durmiendo* en una noche como esta?

—Bien —dijo Bogus—, en realidad me gustaría verlo, pero no quiero que él me vea *a mí*... si no es demasiado pedir.

—Lo primero que hace en cuanto se levanta es dar de comer a sus animales en el cobertizo —dijo Couth.

—Y desayuna en el muelle —añadió Biggie.

Una rutina, pensó Bogus. Colm sigue una rutina. A los chicos les encanta una buena rutina. ¿Alguna vez establecido una rutina con Colm?

Pero solo dijo:

—Podría observarlo desde la sala de billar, ¿no?

—Tengo unos prismáticos —ofreció Couth.

—Cielos, Cuthbert —dijo Biggie. Couth pareció incómodo; ella también. Bogus pensó: ¿*Cuthbert*? ¿Cuándo alguien te ha llamado Cuthbert, Couth?

En un rincón de la cocina, protegido de los escombros del anaquel de especias, Dante Calicchio zampaba su *sandwich* y bebía a grandes tragos su cerveza, preguntándose si en el servicio de limusinas estarían preocupados y si su mujer habría llamado a la policía. ¿O viceversa?

—Pronto nos iremos —le dijo Bogus—. ¿Por qué no da un paseo, sale a tomar un poco el aire...?

La boca de Dante estaba llena, de modo que no podía hablar, pero pensaba, carajo, ¿quiere decir que tengo que llevarlo de vuelta conmigo? Pero no dijo ni pío, y fingió no ver que Bogus deslizaba un buen fajo de billetes —quizá mil dólares— en la panera.

Dante se sentó bajo la señal de marea alta, en los peldaños fríos y húmedos que llevaban desde el muelle hasta la rampa para botes, y se maravilló de la vida en miniatura que pululaba en los charcos de los terrenos bajos que solían inundarse con la marea, y hormigueaba en las grietas de las piedras gastadas. Era el único barro de toda su vida en el que tuvo ganas de meter los pies descalzos, y se sentó con los pantalones arrollados hasta las rodillas y retorció los dedos de sus pies urbanos en el fango más limpio que hubiese sentido nunca. En los muelles, encima de él, sus polvorientos zapatos negros urbanos y sus delgados calcetines negros urbanos se veían tan amenazadores y extraños que hasta las gaviotas les tenían miedo. Las golondrinas más audaces se lanzaron en picado, y se alejaron chillando, alarmadas ante ese ignoto sedimento dejado por la marea.

En la desembocadura de la bahía, un pescador de langostas tironeaba de sus trampas, y Dante se preguntó cómo sería trabajar otra vez con las manos y la espalda, y si se marearía en el mar.

Se incorporó y se encaminó prudentemente a las marismas, sintiendo que una

concha le pinchaba el pie de vez en cuando, intimidado por la fauna que lo rodeaba. Había una vieja nasa contra el poste de amarre más alejado del muelle; Dante se dirigió allí con mucho tiento, preguntándose qué bestias habría en su interior. Pero la nasa estaba desfondada y su único contenido era el cebo, una cabeza de pescado vacía. Luego algo picudo pasó por su pie, chilló y huyó dolorido playa arriba. Cuando levantó la vista para ver si alguien había sido testigo de su cobardía, vio que un niño moreno y guapo lo observaba. El chico estaba en pijama y comía un plátano.

—Solo era una lombriz de arena —dijo Colm.

—¿Muerden? —preguntó Dante.

—Pellizcan —dijo Colm, saltó del lado bajo del muelle y trepó descalzo por las piedras afiladas, como si sus pies tuvieran suela de sogas—. Cogeré uno para ti —le dio a Dante el plátano y pasó entre las conchas que, Dante estaba seguro, habían despellejado sus propios pies. Avergonzado, resistió a la tentación de examinarse en busca de cortes y observó al crío que andaba por las marismas, hurgando con los dedos terribles seres vivos a los que él solo se habría atrevido a tocar con un palo.

—A veces cuesta cogerlos —dijo Colm, en cuclillas y desenterrando una gran masa de barro. Su diminuta mano se metió disparada en el agujero y apareció con una larga lombriz verdirroja que arrolló en su propia mano. La tenía cogida justo por detrás de la cabeza y Dante vio que las pinzas negras se agitaban ciegamente en el aire.

Listillo, pensó Dante Calicchio. Acércate a mí con eso y dejaré caer el plátano en el fango. Pero hizo de tripas corazón y dejó que Colm se acercara a él.

—¿Ves las pinzas? —le preguntó Colm.

—Sí —dijo Dante. Pensaba devolverle el plátano a Colm, pero temió que el crío creyera que estaba haciendo un trueque. Además, Colm estaba cubierto de barro—. Ahora estás demasiado sucio para desayunar.

—No —dijo Colm—. Puedo lavarme.

Llevó a Dante a un charco formado en lo alto de las rocas y juntos quitaron todo el barro.

—¿Quieres ver mis animales? —le preguntó Colm. Dante no estaba muy seguro; se preguntaba qué había hecho Colm con la lombriz—. ¿Qué es un chófer? ¿Como un taxi?

—Mmmmm —contestó Dante. Alerta como un conejo, en guardia por si había animales al acecho, siguió a Colm al cobertizo.

Había una tortuga a la que le crecían en el lomo unas cosas parecidas a piedras, y una gaviota a la que Colm le advirtió que no se aproximara... tenía un ala dañada y le gustaba picotear. Había un animalito ferozmente activo, parecido a una rata alargada, que según Colm era un hurón. Había una tina de zinc llena de arenques, la mitad de los cuales estaban muertos y flotaban en la superficie; Colm los recogió con una red, como si esas muertes fuesen cosas de todos los días.

—¿Comida para el gato? —preguntó Dante, refiriéndose a los arenques muertos.

—No tenemos gato —replicó Colm—. Matan más de lo que pueden comer.

Cuando salieron del cobertizo, el sol picaba lo suficiente para poner colorado a Dante, y una tibia brisa salada se había levantado en la bahía.

—¿Quieres que te diga una cosa, chico? —dijo Dante—. Tienes mucha suerte de vivir aquí.

—Lo sé —respondió Colm.

Entonces Dante levantó la vista hacia la casa y vio a Bogus Trumper ante el ventanal de la sala de billar, observándolos con unos prismáticos. Dante sabía que el niño no debía saber que lo estaban observando, de modo que interpuso su abultado cuerpo entre Colm y la casa.

—¿A veces eres soldado? —preguntó Colm y Dante meneó la cabeza. Dejó que el crío se probara su elegante gorra de chófer; Colm sonrió y marchó por el muelle. Qué raro, pensó Dante. A los chicos les encantan los uniformes y la mayoría de los hombres los odian.

Trumper vio que Colm intentaba hacer un saludo militar. ¡Qué bronceado estaba! Y sus piernas eran mucho más largas de lo que recordaba.

—Será largo como tú, Big —murmuró. Biggie estaba exhausta; se había quedado dormida en el sofá de la sala de billar. Bogus estaba solo ante los prismáticos, pero Couth lo oyó. Cuando vio que Couth lo miraba, Bogus apartó los prismáticos.

—Se le ve muy bien, ¿no? —preguntó Couth.

—Sí, sí —dijo Trumper y miró a Biggie—. No quiero despertarla. Dile adiós de mi parte —pero se acercó de puntillas al sofá; parecía estar esperando algo.

Couth se esmeró en hacerse el indiferente, con la vista fija en el mar, pero Trumper seguía incómodo, por lo que Couth salió. Entonces Bogus se inclinó sobre Biggie y le dio un beso rápido y ligero en la frente; sin darle tiempo a enderezarse, Biggie alargó una mano vacilante hasta su pelo, le dio un golpe suave y le dedicó un gruñido adormilado.

—Couth —dijo—, ¿se ha ido?

Se había ido, sí. Hizo que Dante parara en una gasolinera Esso de Bath y llenó de hielo la pequeña nevera de la parte de atrás de la limusina. En Brunswick compró un Jack Daniel's y enfrente, en Woolworth's, un vaso.

De modo que se había ido cuando cruzaron el límite de Massachusetts. Iba sentado en el mullido asiento trasero, con el cristal divisor cerrado a cal y canto; bebió hasta que las ventanillas matizadas adquirieron un tono verde más oscuro, aunque el día era cada vez más luminoso. En el insonoro Mercedes con aire acondicionado, se hundió como un rey muerto que vuelve a Nueva York en su ataúd acolchado.

¿Y por qué Nueva York?, pensó. Entonces recordó que era porque allí iba Dante. Sacó el sobre con dinero y contó hasta unos borrosos mil quinientos o mil ochocientos dólares, cien más cien menos. La cuenta no le salió dos veces igual, por lo que después de la cuarta volvió a meterlo en el bolsillo y lo olvidó.

Pero Dante notó todos sus movimientos, y por primera vez se le ocurrió que el chalado que tenía en el asiento trasero podía no ser tan rico. Si te tomas la molestia de contarle, no tienes tanto.

Cuando llegaron a New Haven, Trumper estaba tan en babia que Dante ni siquiera tuvo que preguntarle si podía parar un momento. Calicchio telefoneó a Nueva York y recibió una bronca del servicio de limusinas, y un griterío lacrimoso de su mujer.

Al volver al coche, Trumper estaba demasiado ido, sencillamente, para entender lo que Dante quería decirle. Quería advertirle que «ellos» lo estaban esperando en Nueva York.

—¿Te refieres a la poli? —había preguntado Dante al que lo atendió en el servicio de limusinas—. ¿Qué pasa con él?

—Peces más gordos que polis comunes y corrientes —le dijeron.

—¿Sí? ¿Qué ha hecho?

—Creen que está loco.

—No jodas —dijo Dante—. ¿Acaso eso es un crimen?

Dante golpeó el cristal que los separaba y finalmente logró en Trumper una mirada que en él era al menos reconocible. Pero Dante decidió dejarlo en paz; lo saludó con la mano a través del cristal. Trumper sonrió y le devolvió el saludo.

Dante se estaba encariñando con el chalado; ese tipo lo conmovía. Antes de dejar Maine, había cambiado de opinión con respecto a él. Le había preguntado si podía detenerse en una tienda de regalos del camino: quería llevarle algún recuerdo a su mujer y a sus hijos.

Trumper le dio permiso. Mientras Dante miraba langostas de plástico y acuarelas marinas pintadas en troncos de deriva, Trumper contemplaba las fotos que le había dado Couth cuando se fue. Había un lote completo de fotos de Colm de buen tamaño, de veinte por veinticinco: Colm en las marismas, Colm en un bote, Colm en la playa con tormenta de nieve (¡de modo que ya vivían con Couth en el invierno!), Colm formalmente posado en el regazo de Biggie. Todas encantadoras.

Pero la última impresionó a Trumper. Tal vez Couth las había juntado con demasiada prisa y no había sido su intención incluirla, pues evidentemente correspondía a una serie muy distinta. Era el primer plano de un desnudo, distorsionado por un gran angular. La toma enfocaba la pelvis de la mujer, que estaba tumbada en un campo, en una posición que hacía que la textura de la hierba entre sus piernas abiertas fuera casi igual a la textura de su vello púbico; de hecho, esa era sin la menor duda la idea del encuadre. El gran angular redondeaba el mundo encima de ella y su rostro quedaba pequeño, distante y desenfocado. Pero su coño estaba perfectamente enfocado.

¿Madre Tierra?, pensó Trumper. No le gustaba esa foto, pero comprendió que si Couth no la había incluido por error, si Couth había tenido la intención de dársela, el gesto era generoso y bienintencionado, como Couth. Y también como Couth, de chocante mal gusto. El desnudo era de Biggie.

Trumper levantó la vista y vio que se acercaba Dante. El hombre abrió la puerta del asiento trasero porque quería enseñarle lo que había comprado para su hijos: tres pelotas de playa hinchables y tres camisetas con la palabra «¡MAINE!» impresa en el pecho; debajo de las letras, una descomunal langosta erguía sus pinzas.

—Muy bonito —dijo Trumper—. Muy bonito.

Entonces Dante vio las fotos de Colm, y sin que Trumper pudiera impedirselo, cogió toda la pila y empezó a mirarlas.

—Quiero decirle, señor, que tiene usted un hijo muy majo.

Trumper apartó la mirada y Dante, turbado, dijo:

—Supe que era suyo. Son idénticos.

Entonces Dante llegó a la pelvis de Biggie y aunque se esforzó por desviar la mirada, no pudo. Finalmente se obligó a deslizar la foto debajo de las otras y le devolvió todo el lote a Trumper.

Trumper estaba tratando de sonreír.

—Muy bonito —dijo Dante Calicchio, la boca una línea dura, reprimiendo una sonrisa procaz.

Entonces me sentí asaltado por Nueva York a todo mi alrededor; lo adiviné. Y Jack Daniel's Old Time No 7 Brand Quality Tennessee Sour Mash Whisky, 90 proof, nadando en mi cerebro, con su delicioso sabor ardiente tan espeso en mi lengua que habría podido masticarlo.

Los vi allí afuera, esperándome. Golpearon la ventanilla, toquetearon el pestillo de la puerta y gritaron al bruto bonachón de mi chófer:

—¡Calicchio! ¡Abre, Calicchio!

Entonces abrieron mi puerta de par en par y di al primero un mamporro en la frente con esa encantadora botella casi cuadrada en la que Jack Daniel mete su *whisky*. Otros lo ayudaron a levantarse del suelo y volvieron hacia mí.

Los veía bien cuando mantenían las distancias, pero si se acercaban se me desenfocaban. Logré distinguir a Dante, sin embargo: ese buen hombre les estaba implorando que tuvieran cuidado conmigo. Y lo hacía de manera persuasiva: les rodeaba la garganta con sus manos de dedos gruesos hasta que dejaban escapar una rara melodía y se alejaban de mí danzando delicadamente.

—Tenga, tenga —decía Dante—. Que nadie le haga daño, él no ha hecho nada. Solo quiero darle algo, un pequeño presente. Dejadme que lo haga, por favor —y agregaba en tono ligeramente más bajo algo así como—: Si quieres conservar los dientes, ¿o prefieres que te los trasplante culo arriba, maricón?

Ellos me tironeaban hacia un lado y Dante hacia el otro. Luego hubo un impresionante tirón en una dirección durante una distancia considerable, momento en el que un individuo no identificado gritó que lo estaban matando, y otro desconocido comenzó a balar como una cabra, y estuve solo y libre un instante. Entonces vi que mi ángel de la guarda, Dante Calicchio, se metía la mano en el calzoncillo —en la entrepierna, precisamente— y precisamente de su entrepierna sacó una cosa arrugada y me la metió en la pechera de la camisa al tiempo que decía, jadeante:

—Tenga, tenga, tenga, por Dios... Creo que necesitaré hasta el último... Y ahora lárguese, si tiene dos dedos de frente. ¡Corra!

Entonces nos movimos otra vez a cámara rápida, y a la distancia vi a Dante Calicchio divirtiéndose con dos hombres de juguete. No debían de pesar ni cinco kilos cada uno, porque Dante arrojó a uno a través del parabrisas de un coche aparcado y puso al otro patas arriba, como si fuera un muñeco de trapo. Después no vi nada más, porque todos los que se arremolinaron intentaron participar en el juego que estaba jugando Dante.

Me cogieron. Me llevaron en un coche con la ventanilla abierta, obligándome a dejar la cabeza colgando del lado de afuera: supongo que pensaban que necesitaba aire. Pero yo no estaba tan lelo como para no recordar esa cosa arrugada que llevaba en la pechera de la camisa, y mientras me subían en el ascensor, la saqué y le eché un vistazo. Era dinero —no pude leer cuánto— y uno de los mequetrefes que iba en el ascensor me lo quitó.

Creo que estaba en un ascensor; estábamos en un hotel, creo. Pero lo único que se me ocurrió pensar en ese momento fue: ¡Hay que ser extravagante para llevar eso entre las pelotas!

Bienvenido a la Orden de la Picha de Oro

Durante la visita al hospital de Tulpen, cabeceé y fijé la vista alternativamente, abriendo los ojos de sopetón como si me hubieran sobresaltado, papando moscas con mirada vidriosa por encima del hombro, representando a la perfección un estado de estupor, aunque me desesperaba por echar una meada.

Ralph fue a visitarme más tarde, decretó mi muerte y preguntó a Tulpen qué aspecto tenía mi pito. Pero ella parecía auténticamente preocupada y lo reprendió.

—No lo he visto —dijo—. Sigue completamente dopado, no sabe dónde está.

Ralph rodeó la cama; había llevado la correspondencia y, con la excusa de buscar dónde ponerla, espió por la cortina de mi compañero de habitación, el anciano caballero chapoteante con su lote de tubos de entrada y de salida.

—Pidámosle a una enfermera —sugirió Ralph.

—¿Pedirle qué? —preguntó Tulpen.

—Que nos deje verlo —dijo Ralph—. ¿O le levantamos la sábana?

Puse los ojos en blanco y murmuré algo en alemán para impresionarlos.

—Está en el período nazi —anunció Ralph. Yo permanecí como si me hubieran hecho una lobotomía, aguardando a que se dijeran cosas íntimas o se tocaran. Pero no lo hicieron; de hecho, parecían llevarse bastante mal y me pregunté si se habrían dado cuenta de mi impostura y por eso actuaban con sangre fría.

Cuando por fin se fueron, oí que Tulpen le preguntaba a la enfermera de la planta cuándo iría Vignerón y si pensaban darme el alta esa noche. Pero no oí la respuesta de la enfermera; mi compañero eligió ese momento para mear o ingerir algo audiblemente y cuando acabó con sus horribles temblores líquidos, ya se habían ido.

Tenía que levantarme a hacer pis, pero en cuanto me moví se me enganchó uno de los puntos nervudos en la sábana de arriba y solté un aullido tan penetrante que irrumpió en la habitación una bandada de enfermeras y el anciano caballero gorjeó en sus sueños y mangueras.

Dos enfermeras me llevaron al lavabo; sujeté la bata del hospital abierta a cierta distancia de mi cuerpo, a la manera de una capa, para que no rozara mi aparato herido.

Cometí el estúpido error de mirarme antes de tratar de mear. No vi ningún orificio; una costra cerrada y un pastiche negro de costurones me daban la apariencia del extremo atado de una morcilla. Me deshice de la enfermera pidiéndole que me trajera la correspondencia.

Había una carta del director de mi antigua tesis, el Dr. Wolfram Holster. Había incluido un artículo del *Boletín de lenguas norgermánicas*, escrito por el Dr. Hagen von Troneg, viejo sabio de Princeton en literatura comparada, que se lamentaba de la ausencia de estudios sobre las lenguas de los antepasados de la cadena norgermánica. Según la perspectiva de Von Troneg «... es imposible alcanzar una comprensión profunda del pesimismo religioso en obras de noruegos, suecos, daneses, islandeses y

feroeses a menos que se emprenda la tarea de actualizar las pocas traducciones que tenemos, y de traducir obras previamente no traducidas del antiguo nórdico occidental, antiguo nórdico oriental y antiguo nórdico bajo». El comentario del Dr. Wolfram Holster indicaba que era el momento «oportuno» para *Akthelt y Gunnel*.

En una P. D., Holster agregaba sus condolencias por lo que había sabido de mí «situación». Y se explicaba así: «Un director de tesis rara vez tiene tiempo para involucrarse en los problemas emocionales del candidato doctoral; no obstante, a la luz de un proyecto tan oportuno y necesario, considero que un director debe, en un grado más personal, ser tan constructivamente indulgente como constructivamente crítico». Su conclusión: «Hágame saber, Fred, cómo va *Akthelt y Gunnel*».

Palabras que, en el cuchitril de aseo del hospital, me redujeron a una carcajada y a continuación a un mar de lágrimas. Tiré la carta de Holster en el inodoro, lo que me dio coraje para mear encima.

Durante mi estupor ambulante en Europa, le había escrito dos veces a Holster. Una era una larga patraña en la que describía mi investigación sobre la trágica reina islandesa Brunilda y su posible relación con la Reina del Mar de las Tinieblas de *Akthelt y Gunnel*.

Por supuesto, no hay ninguna Reina del Mar de las Tinieblas en *Akthelt y Gunnel*.

Mi otra comunicación con Holster fue una postal. Un pequeño detalle del gran lienzo de Bruegel *La matanza de los inocentes*. Niños y bebés son arrancados de los brazos de sus madres; los brazos de los padres, que intentan cogerlos, son cortados. «¡Hola!», había escrito en el dorso de la postal. «¡Ojalá estuviera usted aquí!».

Un rato después, una de las enfermeras se acercó a la puerta del lavabo para preguntarme si estaba bien. Me llevó de vuelta a la cama, donde tenía que esperar a que Vignerón viniera a liberarme.

Revisé el resto de mi correspondencia. Había un voluminoso sobre de Couth lleno de documentos referentes al divorcio; se suponía que debía firmarlos. Una nota de puño y letra de Couth me aconsejaba que no los leyera a fondo; estaban redactados en un «estilo de mal gusto», me advertía, para que el divorcio se tomara en serio. Yo no sabía quién tenía que tomárselo en serio, de modo que desoí su consejo y leí un poco. Había algo referente a mi «flagrante y depravada actividad adúltera». También se hacía mención a mi «cruel e inhumana negligencia de toda responsabilidad», y a mi «despiadado abandono, rayano en la degeneración».

Me pareció bastante rutinario, por lo que firmé todo. Firmar cosas no significa mucho.

El resto de mi correspondencia no era correspondencia. Estaba cerrada, sí, pero era de Ralph y no llevaba sellos. ¿Un regalo con sus deseos de que me restableciera? ¿Una broma? ¿Un símbolo malintencionado?

Era una especie de diploma.

ORDEN DE LA PICHA DE ORO

¡Felicitaciones! Con Este Regalo Se Da A Conocer

Que

FRED BOGUS TRUMPER

Habiendo Demostrado Excepcional Coraje, Valentía, Valor Y Fortaleza Fállica, Habiendo Soportado Estoicamente La Corrección Quirúrgica De Su Miembro Viril, Y Habiendo Sobrevivido Con Éxito A Una Espeluznante Uretrotomía Con Nada Menos Que Cinco [5]. Puntos De Sutura, Por El Presente Documento Se Lo Reconoce Como Caballero De Pleno Derecho

De La Fraternidad De La Orden De

La Picha De Oro

Y Se Le Conceden Todas Las Jactancias Y Privilegios

Con Ella

Relacionados.

E iba Firmado por Jean Claude Vignerón, Cirujano Ejecutor, y por Ralph Packer, Picha y Escriba Mayor. ¿Pero dónde estaba, me pregunté, la firma de Tulpen, Gran Maestra de Beneficios?

Trumper seguía trastornado y paranoide cuando Vignerón fue a liberarlo.

—Bien, todo anduvo muy bien —dijo Vignerón—. Y no tiene demasiado dolor al orinar, ¿verdad?

—Estoy bien —contestó Trumper.

—Tiene que tener cuidado de no engancharse los puntos en la ropa interior ni en las sábanas —le recomendó Vignerón—. De hecho, los próximos días estará más cómodo si se queda en casa sin nada encima.

—Es lo que pensaba —dijo Trumper.

—Los puntos desaparecerán por sí solos, pero quiero verlo dentro de una semana, solo para cerciorarme de que está perfectamente bien.

—¿Hay alguna razón para sospechar que no lo estaré?

—De ninguna manera —dijo Vignerón—, pero es de rigor hacer un chequeo después de cualquier operación quirúrgica.

—Tal vez no esté aquí —le advirtió Trumper.

Vignerón parecía molesto por su frialdad.

—¿Está bien? —le preguntó—. Quiero decir si se siente bien.

—Sí —respondió Trumper. Consciente de que estaba poniéndole las cosas difíciles a Vignerón, intentó rectificar—. En mi vida me he sentido mejor —mintió—. Soy un hombre nuevo. He dejado de ser un trasto viejo.

—Bien, en realidad no estoy en condiciones de garantizarlo.

Vignerón tenía razón, por supuesto; Vignerón *siempre* tenía razón. Era sumamente incómodo usar ropa.

Trumper se metió en el calzoncillo, con una almohadilla de gasa engrasada pegada a la punta del pene. Eso evitaba que los puntos se engancharan en la trama de la ropa; por eso se enganchaban en la almohadilla de gasa. Caminar fue una hazaña realizada con pies de plomo. Apartó de su cuerpo la entrepierna de los pantalones y echó a andar patizambo, como quien lleva carbones encendidos en la bolsita de los calzoncillos. Todos lo miraban con ojos desmesuradamente abiertos.

Recogió su correspondencia y el extraño regalo de Ralph. En el metro fijó la vista en una pareja austera y formal, que empezó a comportarse como si hubiera preferido viajar en taxi. ¿Queréis ver mi diploma?, pensó.

Pero cuando llegó al Village, nadie le prestó atención. Allí la gente solía caminar como le venía en gana, y no se veía más raro que la mitad de los que se cruzaban con él.

Mientras buscaba a tientas su llave en el rellano de la puerta del apartamento, oyó las salpicaduras de Tulpen en la bañera. Estaba hablando con alguien y Trumper se quedó helado.

«Me parece muy simplista», estaba diciendo, «tratar de englobar a toda la gente y las cosas muy profundas y complejas con generalizaciones fáciles, superficialidades... ya sabes. Pero considero igualmente simplista suponer que todo el mundo es complejo y profundo. Quiero decir que creo que Trumper opera realmente en la superficie...». Se interrumpió; Trumper la oyó hundirse en la bañera y decir: «Venga, demos por terminada la noche».

Trumper giró sobre sus talones, fue con las piernas arqueadas hasta el ascensor, salió a la calle. *Demos por terminada la noche*, pensó.

Si hubiese esperado, habría oído que la escena se cortaba, habría oído a Ralph echándole una bronca a Kent y a Tulpen pidiéndoles que se fueran.

Pero fui directamente al estudio de Christopher Street y superé los complejos artilugios de Ralph y su secuencia de cerraduras. Sabía lo que buscaba; quería decir algunas cosas.

Encontré las tiras de lo que Ralph llamaba «tejido adiposo». Eran cortes de metraje excesivamente largo, o escenas que por alguna razón él consideraba flojas. Tulpen las tenía colgadas en el armario de la basura de su sala de montaje.

No quería destruir nada valioso; solo pensaba usar material que, sabía, era de segunda categoría. Revisé mucho celuloide. Las partes conmigo, Colm y Tulpen en el metro eran interesantes. Asimismo, había una toma larga en la que aparezco solo, saliendo de una tienda de animales domésticos del Village, con peceras salpicando bajo los brazos... regalos para Tulpen, un día que me sentía de humor. El dueño de la tienda, que sale a la puerta para despedirme con la mano, parece un pastor alemán con camisa hawaiana. Sigue agitando el brazo mucho después de que yo he salido de cuadro.

Hice algunos burdos encolados; sabía que no tenía mucho tiempo, y quería hacer un buen trabajo con la banda sonora superpuesta.

Me dolía tanto el pito que me saqué los pantalones y el calzoncillo; trabajé con el culo al aire, tratando de evitar los bordes de las mesas y los respaldos de las sillas. Después también me quité la camisa, porque me rozaba, sobre todo cuando me sentaba. O sea que andaba en cueros, si exceptuamos los calcetines. El suelo estaba frío.

Comenzaba a amanecer cuando terminé; puse el proyector en su lugar, en la sala de proyecciones, y bajé la pantalla, para que enseguida supieran que había algo preparado para ellos. Projecté el celuloide una vez más, solo para verificar.

Era una bobina corta. Marqué la lata con cinta adhesiva; FIN DE LA PELÍCULA, escribí. Volví a cargar el proyector, adelanté la bobina hasta el punto adecuado y ajusté la distancia focal; les bastaba conectar para ver lo que sigue:

Bogus Trumper con su hijo, Colm, en el metro. La chica bonita de pechos estupendos, la que sabe hacer reír a Colm y atraer a Trumper para que la toque, es Tulpen. Comparten un secreto, pero no hay sonido. Entonces, mi voz superpuesta dice: «Lo siento, Tulpen. Pero no quiero tener un hijo».

CORTE.

Bogus Trumper sale de la tienda de animales domésticos, con las peceras bajo los brazos, y el pastor alemán con camisa hawaiana lo saluda con la mano. Trumper no se vuelve en ningún momento, pero su voz superpuesta dice: «Adiós, Ralph. No quiero seguir en tu película».

Era una bobina cortísima, y recuerdo haber pensado que probablemente permanecerían despiertos del principio al fin.

Estaba mirando a mi alrededor en busca de la ropa, cuando Kent entró en el estudio. Iba con una chica; Kent siempre llevaba chicas al estudio cuando estaba seguro de que no habría nadie. Así podía mostrarle todo como si fuera suyo, o como si de alguna manera grandiosa fuera el responsable de toda esa maquinaria.

Se quedó con un palmo de narices al verme, seguro. Notó que llevaba calcetines verdes. Y no creo que su chica supiera que una picha podía tener el aspecto de la mía.

—Hola, Kent —dije—. ¿Has visto mi ropa?

Hablaron de la operación mientras Kent trataba de tranquilizar a su chica y él se ponía la almohadilla de gasa y los calzoncillos sufriendo atrozmente. Después Bogus le dijo a Kent que bajo ninguna circunstancia debía ver con antelación la pequeña bobina que esperaba en el proyector; estaba destinada a que Ralph y Tulpen la vieran juntos, y esperaba que Kent tuviera la amabilidad, por favor, de no tocar *nada* hasta que estuvieran todos juntos para verla.

Kent leyó la cinta adhesiva de la lata.

—¿Fin de la película? —preguntó.

—Puedes apostar el culo, Kent —dijo Trumper y salió, sujetando la entrepierna de los pantalones.

Tendría que haber esperado. En tal caso, Kent le habría hablado de la escena de la bañera que habían rodado. Si hubiese esperado, habría notado que Ralph y Tulpen no llegaban juntos al estudio, y ni siquiera de la misma dirección.

Pero no esperó. Más adelante pensó en su exasperante costumbre de irse prematuramente. Más adelante, después de que Tulpen pusiera las cosas del derecho con respecto a su no-relación con Ralph, se había visto obligado a confesar que ni siquiera había tenido buenas razones para largarse. De hecho, señaló Tulpen, él había decidido irse tiempo atrás, sencillamente, y el que necesita una excusa para marcharse, siempre la encuentra. Trumper no se lo discutió.

Pero ahora, con su picha nueva en carne viva, dejó pasar parte de la mañana y luego fue al apartamento de Tulpen, cuando estaba seguro de que ella estaría en el estudio. Allí recogió algunas cosas suyas, y unas cuantas que no lo eran; robó un cuenco para cereales y un pez naranja brillante para Colm.

El trayecto en autocar a Maine fue largo. Las paradas fueron infinitas, y en Massachusetts se descubrió que un hombre que iba en el fondo del autocar había muerto; una especie de ataque cardíaco silencioso, conjeturaron los otros pasajeros. El hombre tendría que haberse bajado en Providence, Rhode Island.

Aparentemente todos tenían miedo de tocar al muerto, por lo que Bogus se ofreció como voluntario para sacarlo a rastras del autocar, aunque casi le costó la picha. Tal vez los otros tenían miedo de contagiarse algo, pero a Bogus le horrorizó más que ninguno de los que iban a su alrededor conociera al muerto. El conductor revisó su billetera y descubrió que vivía en Providence. La reacción generalizada fue que era más engorroso saltarse la parada que morir.

En New Hampshire, Trumper sintió el impulso de presentarse a alguien y entabló conversación con una abuela que volvía a casa después de visitar a su hija y su yerno.

—Creo que no entiendo su estilo de vida —le dijo a Bogus. No dio más detalles, y él le aconsejó que no se preocupara.

Le mostró el pez que llevaba para Colm. Había cambiado el agua del cuenco en todas las paradas del camino. Al menos el pez llegaría a destino. Después se quedó dormido y el conductor del autocar tuvo que despertarlo.

—Estamos en Bath —le dijo, pero Trumper sabía que estaba en el limbo. Peor aún, pensó, ya he estado aquí.

Lo que diferenciaba este abandono del anterior no era necesariamente una señal de buena salud. Es decir, esta vez había sido más fácil, y sin embargo no deseaba realmente irse. Solo sabía que nunca terminaba nada y sentía la necesidad, casi tan imperiosa como la supervivencia, de encontrar algo que pudiera acabar.

Lo que le hizo recordar la carta del Dr. Wolfram Holster, descargada con el agua de la cisterna de un aseo hospitalario, con pis sanguinolento, y entonces decidió concluir *Akthelt y Gunnel*.

De alguna manera la decisión era edificante, aunque sabía que era una cuestión disparatada para provocar pensamientos positivos. Como si un hombre al que su familia había acosado durante años para que encontrara algo que hacer, una noche se hubiera sentado a leer un libro y al minuto hubiera sido interrumpido por un alboroto en la cocina. Solo era su familia, que reía por algo, pero el hombre cayó sobre ellos, lanzando sillas, puñetazos y una sarta de palabras soeces, hasta dejar a todos magullados y encogidos bajo la mesa de la cocina. Luego el hombre se volvió hacia su horrorizada mujer y le dijo con tono alentador: «Ahora voy a terminar de leer este libro».

Uno de los vapuleados miembros de su familia podría haberse atrevido a susurrar: «Muy importante».

No obstante, la decisión fue suficiente para dotar a Trumper de una especie de frágil coraje. Se animó a llamar a Couth y Biggie para preguntar si alguno de ellos quería ir a recogerlo a la estación.

Atendió Colm, y el dolor que sintió Trumper al oír su voz fue mucho más intenso que si un hueso de melocotón hubiese intentado atravesar por su pito suturado. Pero logró decir:

—Tengo algo para ti, Colm.

—¿Otro pez? —preguntó Colm.

—Vivo —dijo Trumper y volvió a mirarlo para asegurarse. Parecía estar bien, probablemente se había mareado con los chapoteos en el cuenco de cereales, y sin duda se veía pequeño y delicado, pero al menos seguía nadando—. Colm, déjame hablar con Couth o con Mami. Alguien tiene que venir a buscarme a la estación de autocares.

—¿La chica vino contigo? —preguntó Colm—. ¿Cómo se llama?

—Tulpen —dijo Trumper y otro hueso de melocotón atravesó por su picha.

—¡Ah, sí, *Tulpen*! —exclamó Colm: evidentemente le gustaba muchísimo.

—No, no ha venido conmigo —dijo Trumper—. Esta vez no.

Hacia una vida artística: Preludio a un tanque en el fondo del Danubio

¡Merrill, pedazo de estúpido! Siempre rondabas por American Express a la espera de jovencitas perdidas. Sospecho que encontraste una y ella te perdió a ti, Merrill.

Arnold Mulcahy me dijo que había ocurrido en otoño. Una época agitada, ¿no, Merrill? La consabida sensación de necesitar a alguien con quien pasar el invierno.

Sé cómo debió de ocurrir; conocía muy bien tu abordaje American Express. Tengo que reconocértelo, Merrill: cultivabas una estampa estupenda. La estampa del antiguo piloto de cazas, el antiguo corredor del Grand Prix que había perdido el valor y quizá también a su mujer, el antiguo novelista ahora bloqueado, el antiguo pintor al que se le habían acabado los óleos. Nunca supe qué eras *realmente*. ¿Un actor en paro? Pero tu pinta era fabulosa; tenías la aureola de un ex héroe, de un ex *alguien*. Biggie había acertado: a las mujeres les gustaba pensar que podían devolverte la vida.

Recuerdo los autocares turísticos italianos descargando pasajeros delante de American Express, y la serie de curiosos que miraban socarrones las vestimentas, imaginando montañas de dinero. Un grupo mixto se apeaba del autocar. Señoras mayores que hablaban inglés sin el menor empacho, esperando que se aprovecharan de ellas, lo bastante sensatas para no importarles que se notara que eran extranjeras y tal vez estúpidas. Luego una multitud más joven... incómoda incluso de que la relacionaran con esa multitud. Estos jóvenes trataban de dispersarse dando la impresión de hablar fluidamente cuatro idiomas. Manifestaban un frío desdén por sus compañeros de turismo, llevaban cámaras de fotos discretas, su equipaje no era excesivo. Tú siempre seleccionabas a la más bonita de este último grupo, Merrill. Esta vez se llamaba Polly Crenner.

Imagino cómo fue todo. La chica ante el mostrador de información, probablemente con un ejemplar de *Europa por cinco dólares diarios*, repasando una lista de pensiones al alcance de su presupuesto. Entonces tú te acercarías enérgicamente al mostrador y hablarías en rápido alemán con el hombre de información... alguna pregunta sin sentido, por ejemplo si alguien había dejado un mensaje para ti. Pero tu dominio del alemán impresionaría a Polly Crenner; como mínimo te miraría, y desviaría la mirada cuando tú apenas le echaras un vistazo y fingieras estar leyendo algo interesante.

Luego, con tono indiferente, dirías en *inglés* —el idioma que le haría saber que tú y nadie más que tú adivinaría que era norteamericana—: «Prueba la Pensión Dobler. Un buen lugar, sobre Plankengasse. O la Weisses Huf, en Engelstrasse; la mujer que atiende había inglés. Puedes ir andando a cualquiera de las dos. ¿Tienes mucho equipaje?».

Interpretándolo como un ligue, ella señalaría su equipaje con un movimiento de la cabeza, luego esperaría, dispuesta a rechazar tu caballerosa oferta de llevarle las

maletas.

Pero tú no se la ofreciste, ¿verdad, Merrill? Seguramente dijiste: «Ah, no es mucho peso», y le darías las gracias en tu pulido alemán al hombre de informaciones cuando volviera a decirte que no había ningún mensaje para ti. «*Auf Wiedersehen*», dirías, y echarías a andar... si ella te lo permitía. Polly Crenner no debió de dejarte ir, Merrill.

¿Entonces qué? ¿Tu habitual gira bufa por la parte antigua de Viena? «¿Qué te interesa, Polly? El período romano o el nazi?».

¿Y algo de historia de tu invención, Merrill? «¿Ves esa ventana, la tercera desde la esquina, en el cuarto piso?».

«Sí».

«Bien, allí se ocultó cuando lo buscaban».

«¿Quién?».

«El gran Weber».

«Ah...».

«Todas las noches cruzaba esta plaza. Los amigos le dejaban comida en esta fuente».

Y Polly Crenner sentiría que el suspense y la fantasía se le pegaban al cuerpo como polvo de Tierra Santa. *¿El gran Weber! ¿Quién era?*

«El asesino tomó una habitación en el edificio de enfrente... allí».

«¿El asesino?».

«Dietrich, el muy hijo de puta». Y mirarías con los ojos empañados la ventana del asesino, Merrill, como un poeta apasionado y enfurecido. «Bastó una bala, y toda Europa lloró su pérdida».

Polly Crenner miraría la fuente donde dejaban comida para el gran Weber. ¿Pero *quién* era el gran Weber?

Con la vieja ciudad gris brillante como un carbón encendido a su alrededor, Polly Crenner preguntaría: «¿Qué estás haciendo en Viena?». ¿Y qué misterio habrás empleado con ella, Merrill?

«Por la música, Polly. Antes solía tocar...».

O, más enigmáticamente: «Bien, Polly, tenía que alejarme...».

O, más audaz: «Cuando ella murió, no quise tener nada más que ver con la ópera. Pero por alguna razón no he sido capaz de romper definitivamente...».

¿Entonces qué, Merrill? ¿Acaso tu Marcha Erótica Artística (MEA, INC.)? Y si el tiempo era bueno, seguramente llevaste a Polly Crenner al zoo. Una pesada caminata a través de los jardines de Schonbrunn. Merrill, siempre me decías que los animales inspiraban sensaciones sexuales. ¿Un sorbo de vino en la terraza, viendo a las jirafas frotarse los pescuezos? Y entonces el parloteo comprobado-y-fidedigno: «Todo esto fue bombardeado, por supuesto...».

«¿El zoo?».

«Durante la guerra, sí...».

«¡Qué horrible para los animales!».

«No. Casi todos habían sido comidos antes del bombardeo».

«¿La gente se los había comido?».

«La gente famélica, sí...». Aquí pondrías tu expresión triste por toda la humanidad, mientras en actitud reflexiva alcanzarías un cacahuete a un elefante. «Es natural, ¿no?»», dirías a Polly Crenner. «Cuando teníamos hambre, nos los comíamos. Ahora los alimentamos...». Imagino, Merrill, que habrás hecho que estas palabras sonaran profundas.

¿Y después?

Tal vez estarías esperando una carta urgente y ¿le molestaría a Polly detenerse un minuto en tu apartamento para que vieras si había llegado? Y sin duda a ella no le importaría.

En algún momento se hablaría de nadar mientras las noches todavía eran templadas... lo que provocaría esa deliciosa torpeza de tener que ir a tu habitación para que te pusieras tu bañador, y de tener que ir a su habitación para que ella se pusiera el suyo. Eras muy refinado, Merrill.

¡Pero lo echaste a perder! Tuviste que sacar a colación lo del tanque en el Danubio, ¿no? Verdadero o falso, no podías dejar de mencionarlo.

«*Die Blutige Donau*», dirías. «*El Danubio trágico*. ¿Lo has leído?».

«¿Es un libro?».

«Sí, de Goldschmied. No, claro, no ha sido traducido».

Entonces la llevarías en el coche hasta más allá del Prater.

«¿Cómo se llama este coche?».

«*Zorn-Witwer*, 54. Bastante raro».

Y cruzando el viejo canal, te explayarías sobre la escalofriante mística de la prolífica historia ribereña de Goldschmied. «¿Cuántos hombres hay en el lecho del Danubio? ¿Cuántas lanzas y escudos y caballos, cuánto hierro y acero y escombros de miles de años de guerra? “¡Interpreta el río!”, escribe Goldschmied. “*Esa es tu historia. ¡Fíate del río!*”, concluye».

Polly se estaría preguntando quién era Goldschmied. Sí, preciosa Polly, ¿pero quién era el gran Weber?

Entonces tú dirías: «Conozco un tramo del río, un fragmento de esa historia». Ella esperaría en vilo durante tu pausa significativa. «¿Recuerdas la Novena División Blindada?», dirías, y seguirías adelante sin esperar respuesta. «La novena de *panzers* envió dos tanques a Floridsdorf para estudiar el terreno, la Nochevieja del año 1939. Los nazis querían introducir una compañía de tanques en Checoslovaquia y su arsenal estaba junto al Danubio. Aguardaban problemas a los tanques de reconocimiento en Floridsdorf; encontraron allí una resistencia sin cuartel y decidieron atraer a los saboteadores hacia la gran ofensiva de tanques del río. Bien, los tanques de reconocimiento consiguieron la diversión que buscaban. Uno de ellos saltó por el aire delante de una fábrica que producía leche en polvo. El otro tanque fue presa del

pánico. Se perdió en la monotonía fabril de Floridsdorf y fue a parar al Antiguo Danubio: el viejo canal que estaba cerrado. ¿Lo has visto? Acabamos de pasarlo con el coche».

«Sí, sí», respondería Polly Crenner, abrumada por la historia.

Entonces pararías el *Zorn-Witwer* delante de la *Gelhafts Keller*, Merrill. Le abrirías la puerta a Polly Crenner, y ella barbotaría: «¿Y qué pasó?».

«¿Con qué?».

«Con el tanque».

«Ah, el *tanque*... Bien, se perdió».

«Y...».

«Y era Nochevieja, no lo olvides. Hacía mucho frío. Y el frenético puñado de resistentes lo perseguía...».

«¿Cómo se persigue a un tanque?».

«Con los nervios muy templados», dirías tú. «Se mantuvieron cerca de los edificios y trataron de inutilizarlo con granadas. El artillero del tanque causó sus daños, naturalmente. Derribó a su paso la mitad de los suburbios. Pero los resistentes siguieron tras el muy cabrón y finalmente lo arrinconaron en la orilla del viejo canal. Lo acorralaron. Las aguas eran serenas y poco profundas... y por tanto se habían congelado. Obligaron al tanque a seguir su camino por el hielo, ya que era su única posibilidad de escapar... Bien, cuando el tanque estaba en el centro exacto, hicieron rodar unas granadas sobre el hielo... Se hundió, por supuesto».

«Formidable», diría Polly Crenner, tanto con respecto a la historia como a las paredes con grandes jarras de cerveza de la *Gelhafts Keller*, por donde la llevabas, Merrill, directamente hacia el muelle.

«Allí», le dirías, señalando el Antiguo Danubio, donde unos pequeños botes con faroles paseaban a amantes y borrachos.

«¿Qué?», diría ella.

«¡Allá! El Tanque... allí rompió el hielo. Allí lo hicieron naufragar».

«¿Dónde?», preguntaría Polly Crenner, y tú arrimarías su bonita cabeza a la tuya y la harías escudriñar a lo largo de tu brazo extendido, hacia algún punto negro río adentro.

Y susurrarías: «¡Allí! Exactamente allí cayó. Y allí sigue...».

«¡No!».

«¡Sí!».

Entonces, Merrill, te preguntaría para qué cuernos habías llevado una linterna. Pedazo de estúpido, Merrill...

Eso fue, de hecho, lo que dijo Trumper cuando los federales —si es que lo eran— lo sacaron del ascensor en el décimo piso del Warwick Hotel de Nueva York.

Una pareja elegante que esperaba el ascensor observó a los hombres que guiaban

a Trumper pasillo abajo. Uno de los federales dijo:

—Buenas tardes.

—Buenas tardes —murmuró prudentemente la pareja, al unísono.

—Pedazo de estúpido, Merrill —dijo Trumper.

Lo llevaron a la 1028, una *suite* de dos habitaciones en la esquina con vista a la Avenue of the Americans hasta el parque. Sin duda, desde el décimo piso, Nueva York parecía divertida.

—Pedazo de estúpido —dijo Trumper a Arnold Mulcahy.

—Dadle una ducha, muchachos —indicó Mulcahy a sus hombres—. Bien fría.

Le obedecieron. Devolvieron a Trumper a la habitación envuelto en toallas de baño, tiritando, y lo dejaron caer como un peso muerto en una voluptuosa butaca. Uno de los hombres colgó el traje de espía de Trumper, y otro encontró el sobre con los billetes de cien dólares en un bolsillo. Entregaron todo a Mulcahy, que entonces les pidió que se retiraran.

Con Mulcahy estaba su mujer, ambos de punta en blanco. El llevaba una camisa de etiqueta con corbata de lazo; su esposa, un tipo de persona maternalmente inquieta, usaba un traje de noche que parecía un viejo vestido largo del baile de promoción. La mujer examinó el traje de Trumper como si fuese la piel de una bestia recién despellejada, y a continuación le preguntó dulcemente si quería algo... una copa, un bocado. Pero a Trumper le castañeteaban demasiado los dientes para hablar. Movi6 negativamente la cabeza, pero aun y así Mulcahy le sirvió café.

Luego Arnold contó el adelgazado fajo de billetes del sobre, silbando entre dientes y meneando la cabeza.

—Mi muchacho, veo que le cuesta adaptarse a una nueva situación.

—Eso es humano, Arnold —dijo la mujer. Mulcahy la silenció con una mirada profesional, pero a ella no pareció importarle que la excluyera de la conversación. Sonrió a Bogus y agregó—: Cuido tanto a los muchachos de Arnold como si también fueran *míos*.

Trumper no abrió la boca. No creía ser uno de los muchachos de Arnold Mulcahy, aunque tampoco apostaría un céntimo a que no lo era.

—Bien, Trumper, parece que no consigo librarme de usted.

—Lo siento, señor.

—Incluso le concedí una ventaja inicial —Mulcahy volvió a contar el dinero y meneó la cabeza—. Quiero decir que lo devolví a casa y le di un poco de dinero de bolsillo... aunque eso no formaba parte del trato, ¿lo sabe, muchacho?

—Sí señor.

—Fue a ver a su mujer —observó Mulcahy.

—Sí señor.

—Lamento lo ocurrido. Tal vez tendría que haberle prevenido.

—¿Usted *lo sabía*? —preguntó Trumper—. ¿Estaba enterado de lo de Couth?

—Sí, por supuesto —dijo Mulcahy—. Teníamos que descubrir quién era usted,

¿verdad? —sacó de la cómoda una gran carpeta, se sentó y pasó las hojas que estaban dentro—. No puede reprocharle nada a su mujer, muchacho.

—No señor.

—¡Y aquí lo tenemos de vuelta! —exclamó Mulcahy—. Una situación francamente embarazosa. He asumido cierta responsabilidad por usted. ¡Y ha secuestrado a un chófer! Y no ha vuelto en condiciones de que lo dejen solo...

—Lo siento, señor —dijo Trumper. Lo sentía realmente. Arnold Mulcahy le caía bastante bien.

—A ese pobre chófer le costó el puesto, muchacho —dijo Mulcahy y Trumper intentó visualizar a Dante; recordó vagamente algún exagerado heroísmo por su parte.

Mulcahy retiró quinientos dólares del sobre y entregó el resto a Trumper.

—Lo que separo es para el chófer —dijo—. Es lo menos que usted puede hacer.

—Sí señor —en una muestra de descortesía, Trumper contó su dinero; la primera vez había mil cien dólares, pero en la segunda cuenta solo había novecientos.

—Eso le permitirá volver a Iowa —dijo Mulcahy—. Si piensa ir allá...

—No sé... No sé si volveré a Iowa.

—Bien, yo no entiendo nada de tesis doctorales, pero no creo que eso dé mucho dinero.

—Arnold —dijo Mrs. Mulcahy, que se estaba sujetando un complicado broche—. Llegaremos tarde a la función.

—Sí, sí —Mulcahy se incorporó y observó la chaqueta del esmoquin antes de ponérsela; daba la impresión de no saber cómo hacerlo—. *Ballet* —le informó a Trumper—. Me encanta un buen *ballet*.

Mrs. Mulcahy tocó el brazo a Trumper, afectuosamente.

—En Washington nunca salimos —le confió—. Solo salimos cuando Arnold está en Nueva York.

—Es muy bonito —dijo Trumper.

—¿Entiende de *ballet*? —le preguntó Mulcahy.

—No señor.

—Es esa gente que revolotea de puntillas —explicó Mrs. Mulcahy.

Mulcahy gruñó mientras se esforzaba por ponerse la chaqueta; evidentemente, tenía que ser un fanático del *ballet* para soportar semejante incomodidad. Bogus lo había recordado como un embajador, pero cuando lo vio vestido de etiqueta supo que no le iba el papel. Ese atuendo no le caía bien; de hecho, cada prenda daba la impresión de haber caído húmeda sobre su cuerpo y haber decidido, al secarse, seguir su peculiar capricho en la disposición de las arrugas.

—¿Qué hará ahora, muchacho? —preguntó Mulcahy.

—No sé, señor.

—Bien, querido mío —le dijo Mrs. Mulcahy—, debería empezar por comprarse un traje nuevo —se acercó al traje colgado y tironeó de él como si corriera peligro de

deshilacharse.

—Bien, tenemos que irnos —dijo Mulcahy— y usted debe quitarse esas toallas.

Bogus reunió su ropa y avanzó delicadamente hacia el cuarto de baño; tenía algo pesado y doloroso en el interior de la cabeza, y sentía los ojos tan secos que parecían fritos; le hacía daño parpadear.

Cuando salió, vio que uno de los federales que lo habían llevado a la habitación estaba con los Mulcahy.

—Wilson —le dijo Mulcahy—, quiero que dejes a Mr. Trumper donde él desee... dentro de los confines de la isla de Manhattan.

—Sí señor —replicó Wilson, que parecía un asesino a sueldo.

—¿Adónde *irá*, querido mío? —inquirió Mrs. Mulcahy.

—No sé, señora —dijo Trumper. Mulcahy pasó rápidamente las hojas de la carpeta. Trumper vislumbró una foto suya y otra de Biggie.

—Oiga, muchacho, ¿por qué no va a ver a ese Ralph Packer? —sacó un fajo de papeles sujetos con un clip, con la foto peluda de Ralph en primer lugar.

—Está en Iowa, señor —no imaginaba que la historia de Ralph requiriera tantas autentificaciones como las que Arnold Mulcahy parecía tener en la mano.

—Un cuerno en Iowa —saltó Arnold Mulcahy—. Está aquí, en Nueva York, y le va bastante bien, me permitiría añadir —entregó a Bogus una pila de recortes periodísticos—. La gente de personas desaparecidas investigó bastante a fondo a su amigo Packer. Era el único que tenía idea de dónde había ido.

Bogus intentó visualizar la pinta de «la gente de personas desaparecidas». Las imaginó invisibles, materializándose en forma de pantallas de lámparas y sutiles artefactos sanitarios que te hacían preguntas mientras dormías.

Los recortes eran reseñas de la primera película de Ralph, ganadora del Festival Nacional de Cine Estudiantil, *La cuestión grupal*, cuya banda sonora era de Bogus. La película se había proyectado en salas de arte y ensayo neoyorquinas; ahora Ralph tenía un estudio en Greenwich Village y ya estaba contratada la distribución de otras dos películas suyas. Uno de los críticos de *La cuestión grupal* mencionaba que la banda sonora era muy buena. «Los infinitos artilugios sonoros de Bogus Trumper», decía, «son técnicas seguras y ambiciosas, sumamente hábiles tratándose de una película de tan bajo presupuesto». Trumper quedó impresionado.

—Si quiere un consejo —acotó Mulcahy—, eso siempre será mejor que el asunto de la tesis.

—Sí señor —respondió Trumper obediente, aunque no logró imaginar a Ralph ganando dinero con lo que hacía.

Mulcahy dio el domicilio del estudio de Packer al asesino a sueldo llamado Wilson, pero este —cuya ceja derecha acababa de ser afeitada y suturada— parecía desazonado por algo.

—En nombre de Dios, ¿qué te pasa, Wilson? —preguntó Mulcahy.

—El chófer —masculló Wilson.

—¿Dante Calicchio?

—Sí señor —dijo Wilson—. Bien, la policía quiere saber qué debe hacer con él.

—Ya les he dicho que lo soltaran —puntualizó Mulcahy.

—Lo sé, señor —gruñó Wilson—, pero sospecho que les gustaría que usted lo confirmara personalmente, o algo así.

—¿Por qué, Wilson?

—Bien, señor... ese tipo hizo mucho daño, aunque en realidad no sabía quiénes éramos. Estaba muy desmadrado.

—¿Qué sucedió? —quiso saber Mulcahy.

—Bien, algunos de nuestros muchachos están en el hospital —le informó Wilson—. ¿Conoce a Cowles?

—Sí, Wilson.

—Bien, Cowles tiene la nariz rota y unas cuantas costillas cascadas. ¿Y conoce a Detweiller, señor?

—¿Qué pasa con Detweiller, Wilson?

—Las dos clavículas hechas polvo, señor. El tipo había sido una especie de luchador...

De pronto Mulcahy se mostró interesado.

—¿Luchador, Wilson?

—Sí, y también boxeador, señor. ¿Conoce a Leary?

—Sí, por supuesto —respondió Mulcahy, entusiasmado—. ¿Qué pasa con Leary?

—El pómulo astillado, señor. El italiano lo dejó hecho polvo de un gancho. Era sobre todo un pegador al cuerpo, señor, pero los ganchos le salían bastante bien... —Wilson se tocó tímidamente la ceja cosida y sonrió, sumiso. Arnold Mulcahy también sonreía—.

—Y Cohén, señor. Metió a Cohén en un coche a través del parabrisas. Cohén tiene toda clase de cortes además de agua en el codo.

—¿De veras? —preguntó Mulcahy, aparentemente muy complacido.

—Por todo eso, señor, la policía pensó que tal vez usted querría reconsiderar su decisión y los dejaría retenerlo un tiempo. Quiero decir que ese italiano es muy peligroso, señor.

—Wilson, quiero que lo suelten *esta misma noche* y lo traigan aquí después del *ballet*.

—¿Después del *ballet*, señor? Sí señor —dijo Wilson—. Quiere echarle una bronca personalmente, ¿eh?

—No —contestó Mulcahy—. Quiero ofrecerle trabajo.

—Sí señor —dijo Wilson, aunque parecía afligido. Miró hoscamente a Trumper—. Debo decirte, muchacho —le dijo—, que no entiendo por qué alguien puede pelear por ti.

—Yo tampoco —confesó Bogus. Estrechó la mano de Arnold Mulcahy y sonrió a su mujer.

—Consígase un traje nuevo —le susurró Mrs. Mulcahy.

—Sí señora.

—Olvide a su mujer —le susurró Mulcahy—. Es lo mejor que puede hacer.

—Sí señor.

El gorila Wilson sostenía la muy viajada maleta de Trumper, no de manera amistosa sino como un gesto insultante... como si Trumper no fuera capaz de acarrearla. Y no lo era.

—¡Adiós! —dijo Mrs. Mulcahy.

—Adiós —dijo Trumper.

—Dios mío, eso *espero* —dijo Arnold Mulcahy.

Salieron del hotel y Bogus siguió a Wilson hasta un coche destartado. Wilson dejó caer de golpe la maleta en el regazo de Bogus.

Trumper viajó en silencio hasta Greenwich Village, pero Wilson renegaba y gesticulaba ante toda persona de aspecto extraño y vestimenta rara que veía en las abarrotadas aceras.

—Aquí estarás en tu elemento, ridículo esperpento —le dijo a Trumper. Hizo un viraje para esquivar a una negra alta que se paseaba con dos perros elegantes, y le gritó por la ventanilla—: ¡Cómeme!

Bogus intentó seguir colgado un poco más. Tuvo la visión de Ralph Packer como salvador; un papel insólito para Ralph, hasta que lo vio montado en una bici, cruzando el río Iowa.

—Hemos llegado, espantapájaros con pelo —le informó Wilson.

El 109 de Christopher Street estaba iluminado. Aún quedaban esperanzas en este mundo. Bogus notó que era una calle tranquila, con tiendas diurnas, una cafetería, un negocio de especias, un sastre. Pero aparentemente comunicaba con zonas más noctámbulas; mucha gente la atravesaba sin detenerse.

—¿No te falta nada? —le preguntó Wilson. Bogus palpó el sobre con el dinero; sí, lo tenía. Llevaba la maleta en el regazo. Pero cuando miró a Wilson desconcertado, vio que este tenía en la mano esa cosa arrugada que Dante Calicchio se había sacado de la ingle. En ese momento Bogus recordó que era un billete de cien.

—Sospecho que lo perdiste para siempre en el ascensor —dijo Wilson; evidentemente no se lo devolvería.

Trumper sabía que no estaba en condiciones de pelear; de cualquier manera, nunca habría estado en condiciones de pelear con Wilson. Pero se sentía envalentonado; estaba danzando mareado, apenas en la linde del mundo real.

—Se lo diré a Mulcahy —amenazó.

—Mulcahy no quiere volver a oír hablar de ti —dijo Wilson—. Intenta siquiera averiguar quién es Mulcahy —se guardó el billete arrugado en el bolsillo, sin perder la sonrisa.

En realidad Trumper no tenía mucho interés, pero Wilson lo irritaba lo suficiente

para obligarlo a pensar. Abrió la puerta, deslizó la maleta hasta el cordón, y sentado a medias dentro y a medias fuera del coche, aseguró:

—Se lo diré a Dante Calicchio —sonrió a la ceja hinchada y recién suturada.

Tuvo la impresión de que Wilson estaba a punto de golpearlo. Trumper no dejó de sonreír, aunque pensó: estoy decididamente loco. Este animal me matará a golpes.

Entonces apareció en la acera un chico que llevaba un chaquetón de forro anaranjado hasta las rodillas, delante de RALPH PACKER FILMS, INC. Era Kent, pero Bogus todavía no lo conocía. Kent se acercó al coche, se inclinó y metió la cabeza por la ventanilla.

—Aquí no se puede aparcar —dijo, con tono oficioso.

Wilson tenía que desfogarse con alguien y era evidente que no le gustaba nada la facha de Kent.

—Lárgate, cabeza de chumino —le espetó.

Kent se largó; volvió a entrar en el estudio, quizás a buscar un arma, pensó Bogus.

—Lárgate tú también —gritó Wilson a Bogus.

Pero Trumper no estaba en sus cabales; no era una cuestión de valentía sino de fatalismo: pensó que le daba igual.

—Dante Calicchio —silabeó lentamente— puede hacer de ti algo que ni un perro comería, Wilson.

Se oyeron unas maldiciones lejanas, dentro de RALPH PACKER FILMS, INC. Wilson arrojó a la acera, por encima del hombro de Bogus, el billete arrugado de cien dólares. Trumper apenas tuvo tiempo de rodar por la puerta abierta antes de que el matón arrancara el coche de estampida. La manilla de la portezuela se enganchó en el bolsillo del pantalón de Trumper, que fue girando como una peonza hasta el bordillo.

Trumper levantó el billete de cien antes de levantarse a sí mismo; tenía las rodillas desolladas y se sentó sobre la maleta con, los pantalones arrollados, para mirarse las heridas. Cuando oyó que salía gente del estudio, esperaba ver a una horda de guardaespaldas de Ralph, que en sustitución de Wilson lo molerían a patadas en plena calle. Pero solo eran dos personas: el chico del chaquetón con forro anaranjado y los andares arrastrados, instantáneamente reconocibles, del hombre peludo.

—Hola, Ralph —dijo Trumper, metió el billete de cien en la garra de Ralph y se levantó de la maleta—. Coge mi maleta, por favor, chico. Tengo entendido que necesitas un técnico de sonido.

—¡Thump-Thump! —gritó Ralph.

—Era el otro —musitó Kent—. El tío que conducía el coche...

—Coge la maleta, Kent —Ralph rodeó a Bogus con un brazo, lo miró de la cabeza a los pies, vio sangre y cosas peores—. ¡Qué jodienda, Thump-Thump! ¡No parece que hayas encontrado exactamente el Santo Grial! —desarrugó el billete de cien, que Trumper le arrebató de la mano.

—No hay ningún Santo Grial que hallar, Ralph —dijo Bogus, tratando de no

tambalearse.

—Has estado otra vez cazando patos, Thump-Thump —dijo Ralph, orientándolo hacia la puerta del estudio. Bogus logró esbozar una leve sonrisa para festejar el chiste—. Cielos, Thump-Thump, me parece que los patos han vuelto a ganar.

En el empinado peldaño que bajaba a la sala de proyección, Bogus perdió el equilibrio y tuvo que dejar que Ralph cargara con él. Allá voy, dijo tontamente para sus adentros. Hacia una vida artística. No le parecía una vida adecuada para él, pero ahora mismo, pensó, cualquier vida sirve.

—¿Quién es? —preguntó Kent. No le había gustado nada lo que había dicho Bogus sobre la necesidad de un técnico de sonido. Ahora él se ocupaba de las bandas sonoras de Ralph; lo hacía muy mal, pero consideraba que estaba aprendiendo.

—¿Que quién es? —Ralph soltó una carcajada—. No lo sé —se inclinó hacia Bogus, que estaba desplomado en el banco del proyector—. ¿Quién eres realmente, Thump-Thump? —bromeó.

Pero Trumper sentía vértigos de alivio y se veía casi reducido a unas risillas sin sentido. Es sorprendente cómo se puede bajar la guardia estando entre amigos.

—Soy el Gran Cazador Blanco —respondió a Ralph—. El Gran Cazador Blanco de Patos —pero ni siquiera logró sostener la gracia y recostó la cabeza en el hombro de su amigo.

Ralph trató de guiarlo a través de los distintos ambientes del estudio.

—Esta es la sala de montaje donde... —Bogus luchaba para no quedarse dormido de pie. En el cuarto oscuro, el olor a productos químicos fue demasiado... los productos químicos, el viejo *bourbon*, el café de Mulcahy y el recordatorio del cuarto oscuro de Couth. Metió el codo en una bandeja con fijador, volcándose un poco en los pantalones, y vomitó en un depósito de revelador.

Ralph lo ayudó a desvestirse, lo lavó en la pila del cuarto oscuro y registró su maleta en busca de ropa limpia. No encontró nada, pero tenía algunas prendas suyas en el estudio y con ellas vistió a Trumper. Unos pantalones acampanados de pana amarilla: los pies de Trumper llegaron a la altura de las rodillas. Una blusa de color crema, con volantes y mangas abullonadas: las manos de Trumper llegaron a la altura de los codos. Unas botas verdes de *cowboy*: las puntas de los pies de Trumper llegaron al empeine. Se sentía como un payaso enano de los alegres hombres de Robin Hood.

—¿El Gran Cazador Blanco de Patos no se siente del todo bien? —le preguntó Ralph.

—Me gustaría dormir cuatro días seguidos —reconoció Trumper—. Después quiero hacer películas, Ralph. Montones de películas, montones de dinero. Comprarme ropa nueva —murmuró, tropezando con los pantalones amarillos de Ralph—. Y un bote de vela para Colm.

—Pobre Thump-Thump —dijo Ralph—, conozco un buen sitio donde podrás dormir —arremangó los ridículos pantalones acampanados para que Trumper pudiera

andar relativamente bien y llamó a un taxi.

—De modo que ese es el gran Thump-Thump —se asombró Kent; había oído historias. Estaba enfurruñado en un rincón de la sala de proyección, sosteniendo una bobina como si fuera un disco que le habría gustado lanzar a Bogus. Kent vio obstaculizada su carrera de técnico de sonido por ese payaso llamado Thump-Thump que parecía una marioneta isabelina con la vestimenta de la talla de Ralph.

—Coge la maleta, Kent —dijo Ralph.

—¿Adónde lo llevarás? —preguntó Kent.

Y Trumper pensó: Sí, ¿adónde voy?

—Tulpen —dijo Ralph.

Eso era alemán. Trumper conocía la palabra; *tulpen* significa tulipán en alemán. Y Trumper pensó: Suena bien eso de dormir entre tulipanes.

¡Viejo Thak perdido! ¡Biggie engorda!

Biggie y Couth fueron encantadores con él. Sin rechistar, prepararon la cama extra en la habitación de Colm. El niño se acostó alrededor de las ocho y Trumper se tumbó en la otra cama, contándole un cuento hasta que Colm se quedó dormido.

La historia que le contó era una versión propia de *Moby Dick*, que le pareció adecuada para esa casa a orillas del mar. Colm opinaba que las ballenas eran maravillosas, de modo que en el cuento según Trumper la ballena aparece como héroe, *Moby Dick* como monarca invicto.

—¿Cómo es de grande? —preguntó Colm.

—Bien, si tú estuvieras flotando en el agua —dijo Trumper— y te golpeará con la punta de su cola, quedarías mucho peor que una mosca común y corriente golpeada con un matamoscas —una larga pausa de Colm. Observó en la pecera de encima de su cama el frágil pez anaranjado de Nueva York, sobreviviente del viaje en autocar.

—Sigue —dijo Colm.

Y Trumper siguió.

—Cualquiera medianamente sensato tendría que saber que había que dejar en paz a *Moby Dick*. Los demás cazadores de ballenas solo pretendían cazar *otras* ballenas. Pero no el capitán Ahab.

—Bien —dijo Colm.

—Otros hombres habían resultado heridos o habían perdido los brazos o las piernas cazando ballenas, aunque eso no hacía que las *odiaran* —dijo Trumper—. Pero... —hizo una pausa...

—¡Pero no el capitán Ahab! —gritó Colm.

—Correcto —dijo Trumper. La equivocación de Ahab era cada vez más clara.

—Cuéntame acerca de las cosas clavadas en *Moby Dick* —le pidió Colm.

—¿Te refieres a los viejos arpones?

—Eso es.

—Bien, estaban los viejos arpones, de los que aún colgaban cuerdas. Arpones cortos y arpones largos, algunos cuchillos, y muchas más cosas que los hombres habían intentado clavarle...

—¿Como qué?

—¿Astillas? —se preguntó Trumper—. Seguro que con todos los barcos que había aplastado se clavó astillas. Y percebes. Porque era muy vieja; y estaba cubierta de algas y caracoles. Era como una isla antigua: se le había enganchado todo tipo de porquerías; no estaba blanca como la nieve.

—Y nada podía matarla, ¿no?

—¡Eso es! Tendrían que haberla dejado en paz.

—Eso es lo que haría yo —dijo Colm—. Ni siquiera intentaría *acariciarla*.

—Bien hecho —dijo Trumper—. Cualquier persona inteligente lo sabe —y esperó el estribillo...

—¡Pero no el capitán Ahab! —gritó Colm.

Trumper sabía que siempre hay que contar los cuentos de manera tal que el público se sienta bien e inteligente, incluso que se anticipe un poco a los acontecimientos.

—Cuéntame el trozo del nido de cuervos —le pidió Colm.

—Desde lo alto del palo mayor —recitó dramáticamente Trumper—, oteó a lo lejos lo que le pareció un par de ballenas...

—Ismael —lo corrigió Colm—. Era Ismael, ¿no?

—Correcto —dijo Trumper—. Solo que no eran dos ballenas, sino *una*...

—Una ballena muy grande.

—Correcto —dijo Trumper—. Y cuando la ballena soltó su chorro, Ismael chilló...

—«¡Cómo sopla!» —gritó Colm, que no parecía estar cayéndose de sueño.

—Entonces Ismael notó algo *raro* en esa ballena.

—¡Era blanca! —exclamó Colm.

—Correcto —dijo Trumper—. Y tenía cosas clavadas por todas partes...

—¡Arpones!

—¡Percebes y algas y pájaros! —agregó Trumper.

—¿Pájaros? —preguntó Colm.

—Da igual —dijo Trumper—. Era la ballena más condenadamente grande que Ismael había visto en su vida, y además era blanca, por lo que supo de cuál se trataba.

—¡Moby Dick! —gritó Colm.

—Chsss... —dijo Trumper. Se serenaron juntos; oían que las olas golpeaban las rocas, chocaban contra el muelle, balanceaban los botes amarrados—. Presta atención —susurró Trumper—. ¿Oyes el mar?

—Sí —susurró Colm.

—Bien, los cazadores de ballenas oían exactamente eso, *plaf plaf* contra el barco. De noche, mientras dormían.

—Correcto —susurró Colm.

—Y las ballenas husmean alrededor de los barcos durante la noche.

—¿Eso *hacen*? —preguntó Colm.

—Seguro —dijo Trumper—. Y a veces rozan un poco el barco, o le dan topetazos.

—¿Y los hombres saben qué es?

—Los inteligentes.

—Pero no el capitán Ahab —dijo Colm.

—Sospecho que no —dijo Bogus. Permanecieron callados, escuchando los sonidos del mar, aguardando que una ballena se topara con la casa. Entonces el muelle crujió y Bogus susurró—: ¡Ahí hay una!

—Lo sé —dijo Colm con voz ronca.

—Las ballenas no te harán daño si las dejas en paz.

—Lo sé. Nunca hay que *importunar* a una ballena, ¿no?

—Correcto —dijo Trumper y ambos prestaron atención al mar hasta que Colm se quedó dormido. Entonces la única vida activa de la habitación era el escuchimizado pez bermejo de Nueva York, que seguía vivo gracias a los cuidados constantes que le prodigaban.

Trumper dio las buenas noches con un beso a su hijo dormido.

—Tendría que haberte traído una ballena —susurró.

No se trataba de que a Colm no le gustara el pez, sino que Trumper hubiese preferido algo más duradero. De hecho, a Colm le gustaba muchísimo ese pez; con ayuda de Biggie, había escrito una nota de agradecimiento a Tulpen, que era una forma indirecta de que Trumper se disculpara por el robo.

—Querida Tulpen —dijo Biggie y luego tuvo que deletrearle las palabras a Colm —. Q-U-E... —dijo Biggie. Con feroz concentración, Colm cincelaba las letras con el lápiz apretado en el puño.

Bogus jugaba al billar con Couth.

—Gracias por el pececillo naranja —dictó Biggie.

—¿*Muchísimas* gracias? —sugirió Colm.

—M-U-C-H... —dijo Biggie y Colm cinceló.

Bogus falló todos sus tiros. Couth estaba relajado y jugaba con su acostumbrada buena suerte.

—Espero que alguna vez vengas a Maine a visitarme —dictó Biggie.

—Eso —dijo Colm.

Pero Biggie lo sabía. Mientras Colm dormía, le preguntó a Bogus:

—La dejaste, ¿verdad?

—Creo que volveré con ella, en algún momento —dijo Bogus.

—Siempre piensas lo mismo —apuntó Biggie.

—¿Por qué la abandonaste? —preguntó Couth.

—No sé.

—Nunca lo sabes —dijo Biggie.

Pero fue amable y hablaron tranquilamente sobre Colm. Couth era partidario de que Bogus terminara su tesis, pero Biggie no coincidía con él.

—Detestabas aquello —dijo— y nunca te interesó realmente.

Bogus no supo qué contestar. La imagen de sí mismo volviendo a Iowa no se parecía en nada a su recuerdo de Iowa con Biggie y Colm. Biggie no insistió; quizás ella también lo comprendió.

—Bien, deberías hacer algo, me parece —dijo Couth.

Todos estaban más o menos de acuerdo con eso. Bogus rio.

—Es importante tener una imagen de uno mismo —dijo. Estaba algo achispado por el aguardiente de manzanas de Couth—. Creo que hay que empezar por una imagen superficial, por ejemplo Estudiante de Doctorado o Traductor, algo con un nombre fácil. Después abrigas la esperanza de ampliar un poco la imagen.

—Yo no sé con qué comencé —dijo Couth—. Solo me dije: «Estoy viviendo como quiero» y ese fue un principio. Más adelante me convertí en Fotógrafo, pero aún me imagino más como un Hombre Vivo...

—Pero tú eres muy distinto de Bogus —dijo Biggie y hubo un silencio en honor a su autoridad en la materia.

—Bien, en mi caso no funcionó imaginarme como Cineasta, o siquiera como Técnico de Sonido. En realidad, nunca me lo creí —dijo Bogus y pensó: o como Marido; nunca me lo creí. Pero como padre... Bien, ese era un sentimiento más transparente.

No había muchas más cosas claras, sin embargo. Couth comentó el apropiado simbolismo de la bruma de Maine alrededor de la casa, y Bogus rio. Biggie dijo que los hombres estaban tan enredados consigo mismos que las cosas sencillas se les escapaban.

Con la excusa del exceso de aguardiente de manzanas, también un tema demasiado profundo para que Couth o Bogus lo captaran, se fueron a acostar.

Bogus seguía despierto cuando Biggie y Couth hicieron el amor en su dormitorio, pasillo abajo, fueron bastante discretos, pero era una tensión callada demasiado familiar para que Bogus se equivocara. Sorprendido de sí mismo, comprendió que se sentía feliz por ellos. Tuvo la impresión de que lo mejor de su vida era que irradiaran esa sensación de felicidad... eso, y Colm.

Más tarde Biggie fue al lavabo y luego entró sin hacer ruido en la habitación de Colm, para arroparlo. Parecía a punto de controlar si también Bogus estaba tapado, pero él susurró:

—Buenas noches, Biggie.

Ella no se le acercó; aunque estaba oscuro, pensó que le sonreía cuando a su vez susurró:

—Buenas noches, Bogus.

De haberse acercado, él la habría abrazado, y Biggie nunca interpretaba erróneamente señales de esa índole.

No podía dormir. Después de tres noches con ellos, se veía a sí mismo como un invasor. Fue a la cocina con *Akthelt* y *Gunnel*; era hora de desempolvar un poco el antiguo nórdico bajo y de tomar un gran vaso de agua fresca. Le gustó la imagen de que todos estuviesen dormidos y él fuera el ángel custodio que cumplía la guardia nocturna.

Con afecto, murmuró algo en antiguo nórdico bajo y releyó la parte en que matan a Viejo Thak. ¡Traicionado en el fiordo de LoppHAVET! ¡Asesinado por el vil Hrothrund y su cobarde banda de arqueros! Viejo Thak es atraído al fiordo por un mensaje falso: desde la situación ventajosa de los acantilados de arriba de LoppHAVET, podrá observar el retorno de la flota de Akthelt después de su gran victoria naval en Slint. De pie en la proa de su barco, Thak se desliza bajo los acantilados, pero cuando está dispuesto a saltar a tierra, Hrothrund y sus arqueros disparan contra él desde su

emboscada en el monte. Grimstad, el timonel de Thak, maniobra para quedar fuera de alcance, pero Viejo Thak está tan acribillado de flechas que ni siquiera cae; pinchado como un acerico, se pega al foque a la manera de un erizo fallido.

«Busca a la flota, Grimstad», dice Thak, pero sabe que será tarde. El leal Grimstad intenta ponerlo cómodo en la cubierta de proa, pero no hay ninguna superficie plana en el cuerpo del anciano rey; no hay manera de tumbarlo. «Acuéstame en el mar», dice a Grimstad. «Estoy tan lleno de madera que flotaré».

De modo que Grimstad ata un cabo a Thak y lo baja por la borda; sujeta el cabo a la regala y a remolque saca a Viejo Thak del frío fiordo de Lophavet. A la zaga de su barco, Thak se mece sobre las olas como una boya llena de dardos.

Grimstad navega al encuentro de la flota de Akthelt, que retorna feliz y ensangrentada de su gran victoria naval en Slint. Akthelt se acerca de costado a la embarcación de su padre. «¡Salve, Grimstad!», grita. Pero Grimstad no soporta la idea de hablarle a Akthelt sobre Viejo Thak. El barco se aproxima y Akthelt ve el cabo atado a la regala; lo sigue con la mirada hasta la curiosa ancla que va a rastras, y nota las puntas emplumadas de algunas flechas sobre la superficie. Thak ha muerto.

«¡Eh, Grimstad!», grita Akthelt, señalando el cabo que sale de la regala. «¿Qué hay a popa?».

«Vuestro padre», dice Grimstad. «El vil Hrothrund y sus mal nacidos arqueros nos han traicionado, mi señor!». Y mientras el gran Akthelt golpea su pecho y la cubierta de su barco, desentraña la conjura de Hrothrund: matar a Thak y apoderarse de su barco; navegar al encuentro de la flota con la bandera de Viejo Thak; tenderle una emboscada también a Akthelt, cuando los barcos se aproximen. Luego, al mando de la flota, Hrothrund retornaría para reclamar el reino de Thak, tomaría el castillo de Akthelt y violaría a su tierna esposa Gunnel.

Todo esto bulle en la mente de Akthelt mientras tironea violentamente del cabo, para subir a bordo el cadáver de Thak. Piensa en los instrumentos largos y afilados que Hrothrund tenía pensados para él, y en el instrumento grueso y romo que él tenía pensado para Gunnel.

Akthelt se unta el cuerpo con la sangre de su padre, ordena a sus hombres que lo aten al palo mayor y lo azoten con los astiles de las flechas fatales hasta que su propia sangre se mezcle con la de su padre.

«¿Se siente bien, mi señor?», le pregunta Grimstad.

«En breve regresaremos al castillo», dice Akthelt en tono extraño. Pero se le ocurre una idea curiosa: se pregunta si a Gunnel le habría gustado Hrothrund.

A primera hora de la mañana, Colm encontró a Bogus dormido en la mesa de la cocina.

—Si tú bajas al muelle —dijo Colm—, yo también podré ir.

Y fueron, aunque Trumper tenía dificultades para enfilear los pies. Había marea alta; a lo lejos, en el remolino, las gaviotas sobrevolaban en torno a una gran masa de algas y restos flotantes... que por su aspecto eran las ruinas de un bote de remos

naufragado. Trumper estaba pensando en Viejo Thak, pero cuando vio a su hijo supo en qué pensaba él.

—¿Moby Dick sigue viva? —preguntó Colm.

¿Por qué no?, pensó Trumper. No puedo proporcionar al chico un Dios ni un padre fiables, y si existe algo en lo que vale la pena creer, tiene que ser grande como una ballena.

—Supongo que será bastante vieja —dijo Colm—. Muy vieja, ¿no?

—Está viva —respondió Trumper. Los dos fijaron la vista en el mar.

Trumper lamentó no poder presentarle realmente a Moby Dick. Si le hubiesen dado la oportunidad de realizar un milagro, habría elegido ese: hacer que la bahía se allanara e hinchara, invocar una cacofonía de gaviotas que girara por encima de sus cabezas, levantar a la Gran Ballena Blanca de las profundidades y hacerla saltar como una trucha gigante, lograr que ambos fueran duchados por el rocío de su salpicadura mientras permanecían en actitud de temor reverente en el muelle, hacer que *Moby Dick* rodara armoniosamente en el agua... mostrándoles sus cicatrices, sus viejos arpones y otras zarandajas (aunque ahorrándole a Colm la vista del podrido Ahab amarrado a un costado de la ballena); y luego observar cómo se movía la ballena y zarpaba hacia alta mar, dejándoles su recuerdo.

—¿Está viva de verdad? —preguntó Colm.

—Sí, y todo el mundo la deja en paz.

—Lo sé —dijo Colm.

—Aunque casi nadie la ve —agregó Trumper.

—Lo sé.

Pero una parte alocada del cerebro de Trumper entonaba un cántico: ¡*Muéstrate, Moby Dick! ¡Emerge de esas aguas, Moby!* Sabía que ese milagro no solo habría sido un milagro para Colm, sino también para él.

Había llegado el momento de irse. Junto al coche, incluso intentó bromear con Biggie y Couth, diciendo que había sido hermoso verlos, aunque sabía que los inhibía. Habló juguetonamente en alemán e hizo unas fintas de boxeo con Couth. Luego, para separarse con una nota de despreocupado humor, se despidió de Biggie con un beso y le palmeó el culo.

—Estás engordando, Big —la regañó.

Ella vaciló y miró a Couth. Este asintió con la cabeza y Biggie dijo:

—Porque estoy embarazada.

—¡Embarazada! —repitió Colm alegremente—. ¡Sí! Ella tendrá un bebé y yo un hermano o una hermana...

—O ambos —terció Couth y todos sonrieron.

Bogus no sabía qué hacer con las manos, por lo que le tendió una a Couth.

—Enhorabuena, viejo —dijo, como una voz sumergida.

Couth arrastró un pie por el suelo y dijo que vería si el coche arrancaba. Trumper le dio otro abrazo a Colm, y Biggie, con la cara vuelta pero sonriente, dijo:

—Cuídate.

¿A Couth? ¿A Bogus? ¿A los dos?

—Me encanta veros, siempre —dijo Trumper a todos y huyó.

¡Akthelt acosado por la duda! ¡Trumper frena de golpe!

En Iowa se le cayeron los puntos de sutura. Tenía un gran orificio nuevo en el pene. Se preguntó si Vignerón había tenido la intención de hacerlo tan grande. En comparación con el orificio al que estaba acostumbrado, ahora tenía un desagüe de bañera.

Fue a ver a un médico, a un médico cualquiera; su Póliza Sanitaria Estudiantil no incluía especialistas. Le asustaba el diagnóstico: ¿Algún ex veterinario se asombraría de su picha?

—¿Dice que le han hecho esto en Nueva York?

Pero el médico era un joven sudamericano; todos los extranjeros de la escuela de medicina parecían proclives a atender los casos más humildes. El joven médico estaba muy impresionado.

—Una hermosa meatoplastia —dijo—. Francamente, nunca he visto un trabajo tan bien hecho.

—Pero es muy *grande* —protestó Bogus.

—Nada de eso. Es perfectamente normal.

Eso lo impresionó y le hizo tomar conciencia de lo anormal que debía de ser antes.

La visita al médico constituyó su único entretenimiento en Iowa. Pasaba todo el día en su cuchitril de la biblioteca con *Akthelt* y *Gunnel* y dormía en una habitación libre del sótano del Dr. Holster. Por propia elección, entraba y salía por la puerta del sótano; Holster le habría permitido encantado que usara la puerta principal. Los domingos comía con Holster, su hija y la familia de ella. El resto de sus comidas consistían en *pizza*, cerveza, empanadas de salchicha y café.

En el cuchitril contiguo de la biblioteca había una chica que también traducía, en su caso del flamenco: «Una novela religiosa, situada en Brujas». De vez en cuando se intercambiaban los diccionarios y en una ocasión ella lo invitó a comer en su piso.

—Soy una buena cocinera, lo creas o no.

—Lo creo —dijo Trumper—. Pero he dejado de comer.

No tenía ni idea del aspecto de la chica, pero a su manera bibliotequíl y diccionaril siguieron siendo amigos. Para él no había otra forma de amistad. Ya ni siquiera bebía sus cervezas en Benny's, porque Benny siempre trataba de entablar conversación acerca de una «vieja pandilla» casi mítica. En cambio, todas las noches tomaba unas cuantas cervezas en un barucho frecuentado por los residuos del conjunto de fraternidades masculinas y femeninas. Una noche, uno de los chicos de una fraternidad le preguntó cuándo pensaba bañarse.

—Si quieres darme una paliza —contestó Trumper—, adelante.

Una semana después, el mismo chico lo abordó.

—Ahora quiero darte una paliza —dijo. Trumper no lo recordaba y ejecutó un competente salto de pierna lateral, le levantó las piernas y lo llevó como si fuera una

carretilla hasta empotrarlo contra la máquina tragaperras. Los amigos del chico echaron a Trumper del bar.

—¡Caray! —exclamó Bogus, desconcertado—. ¡Está chiflado! ¡Dijo que quería darme una paliza! —pero había veinte bares más en Iowa y de todos modos no bebía demasiado.

Trabajaba en la traducción con una especie de energía lerda y resistente. Llegó al final sin recordar que en el medio había muchos versos inventados, y otros que ni siquiera había traducido. Luego recordó que incluso algunas de las primeras notas a pie de página eran embustes, lo mismo que algunos términos del glosario.

En lo más recóndito de su mente había un áspero eco al que él se refería sinceramente como Tulpen. Ella siempre había sido partidaria de los hechos. De modo que empezó de nuevo e hizo toda la traducción correctamente. Investigaba todas las palabras que no conocía, y conversaba con Holster y la chica que sabía flamenco sobre las que no encontraba en ningún sitio. Escribió una sincera nota a pie de página por cada libertad que se tomaba, y una simple introducción explicando directamente por qué razón no había intentado poner en verso el poema épico y se había decidido por la prosa. «La rima original es espantosa», escribió. «Y la mía, peor aún».

Holster estaba sumamente impresionado con él. La única discusión fue por la insistencia del director en que Trumper hiciera algunas observaciones introductorias «situando». *Akthelt* y *Gunnel* en perspectiva dentro del más amplio espectro de la literatura norgermánica.

—¿A quién le importa? —preguntó Trumper.

—¡A mí! —chilló Holster.

En consecuencia lo hizo, pero tampoco mintió. Mencionaba todas las obras afines que conocía, y luego admitía en una nota que no sabía nada de los escritos en feroés. «No tengo la más mínima idea de si esta obra tiene alguna relación con la literatura feroesa de este período», escribió.

—No entiendo por qué no se limita a decir «prefiero reservarme el juicio sobre la relación de *Akthelt* y *Gunnel* con la épica heroica feroesa, ya que no he investigado ampliamente esta última literatura» —dijo Holster.

—Porque no la he investigado en absoluto —replicó Trumper.

Normalmente Holster habría insistido, o habría dicho que Trumper *debía* investigar los escritos en feroés, pero sus demoníacos hábitos laborales lo habían impresionado tanto que lo dejó pasar. En realidad, era un hombre bondadoso. Un domingo, mientras comían, le dijo:

—Fred, yo diría que este trabajo es una especie de terapia para usted, ¿verdad?

—¿Qué trabajo no lo es? —le preguntó Trumper.

Holster trataba de animarlo a salir. No le molestaba que Trumper viviera en su sótano como un topo al que rara vez veía el pelo, y de vez en cuando bajaba e invitaba a Bogus a subir para tomar un trago.

—Si *usted* quiere beber —decía Trumper.

Lo único que Bogus escribía ajeno a su tesis era alguna carta perdida a Tulpen. Couth le escribía y le enviaba fotos de Colm; una vez por mes Biggie le enviaba un paquete con calcetines, ropa interior y las pinturas que Colm hacía con los dedos.

No tenía noticias de Tulpen. El solo le escribía cartas puramente descriptivas sobre la forma en que vivía: Trumper como monje. Pero al final de cada carta agregaba, vacilante: «Quiero verte, de veras».

Por fin tuvo noticias de Tulpen, que le envió una postal del zoo del Bronx en la que escribió: «Palabras, palabras, palabras, palabras...», tantas veces como fue necesario hasta llenar prácticamente el dorso de la postal. Dejó suficiente lugar abajo para agregar: «Si quisieras verme, lo harías».

Pero en lugar de ir a verla se sumergió en la última parte de *Akthelt y Gunnel*. Una sola vez —cuando oyó llorar a la chica que sabía flamenco en el cuchitril contiguo y no fue a preguntarle si podía ayudarla— se interrumpió el tiempo suficiente para pensar que quizás *Akthelt y Gunnel* no le estaba haciendo bien.

Akthelt y Gunnel termina bastante mal, debido a la imparable cólera en que estalla *Akthelt* mientras está amarrado al palo mayor, manchado con la sangre de su padre y siendo flagelado con los astiles de las flechas asesinas. Para colmo, cuando la flota llega al reino de Thak, *Akthelt* se entera de que *Hrothrund* ha estado en su castillo, ha intentado raptar a lady *Gunnel*, ha fracasado (o ha cambiado de idea) y ha huido.

Akthelt registra en vano todo el reino en busca del asesino del padre y violador en ciernes. Luego vuelve al castillo, preguntándose por qué *Hrothrund* no consiguió raptar a lady *Gunnel* (o cambió de idea al respecto). ¿Lo intentó siquiera? En caso afirmativo, ¿hasta dónde llegó?

«¡Ni siquiera lo vi!», protesta *Gunnel*. Estaba en el jardín cuando *Hrothrund* había ido a raptarla. Tal vez él no la había encontrado, sencillamente; al fin y al cabo el castillo era grande. Asimismo, casi todos los que vieron a *Hrothrund* ignoraban todavía que Thak había sido asesinado; por lo tanto, su aparición no se consideró importante hasta que la flota retornó y dio cuenta de lo acaecido. *Entonces* la gente empezó a decir: «¡Vaya, ese malvado *Hrothrund* estuvo aquí!».

Akthelt está confundido. ¿Era *Hrothrund* el único involucrado en el complot? Alguien le recuerda que fue precisamente en el último Festival de San Odda cuando vieron bailar a *Gunnel* con *Hrothrund*.

«¡Pero yo siempre bailo con mucha gente el día de San Odda!», protesta *Gunnel*.

Akthelt tiene un comportamiento extraño. Exige un registro minucioso de la lavandería del castillo y descubre un par de zuecos de cuero sin reclamar, unas enaguas manchadas sin reclamar, y un bacalao jactanciosamente grande, también sin reclamar. Sosteniendo este revoltijo a distancia, encara a *Gunnel* e intenta extraer algún sentido de la prueba.

«¿Qué prueba?», grita *Gunnel*.

No logran hallar a *Hrothrund* en todo el reino de Thak. Desde la costa llegan

rumores de que Hrothrund está en el mar, está oculto en los fiordos norteros, está saqueando pequeñas poblaciones indefensas a lo largo de la costa. ¡Un despreciable pirata! Además, insinúan los informes, Hrothrund está menos interesado en saquear oro y comida que en *sport*. (En antiguo nórdico bajo, *sport* significa violar).

Akthelt ahonda peligrosamente en las profundidades de sí mismo. «¿Qué es esa marca que tienes allí?», le pregunta a Gunnel, toqueteando un cardenal que ve en la parte posterior de su suave muslo.

«Creo que me lo hizo mi caballo», responde Gunnel dulcemente... momento en que Akthelt le asesta una bofetada.

Gunnel no soporta seguir siendo agraviada de esta manera, de modo que ruega a su marido que le permita tratar de capturar al vil Hrothrund mediante artimañas, para demostrar públicamente su inocencia. Pero Akthelt teme que le hagan una trastada y no le da permiso. No obstante, ella persiste. (Esta estúpida intriga es, en realidad, la parte más difícil de todo el texto).

Por fin, después de mucho nerviosismo durante veintidós estrofas, Gunnel carga una suntuosa nave consigo misma, sus mercancías y sus doncellas, con la intención de navegar costa arriba hacia el norte, esperando atraer un ataque de Hrothrund. Mas cuando Akthelt descubre su plan, cree que el señuelo está puesto para que él caiga en la trampa; enfurecido, lanza a la suntuosa nave, las doncellas y la propia Gunnel a la deriva. Sin un hombre que las conduzca y sin armas que las protejan, la impotente nave llena de féminas histéricas e inútiles navega rumbo norte, en dirección al fiordo, hacia Hrothrund, y pese a los ruegos de muchos súbditos del reino de Thak, Akthelt se niega a seguirlas.

Ocurre lo que cabía esperar, por supuesto; Hrothrund cae sobre ellas. ¡Una profecía que por su propia naturaleza contribuye a cumplirse y que atormentará a Akthelt el resto de sus días! Su mujer le era fiel, pero al sospechar de ella, la arrojó en brazos de la infidelidad. ¿Qué otra cosa podía hacer Gunnel cuando sus doncellas fueron abordadas por un barco lleno de arqueros peludos, y ella misma se vio enfrentada al despiadado cerdo Hrothrund?

De hecho, lo que hace Gunnel es bastante ingenioso. «¡Bienvenido, Hrothrund!», lo saluda. «Durante meses han llegado a nuestros oídos relatos de tu bravía insolencia. ¡Hazme tu reina y nuestro lord Akthelt estará perdido!».

Hrothrund cayó en la trampa, aunque a Gunnel le costó sus buenos esfuerzos. Durante días y noches, en el maloliente camarote del que colgaban pellejos de animales, Gunnel entregó su cuerpo a las salvajadas babosas de Hrothrund, hasta que este confió plenamente en ella. La tomaba desarmado, sin el cuchillo ni el hacha al costado de la cama, y como una bestia en celo ya satisfecha, la dejaba jadeante. Y era lo bastante tonto para creer que jadeaba de placer.

Entonces ella lo tuvo en sus manos. Un día le habló de una cala segura en la que podrían internarse navegando durante la noche; allí los estarían esperando unos amigos deseosos de derrocar a Akthelt. Así, Hrothrund navegó derecho hacia la cala

donde siempre estaban estacionados los vigías de la flota de Akthelt. La propia Gunnel condujo a Hrothrund a la trampa. Luego, en el curso de la larga noche, Gunnel se entregó a él infatigablemente hasta dejarlo tendido, agotado y mareado a su lado. Aunque casi imposibilitada de moverse ella misma, Gunnel había acariciado este momento durante tanto tiempo que la fuerza de voluntad no la abandonó. Gruñendo, se incorporó de la apestosa cama, levantó el hacha y cortó la presumida y horripilante cabeza de Hrothrund.

Después, perfumada con el aroma de su propio sexo, Gunnel pidió dulcemente al centinela del camarote que fuera a buscarle un cubo lleno de anguilas vivas. «Para su señor», dijo, dejando que la bata descubriera su hombro, y el muy imbécil salió corriendo a buscarle las anguilas.

Por la mañana, la flota de Akthelt cayó sobre las embarcaciones de Hrothrund y masacró a todos los que estaban en cubierta, incluidas las fieles doncellas de Gunnel, tiempo atrás desfloradas y humilladas por los mugrientos arqueros. Luego, el audaz, justo y vengador Akthelt llegó a zancadas a la puerta del camarote de Hrothrund y la partió con su espada de doble filo, esperando encontrar a su infiel esposa en los brazos del cobarde asesino de su padre.

Pero Gunnel lo esperaba sentada con sus mejores galas; sobre la mesilla de noche, frente a ella, estaba la cabeza cortada de Hrothrund, rellena con anguilas vivas. (En el reino de Thak, decía la leyenda, esta receta jamás permitiría descansar el cerebro de un hombre).

Akthelt cayó de rodillas ante ella y gimió pidiéndole perdón por la carga que le había obligado a soportar. «Llevo otra carga», dijo fríamente Gunnel. «Tengo el engendro de Hrothrund en mi vientre. También tendrás que responsabilizarte de esto».

A esa altura, Akthelt estaba dispuesto a admitir casi cualquier cosa de ella, por lo que aceptó, abyectamente.

«Ahora», dijo Gunnel, «lleva a casa a tu leal esposa».

Eso hizo Akthelt y soportó bastante bien su carga hasta que nació el hijo de Hrothrund. Entonces no pudo comprender el afecto de ella por el niño que iba a nacer; para él, el bebé llevaba en su interior el espíritu del asesino del padre y violador de la esposa, por lo que lo mató y lo arrojó a los jabalíes del foso. Habría sido niña.

«Puedo perdonarte muchas cosas», le dijo Gunnel, «pero nunca esto».

«Aprenderás a hacerlo», afirmó Akthelt, aunque no estaba tan seguro. Dormía mal —y solo— mientras Gunnel recorría todas las noches el castillo como una trotacalle cuyo precio es demasiado elevado para cualquier transeúnte.

Más adelante, una noche, ella se acercó a su cama y le hizo el amor apasionadamente, comunicándole que por fin se había reconciliado con él. Pero a la mañana siguiente pidió a la doncella un cubo lleno de anguilas vivas.

Después de este suceso, el reino de Thak empezó a ir como suelen ir la mayoría

de los reinos cuyo liderazgo está sometido a todo tipo de arrebatos. Gunnel estaba completamente chalada, por supuesto. En la sesión matinal del Consejo de Ancianos, anunció personalmente la muerte de Akthelt. Presentó su cabeza, rellena de anguilas, en una bandeja para carnes y la dejó caer pesadamente en medio de la gran mesa, delante de los ancianos. Años enteros había cultivado la costumbre de servir platos exóticos en esas reuniones semanales, de modo que cogió a muchos ancianos con la guardia baja.

«Akthelt ha muerto», anunció, mientras dejaba la bandeja.

Uno de los ancianos era tan viejo que había perdido la vista. Adelantó a tientas la mano hacia la cabeza, que era su forma acostumbrada de identificar los manjares exóticos de Gunnel. «¡Anguilas vivas!», exclamó. Los ancianos no sabían qué hacer.

El sucesor natural del trono era el joven Axelrulf, hijo único de Akthelt y Gunnel, ahora a cargo de la ocupación de Flan. El Consejo de Ancianos envió un mensajero a informarle del asesinato de su padre a manos de su madre, señalando que el reino de Thak corría peligro de dividirse sin un liderazgo fuerte. Pero Axelrulf lo estaba pasando de maravillas entre los fíanos. Estos componían un pueblo elegante, hedonista y civilizado, la vida allí era fácil, y Axelrulf nunca había albergado ambiciones políticas. Al menos todo esto formó parte de su razonamiento cuando ordenó al mensajero: «Dile a Madre que lo siento mucho».

Entretanto, algunos ancianos conspiraban para entregar el trono a uno de los suyos, y para asesinar a Axelrulf si volvía a reclamar lo que le pertenecía. Y esta fue la mayor parte del razonamiento de Axelrulf para no interesarse por el puesto. ¡No era ningún tonto!

Lo que ocurrió entonces fue lo que *siempre* ocurre. Como no surgió un líder fuerte, el reino de Thak estalló en una rebelión caótica e ineficaz. En el castillo, Gunnel vivía obsesionada por una erupción de amantes y hubo más cubos con anguilas vivas. Finalmente, tomó un amante que no estaba tan agotado ni dopado de amor como parecía, que le cortó la cabeza *a ella*. Sin embargo, el hombre no se molestó en pedir anguilas.

Por último, cuando el reino de Thak ya ni siquiera era un reino, sino una tierra desorganizada con centenares de pequeños feudos, lo que ocurrió también fue lo que *siempre* ocurre.

El joven Axelrulf llegó desde Flan. De hecho, le gustaban tanto los fíanos que se llevó un ejército de ellos al reino de Thak y tomó fácilmente el desbaratado poder. Hizo la paz en el reino matando a todos los feudales que querían guerrear. Así es como Thak se convirtió en Flan, o algo así, y Axelrulf se casó con una bella fiana llamada Gronigen.

En la última estrofa de *Akthelt y Gunnel*, el autor anónimo insinúa que la historia de Axelrulf y Gronigen no es, con toda probabilidad, muy distinta a la de Akthelt y Gunnel. ¿Por qué, entonces, detenerse allí?

Bogus Trumper estaba más que dispuesto a coincidir. Concluidas las

cuatrocientas veintiuna estrofas, le pareció un logro vacuo. Parcialmente, en virtud de haber sido un traductor tan cabal que no había nada suyo en toda la obra. Por eso agregó algo.

¿Recuerdas cuando Gunnel decapitó a Hrothrund? ¿Y después le cortó la cabeza a Akthelt? Bien, Trumper agregó la insinuación de que Gunnel cortaba algo más que cabezas. Al fin y al cabo, cuadraba. Le iba bien a la historia, es indudable que le iba bien a Gunnel y, por encima de todo, le iba bien a Bogus. Estaba realmente convencido de que Gunnel *les había cortado* algo más que la cabeza, pero en virtud de las normas que imperaban en la literatura de la época, el autor se había visto obligado a autocensurar discretamente ciertos detalles. De todos modos, Trumper se sintió mejor después de sumar algún interés personal a su propia traducción.

El Dr. Holster estaba encantado con *Akthelt y Gunnel*.

—¡Qué obra tan *rica*! —exclamó—. ¡Qué pesimismo esencial! —el anciano movía los brazos como el director de una orquesta sinfónica—. ¡Qué crudeza! ¡Qué gente tan bárbara y violenta! ¡Hasta el sexo es un juego sangriento!

Nada de eso sorprendió a Trumper. No obstante, le produjo cierta inquietud que a Holster le hubiese gustado especialmente la insinuación de su propia cosecha, y cuando le sugirió que pusiera una nota a pie de página para recalcar la audacia de semejante acto, Bogus rehusó diciendo que no quería llamar la atención sobre ese punto.

—¡Y la parte con las anguilas! —gritó Holster—. ¡Piénselo! ¡Les cortaba la picha! ¡Qué perfección... aunque yo no sería capaz de imaginarlo!

—Yo sí —dijo Fred Bogus Trumper, BA, MA, PhD.

O sea que por fin había terminado algo. Se paseaba de un lado a otro y releía su correspondencia. Sin ninguna ocupación, sentía que el pulso había aminorado la velocidad, que la sangre se le había espesado.

No había recibido más correspondencia de Tulpen. Su madre le había escrito para informarle que su padre tenía una úlcera. Bogus sintió cierta culpa y reflexionó en la forma de hacerle un buen regalo. Después de mucho pensarlo, fue a una tienda de comidas selectas y envió a su padre un jamón deshuesado de primerísima calidad, producido en una granja amish. Demasiado tarde, se preguntó si el jamón le sentaría bien a una úlcera, e inmediatamente mandó una carta disculpándose por el regalo.

Volvió a tener noticias de Couth. Biggie había tenido una niña de tres kilos seiscientos gramos, llamada Anna Bennett. Otra Anna. Tratando de imaginarse al bebé, Trumper recordó que el jamón que había enviado a su padre también pesaba tres kilos seiscientos. Se sintió tan feliz por Couth y Biggie que les mandó un jamón.

Y tuvo noticias de Ralph. Como era característico en él, una carta misteriosa. No mencionaba para nada que Trumper había abandonado una carrera cinematográfica ni dejado en la estacada a Ralph Packer Films Inc.; se limitaba a decir, sencillamente, que en su opinión Trumper debería como mínimo ir a ver a Tulpen. Sorprendentemente, la mayor parte de la carta de Ralph discurría en la descripción de

la chica con la que estaba viviendo, alguien que se llamaba Matje, «como el arenque». La chica «no era una persona voluptuosa sino rebosante»; Ralph añadía que «hasta Tulpen simpatiza con ella».

Trumper no lograba imaginar qué cuernos estaba ocurriendo. Entendía, sin embargo, por qué Ralph le había escrito: quería que Bogus le diera permiso para estrenar la película. *Jodienda* estaba acabada, Trumper lo sabía muy bien.

Bogus dejó pasar unas semanas sin responder a la carta. Una noche, después de terminar su tesis y sintiéndose sin objetivos, fue al cine. Vio una película acerca de un piloto homosexual que le tenía miedo a la lluvia. Por algún equívoco, duerme con una azafata comprensiva, que lo cura simultáneamente de su desagradable homosexualidad y de su miedo a las condiciones meteorológicas. Evidentemente temía a la lluvia *porque* era homosexual. Una película chapucera e insultante en todos los sentidos, pensó Trumper, y a la salida le envió un telegrama a Ralph. «Cuentas con mi permiso», decía el telegrama, que llevaba la firma de «Thump-Thump».

Dos días después Trumper se despidió del Dr. Holster.

—*Gaf throgs!* —lo saludó Holster alegremente—. *Gaf throgs!*

Era una broma simbólica referente a *Akthelt* y *Gunnel*. Cuando alguien del reino de Thak quería felicitar a otro por un trabajo bien hecho, una guerra bien librada o un acto sexual bien consumado, decía: «*Gaf throgs!*». [¡Demos gracias!]. Hasta tenían un día de Acción de Gracias dedicado a esos sentimientos; lo llamaban día de Throgsgafen.

Corría un perfecto fin de semana futbolístico del mes de septiembre cuando Trumper acarrió su maleta y la copia encuadernada de su tesis sobre *Akthelt* y *Gunnel* a la estación de autocares de Iowa. Tenía su doctorado y sus recuerdos de haber vendido banderines, distintivos y campanitas. Suponía que buscaría trabajo. A fin de cuentas, ¿para qué sirve un doctorado? No obstante, esa época del año era mala para buscar un puesto en la enseñanza: el año académico acababa de empezar. Llegaba demasiado tarde para ese curso y aún era prematuro para encontrar vacante en el siguiente.

Tenía ganas de ir a Maine, ver a la recién nacida y estar con Colm. Sabía que sería bien recibido un tiempo, pero no podía vivir allí. También tenía ganas de ir a Nueva York y ver a Tulpen, pero no sabía cómo presentarse. Imaginaba cómo *le gustaría* regresar... como alguien que ha triunfado, como un enfermo de cáncer que se ha curado. Pero no supo decidir qué enfermedad padecía cuando se largó, por tanto mal podía saber si estaba curado.

Pasó un largo rato estudiando un mapa de los Estados Unidos editado por la línea de autocares Greyhound antes de comprar un billete a Boston. Suponía que había muchas cosas que volvían recomendable Boston, a la tenue luz de puestos en la enseñanza; además, nunca había visto la tierra natal de Merrill Overturf.

Más aún, en el mapa de Greyhound, Boston se encontraba aproximadamente a mitad de camino entre Maine y Nueva York. Y en un mapa *mío*, pensó, allí es

aproximadamente donde estoy.

Delirio del público, aclamación crítica y reseñas entusiastas para *Jodienda*

Variety anunciaba que «la novísima película de Ralph Packer es sin lugar a dudas lo mejor que ha salido este año del así llamado cine underground. Por supuesto, podría otorgarse esta distinción a cualquier film con algún contenido y estilo, pero el de Packer es incluso sutil. Por fin ha expandido su enfoque documental hasta transformarlo en una situación muy bien enfocada; por fin se ocupa de personajes y no de grupos; técnicamente, su trabajo es tan impecable como siempre. Cierto es que no demasiados espectadores encontrarán un gran interés en el egocéntrico e inerte protagonista de Packer, pero...».

The New York Times decía: «Si es cierto que vivimos en una época de fulgurante éxito comercial, de películas de bajo presupuesto, por fin en este país podemos dar a luz al vital estilo documental que los canadienses han estado produciendo con tan excelentes resultados en años recientes. Y si los pequeños cineastas independientes logran la distribución de sus obras en salas comerciales, este estilo prestidigitador — en el que por fin Ralph Packer ha encontrado morada con su *J—enda*— será muy imitado. No tengo la certeza de que sea un estilo profundamente enriquecedor o satisfactorio, pero Packer también ha agudizado su oficio. Lo que se me escapa es el tema. Packer no desarrolla un tema; simplemente se limita a sacarlo a relucir...».

Newsweek definió la cinta como «una película elaboradamente pulida, mañosa, afilada y burlona, que se disfraza a sí misma de búsqueda: explorar la psiquis de su personaje principal, a través de un montaje inconexo de pseudo entrevistas con la ex mujer del personaje, su novia actual, amigos dudosos, y con irritantes interrupciones del protagonista, que juega astutamente a que no quiere tener nada que ver con la película. Si su postura fuera cierta, el hombre sería sensato. No solo la película nunca llega al fondo de lo que hace funcionar al personaje principal, sino que ella misma deja de funcionar mucho antes del final».

Time, haciendo honor a una larga tradición de discrepancia con *Newsweek*, pregonaba: «*J—enda*, de Ralph Packer, es una cinta bellamente condensada... discreta y moderada en todo sentido. Bogus Trumper, a quien se atribuye la innovadora banda sonora de la película, ofrece una excelente actuación en el papel de un fracasado retraído y callado, con un matrimonio destrozado en el pasado, una relación fría e inestable en el presente: un paranoico hecho y derecho, víctima de su autoanálisis. Es el sujeto mal dispuesto de la asombrosamente delicada auscultación de Packer, que adquiere la forma de un documental pulcro y sin rodeos, en el que se unen y superponen entrevistas y comentarios fortuitos con algunas tomas exquisitamente certeras y engañosamente simples de Trumper cumpliendo menesteres perfectamente ordinarios. Es una película acerca de hacer una película acerca de alguien implicado en hacer una película, pero Trumper surge como una

especie de héroe cuando rechaza a todos sus amigos y a la película. Esa es la sutileza de Packer: poner fin a una confianza escarbadora de la psiquis en el descubrimiento de los auténticos motivos...».

Trumper leyó todo esto en el estudio de su padre en Great Boar's Head.

—¿Esa es la crítica de *Time*? —le preguntó su madre—. A mí es la que más me gusta.

Su madre había coleccionado y guardado todas las reseñas, y aparentemente le gustaba la de *Time* porque era la única que mencionaba a Trumper por su nombre. No había visto la película y no parecía comprender que trataba de la cruel y triste vida de su hijo. Los críticos tampoco.

—No creo que la pasen aquí —dijo su padre.

—Aquí nunca llegan las películas que queremos ver —dijo su madre.

La película todavía no había salido de Nueva York, aunque estaba programado proyectarla en Boston, San Francisco y en unas pocas salas de arte y ensayo de otras grandes ciudades. También podía llegar a algunos recintos universitarios, pero no era probable que se presentara en Portsmouth, New Hampshire... gracias a Dios. El tampoco la había visto.

Había pasado un mes entrevistándose para puestos de trabajo en Boston y sus alrededores; y, al igual que ahora, de vez en cuando volvía a Great Boar's Head a pasar un fin de semana, para consolar la úlcera de su padre y parecer agradecido — que lo estaba— por el flamante Volkswagen que le había regalado. Una especie de regalo de graduación, suponía Trumper.

Tenía la impresión de que cada vez eran mayores las probabilidades de tener que esperar a la primavera para encontrar trabajo; había descubierto que en las entrevistas su nuevo doctorado tenía el mismo atractivo e importancia que los zapatos recién lustrados. Las únicas vacantes en esa época del año eran para institutos, y de alguna manera un doctorado en literatura comparada con una tesis en antiguo nórdico bajo, no parecía una preparación adecuada para una clase de cultura universal, desde César hasta Eisenhower, y de redacción en inglés. Además, ni siquiera sabía cómo mirar a alguien de dieciséis años.

Su padre se preparó otro vaso de leche con miel y sirvió a Bogus otro *bourbon* con una expresión indicativa de cuánto le gustaría cambiar su estómago por el de su hijo y viceversa.

Bogus leyó otras reseñas de la colección de su madre.

New Yorker decía que era «raro y refrescante ver un film norteamericano con suficiente seguridad en sí mismo para confiar en un toque de ligereza. Lo que Packer logra con su nuevo equipo de no-actores debería hacer que algunas de nuestras superestrellas se sintieran inseguras... o al menos enfadadas con sus guionistas. El primer actor Bogus Trumper (cuya banda sonora es *un poco* demasiado ingeniosa) es notablemente eficaz al retratar la frialdad auto-protectora y poco profunda de un hombre que ha fracasado en comunicarse con las mujeres más allá de un nivel de

autosatisfacción...».

«¡Las mujeres son hermosas!», proclamaba *The Village Voice*. «Lo que está ausente en la película de Packer es alguna pista que nos indique por qué razón dos mujeres tan francamente abiertas y sorprendentemente íntegras quieren tener algo que ver con un hombre tan débil, enigmático e insatisfecho...».

Playboy la calificaba de «moderna y compleja, con la vitalidad sexual de los personajes a flor de piel, como la impresión de un cuerpo voluptuoso bajo la seda...».

Aun gozando del «ritmo vivido del film», *Esquire* consideraba que el final era «un barato recurso emocional. La escena del embarazo no es más que una trillada y abusada treta para provocar la respuesta del público».

¿Qué escena del embarazo?, se preguntó Bogus.

Por su lado, *Saturday Review* encontraba el final «puro Packer en su mejor eufemismo. La ligera informalidad del embarazo pone sobre el tapete todas las etéreas especulaciones intelectuales contra la dura realidad de que ella lo amaba...».

¿Por qué?, pensó Trumper. ¿Quién amaba a quién? ¿A quién amaba? ¿Estaría Ralph chorreando sentimentalismo a partir del nacimiento del bebé de Biggie y Couth? ¿Pero cómo había relacionado todo eso?

Life se esforzaba por articularlo. «El enfoque periférico; de viñeta, casi exige un tipo de final sin final; una progresión que no logra desarrollarse en profundidad y en cambio elige girar en torno a una historia —mostrando simplemente más facetas en la superficie— que sería pretenciosa si escogiera un desenlace dramático centrado en un acontecimiento inevitable. *J—enda* no lleva a ese acontecimiento inevitable. Más bien, en la última y rotunda imagen del embarazo —breve y realista— Packer logra una categórica *antítesis*...».

¿Una qué?, pensó Bogus. Comprendió que tendría que ir a ver la jodida *Jodienda*.

En cierto modo, las razones para verla no tenían nada que ver con las reseñas. Quería volver a ver a Tulpen, pero no soportaba la idea de que ella lo viera a él. Trumper iría a ver la película como *voyeur* y parte interesada.

Tenía una entrevista de trabajo en el *College* Universitario Litchfield de Artes Liberales, en Torrington, Connecticut, que caía más o menos camino de Nueva York. Después de la entrevista, se metería sin ser visto en la ciudad y vería la película.

La vacante era para dos cursos de un estudio de literatura británica y dos cursos de comentario de textos para primer año. El director del departamento estaba impresionado por las credenciales de Trumper, en especial por el antiguo nórdico bajo.

—¡Cielos! —exclamó—. Aquí ni siquiera tenemos demanda de idiomas extranjeros.

Con la cabeza a punto de estallar, Trumper llegó al Village a tiempo para la sesión de las nueve. Le emocionó ver su nombre entre los créditos de sonido y reparto, pero rechazó esa sensación. La versión acabada era mucho más fluida de lo que recordaba; se encontró mirándola expectante, como quien hojea un álbum de fotos de viejos

amigos con ropa estafalaria y cinco kilos menos. Pero todo era previsible; recordaba todo de cabo a rabo hasta que vio, al final, una escena que solo había oído a hurtadillas: Tulpen en la bañera, diciéndole a Ralph y a Kent que era hora de que se fueran.

Luego vio las escenas que había empalmado él mismo antes de irse. Ralph había invertido el orden de aparición. Aparecía Trumper saliendo de la tienda de animales domésticos, diciendo: «Adiós, Ralph. No quiero seguir en tu película». Aparecían Trumper, Tulpen y Colm en el metro que llevaba al zoo del Bronx, con la voz de Trumper superpuesta: «Lo siento, Tulpen. Pero no quiero tener un hijo».

Y a continuación dos escenas novedosas.

Tulpen con equipo de gimnasia, haciendo los ejercicios preparatorios para el parto natural: respirar hondo, extraños empujones en cuclillas y cosas semejantes. La voz superpuesta de Ralph dice: «El la abandonó».

Luego una toma de Tulpen trabajando en la sala de montaje. La cámara la enfoca de espaldas; ella está sentada y solo cuando vuelve la cabeza reconocemos su perfil. Lentamente, se percata de la presencia de la cámara; mira por encima del hombro hacia el objetivo y retoma la posición inicial. No podría importarle menos la cámara. Fuera de escena, Ralph pregunta: «¿Eres feliz?».

Tulpen parece cohibida. Se incorpora del banco de trabajo con un gesto extraño; desde atrás se la ve levantar un codo como si fuera el ala de un pájaro. Pero Trumper sabe: está elevando su encantadora teta con el dorso de la mano.

Cuando se vuelve hacia la cámara en un perfil de cuerpo entero, vemos que está embarazada.

«Estás embarazada...», la riñe la voz de Ralph.

Tulpen dirige a la cámara una mirada que quiere decir «no me incordies». Sus manos trajinan acomodando los pliegues deformes de su vestido de maternidad alrededor del enorme abdomen.

«¿De quién es el bebé?», pregunta Ralph, implacable.

No hay ninguna vacilación, solo un indiferente encogimiento de pechos, pero no da la cara a la cámara. «De él», dice Tulpen.

La imagen se congela hasta quedar fija y encima aparece la ficha técnica.

Cuando se encendieron las luces, había una aglomeración de cinéfilos del Village a su alrededor. Permaneció como si estuviera anestesiado hasta que se dio cuenta de que nadie podía avanzar porque interceptaba el paso con sus rodillas; entonces se levantó y recorrió el pasillo con la multitud.

En el miasma de luz macilenta y olor a caramelos del pasillo, unos chicos encendían pitillos y se arremolinaban; atrapado en una muchedumbre que se movía a paso de tortuga, Trumper oyó fragmentos de conversaciones.

—Una perfecta mierda —dijo una chica.

—No sé, no sé —se quejó alguien—. Packer está cada vez más pendiente de sí mismo.

—Bien, a mí me gustó, pero... —dijo una voz reflexiva.

—La actuación fue estupenda...

—No eran exactamente actores...

—Bien, vale, esa gente, entonces...

—Sí, genial.

—Y un buen trabajo de cámara.

—Sí, pero él *no hizo* nada con la cámara...

—¿Sabes lo que digo cuando veo una película como esta? —preguntó una voz—.

¿Y qué?, digo. Eso es lo que digo, tío.

—Dame las llaves, papanatas...

—Otro trozo de mierda es otro trozo de mierda...

—Eso es *relativo*...

—Todo es la misma mierda.

—Permiso... —Bogus pensó en morder el cuello esbelto de una chica alta que iba delante, pensó en girar sobre sus talones y repartir rodillazos entre un grupo de filósofos imberbes que iban detrás y que opinaban que la película era de un «gran nihilismo».

Justo antes de llegar a la puerta, supo que lo habían reconocido. Una chica con cutis de drogata y ojos de huevo duro lo miró fijo y después tironeó de la manga de su compañera. Formaban parte de un grupo y en un instante todos se volvieron para observar a Trumper, apretujado con otros junto a la puerta. Era una puerta doble, pero una de las dos partes estaba cerrada con pestillo. Cuando alguien la abrió de un empujón, se oyó una ovación; durante un segundo, Trumper imaginó que los aplausos eran para él. Luego un joven con uniforme del ejército, elegante barba de Smith Brothers y dientes amarillos, le cerró el paso.

—Permiso —dijo Trumper.

—Eh, eres *tú* —dijo el joven y volviéndose hacia sus amigos gritó—: ¡Eh, os lo dije, es ese *tipo*...

En un abrir y cerrar de ojos unas quince personas lo miraban boquiabiertas, como se mira a los famosos.

—Creía que era más alto —dijo una chica.

Algunos de los más jóvenes —solo chicos tontos y risueños— lo siguieron hasta el coche.

Una chica canturreó, tomándole el pelo:

—Ven a casa que te presentaré a mi madre.

Trumper se metió en el coche y arrancó.

—¡Un Volkswagen flamante! —dijo un chico con burlona admiración—. Ni de lejos...

Trumper dio unas cuantas vueltas y se perdió; nunca había conducido en Nueva York. Finalmente le pagó a un taxi para que lo guiara hasta el apartamento de Tulpen. Todavía conservaba la llave. Era más de medianoche pero él pensaba en *otros*

términos temporales. Como meses, y cuántos hacía que se había ido; como de cuánto estaba embarazada Tulpen al terminar la película; como cuánto tiempo había pasado antes de que se estrenara. Y aunque sabía que no era así, visualizó la imagen de Tulpen tal como esperaba verla *ahora*: solo un poco más gorda que en el cine.

Trató de entrar, pero ella había puesto la cadena de seguridad. La oyó sentarse sobresaltada en la cama y susurró:

—Soy yo.

Lo hizo esperar un buen rato antes de hacerlo pasar. Llevaba un albornoz corto, ceñido en la cintura; su vientre era tan plano como antes, incluso había adelgazado algo. En la cocina, Trumper chocó con una caja de pañales de papel y aplastó con el pie un chupete de plástico. El perverso demonio que brincaba en su cabeza insistía en gastarle bromas a su cerebro. Intentó sonreír.

—¿Niño o niña? —preguntó.

—Niño —con la vista baja, ella simuló frotarse los ojos para quitarse el sueño, pero estaba bien despierta.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Te expresaste muy claramente. De todos modos, es *mi* bebé.

—También es mío. Incluso lo dijiste, en la película...

—En la película de Ralph. El escribió el guión.

—Pero es mío, ¿verdad? —le preguntó—. Quiero decir, *de verdad*...

—¿Biológicamente, quieres decir? —dijo ella, tajante—. Claro que sí.

—¿Puedo verlo? —pidió Trumper. Tulpen estaba muy tensa, pero fingió un encogimiento y lo llevó más allá de su cama, hasta un pequeño rincón creado con estantes para libros apilados y más peces.

El niño dormía en un enorme moisés, con montones de juguetes a su alrededor. Tenía el aspecto que había tenido Colm cuando contaba con unas semanas de vida, y era muy semejante al nuevo bebé de Biggie, que probablemente solo tenía un mes o poco más que él.

Trumper contempló al bebé porque era más fácil que mirar a Tulpen; aunque no hay mucho que ver en un niño de esa edad, daba la impresión de estar estudiándolo minuciosamente.

Tulpen hacía ruidos en segundo plano. Del armario de la ropa blanca sacó sábanas, mantas y una almohada; era evidente que estaba preparando el sofá para que durmiera Bogus.

—¿Quieres que me vaya? —le preguntó.

—¿Por qué has venido? —dijo ella—. Acabas de ver la película, ¿no?

—Me habría gustado venir antes —explicó Bogus y como ella siguió preparando el sofá, agregó tontamente—: Conseguí el doctorado—. Tulpen lo miró y siguió remetiéndole la manta—. He estado buscando trabajo —concluyó.

—¿Y lo has encontrado? —puso la almohada.

—No.

Tulpen le hizo señas de que se apartara del bebé dormido. En la cocina, abrió una cerveza para él y se sirvió un poco.

—Para los pechos —dijo, brindando hacia él con el vaso—. Hace correr la leche.

—Lo sé.

—Claro, por supuesto—. Tulpen jugueteó con el cinturón del albornoz y le preguntó—: ¿Qué quieres, Trumper?

Pero él tardó demasiado en responder.

—¿Solo te sientes culpable? —agregó Tulpen—. Porque no necesito eso. No me debes nada más que tus sentimientos sinceros, Trumper... Si es que *los tienes* —agregó.

—¿De qué vives? No puedes trabajar —comenzó, pero se interrumpió, sabiendo que no era una cuestión de dinero. Sus sentimientos sinceros estaban hundidos en una ciénaga profunda, que había circundado durante tanto tiempo que ahora le parecía imposible tirarse de cabeza y bucear.

—*Puedo* trabajar —respondió ella automáticamente— y lo hago. Lo haré, quiero decir. Cuando él sea un poco mayor. Lo llevaré a casa de Matje mientras trabaje, medio día. Matje quiere tener un bebé suyo pronto...

—¿Te refieres a la nueva chica de Ralph?

—A su mujer —dijo Tulpen—. Se han casado.

Entonces Trumper se dio cuenta de que no sabía absolutamente nada de nadie.

—¿Ralph *se ha casado*?

—Te mandó una invitación —dijo Tulpen—. Pero ya no estabas en Iowa.

Comenzaba a tomar conciencia de cuántas cosas *había* dejado. Pero Tulpen estaba cansada de los largos monólogos interiores de Trumper y él conjeturó que tampoco deseaba sus silencios. Desde la sala la siguió con la mirada hasta la cama; ella se quitó el albornoz bajo las mantas y lo tiró al suelo.

—Ya que recuerdas cómo es un lactante, no te sorprenderá que mame a las dos —le dijo—. Buenas noches.

Trumper fue al lavabo y meó con la puerta abierta. Siempre dejaba abierta la puerta del lavabo: otro de sus hábitos groseros que solo recordaba mientras los practicaba. Cuando salió, Tulpen le preguntó:

—¿Qué tal la nueva picha?

Trumper se preguntó qué sería eso. ¿*Sentido del humor*? Carecía de auténtica intuición en la que confiar.

—Perfectamente normal —respondió.

—Buenas noches —repitió Tulpen.

Mientras iba de puntillas hasta el sofá, Trumper sintió el impulso de estrellar los zapatos contra la pared y despertar al bebé solo para oír cómo sus penetrantes lloros llenaban el espacio vacío.

Permaneció escuchando su propia respiración, y la de Tulpen, y la del bebé. El único que dormía era el bebé.

—Te quiero, Tulpen —dijo.

Una tortuga del acuario más cercano pareció responder: se zambulló.

—Vine porque te quiero —dijo.

Ni siquiera un pez se movió.

—Te necesito —dijo—. Sé que tú no me necesitas, pero yo te necesito a ti.

—Bien, las cosas no son exactamente así —matizó ella, en voz tan baja que apenas la oyó.

Se sentó en el sofá.

—¿Te casarás conmigo, Tulpen?

—No —dijo ella sin la menor vacilación.

—Por favor —dijo él también en voz muy baja.

Esta vez ella esperó unos segundos pero respondió:

—No.

Trumper se puso los zapatos y se levantó. No tenía forma de irse salvo pasando junto al hueco abierto de los acuarios alrededor de la cama de Tulpen, y cuando llegó allí la encontró sentada, con la vista fija en él y expresión de ira.

—¡Caray! —exclamó Tulpen—. ¿Otra vez te largas?

—¿Qué quieres que haga?

—¿Tú no lo sabes? Te lo diré, Trumper, si no tengo más remedio. No me casaré contigo *todavía*, pero si quieres quedarte un tiempo, ya veré lo que hago. ¡Si quieres quedarte, *debes* quedarte, Trumper!

—Vale —dijo Trumper, preguntándose si debía desnudarse.

—Caray, quítate la ropa —dijo Tulpen.

Trumper se desvistió y se metió en la cama, a su lado. Ella se apartó.

—Caray —murmuró Tulpen.

El no la tocó hasta que ella se dio vuelta de repente, le cogió la mano y la apoyó torpemente en su pecho.

—No quiero que hagamos el amor —le dijo—, pero puedes abrazarme... si quieres.

—Quiero —musitó Trumper—. Te amo, Tulpen.

—Supongo que sí.

—¿Tú me amas?

—Sí, caray, supongo que sí —dijo Tulpen, furiosa.

Poco a poco Trumper recuperó algunos instintos; le tocó suavemente todo el cuerpo. Palpó la zona que le habían afeitado: el vello era todavía incipiente. Cuando el bebé despertó para su mamada de las dos en punto, Trumper saltó de la cama antes que ella, le llevó al bebé y se lo puso en el pecho.

—No, la otra —dijo ella—. ¿Cuál está más dura?

—Esa.

—Estoy tan confundida... —Tulpen se interrumpió y dejó que las lágrimas corrieran por sus mejillas, en silencio, mientras alimentaba al bebé. Trumper tenía los

recuerdos en orden: sostuvo un pañal bajo el pecho libre, sabiendo que gotearía mientras el bebé chupaba del otro.

—A veces chorrean —dijo Tulpen.

—Lo sé. Chorrearán cuando hagas el amor...

—No quiero hacer el amor —le recordó Tulpen.

—Ya lo sé. Solo era una observación...

—Tendrás que ser paciente. Todavía diré algunas cosas solo porque quiero herirte.

—Sí, claro.

—Tendrás que esperar hasta que ya no quiera herirte.

—Seguro, *quiero* esperar —dijo él.

—No creo que quiera herirte mucho más.

—No te lo reprocho —dijo Trumper, lo que volvió a enfurecer a Tulpen.

—Bien, no es asunto tuyo.

—Claro que no —coincidió él.

Con gran ternura, Tulpen le dijo:

—Más te valdrá no hablar mucho, Trumper, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Después de dejar al bebé en su moisés, Tulpen volvió a la cama y se acurrucó junto a Trumper.

—¿No te interesa saber qué nombre le he puesto?

—¡Ah, el bebé! Por supuesto. ¿Qué nombre le has puesto?

—Merrill —dijo ella y le pasó con fuerza la base del pulgar por la columna. A Trumper le dolió la nuca—. Debo de quererte —susurró Tulpen—. Le puse Merrill porque creo que te gusta mucho ese nombre.

—Claro que sí —susurró Trumper.

—Estaba pensando en ti, ¿entiendes?

Trumper sintió que el cuerpo de ella volvía a rabiar.

—Sí, lo sé —dijo.

—Me has herido mucho, Trumper, ¿sabes eso?

—Sí —le tocó ligeramente el vello incipiente.

—Bien, no lo olvides.

Trumper le prometió que nunca lo olvidaría. Tulpen lo abrazó y él tuvo sus dos pesadillas más frecuentes. Variaciones sobre un tema acuático, las llamaba.

Una era siempre sobre Colm en algún desastre imaginado y siempre había aguas profundas, el mar o frías marismas. Y como siempre, le resultaba terrible permitirse recordar conscientemente los detalles.

La otra era siempre sobre Merrill Overturf. También en el agua: estaba abriendo la escotilla superior de un tanque y siempre le llevaba demasiado tiempo.

A las seis de la madrugada lo despertó el llanto de Bebé Merrill. Las tetas de Tulpen habían empapado su pecho y la cama olía a leche agridulce.

Tulpen se cubrió con un pañal y Trumper dijo:

—Mira cómo gotean. Tienes que estar excitada.

—Es el reflejo del llanto del bebé —insistió Tulpen y Trumper se levantó para ir a buscarlo. Tenía una típica erección matinal, que no se molestó en ocultar.

—¿Has visto mi nuevo trasto? —dijo, haciéndose el payaso—. Todavía es virgen.

—El bebé está llorando —le recordó Tulpen, pero sonrió—. Tráelo.

—¡Merrill! —exclamó y sintió algo hermoso al decir ese nombre en voz alta—. Merrill, Merrill, Merrill —repitió y fue bailando con el bebé hasta la cama. Sostuvieron un amable debate acerca de cuál teta había que darle; Trumper se esmeró en magrearla excesivamente para dilucidar cuál estaba más dura.

Tulpen seguía amamantando a Merrill cuando sonó el teléfono. Era muy temprano para recibir llamadas, pensó Trumper, pero Tulpen no dio muestras de sorpresa; lo registró atentamente con la mirada y con un movimiento de la cabeza le indicó que atendiera. Trumper sintió que de alguna manera lo estaba poniendo a prueba, de modo que levantó el teléfono, pero no habló.

—¡Buenos días joven madre láctea! —dijo Ralph Packer—. ¿Cómo está el bebé? ¿Cómo están tus tetas? —Trumper tragó saliva mientras Tulpen sonreía serenamente—. Matje y yo vamos para allá —siguió Ralph—. ¿Necesitas algo?

—Yogur —susurró Tulpen a Trumper.

—Yogur —dijo Trumper al teléfono, con voz poco clara.

—¡Thump-Thump! —gritó Ralph.

—Hola, Ralph —dijo Bogus—. Vi tu película...

—Fenomenal, ¿no? ¿Cómo estás tú, Thump-Thump?

—Bien —dijo Trumper. Tulpen apartó el pañal de su teta libre y apuntó a Trumper con el pezón—. Saqué el doctorado —murmuró Trumper al teléfono.

—¿Cómo está el bebé? —preguntó Ralph.

—Merrill está muy bien —respondió Bogus y sintió que el pecho libre de Tulpen chorreaba en su pierna—. Lamento haberme perdido tu boda, Ralph. Enhorabuena.

—Enhorabuena *a ti* —dijo Ralph con picardía.

—Hasta luego —se despidió Trumper y cortó.

—¿Estás bien, Trumper? —Tulpen parecía mirarlo con un ojo frío y otro cálido.

—Sí —le cubrió el pecho goteante con la mano—. ¿Tú estás bien? —le preguntó.

—Estoy mejor.

Le palpó el vello incipiente y se miró la mano, a la manera en que podría mirar a un viejo amigo que se ha dejado la barba. Los dos estaban desnudos, salvo que él aún tenía puesto el calcetín derecho. Bebé Merrill chupaba ávidamente, pero Tulpen no lo estaba mirando. Con la expresión entre sonrisa y ceño fruncido, examinaba minuciosamente la nueva picha de Trumper.

El se sentía agradablemente turbado. Quizá lo mejor sería vestirse, sugirió, ya que en breve se presentarían Ralph y cómo-se-llama, Matje. Se inclinó con un movimiento rápido y le besó suavemente el vello incipiente. Ella pareció a punto

de... pero rehusó secundar tan tímido comienzo. Le besó el cuello.

Está bien, pensó Bogus Trumper. Cuesta un tiempo acostumbrarse a las cicatrices, pero quiero aprender.

Los viejos amigos se reúnen para celebrar el día de Throgsgafen

En el reino de Thak sabían organizar una buena juerga el día de Throgsgafen. Semanas antes de la fiesta, ponían a marinar jabalíes y colgaban colosales alces en los árboles, para que maduraran allí; barriles llenos de anguilas atestaban el recinto de ahumados; calderas rebosantes de conejos frotados con sal marina y manzana hervían a fuego lento en la grasa derretida de un oso; se guisaba un caribú entero —de una especie hoy extinguida— en una cuba, y se removía constantemente con un remo. Las frutas otoñales —en especial las benditas uvas— se cosechaban, se aplastaban, se dejaban fermentar, se tamizaban y sazonaban; se retiraban rodando de las bodegas los brebajes añejados del año anterior, se destapaba y se cataba, se destilaba y volvía a catar, y así sucesivamente. (La bebida corriente en el reino de Thak era una cerveza oscura, ácida como la orina, bastante semejante a la norteamericana cuando ha perdido el gas, mezclada con vinagre de manzana. La bebida extraordinaria en el reino de Thak era un aguardiente destilado, fabricado con ciruelas y tubérculos; sabía a mezcla de Slivowitz con anticongelante).

Naturalmente, el día de Throgsgafen duraba más de un día. Estaba el día anterior a Throgsgafen propiamente dicho, en que todos tenían que probar todo, y la noche anterior a Throgsgafen propiamente dicha, en que todos tenían que prepararse para pasarlo bien. La mañana de Throgsgafen se celebraban pequeñas fiestas para comparar resacas, fiestas que fluían directamente hasta el acontecimiento principal: una comida ininterrumpida que duraba alrededor de seis horas. Luego se recomendaba que los hombres practicaran ejercicios físicos enérgicos, pues su sobrehumano vigor atlético exigía alguna descarga, que adquiriría la forma de deportes combativos y sexo. Las mujeres participaban en este último; también bailaban y hacían tentativas poco entusiastas por desengrasar el castillo.

La noche de Throgsgafen, los señores y señoras llevaban enormes pesebres con restos de comida a través de las aldeas, arrojando sobras a los desgraciados hijos de los pequeños campesinos. Esta era la parte sobria de la velada, pero a medianoche todos regresaban al castillo para brindar por los amigos muertos desde el Throgsgafen anterior; así seguían hasta el amanecer, cuando tradicionalmente se celebraba una audiencia extraordinaria del Consejo de Ancianos a fin de decidir los castigos correspondientes a los asesinatos, violaciones y otros delitos menores que habían abundado durante la agotadora festividad.

La pálida versión norteamericana del pavo seco para Throgsgafen es sin la menor duda un sustituto poco loable, de modo que Bogus Trumper y sus viejos amigos estaban decididos a inyectarle el espíritu de *Akthelt* y *Gunnel*. Organizaron una temeraria reunión. Pese a las imprevisibles condiciones climáticas de Maine en noviembre, resolvieron que Couth y Biggie tenían el único castillo digno de albergar

tal tertulia.

La presencia de los perrazos prestó un original condimento de Throgsgafen a los festejos. Uno de los perros era de Ralph. Lo había comprado para celebrar el creciente embarazo de Matje, y también para que la protegiera en las calles neoyorquinas. Para Loom, la inclasificable bestia, el viaje de Nueva York a Maine resultó un tanto penoso. Trumper conducía su Volkswagen con Tulpen al lado, que llevaba a Bebé Merrill en su regazo; en el abarrotado asiento trasero, Ralph y su embarazada Matje luchaban con Loom. La recargada baca del coche contenía la cuna de Merrill, ropa de abrigo, canastos con vino, otras bebidas y excentricidades como quesos raros y carnes ahumadas que Biggie y Couth no podían encontrar en Maine. Biggie estaba a cargo de los platos principales.

El otro perro —regalo de Trumper a Colm para su cumpleaños— ya estaba en Maine. Era un perdiguero de Chesapeake Bay con un espeso pelaje grasiento como el de un felpudo usado... al que Couth había dado el nombre de *The Great Dog Gob*, convirtiéndolo de este modo en un gran perro mariner.

Trumper y Tulpen no tenían perro.

—Un bebé, cuarenta peces y diez tortugas es suficiente —dijo Bogus.

—Pero tendrías que tener un perro, Thump-Thump —dijo Ralph—, no se es una familia si no se tiene perro.

—Y tú tendrías que tener un coche, Ralph —dijo Trumper, enfilando su abarrotado Volkswagen por la autopista de Maine—. Un coche muy grande, Ralph —agregó Trumper. Loom, la bestia del asiento trasero, le estaba salivando el cuello.

—Tal vez un autobús, Ralph —terció Tulpen.

En Boston ya no quedaba lugar en la pequeña guantera para otro de los horripilantes pañales de Merrill, y Matje tuvo que bajar tres veces a hacer pis porque estaba embarazada. Trumper conducía furioso, con la mirada taciturna al frente, haciendo caso omiso de los berridos de Merrill, las infinitas quejas de Ralph porque no tenía sitio para las piernas y la siniestra respiración de Loom. Bogus se preguntó en qué estaría pensando cuando organizó ese tinglado. Tuvo la impresión de que se había realizado un milagro cuando por fin llegaron a la casona envuelta en brumas y barnizada de aguanieve.

Gob y Loom hicieron buenas migas en cuanto se vieron; comenzaron a chapotear en un baboseo de cellisca derretida y lodo de las marismas. Colm se volvió loco tratando de contenerlos.

Ese día, el anterior a Throgsgafen, transcurrió de puertas adentro; los hombres organizaron partidas de billar y fanfarronearon sobre quién había llevado qué.

—¿Dónde está el *bourbon*? —preguntó Bogus.

—¿Dónde está la hierba? —preguntó Ralph.

—Nos hemos quedado sin mantequilla —dijo Biggie a Couth.

—¿Dónde está el lavabo? —preguntó Matje.

Biggie y Tulpen mantuvieron una conversación sobre lo reducido de la barriga de

Matje. Era una monada de chica estilo pajarito, cuyo grado de embarazo —que casi había llegado a su término— se evidenciaba como un melón pequeño.

—Cielos, yo estaba mucho más grande —dijo Biggie.

—Bueno, tú *eres* mucho más grande, Big —acotó Bogus.

—Tú también estabas más grande —dijo Ralph a Tulpen. Ella miró a Bogus y pensó que podía sentirse mal por no tener recuerdos del embarazo de su segundo hijo con su segunda mujer. Se acercó y lo mimó en silencio.

Después los hombres se reunieron alrededor de Matje y le palparon la barriga con el pretexto de conjeturar el sexo del bebé.

—Lamento mucho tener que decírtelo, Ralph —anunció Bogus—, pero creo que Matje tendrá una uva.

Las mujeres acomodaron a Bebé Anna y a Bebé Merrill en una especie de exposición, lado a lado, sobre el aparador del comedor. Anna era mayor, pero ambos estaban todavía en la etapa en que lo único que piden es que los duerman, los hagan eructar y les laven el trasero.

Las únicas vistas turísticas con semejante tiempo quedaron limitadas a los pechos de las dos madres amamantadoras y a la uva de Matje, de modo que se jugó mucho y mal al billar y se bebió mucho y bien. Ralph fue el primero en sentir los efectos.

—Os he de comunicar —dijo solemnemente a Couth y Bogus—, que me gustan *todas* nuestras señoras.

Afuera, en la bruma rodante y los copos de aguanieve, *The Great Dog Gob* y el inclasificable Loom practicaban lucha libre en el barrizal.

Solo Colm se portaba como un cascarrabias. Por un lado, no estaba acostumbrado a que hubiera tantos invitados, sencillamente; por el otro, los bebés eran seres plácidos, aburridos y nada juguetones, al tiempo que los perros, tan exaltados, parecían peligrosos. Además, cuando Colm veía a su padre, este en general le dedicaba toda su atención. Ahora solo había allí un montón de estúpidos adultos que charlaban. Afuera estaba todo encharcado, aunque era mejor que estar adentro, y para demostrar su aburrimiento, Colm se entretuvo arrastrando por la casa los zapatos llenos de barro y no tuvo mejor idea que permitir la entrada a los perros, prácticamente instándolos a que derribaran los exóticos jarrones de los Pillsbury.

Finalmente los adultos acusaron el impacto del problema de Colm y se turnaron para pasear con él a la intemperie. Colm volvía con un adulto empapado tras otro.

—¿*Ahora* quién quiere salir conmigo? —preguntaba.

Por último llegó la hora de poner manos a la obra en el sentido de preparar un festín secundario de precalentamiento... que no resistía la comparación, por supuesto, con el acontecimiento principal del día siguiente.

Tulpen había traído algo de carne de Nueva York.

—¡Ah, la carne de Nueva York! —se relamió Ralph y pellizcó a Tulpen. Matje lo pinchó con un sacacorchos.

Después de cenar reinó la paz, casi; los bebés estaban acostados, los hombres

lentos y achispados. Pero Colm se había fatigado en exceso y se puso quisquilloso cuando le dijeron que tenía que subir. Biggie hizo todo lo posible por engatusarlo, pero él se negó a moverse de la mesa. Entonces Bogus se ofreció a llevarlo arriba en brazos, ya que se había cansado tanto.

—¿Qué tal un poco de *Moby Dick*? —le preguntó—. Venga, vamos.

—Quiero que me acueste Couth —refunfuñó Colm.

Era obvio que estaba de malhumor, por lo que Couth lo alzó y comenzó a subir la escalera con él.

—Si tú quieres te acostaré —le dijo—, pero no conozco *Moby Dick* ni tampoco sé contar historias como Bogus... —pero Colm ya estaba dormido.

Sentado a la mesa entre Biggie y Tulpen, Bogus sintió que Biggie bajaba una mano y se la apoyaba en la rodilla; casi simultáneamente Tulpen le tocó la otra rodilla. Las dos pensaban que podía sentirse herido, por lo que les dijo, con tono tranquilizador:

—Colm tiene un berrinche, sencillamente. El día no ha sido gran cosa para él.

Al otro lado de la desordenada mesa, estaba Ralph con la mano en la uva de Matje.

—¿Sabes una cosa, Thump-Thump? —dijo—. Podríamos hacer la película aquí, en Maine. Al fin y al cabo, esta mansión es una especie de castillo...

Se refería a su siguiente proyecto: *Akthelt y Gunnel*. La película estaba bastante bien planificada. Irían a Europa cuando Trumper terminara el guión; una productora de Múnich se había comprometido a respaldarla. Llevarían a sus mujeres y también a los bebés, aunque Trumper había exhortado a Ralph a considerar la posibilidad de dejar a Loom. Incluso habían pensado en tratar de incluir a Couth como cámara. Pero a Couth no le interesó.

—Yo hago fotos *fijas* —señaló—. Y vivo en Maine.

En un fugaz momento poco generoso, Trumper pensó que la verdadera razón por la que a Couth no le interesaba la película era Biggie. Sentía vagamente que Biggie aún estaba en su contra, aunque cuando se lo había mencionado a Tulpen, la respuesta de ella lo dejó más confundido que antes.

—Sinceramente, me alegro de que Couth y Biggie no nos acompañen —dijo Tulpen.

—¿No te gusta Biggie? —preguntó Bogus.

—No es eso —le aseguró Tulpen—. Sí que me gusta Biggie.

Y ahora pasó sobre Bogus esta vieja confusión como si fuera una borrachera.

Había llegado la hora de dormir. Muchos enfrentaron amodorrados la desconocida escalera de la casona de los Pillsbury, perdiéndose en pasillos y tambaleándose en dormitorios equivocados.

—¿Dónde duermo yo? —seguía preguntando Ralph—. Por Dios, llevadme allí...

—Pensar que solo es el día *antes de* Throgsgafen —dijo Couth con tono quejumbroso.

Biggie estaba haciendo pis tranquilamente en su cuarto de baño cuando entró Bogus. Como de costumbre, dejó la puerta abierta.

—¿Qué cuernos haces, Bogus? —le preguntó, mientras intentaba cubrirse.

—Creo que solo me cepillaré los dientes, Big —replicó Bogus: aparentemente no comprendía que ya no estaba casado con ella.

Couth se asomó por el vano de la puerta, un tanto sorprendido.

—¿Qué está haciendo? —le preguntó a su mujer.

—Se está cepillando los dientes, supongo —dijo Biggie—. ¡Por Dios, cierra al menos la puerta!

Cuando todo el mundo parecía instalado en la habitación que le correspondía, Ralph Packer apareció desnudo en el pasillo. A través de la puerta abierta de su dormitorio, se oyó a Matje preguntarle qué estaba haciendo.

—¡No voy a mear por la ventana! —gritó él—. ¡En este puñetero castillo hay lavabos por todas partes y estoy decidido a encontrar uno!

Biggie condujo dulcemente al desnudo Ralph al lugar apropiado.

—Lo siento, Biggie —dijo Matje, que corría detrás de Ralph con sus calzoncillos en la mano.

—*Est ist mir Wurst* —dijo Biggie y tocó cariñosamente la tripa de Matje. De haber estado allí, Trumper habría comprendido el dialecto austríaco de Biggie. Quería decir «no importa», pero la traducción literal era: «Para mí solo es una salchicha».

Pero Trumper no estaba donde podría haberla oído. Tulpen le estaba haciendo deliciosamente el amor; él estaba demasiado bebido para apreciar tanta dedicación, en realidad, pero sufrió un inesperado efecto secundario: se encontró despierto y sentado, muy sobrio. Tulpen dormía profundamente a su lado, pero cuando él le besó los pies a modo de agradecimiento, sonrió.

Trumper no logró conciliar el sueño. Besó el cuerpo de Tulpen centímetro a centímetro, pero no logró excitarla.

Del todo desvelado, Trumper se levantó y se vistió; lamentó que aún no hubiese llegado la mañana. Entró de puntillas en la habitación de Colm, lo besó y lo arropó. Fue a mirar a los bebés y luego prestó atención a la respiración de los otros adultos que dormían, pero no le pareció suficiente. Entró de puntillas en el dormitorio de Biggie y Couth y los vio dormir en un cariñoso abrazo Couth despertó.

—Es al lado, pasillo abajo —dijo, creyendo que Bogus estaba buscando el lavabo.

Después de deambular un rato, Trumper encontró la habitación de Ralph y Matje, y también los observó dormir. Ralph estaba tumbado boca abajo; los pies y las manos le colgaban fuera de la cama. Atravesada en su ancha espalda peluda, la diminuta Matje dormía como una flor sobre un montón de abono.

Abajo, Bogus abrió los ventanales de la sala de billar para que entrara el aire. Hacía mucho frío y la bruma se alejaba de la bahía. Trumper sabía que en el centro de la bahía había una yerma isla rocosa, y que eso era lo que veía, puesto de relieve y oculto a la vez por la bruma ambulante. Pero mirando penetrantemente, la isla parecía

rodar, elevarse y caer, y mirando *muy* penetrantemente, veía una cola ancha y chata arqueada, golpeando con tanto ímpetu el mar que los perros gimieron en sueños.

—Hola, *Moby Dick* —musitó Trumper. Gob gruñó, Loom se tambaleó a cuatro patas y luego se desplomó.

En la cocina, Bogus encontró papel y se sentó a escribir. La primera oración ya la había escrito antes: «Me lo recomendó su ginecólogo». Siguieron otras hasta formar un párrafo. «Paradójico: el mejor urólogo de Nueva York es francés. Dr. Jean Claude Vignerón: PEDIR HORA. Pedí hora».

¿Qué es lo que he comenzado?, se preguntó. No lo sabía. Metió el papel con este tosco inicio en el bolsillo, guardándolo para cuando tuviera algo más que decir.

Le habría gustado saber por qué sentía tanto desasosiego. Entonces se le ocurrió que por primera vez en su vida estaba realmente en paz consigo mismo. Comprendió cuánto había anticipado la paz que algún día llegaría, pero la sensación no era la que esperaba. Solía pensar que la paz era un estado que alcanzaría, pero la que sentía era más semejante a una fuerza a la que se había sometido. Pensó: Dios, ¿por qué tiene que deprimirme la paz? Pero no estaba exactamente deprimido. Nada era exacto.

Ponía tiza a su taco de billar, pensando cuánto deseaba que las bolas se rompieran, cuando se dio cuenta de que no era el único que estaba levantado y despierto en la casona dormida.

—¿Eres tú, Big? —dijo tranquilamente, sin volverse. (Más adelante, perdería otra noche de sueño preguntándose cómo había sabido que era ella).

Biggie fue cuidadosa; bordeó la periferia del tema... la etapa que estaba atravesando Colm, que se encontraba en la edad en que los varones se sienten más próximos a un padre que a una madre.

—Sé que para ti será doloroso —le dijo—, pero Colm se está volcando cada vez más en Couth. Cuando tú estás aquí, sé que el niño se siente confundido.

—Pronto me iré a Europa —respondió, amargado—. Entonces no estaré aquí para confundirlo.

—Lo lamento —dijo Biggie—. Me gusta verte, de verdad. Pero a veces no me gusta lo que me hace sentir tenerte cerca.

Trumper sintió que lo acometía una insólita bajeza; tuvo ganas de decirle a Biggie que estaba resentida, sencillamente, al ver lo feliz que era él con Tulpen. Pero eso era una maldad: no tenía ganas de decirle algo semejante. Ni siquiera él mismo lo creía.

—Yo también estoy confundido —le dijo y ella asintió, coincidiendo con una energía tan repentina que Trumper se sintió turbado. Biggie volvió a dejarlo solo, huyendo tan deprisa escaleras arriba que Bogus pensó que estaba tratando de no llorar delante de él. ¡O de no reír!

Bogus estaba pensando que de veras coincidía con lo que sentía Biggie —le gustaba verla, pero no le gustaba lo que sentía teniéndola cerca—, cuando creyó oír que volvía a bajar la escalera.

Pero esta vez era Tulpen y a Trumper le bastó un vistazo para saber que ella

también llevaba un buen rato despierta y que con toda probabilidad se había cruzado con Biggie en el pasillo de arriba.

—Mierda —dijo Trumper—. Las cosas a veces son tan complicadas —se acercó rápidamente y la abrazó: ella daba la impresión de necesitar que la tranquilizara.

—Quiero irme mañana —dijo Tulpen.

—Pero mañana es Throgsgafen.

—Después de la comida, entonces. No quiero pasar otra noche aquí.

—Bueno, bueno, ya sé, ya sé —le dijo. Siguió consolándola con la voz sin que sus palabras tuvieran mucho significado. Sabía que en Nueva York pasaría una semana tratando de entender todo eso, pero no valía la pena pensar demasiado en lo que ocurriría después de la fiesta, en la práctica a menudo solitaria de convivir. A veces le parecía imposible sobrevivir a una relación con cualquier otro ser humano. ¿Y qué?, pensó.

—Te quiero —susurró a Tulpen.

—Lo sé —dijo ella.

La llevó arriba, a la cama, y antes de quedarse dormida Tulpen le preguntó, somnolienta:

—¿Por qué no puedes quedarte dormido a mi lado, simplemente, después que hacemos el amor? ¿Por qué te despierta? A mí me duerme y a ti te despierta. No es justo, porque más tarde me despierto y la cama está vacía y te encuentro contemplando los peces u observando cómo duerme el bebé o jugando al billar con tu ex mujer...

Permaneció desvelado hasta el alba, intentando desentrañar esa maraña. Tulpen dormía como un lirón y no se despertó cuando apareció Colm junto a la cama, cubierto por una serie de suéters encima del pijama, botas impermeables y gorro de lana.

—Ya sé —susurró Trumper—, si yo bajo al muelle, tú también podrás ir.

Hacía frío, pero los dos iban muy abrigados; el aguanieve se había convertido en hielo y se deslizaron sentados por el empinado sendero de baldosas. El sol estaba borroso, pero el aire era transparente tierra adentro y a través de la bahía. Una densa bruma rodaba lentamente en alta mar; tardaría un rato en llegar hasta ellos y disfrutarían juntos de la parte más límpida del día.

Compartieron una manzana. Oyeron que los bebés se despertaban en el interior de la casa: gritos breves, un silencio renovado al recibir sus respectivos pechos. Colm y Bogus estuvieron de acuerdo en que los bebés eran un aburrimiento.

—Anoche vi a *Moby Dick* —Bogus decidió decirle a Colm, que lo miró con cierta suspicacia—. Quizá solo era la vieja isla —confesó Trumper—, pero oí un gran topetazo, como si golpeará las aguas con la cola.

—¿Te lo estás inventando! —exclamó Colm—. ¡Eso no es real!

—¿No es *real*? —se asombró Trumper. Nunca había oído esa palabra en labios de Colm.

—Correcto —dijo Colm, pero su atención ya estaba en otra parte. También lo aburría su padre y Bogus necesitaba desesperadamente que hubiese cosas vivas entre ambos.

—¿Qué tipo de libros prefieres? —le preguntó y en cuanto oyó sus propias palabras, pensó: Dios, me veo reducido a hablar de banalidades con mi hijo.

—Bien, todavía me gusta *Moby Dick* —dijo Colm. ¿Se estaría limitando a ser amable? («Sé amable con tu padre», oyó que Couth le decía a Colm poco antes de que llegara desde Nueva York.)—. Me gusta la historia, quiero decir. Pero solo es un cuento.

En el muelle, junto a su hijo, Trumper reprimió las lágrimas.

En breve despertaría la casona llena de seres humanos, casi como si conformaran una sola persona gigantesca... que haría sus abluciones, se alimentaría, se prometería ser buena y servicial. Y en esta agradable confusión se perdería un sentido vital de las cosas, pero en el muelle, contemplando el sol que se perdía poco a poco en favor de la niebla, Trumper se sintió vivo y radiante. Ahora la niebla cubría la desembocadura de la bahía y estaba destinada a rodar sobre ellos; era tan espesa que no se distinguía lo que había detrás. Pero en su momentáneo goce de luz diáfana, Trumper percibió que estaba en condiciones de ver a través de su cerebro.

Bogus y Colm oyeron la descarga de una cisterna y luego Ralph gritó desde la casa:

—¡Ese puñetero perro!

En la planta de arriba se abrió una ventana. Biggie quedó enmarcada, con Anna en sus brazos.

—¡Buenos días! —les gritó.

—¡Feliz día de *Throgsgafen*! —gritó Bogus y Colm hizo el eco de su grito.

Se abrió otra ventana y Matje asomó la cabeza como un periquito que se asoma a su jaula. Abajo, Tulpen abrió el ventanal de la sala de billar y levantó a Merrill en el aire, por encima de su cabeza. Apareció Couth en la ventana de Biggie. Todos estaban recibiendo la última caricia de la mañana antes de que se asentara la bruma.

De pronto se abrió de par en par la puerta de la cocina, expulsando a Gob, Loom y Ralph.

—¡Esos jodidos perros vomitaron en el lavadero! —chilló Ralph.

—¡Fue *tu* perro, Ralph! —gritó Couth desde su ventana—. ¡El mío nunca vomita!

—¡Fue *Trumper*! —vociferó Tulpen desde la sala de billar—. ¡Estuvo levantado toda la noche! ¡Andaba en algo! ¡Trumper vomitó en el lavadero!

Bogus se declaró inocente, pero los demás siguieron con el sonsonete de su culpabilidad. Aparentemente Colm se deleitó con tan misterioso juego de los adultos. Los perros iniciaron el día con sus retozos, cayendo pesadamente sobre el hielo. Bogus cogió a su hijo de la mano y los dos recorrieron con mucho cuidado la resbaladiza senda que llevaba a la casa.

En la cocina el tráfico era muy denso. Los perros peleaban ferozmente al otro

lado de la puerta mientras Colm —con el firme propósito de incrementar el caos— soplabá un agudo silbato. Ralph anunció que la uva de Matje había crecido. Las mujeres exigieron que todos ayunaran, con excepción de los niños; ya estaban ajetreadas con la comilona de mediodía. Biggie y Tulpen ostentaron sendos pechos de caída libre, con un niño pegado a un pezón desde cada cadera. Matje preparó el desayuno para Colm y regañó a Ralph por no haber limpiado lo que ensuciaron los perros.

Ralph, Couth y Bogus daban vueltas por allí, con sus ligeramente repelentes olores matinales y un tanto empinados. Matje y Biggie y Tulpen circulaban desaliñadas, aunque no exactamente vestidas; llevaban albornoces y algunas prendas suaves con las que habían dormido... iban envueltas en una acogedora y arrugada sensualidad.

Bogus se preguntó qué podría haber pensado que deseara. Pero la cocina bullía de agitación y no se podía pensar: había cuerpos por todas partes. ¿Por tanto qué importaba que un vómito de perro aún acechara invisible en el lavadero?! En buena compañía todos somos valientes.

Consciente de sus cicatrices, sus viejos arpones y otras zarandajas, Bogus Trumper sonrió cautamente a todas las buenas personas que lo rodeaban.